

BEST SELLER INTERNACIONAL

AMY HARMON

Siempre

Blue

OZ
EDITORIAL

SIEMPRE BLUE

AMY HARMON

Traducción de Patricia Mata



SIEMPRE BLUE

V.1: octubre, 2017

Título original: *A Different Blue*

© Amy Harmon, 2013

© de la traducción, Patricia Mata, 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen: BestPhotoStudio - Shutterstock

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-00-5

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita utilizar algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Siempre Blue

¿Es posible enamorarse cuando no sabes quién eres en realidad?

Blue Echohawk ignora su nombre real y cuándo nació. Fue abandonada a los dos años y criada por un desconocido, y no fue al colegio hasta los diez. Sin padres y sin futuro, Blue es una estudiante difícil en el instituto: dura, malhablada y llena de rabia. Todo lo contrario de Darcy Wilson, el joven profesor británico que asume el reto de acoger a la chica bajo su ala y ayudarle a escribir el relato de su vida.

Esta es la historia de una joven perdida que se encuentra a sí misma, de una amistad improbable y plagada de obstáculos que dará paso al amor. Pero enamorarse de alguien puede ser difícil cuando no sabes quién eres...

«*Siempre Blue* es un libro muy emotivo que llegará directamente al corazón del lector. Amy Harmon ha escrito una vez más una historia increíblemente conmovedora.»

Romantic Reading Escapes

«¡Una novela brillante! Nunca me había encariñado tanto con un personaje hasta ahora. Advertencia: este libro hará que el corazón te dé un vuelco de emoción.»

Read This, Hear That Blog

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre Siempre Blue

Dedicatoria

Prólogo

1. Audaz

2. Cáscaras de huevo

3. Cerúleo

4. Piedra

5. Internacional

6. Pavo real

7. Real

8. Plomo

9. Medianoche

10. Cobalto

11. Tiffany

12. Heather

13. Pálida

14. Índigo

15. Alegre

16. Vieja gloria

17. Evasivo

18. Neón
19. Borrón y cuenta nueva
20. Ventisca
21. Profundo
22. Gris
23. Alice
24. Iridiscente
25. Eléctrico
26. Claro
27. Hielo
28. Amargo
29. Verdad
30. Cielo

Agradecimientos
Sobre la autora

*Para mamá y papá.
Gracias a vosotros siempre he sabido quién soy.*

Prólogo

Agosto de 1993

Hacía un calor sofocante y la niña se movía en el asiento trasero. Tenía el rostro enrojecido y la manta sobre la que estaba tumbada se había movido, por lo que ahora tenía la mejilla apoyada sobre el asiento de plástico. Siguió durmiendo, parecía serena. Tenía una fortaleza admirable para ser tan pequeña. No lloraba muy a menudo, no se quejaba. Su madre bajó las ventanillas. No sirvió de mucho, pero el sol se había puesto y ya no caía a plomo sobre el coche. La oscuridad suponía un alivio, aunque estuvieran casi a cuarenta grados, y, además, hacía que llamaran menos la atención. El aire acondicionado funcionaba siempre y cuando el coche estuviera en movimiento, pero se habían pasado dos horas sentadas dentro del coche en un rincón con poca sombra, vigilando la camioneta y esperando a que saliera el hombre.

La mujer al volante se mordía las uñas y se preguntaba si debía rendirse. ¿Qué le diría? Necesitaba ayuda. El dinero que le había cogido a su madre no le había durado mucho. Los padres de Ethan le habían dado dos mil dólares, pero se habían acabado más rápido de lo que hubiera podido imaginar entre la gasolina, los hoteles de carretera y la comida. Por eso había hecho algunas cosas de las que no estaba orgullosa, pero se había convencido de que era lo que debía hacer. Ahora tenía una hija y debía cuidar de ella, aunque eso significara tener que cambiar sexo por dinero o favores. «O drogas», le susurró una vocecita en la cabeza. Se deshizo de ese pensamiento, aunque sabía que no aguantaría mucho. Necesitaba otra dosis.

Había llegado muy lejos. No podía creer que hubiera acabado allí, no

muy lejos de casa, a tan solo a unas horas. Había ido a la otra punta del país y había vuelto, aunque no le había servido para nada.

Entonces lo vio. Se dirigía a la camioneta. Se sacó las llaves del bolsillo e intentó abrir la puerta del copiloto. Lo saludó un perro gris y negro con un aspecto descuidado que había estado durmiendo bajo el vehículo, esperando, como hacía ella, a que el hombre volviera. El perro dio vueltas alrededor de las piernas del hombre, que forcejeaba con la manija de la puerta. Lo oyó maldecir entre dientes:

—Joder, me va a tocar cambiarla.

El hombre consiguió abrir la puerta de un tirón y el perro subió al asiento, seguro de cuál era su lugar en el mundo. El hombre cerró la puerta cuando el animal entró y forcejeó con la manija otra vez. No se dio cuenta de que la mujer lo observaba. Pasó por delante del vehículo, se sentó al volante y sacó la camioneta y la caravana de la plaza de aparcamiento en la que habían estado aparcados las últimas horas. Cuando pasó al lado de la mujer, su mirada no se detuvo, no titubeó. ¡Qué típico! Ni se había fijado en ella, ni se lo había pensado dos veces. Ella enfureció. Estaba cansada de que no la vieran, de que la gente pasara de largo, de que la ignoraran y la rechazaran.

Arrancó el coche y lo siguió sin acercarse demasiado para que el hombre no sospechara nada. Aunque ¿por qué tendría que sospechar? Ni siquiera sabía que ella existía, y eso la hacía invisible, ¿no? Lo seguiría toda la noche si hacía falta.

5 de agosto de 1993

El aviso llegó justo antes de que dieran las cuatro de la tarde y el agente Moody no estaba de humor para responder. Su turno estaba a punto de acabar, pero dijo a la central que él se encargaría y dejó el coche en el aparcamiento del motel Polizón. Si el nombre era un indicador de lo que había en el hotel de carretera, solo polizones se hospedarían en aquel cuchitril. Unas luces de neón que formaban un baúl de viaje por cuya tapa salía una cabeza crepitaban en el calor de la tarde.

El agente Moody había vivido en Reno desde que nació, hacía veintiocho

años, y sabía mejor que nadie que la gente no iba al Polizón a descansar. Oyó la sirena de una ambulancia. Evidentemente, la recepcionista no solo había llamado a la policía. Aquella tarde había tenido dolor de barriga. Malditos burritos. Los había engullido alegremente aquel mediodía, con queso, guacamole, carne de cerdo, crema agria y chile verde, y ahora estaba pagando las consecuencias. Tenía que irse a casa. Deseaba fervientemente que la recepcionista se hubiera equivocado y no fuera cierto lo que decía de la huésped de una de las habitaciones de la planta de arriba para así poder acabar rápidamente y dar por terminada la jornada.

Sin embargo, la recepcionista no se equivocaba: la mujer estaba muerta. No era un error. Era agosto y la mujer debía de llevar encerrada en la habitación doscientos cuarenta y seis unas cuarenta y ocho horas. Los agostos en Reno, Nevada, eran cálidos y secos, y el cadáver apestaba. El agente Moody sintió la amenaza de los burritos, así que, sin tocar nada, se retiró rápidamente y les dijo a los técnicos de emergencias, que subían corriendo por las escaleras, que su presencia no sería necesaria. Su supervisor lo mataría si dejaba que pisotearan la escena. Cerró la puerta de la habitación doscientos cuarenta y seis al salir y le dijo a la recepcionista curiosa que el lugar se llenaría de policías y que necesitarían su ayuda. Después llamó a su supervisor.

—¿Martínez? Hemos encontrado a una mujer. Está muerta. He acordonado el área y les he dicho a los de emergencias que se vayan. Necesito refuerzos.

Una hora más tarde, un miembro de la policía científica estaba haciendo fotos y la policía interrogaba a cada uno de los huéspedes, a la gente de las tiendas que había en los alrededores y a todos los trabajadores. El inspector Stan Martínez, el supervisor del agente Moody, se ocupó de la cámara de vigilancia. Era casi un milagro que ese motel tuviera una cámara. Habían llamado al forense, que ya estaba en camino.

Cuando interrogaron a la recepcionista, ella declaró que no hospedaban a nadie en esa habitación porque el aire acondicionado no funcionaba y que hacía más de dos días que nadie entraba ni salía de ella. Habían llamado a un técnico, pero arreglar el aire acondicionado no era una prioridad. Nadie sabía cómo había entrado aquella mujer en la habitación, no se había registrado en recepción y no había usado una tarjeta de crédito para pagar la estancia, lo

que les habría resultado de gran utilidad. Además, tampoco llevaba carné de identidad. Por desgracia para la investigación, la mujer llevaba como mínimo dos días muerta y normalmente los clientes del motel no se quedaban en él muchos días. El Polizón estaba al lado de la autopista, en la periferia de la ciudad, y cualquier persona que pudiera haber visto u oído algo la noche en la que ella murió ya no estaría allí.

Cuando, por fin, el agente Moody llegó a su casa a las ocho de la tarde, todavía se encontraba mal. Además, no habían conseguido identificar a la mujer muerta, ya que lo único que podía ayudar a la investigación era la ropa de su equipaje. Moody se sentía mal y no creía que fuera por los burritos.

6 de agosto de 1993

—¿Habéis conseguido identificar a la mujer?

El agente Moody no había podido sacarse a la mujer de la cabeza. Le había estado dando vueltas toda la noche. No era su caso. Los agentes no estaban al frente de las investigaciones, pero Martínez era su superior, y a este no le importaba compartir con él la información, sobre todo porque parecía que estaban a punto de cerrar el caso.

—El forense le ha tomado las huellas dactilares —respondió el inspector Martínez.

—Ah, ¿sí? ¿Y ha habido suerte?

—Sí. Tiene antecedentes, la mayoría relacionados con las drogas. Sabemos cómo se llama y tenemos su antigua dirección. Justo el tres de agosto era su cumpleaños.

El inspector Martínez hizo una mueca de dolor.

—¿Entonces murió el día de su cumpleaños?

—Sí, eso dice el forense.

—¿Por una sobredosis?

El agente Moody no sabía si conseguiría que le respondiera a esa pregunta, el inspector Martínez era muy reservado a veces.

—Eso es lo que pensábamos, pero cuando el forense le dio la vuelta, vio

que tenía una contusión en la cabeza.

—Joder —exclamó el agente Moody. Ahora también buscaban a un asesino.

—No sabemos si la causa de la muerte fue la sobredosis o la herida de la cabeza, pero alguien intentó matarla. Parecía que hubiera tomado un poco de todo, por toda la parafernalia que había en el lugar. Probablemente tenía suficiente mierda en el cuerpo para acabar con un equipo entero de animadoras.

Martínez estaba comunicativo.

—¿Un equipo de animadoras? —preguntó Moody entre risas.

—Sí. Era animadora en un instituto pequeño del sur de Utah. Salía en el informe policial. Parece ser que tomó éxtasis con las compañeras del equipo, la pillaron y la acusaron de posesión de drogas. No fue a la cárcel, porque era menor y era su primera infracción. Además, solo había compartido la droga con las compañeras, no la había vendido. Nos hemos puesto en contacto con las autoridades locales y se encargarán de avisar a la familia.

—¿Has conseguido sacar algo de la cámara de seguridad?

—Sí. Es muy simple: se ve que entra en el vestíbulo alrededor de la medianoche y que se cuela por la ventana de recepción, pasa por encima del escritorio y entra a la zona de la oficina. La secretaria dice que suele cerrarlo todo con llave cuando se ausenta, pero, como tenía gastroenteritis, ese día salió corriendo hacia el baño y se olvidó de cerrar.

El agente Moody pensó por un instante en el episodio con los burritos. Martínez continuó:

—En la grabación se ve a la chica revolviendo todo hasta que encuentra una llave. En el Polizón aún usan llaves, no tarjetas. La recepcionista dice que la habían apartado por los problemas con el aire acondicionado. Junto a la llave, había un documento con el encargo de trabajo. La chica no era tonta. Cogió la llave, porque sabía que así podría pasar la noche en la habitación sin que nadie se enterara. Y eso no es todo. En la grabación se la ve llegar en coche y, una hora más tarde, se ve el coche saliendo del motel con un hombre al volante. Hemos emitido una orden de búsqueda para el coche.

—Genial, parece que ya casi lo tienes resuelto —dijo Moody con un suspiro de alivio.

—Sí. Parece que podremos cerrar el caso dentro de poco —coincidió el

inspector Martínez.

7 de agosto de 1993

—Prestad atención. —El inspector Martínez levantó las manos e indicó a todo el mundo que callara para empezar con la sesión informativa de la mañana—. Las autoridades del sur de Utah nos acaban de informar de que la mujer que apareció muerta el pasado viernes cinco de agosto en el hotel Polizón tenía una hija de dos años. Hay una descripción y una foto de la mujer en el folio que tenéis delante. Por ahora no hay nada que nos haga pensar que la pequeña estaba con ella en las horas previas a su muerte. En el vídeo de la cámara de vigilancia no se veía a ninguna niña y tampoco había indicios de que estuviese con ella en la habitación del motel. La familia de la fallecida llevaba más de un año sin ver a la mujer ni a la niña, así que no podemos saber en qué momento estas dos se separaron.

»Hemos contactado con la prensa. También hemos avisado a las agencias pertinentes y al NCIS. Tenemos que volver a peinar la zona, con este folio en la mano. Hay que enseñar a todo el mundo la fotografía lo antes posible para ver si alguien recuerda a la mujer y si nos pueden decir si iba o no con una niña. No tenemos fotografías actuales de la pequeña, pero su abuela nos ha dado una descripción básica. Al parecer la niña tiene el pelo oscuro y los ojos azules. Es de etnia india americana, aunque parece que el padre de la niña es blanco, lo que explica los ojos azules. La madre ya lleva cinco días muerta y sabemos que los clientes del Polizón son huéspedes de paso. Hemos perdido un tiempo muy valioso y ahora tenemos que trabajar rápidamente. Manos a la obra.

1. Audaz

Septiembre de 2010

Hacía diez minutos que había sonado el timbre, pero no me preocupaba. Bueno, en realidad no me importaba, así que ¿por qué tendría que preocuparme? De todas maneras, el primer día del curso era una pérdida de tiempo. La mayoría de los profesores no apuntaban quién llegaba tarde ni te gritaban delante de los demás alumnos el primer día. Era la última clase y mi mente ya había abandonado el edificio y había sobrevolado el desierto hasta llegar a las colinas, donde buscaba formas y siluetas. Ya notaba la madera bajo las manos. A regañadientes, hice que mi mente regresara a mi cuerpo y erguí los hombros para mostrarme más imponente al entrar en clase. En parte, lo hacía porque me gustaba llamar la atención, pero principalmente porque sabía que, si intimidaba a la gente, me dejarían tranquila. Los profesores me dejaban en paz, las chicas excesivamente simpáticas que querían ser mis mejores amigas también, pero los chicos solían estar a mi entera disposición cuando los quería, si los quería.

Me eché el pelo negro y largo hacia atrás mientras entraba en clase. Llevaba los ojos muy maquillados y unos vaqueros tan estrechos que me resultaba muy incómodo sentarme, aunque había perfeccionado el arte de repantigarme en el asiento para que no me apretaran... demasiado. Masqué el chicle haciendo ruido y levanté una ceja desdeñosamente mientras buscaba una silla vacía. Todo el mundo se quedó mirándome mientras me dirigía a la columna del centro y me sentaba en primera fila, justo en el medio. Mierda. Llegar tarde tenía desventajas. Me quité la chaqueta sin prisa y dejé el bolso

en el suelo. Todavía no me había dignado a mirar hacia el nuevo profesor, cuya voz se había ido apagando con mi llegada. Oí unas risitas en respuesta a mi parsimonia y dirigí una mirada asesina hacia el lugar de donde estas provenían. Las risitas pararon. Finalmente, me senté en la silla, miré hacia el frente de la clase y solté un suspiro profundo y ruidoso.

—Sigue —dije, volviendo a echarme el pelo hacia atrás.

En la pizarra había escrito «Señor Wilson» en mayúsculas. Lo miré a los ojos. Él me miraba con el ceño fruncido y una ligera sonrisa. Tenía el pelo oscuro y rizado por encima de las orejas y le caía en la frente; necesitaba un corte de pelo. Parecía que lo hubiera intentado domar para tener un aspecto respetable, pero la melena se le había rebelado en algún momento de aquel primer día en el instituto Boulder High School. Alcé las cejas sorprendida e intenté no reír en voz alta. Parecía un alumno. De hecho, si no hubiera llevado corbata, anudada apresuradamente encima de una camisa de vestir de color azul, que combinaba con unos pantalones chinos, habría pensado que era el profesor auxiliar.

—Hola —dijo con educación.

Tenía acento británico. ¿Qué hacía un chico con acento británico en Boulder City, Nevada? Habló con un tono de voz cálido y simpático y parecía que no le había molestado que le faltara al respeto a propósito. Miró la lista de asistencia, apoyada en un atril a su derecha.

—Tú debes de ser Blue Echohawk...

Su voz se fue apagando. Tenía cara de sorpresa.

El nombre confunde a la gente. Tengo el pelo oscuro, pero los ojos completamente azules. No parezco india.

—Y tú debes de ser el señor Wilson —repliqué.

Se oyeron risas. El señor Wilson sonrió.

—Sí. Les estaba diciendo a tus compañeros que me podéis llamar Wilson. Excepto cuando lleguéis tarde o me faltéis al respeto, en ese caso prefiero que me llaméis señor Wilson —dijo amablemente.

—En ese caso, supongo que será mejor que te llame señor Wilson. Porque suelo llegar tarde y siempre soy irrespetuosa —dije con una sonrisa acaramelada.

El señor Wilson se encogió de hombros y respondió:

—Ya veremos.

Se quedó mirándome unos instantes. La forma de sus ojos grises hacía que pareciera triste, como uno de esos perros que tienen los ojos vidriosos y la cara apenada. No me dio la impresión de que fuera una persona divertida. Volví a suspirar. Sabía que no quería ir a su clase; Historia era la asignatura que menos me gustaba. Historia de Europa sonaba todavía peor.

—Mi asignatura favorita es Literatura. —El señor Wilson dejó de mirarme y empezó a hacer una introducción de la clase. Pronunció cada una de las sílabas de la palabra claramente: «Li-te-ra-tu-ra».

Me contoneé en la silla para encontrar una postura más cómoda y miré enfadada al joven profesor.

—Puede que os preguntéis qué hago entonces impartiendo clases de Historia.

Yo pensaba que a nadie le importaba tanto como para preguntárselo, pero todos estábamos paralizados por su acento. Él siguió hablando:

—¿Qué es la historia?

—Un relato de los hechos pasados —dijo algún listillo detrás de mí.

—Exacto, un relato, la historia de alguien. De niño descubrí que prefería leer un libro antes que escuchar una lección en clase. La literatura hace que la historia cobre vida, y puede que sea la forma más precisa de reflejarla, sobre todo la literatura que se escribió en la misma época de la que habla el relato. Mi trabajo este año es presentaros historias que abran vuestra mente a un mundo más amplio, a la historia vívida, para ayudaros a entender cómo está conectada con vuestra vida. Prometo que intentaré no ser muy aburrido si prometéis que intentaréis escuchar y aprender.

—¿Cuántos años tienes? —dijo una chica con tono coqueto.

—Suenas igual que Harry Potter —refunfuñó un chico desde la parte de atrás de la clase.

Se oyeron unas risas, y las orejas del señor Wilson se pusieron rojas debajo de su pelo rizado. Él ignoró la pregunta y el comentario y empezó a repartir unas hojas. Se oyeron quejas. Los folios significaban que había trabajo.

—Mirad la hoja que tenéis delante —instruyó el señor Wilson cuando acabó de repartir los folios. Caminó hacia el frente de la clase y se apoyó contra la pizarra con los brazos cruzados. Nos miró durante unos segundos

para asegurarse de que lo seguíamos—. Está vacía. No hay nada escrito en ella. Es una página en blanco. Como el resto de vuestra vida. Desconocida y por escribir. Pero todos tenéis una historia, ¿verdad?

Algunos alumnos asintieron dándole la razón. Yo miré al reloj. Todavía quedaba media hora para que pudiera quitarme los vaqueros.

—Todos tenéis una vida que, hasta este momento, hasta este segundo, sí está escrita. Quiero saber vuestra historia. Quiero que vosotros la sepáis. Quiero que dediquéis el resto de la clase a contarme vuestra vida. No os preocupéis por que quede perfecta. La perfección es aburrida. Me da igual lo largas que sean las frases o si hay faltas de ortografía. Ese no es mi propósito, solo quiero un resumen honesto de lo que estéis dispuestos a compartir. Los recogeré al final de clase.

Se oyó el ruido de las sillas al arrastrarse y el de las cremalleras de los estuches de los alumnos que buscaban un bolígrafo. También oí quejas mientras fijaba la vista en el folio. Pasé los dedos por encima e imaginé que sentía las líneas azules que iban de un extremo de la hoja al otro. Me tranquilizaba el tacto del papel y pensé que llenarlo de garabatos y marcas sería desperdiciarlo. Apoyé la cabeza en el escritorio, encima del papel, y cerré los ojos, inhalé. El folio olía a limpio y desprendía un ligero aroma a serrín. Dejé que mi mente se concentrara en la fragancia e imaginé que la hoja que tenía bajo la mejilla era una de mis tallas, que pasaba las manos por las curvas y las ranuras que había lijado, capa tras capa, para revelar la belleza que había bajo la corteza. Sería una pena echarla a perder, igual que era una pena estropear una hoja de papel en perfecto estado. Me senté y miré la hoja inmaculada que tenía delante. No quería contar mi historia. Jimmy dijo en una ocasión que para entender algo bien tenías que conocer su historia, pero en ese momento hablábamos de un mirlo.

A Jimmy le encantaban los pájaros. La carpintería era su don, pero observar aves era su pasatiempo favorito. Tenía unos prismáticos y, a menudo, caminaba hasta algún punto elevado para observar y documentar lo que veía. Decía que los pájaros eran mensajeros y que, si los vigilabas con atención, podías discernir todo tipo de cosas: los cambios del viento, las tormentas que se avecinaban, las bajadas de temperatura... Hasta podías descubrir si acechaba algún peligro.

Cuando era muy pequeña, me costaba mucho quedarme sentada y quieta,

bueno, de hecho, todavía me cuesta, por eso me resultaba muy difícil observar pájaros, así que, en cuanto fui lo bastante mayor para quedarme sola en el campamento, Jimmy dejó de llevarme con él. Era mucho más receptiva con la talla de madera, porque era algo muy físico.

Debía de tener unos siete u ocho años la primera vez que vi a Jimmy verdaderamente emocionado por el avistamiento de un pájaro. Estábamos en el sur de Utah, lo recuerdo solo porque Jimmy hizo un comentario.

—¿Qué hace por aquí?

Miraba asombrado hacia un pino muy frondoso. Yo seguí su mirada hasta que vi un pequeño mirlo apoyado en una rama delgada del árbol. Jimmy fue a buscar los prismáticos y yo me quedé inmóvil con la vista puesta en el pequeño animal. No le veía nada raro, era solo un pájaro. Tenía las plumas completamente negras; no había ni un ápice de color que llamara la atención ni ninguna marca reluciente que admirar.

—Sí, es un mirlo euroasiático. No hay mirlos oriundos de América del Norte. No como este. Este macho pertenece a la familia de los túrdidos. — Jimmy había vuelto. Susurraba mientras miraba por los prismáticos—. Está muy lejos de su hogar, o puede que se haya escapado de algún sitio.

Jimmy pensaba que el pájaro era especial, así que, para no asustarlo, decidí susurrar yo también:

—¿Dónde suelen vivir los mirlos?

—En Europa, Asia, el norte de África —murmuró Jimmy, mirando al pájaro de pico naranja—. También en Australia y Nueva Zelanda.

—¿Cómo sabes que es un macho?

—Porque las hembras no tienen las plumas negras y brillantes. No son tan bonitas.

El pájaro nos miraba con sus pequeños ojos amarillos desde lo alto, consciente de que lo observábamos. Sin previo aviso, el mirlo se fue volando. Jimmy contempló como se marchaba y lo siguió con los prismáticos hasta que desapareció.

—Tenía las alas tan negras como tu pelo —comentó Jimmy cuando dejó de mirar al pájaro que nos había amenizado la mañana—. Puede que seas igual que él... Un pequeño mirlo muy lejos de su hogar.

Miré nuestra caravana, que estaba entre los árboles.

—No estamos muy lejos de nuestro hogar, Jimmy —le dije, confundida.

Mi hogar era donde fuera que estuviera Jimmy.

—Los mirlos no son como los cuervos y otros pájaros de color negro que se cree que dan mala suerte. Pero no confiesan sus secretos fácilmente, quieren que nosotros los descubramos. Tenemos que ganarnos su sabiduría.

—¿Y cómo nos la podemos ganar? —pregunté, arrugando la nariz con perplejidad.

—Tenemos que conocer su historia.

—Si son pájaros. ¿Cómo vamos a saber su historia? No saben hablar.

Interpretaba sus palabras al pie de la letra, como hacen los niños. Me habría gustado mucho que el mirlo me contara su historia. Me lo quedaría de mascota y así podría contarme historias todo el día. Siempre suplicaba a Jimmy que me contara alguna.

—El primer paso es desear conocerla de verdad. —Jimmy me miró—. Entonces tienes que observar. Tienes que escuchar. Y, después de un tiempo, acabarás conociendo al animal, empezarás a entenderlo y te contará su historia.

Cogí el lápiz y lo hice girar con los dedos. Escribí «Érase una vez» en la parte de arriba de la hoja, para dárme las de listilla. Sonreí al leer la frase. Mi historia no se parecía en nada a la de un cuento de hadas. La sonrisa me desapareció de los labios.

«Érase una vez un pequeño mirlo...», escribí. Miré el folio y seguí: «al que apartaron de su nido. Nadie lo quería».

Se me empezó a llenar la cabeza de imágenes. Pelo largo y oscuro. Unos labios fruncidos. Eso era lo único que recordaba de mi madre. Cambié los labios fruncidos por una sonrisa amable. Una cara completamente diferente, la de Jimmy. La imagen de su rostro me provocó una punzada de dolor. Recordé sus manos. Unas manos marrones que movían el cincel por un pesado trozo de madera. Estaba sentada a sus pies y observaba cómo las virutas de madera caían a la deriva alrededor de mi cabeza y se acumulaban en el suelo. Cerraba los ojos e imaginaba que las virutas eran pequeñas hadas que venían a jugar conmigo. Este era el tipo de cosas que me gustaba recordar. Me vino a la mente el recuerdo de la primera vez que él había

cogido mi mano, más pequeña que la suya, y me había ayudado a arrancar la corteza de un viejo tronco mientras hablaba con tranquilidad sobre la imagen que había bajo la superficie. Mientras escuchaba el recuerdo de su voz, dejé que mi mente viajara por el desierto hasta llegar a las colinas y recordé la rama de mezquite, que parecía una garra, que había encontrado el día anterior. Era muy pesada y había tenido que arrastrarla hasta la camioneta para subirla al maletero, primero un lado y después el otro. Mis dedos se morían de ganas de quitarle la superficie carbonizada y ver qué había debajo. Tenía un presentimiento. Una forma tomaba cuerpo en mi cabeza. Golpeteaba el suelo con los pies y cerré los puños sobre la hoja de papel mientras soñaba sobre lo que podría crear.

Sonó el timbre. El volumen del aula subió como si alguien le hubiera dado a un interruptor. Desperté del estado de ensimismamiento y miré el folio. Mi triste historia necesitaba algún adorno.

—Entregad las hojas. Y recordad poner el nombre, por favor. No puedo felicitaros por vuestra historia si no sé que es vuestra.

En menos de diez segundos la clase se quedó vacía. El señor Wilson intentaba ordenar las hojas que le habían dado los alumnos al salir del aula con euforia, deseosos de hacer otra cosa. El primer día de clase por fin había acabado. Se dio cuenta de que yo seguía sentada y se aclaró la garganta.

—Señorita... Eh... ¿Echohawk?

Me levanté rápidamente y cogí la hoja, hice una bola de papel y la lancé hacia el cubo de basura que había al lado de la pizarra. No conseguí encestar, pero no la recogí. Agarré el bolso y la chaqueta, que era completamente innecesaria, porque estábamos a más de cuarenta grados en el exterior. Me dirigí a la salida sin mirar al profesor nuevo y me colgué el bolso en el hombro.

—Nos vemos, Wilson —grité sin girar la cabeza.

Manny me esperaba al lado de mi camioneta cuando llegué al aparcamiento de alumnos. Gruñí al verlo. Manuel Jorge Rivas-Olivares, también conocido como Manny, vivía en el mismo bloque de pisos que yo. Él y su hermana pequeña me habían adoptado. Eran como gatos callejeros que se quedaban en

tu puerta y maullaban con pena durante días hasta que finalmente te rendías y les dabas de comer. Y, una vez los alimentabas, ya no había nada que hacer: eran oficialmente tus gatos.

Eso fue lo que ocurrió con Manny y Graciela. Estuvieron rondando a mi alrededor hasta que me dieron pena. Ahora pensaban que me pertenecían y yo no sabía cómo deshacerme de ellos. Manny tenía dieciséis años; Graciela, catorce. Ambos eran guapos, de constitución pequeña, muy monos y molestos. Como los gatos.

Había un autobús que pasaba por el bloque de pisos y me aseguré de que la madre de Manny supiera de su existencia. Incluso la ayudé a que los apuntara para que los llevaran a clase y, luego, a casa. Pensaba que este año lo conseguiría, porque Graciela ya estaba en el instituto y también podía ir en ese autobús, pero me equivoqué. Manny me esperaba con una gran sonrisa y cargado de libros.

—¡Hola, Blue! ¿Qué tal el primer día? ¡Ya es tu último curso, chica! Seguro que serás la reina del baile este año. La reina debería ser la chica más guapa del instituto, y esa eres tú.

Muy mono y muy molesto. Manny hablaba a mil por hora, tenía un acento latinoamericano y ceceaba un poquito, pero eso no era cosa del acento, era solo cosa de Manny.

—Hola, Manny. ¿Cómo es que no vas en el autobús?

La sonrisa de Manny se difuminó un poco y yo me sentí mal por haber preguntado. Hizo un gesto con la mano para desestimar la pregunta y se encogió de hombros.

—Ya, ya lo sé. Le dije a Gloria que iría en el autobús y me he encargado de que Graciela se subiera, pero quería ir a casa contigo el primer día. ¿Has visto al profesor nuevo de Historia? Lo he tenido a primera hora y ya sé que va a ser el mejor profesor que haya tenido nunca... ¡y el más mono!

Manny había empezado a llamar a su madre Gloria recientemente. No sabía por qué lo hacía. También pensé en decirle que no dijera que el señor Wilson era mono. Supuse que hablaba de él, porque no creía que hubiera dos nuevos profesores de Historia.

—Me encanta su acento. ¡No he escuchado casi nada de lo que ha dicho en clase!

Manny se sentó con delicadeza en el asiento del copiloto en cuanto abrí

la camioneta. Me preocupaba el chico, era más femenino que yo.

—Me pregunto qué hace en Boulder. Ivy y Gabby están seguras de que es del MI6 o algo por el estilo.

Manny tenía muchas amigas. De hecho, todas las chicas lo adoraban, porque no suponía una amenaza y era divertido, cosa que hacía que me volviera a preguntar por qué no había cogido el autobús. No era porque no tuviera amigos.

—¿Qué narices es el MI6? —refunfuñé mientras intentaba maniobrar entre los coches que salían del instituto.

Pisé el freno cuando alguien me cortó el paso y me hizo una peineta como si hubiera sido yo la que se había echado sobre él. Manny alargó un brazo por encima del mío y tocó el claxon.

—¡Manny, para! Estoy conduciendo yo, ¿de acuerdo? —ordené, y le aparté el brazo de un golpe.

El comentario ni siquiera le molestó.

—¿No sabes qué es el MI6? ¿James Bond? ¡Chica, tienes que salir más!

—¿Qué pintaría alguien del MI6 en nuestro instituto? —contesté entre risas.

—¡Yo qué sé! Pero es inglés, está bueno y es joven —respondió Manny, e hizo un gesto con el dedo como si marcara casillas imaginarias—. ¿Qué otra explicación hay?

—¿De verdad piensas que está bueno? —pregunté sin convicción.

—Pues claro. Parece un bibliotecario travieso.

—Qué asco, Manny. Esa imagen solo funciona con las bibliotecarias.

—Vale, pues un profesor travieso, entonces. Tiene los ojos sexis, rizos despeinados y unos antebrazos muy bien formados. Es un bombón de incógnito. Seguro que es del MI6. ¿Trabajas esta noche? —Manny cambió de tema una vez había demostrado que, claramente, el señor Wilson tenía que ser un espía.

—Es lunes. Los lunes trabajo, Manny. —Sabía lo que pretendía, pero me resistí. «Deja de dar comida a los gatitos», pensé con firmeza.

—Ahora mismo me comería unas cuantas quesadillas de las que hace Beverly. Soy un mexicano hambriento —dijo él, exagerando el acento. Solo hacía referencia a sus orígenes cuando hablaba de comida—. Espero que

Gloria se haya acordado de ir a comprar antes de irse al trabajo. Si no, mi pobre hermanita y yo tendremos que comer fideos instantáneos otra vez —suspiró Manny con pena.

Lo de «pobre hermanita» fue muy exagerado, pero funcionó. Manny era el hombre de la casa y eso quería decir que tenía que encargarse de Graciela, cosa que hacía con gusto incluso cuando cuidar de ella significaba pedirme ayuda a mí. Yo trabajaba en el Beverly's Café algunas noches y llevaba comida a casa para Manny y Graciela como mínimo una vez a la semana.

—Está bien. Os traeré quesadillas, pero es la última vez, Manny. Me hace perder parte del sueldo —lo regañé.

Manny me miró con una amplia sonrisa y aplaudió exageradamente para hacerme saber que mi gesto lo había emocionado.

—Le preguntaré a mi tío si tiene más mezquite para ti —prometió él.

Asentí y alargué el brazo para cerrar el acuerdo.

—Trato hecho.

Sal, el tío de Manny, trabajaba en el servicio forestal. A menudo, se encargaban de quitar la maleza y el mezquite para evitar que invadieran los ranchos que eran propiedad del gobierno. La última vez, Sal me había dado madera suficiente para que tallara durante dos meses. Se me caía la baba al recordarlo.

—Evidentemente, estarás en deuda conmigo, chica —insinuó con inocencia—. Así que nos traerás la cena al menos todos los lunes de un mes, ¿de acuerdo?

Su aptitud para la negociación me hizo reír. Estaba en deuda conmigo, porque le había llevado cena los lunes durante dos meses, pero ambos sabíamos que accedería. Como siempre.

2. Cáscaras de huevo

Octubre de 2010

Puede que lo que me atrajera fueran las historias. Cada día era un relato diferente, muy a menudo sobre el papel de las mujeres en la historia o desde la perspectiva femenina. Puede que fuera lo mucho que le gustaba al señor Wilson la asignatura que impartía. Puede que fuera simplemente su acento y su edad. Todos los alumnos intentaban imitarlo. Las chicas se amontonaban a su alrededor y los chicos lo miraban fascinados, como si fuera una leyenda del *rock*. Era la comidilla del instituto, se había convertido en un fenómeno de la noche a la mañana. Todos lo querían porque era la novedad, una novedad muy atractiva si te gustaban el pelo ligeramente rebelde, los ojos grises y el acento británico (yo intenté convencerme de que no me gustaban). No era en absoluto mi tipo. A pesar de eso, me di cuenta de que me impacientaba por que llegara la última clase del día y era más conflictiva de lo que habría sido si no me hubiese confundido tanto su atractivo.

El señor Wilson había pasado un mes entero hablándonos de la Grecia clásica. Habíamos analizado las batallas más épicas y a los grandes pensadores, la arquitectura y el arte, pero ese día enumeró los dioses y lo que cada uno de ellos representaba. Tenía que admitir que era fascinante, aunque también irrelevante. Compartí esta observación.

—Esto no es historia exactamente —señalé.

—Puede que los mitos no sean hechos históricos, pero sí lo es que los griegos creyeran en ellos —respondió Wilson con paciencia—. Tenéis que

entender que los dioses griegos son una parte intrínseca de la mitología griega. Homero ya hablaba de los dioses en la *Ilíada* y la *Odisea*. Muchos investigadores creen que los mitos estuvieron influenciados por la cultura micénica, que existió en Grecia entre los años 1700 y 1100 antes de Cristo. También hay indicios que sitúan sus orígenes en las antiguas culturas mesopotámica y anatolia, de Oriente Próximo, porque hay muchas similitudes entre su mitología y la de los griegos.

Todos nos quedamos mirándolo. No habíamos entendido nada de lo que había dicho. Se dio cuenta de nuestras caras de confusión y siguió:

—Los griegos tenían un dios para cada cosa. —Wilson no se dio por vencido y siguió con su argumentación—: Los amaneceres, las puestas de sol, sus tragedias y sus triunfos estaban conectados con la existencia de estos dioses. Ellos daban sentido a un mundo que no lo tenía. A veces, si veían una roca que tenía una forma extraña o un árbol de tamaño insólito decían que era un dios disfrazado. Y entonces veneraban el árbol por miedo a que el dios tomara represalias. Había dioses en todas partes y todo se podía usar como prueba de su existencia; iniciaban guerras en nombre de los dioses, consultaban oráculos y seguían sus consejos al pie de la letra, por muy hirientes y extraños que fueran. Hasta los vientos de las tormentas tenían una personificación. Pensaban que eran arpías: mujeres aladas que, como el viento, se llevaban cosas que nunca podrían recuperarse. Se las culpaba de los vientos de tormenta y del temporal que venía con estos.

—Pensaba que «arpía» era solo una palabra antigua para decir «bruja» —comentó un chico con acné que se llamaba Bart.

Yo pensé lo mismo, pero me alegré de que otra persona lo dijera.

—En las primeras versiones de los mitos griegos, se describía a las arpías como criaturas de cabello bonito, mujeres bellas con alas. Con el tiempo, eso cambió y, en la mitología romana, las describían como bestias de rostros feos que tenían garras e incluso pico. Mujeres pájaro espantosas y malas. Esta imagen se ha mantenido a lo largo de los años. Dante escribió que las arpías vivían en los bosques del séptimo círculo del infierno, donde atormentaban a todos los que acababan allí. —Wilson empezó a recitar un poema, aparentemente de memoria—:

Allí forman su nido las arpías,

que echaron de las Estrófades a los troyanos,
con amagos de tristes profecías.
Tienen alas, con cuello y rostro humanos:
vientre plumoso, pies con garras duras,
y se quejan con gritos deshumanos.

—Ya veo que tienes el poema bien memorizado —dije con sarcasmo, aunque estaba perpleja.

Wilson se echó a reír y le cambió la cara, que hasta entonces había permanecido seria. Yo hice lo mismo. Por lo menos el chico sabía reírse de sí mismo. ¡Vaya! Menudo empollón. ¿Quién recita Dante de memoria? Además, con ese acento británico tan estirado, estaba segura de que cada vez que le preguntara algo me diría: «Elemental, señorita Echohawk». Aún sonreía cuando respondió.

—Para responder a tu pregunta, señorita Echohawk, lo que creemos afecta a nuestro mundo de una manera muy real. Afecta a nuestras decisiones, acciones y, por consiguiente, a nuestras vidas. Los griegos creían en sus dioses, y esa creencia afectaba a todo lo demás. La historia se escribe de acuerdo a los caminos que tomamos. ¿Crees en algo que puede ser un mito? No hablo de creencias religiosas en sí, sino de cosas que te has dicho a ti misma, o cosas que te han repetido durante tanto tiempo que crees que son verdad.

El señor Wilson se dio media vuelta y cogió un montón de papeles y los empezó a repartir mientras hablaba.

—Quiero que penséis en eso. ¿Qué pasaría si lo que creéis sobre vosotros mismos o sobre vuestra vida es solo un mito que hace que os quedéis estancados?

El señor Wilson dejó una hoja de papel arrugada en mi mesa y avanzó sin hacer ningún comentario. Era mi historia, la que había tirado a la basura el primer día de clase. Había alisado el folio y le había puesto peso encima, pero aún se apreciaba que lo había convertido en una bola de papel y lo había desechado. Nunca volvería a su estado original. Por mucha presión que hiciera y por mucho que la alisara, nunca podría esconder el hecho de que había recogido la hoja de la papelera. Añadí una frase al texto: «Era un desecho». Lo leí:

Érase una vez un pequeño mirlo al que apartaron de su nido. Nadie lo quería. Era un desecho.

Como la basura. Y, por mucho que fingiera que no era basura, no dejaría de serlo. Las chicas como yo nos merecemos la reputación que tenemos. Yo cultivé la mía. Supongo que podría justificar que soy así por cómo me criaron, pero nunca busco excusas para justificarme. Me gustan los chicos, y yo a ellos. O al menos les gusta mi aspecto. Supongo que decir que les gusto yo sería mentir, porque no dejes que me conozcan. A esa chica no la conocen, la reservo para mí. Pero eso también es parte de mi encanto. También he cultivado mi aspecto. Tenía un pelo atractivo, siempre llevaba vaqueros muy ajustados, camisetas ceñidas y los ojos muy maquillados. Y cuando me abrazaban, me besaban o me tocaban, me sentía poderosa y deseada. Sabía lo que la gente me llamaba entre susurros cuando se cubrían la boca con las manos. Sabía lo que los chicos decían sobre mí. Decían que era una zorra. Fingir que no lo era sería una mentira, un mito, como los de los griegos y sus estúpidos dioses.

Jimmy me llamaba azulejo. Era el apodo que me había puesto, aunque no me parecía en nada a esas aves dóciles, alegres y felices. Yo era más bien una arpía moderna: una mujer pájaro, un monstruo con garras encorvadas y afiladas. Si alguien se metía conmigo, me lo llevaría volando hasta el inframundo y lo castigaría y torturaría toda la eternidad. Puede que no tuviera la culpa de ser así. Cheryl me acogió cuando tenía once años, no le gustaban demasiado los niños y su estilo de vida no era propicio para la maternidad. No era nada cariñosa y solía estar ausente la mayor parte del tiempo, pero no estaba tan mal. Cuando yo era más pequeña, se encargaba de que comiera y de que tuviera mi propia cama.

Vivíamos en un piso de dos habitaciones en un edificio desaliñado a las afueras de Boulder City, a diez minutos de las brillantes luces de Las Vegas, donde Cheryl era crupier en el hotel casino Golden Goblet. Se pasaba los días durmiendo y las noches rodeada de jugadores y de humo de cigarros, cosa que a ella le pegaba mucho. Normalmente tenía novio. Cuanto mayor se hacía, más sórdido era su gusto por los hombres. Cuanto mayor me hacía yo, más se interesaban ellos por mí. Era una relación tensa. Sabía que, en cuanto

acabara el instituto, me quedaría sola, porque la ayuda que recibía por cuidarme se terminó cuando cumplí los dieciocho, y ya tenía diecinueve desde agosto. Era solo cuestión de tiempo.

Cuando acabó la clase, hice una bola de papel con la hoja y la volví a lanzar a la papelera, que era donde debía estar. El señor Wilson me vio, pero no me importaba. Cuando llegué al aparcamiento, Manny y Graciela estaban sentados en el maletero de la camioneta hablando con un grupo de amigas de Manny. Me limité a suspirar. Primero Manny y ahora también Graciela. Me estaba convirtiendo en chófer. Me entró dolor de cabeza en cuanto los oí reír y hablar. Una de las chicas gritó hacia un grupo de chicos que se reunía alrededor de un Camaro clásico de color amarillo.

—¡Brandon! ¿Con quién vas a ir al baile de bienvenida? Yo todavía no tengo pareja, ¿sabes?

Las amigas de la chica empezaron a hablar con nerviosismo y Brandon miró hacia ellas para ver quién le había hecho la proposición. Brandon era el hermano pequeño de un chico con el que yo quedaba de vez en cuando. Mientras que Mason era musculoso y de piel oscura, Brandon era delgado y rubio, pero los dos eran demasiado guapos para ser modestos. Mason había acabado el instituto hacía tres años y Brandon estaba ahora en último curso, como yo. Yo era más madura que los chicos de mi edad y, a pesar de que sabía reconocer cuando alguien era guapo, me había cansado de dar importancia al aspecto físico y no lo ocultaba. Probablemente, por ese motivo no me coronarían reina del baile de bienvenida, a pesar de las ideas y las altas expectativas de Manny.

—Lo siento, Sasha. Se lo pedí a Brooke la semana pasada. Pero podemos quedar algún día.

Brandon sonrió y me acordé de lo atractivo que era Mason cuando era amable. Puede que fuera hora de llamarlo. Hacía tiempo que no lo veía.

—Tienes un coche muy sexy, Brandon —gritó Manny por encima de sus amigas.

—Eh... Gracias, tío —contestó Brandon con una mueca mientras sus amigos apartaban la mirada, incómodos.

Sentí vergüenza por Brandon y por Manny.

—Manny, Gracie, vámonos.

Abrí la puerta de la camioneta. Esperaba que las vagas que estaban

sentadas en el maletero se dispersaran cuando arrancara. Miré por el retrovisor y vi como abrazaban a Manny y le prometían que después le hablarían por mensaje. Gracie parecía fascinada por Brandon y sus amigos y, cuando todo el mundo se dispersó, ella permaneció en el maletero sin moverse. Manny tiró de ella e hizo que saliera de su estado de ensimismamiento, y ambos se sentaron a mi lado. Graciela estaba asombrada, pero Manny estaba de morros.

—Creo que no le caigo bien a Brandon —caviló mientras me miraba para que le diera mi opinión.

—Brandon está buenísimo —dijo Graciela en un suspiro.

Solté un taco burlesco. Estupendo. Brandon era demasiado mayor para Graciela y no solo por la diferencia de edad. Graciela era pequeña y guapa, pero era inmadura, tanto física como emocionalmente. Además, tenía la cabeza en las nubes. Era de esas personas que se distraen contemplando la belleza de las flores. Por suerte tenía a Manny, si no, vagaría en un estado de ensoñación. Ni Manny ni Graciela se inmutaron al oír mis palabrotas y siguieron como si no me hubieran escuchado.

—De hecho —resopló él—, no creo que le caiga bien a ninguno de sus amigos. ¡Pero si soy muy simpático!

La confusión de Manny parecía sincera.

—¿Crees que yo le caigo bien, Manny? —preguntó Gracie distraída.

Su hermano y yo la ignoramos. Pensé que ya era hora de darle un consejo a Manny.

—Creo que los chicos están confundidos y no saben cómo tratarte, Manny. Eres un chico, pero siempre estás con las chicas, llevas las uñas pintadas, delineador de ojos y un bolso...

—¡Es una bandolera!

—¡Vale! ¿Cuántos chicos del instituto llevan una bandolera con los colores del arcoíris?

—Es como una mochila, pero con chispa.

—Vale, como quieras. Olvídate de la mochila. Haces comentarios abiertamente sobre lo atractivos que son algunos chicos, incluido Wilson, y después coqueteas con la jefa de las animadoras. ¿Eres gay? ¿Hetero? ¿Qué eres?

Manny se quedó estupefacto ante mi pregunta y me miró fijamente y boquiabierto.

—¡Soy Manny! —respondió él, cruzándose de brazos—. Eso es lo que soy: Manny. ¡No entiendo por qué no puedo hacer cumplidos a los chicos monos y a las chicas monas! Todos necesitamos refuerzos positivos, Blue. No te iría mal probarlo de vez en cuando.

Frustrada, me golpeé la cabeza con el volante. Parecía obvio que no era capaz de comunicarme y me pregunté si quizás Manny era el único del instituto que no tenía miedo de ser él mismo. Puede que fuésemos el resto los que teníamos que descubrir quiénes éramos.

—Tienes razón, Manny. Créeme, no te cambiaría ni un pelo. Solo intentaba explicar por qué es posible que algunas personas no te entiendan.

—Quieres decir por qué algunas personas no me aceptan —respondió enfurruñado mientras miraba por la ventana.

—Sí, eso también.

Suspiré y arranqué la camioneta.

Me perdonó al cabo de diez segundos y hablamos el resto del trayecto a casa. A Manny no le duraban los enfados, a no ser, claro, que alguien se metiera con Graciela. En ese caso, perdía la razón. Su madre bromeaba y decía que se convertía en un chihuahua rabioso. Yo solo lo había visto así un par de veces, pero fueron suficientes para que no quisiera nunca un chihuahua. Al parecer, como solo señalé sus defectos y no los de su hermana, me perdonó inmediatamente y volví a caerle en gracia sin apenas un gruñido.

Cuando llegué a casa, hacía tanto calor en el piso que parecía las entrañas del infierno. Además, olía mal. Los cigarrillos rancios y la cerveza derramada no combinaban bien con los más de treinta grados de octubre. La puerta de la habitación de Cheryl estaba cerrada. Me sorprendía su habilidad para dormir con ese calor y suspiré mientras vaciaba los ceniceros y limpiaba la cerveza que había derramada en la mesa de centro. Era evidente que Cheryl tenía compañía. Había unos vaqueros de hombre arrugados en el suelo, al lado de su sujetador negro y la camisa de su uniforme. Qué bien. Cuanto antes saliera de allí, mejor. Me quité los vaqueros y me puse unos pantalones de chándal que había cortado y una camiseta de tirantes y me hice una coleta chapucera. Metí los pies en las chancletas y me fui antes de que hubieran pasado más de diez minutos desde que había llegado.

Había alquilado un almacén detrás del bloque de pisos por cincuenta dólares al mes. Había luz y electricidad y era como mi pequeño taller. Tenía un par de mesas de trabajo que había hecho con caballetes y madera contrachapada. También tenía una sierra circular, mazos y cinceles de varias medidas, limas y trituradores de madera y un ventilador oscilante que hacía que el aire caliente y el serrín se movieran perezosamente en círculos. Proyectos en diferentes etapas decoraban el perímetro del almacén, desde un montón de descartes hasta obras de arte completas que se curvaban y resplandecían. El día anterior había encontrado una rama gruesa y torcida de mezquite y ahora me moría de ganas por ver qué aspecto tenía bajo las capas de corteza espinosa que aún tenía que quitar. La mayoría de la gente que trabajaba con la madera prefería maderas blandas, porque eran más fáciles de tallar y modelar para convertirlas en su obra. Nadie usaba mezquite, caoba de montaña ni enebro. La madera era demasiado dura. Los rancheros del oeste consideraban el mezquite una mala hierba. No podía usarse un cuchillo afilado para darle forma, eso era cierto. Tenía que emplear un cincel grande y un mazo para quitar la corteza. Una vez ya estaba la madera desnuda, solía pasar un largo período de tiempo mirándola antes de hacer nada más. Eso lo había aprendido de Jimmy.

Jimmy Echohawk había sido un hombre reservado, tan reservado que a veces se pasaba días sin hablar. Era sorprendente que hubiera aprendido a hablar cuando fui a vivir con Cheryl. Menos mal que existían los programas de televisión educativos. Cuando tenía dos años, mi madre, o al menos supongo que fue ella, me dejó en el asiento delantero de su coche y se fue. No recuerdo nada de ella, aparte del vago recuerdo de un pelo oscuro y una manta de color azul. Jimmy era un indio *pawnee* y contaba con muy pocas cosas que considerara suyas. Tenía una camioneta antigua y una caravana remolcada. Ahí es donde vivíamos. Nunca nos quedábamos mucho tiempo en un mismo sitio y nunca teníamos compañía, aparte de nosotros mismos. Él me dijo que tenía familia en una reserva india de Oklahoma, pero nunca conocí a ninguno de sus parientes. Me enseñó a tallar y esa habilidad me había salvado en muchas ocasiones, tanto a nivel financiero como emocional. Así es como me evadí, trabajando hasta primera hora de la mañana, que era cuando Cheryl se iría a trabajar, acompañada por el hombre misterioso, y el piso se quedaría vacío.

3. Cerúleo

—Cuando Julio César cruzó el Rubicón, sabía lo que eso significaría.

El señor Wilson nos miraba de forma pesimista, como si Julio César fuera su colega y se hubiera pasado el cubo de Rubik ese el día anterior. Suspiré, me eché el pelo hacia atrás y me despatarré todavía más en la silla.

—Tener un ejército permanente en Italia se consideraba una traición. El poder y la popularidad de César intimidaban a los senadores romanos, que querían controlarlo. Y todo iba bien si ganaba batallas en nombre de Roma o si conquistaba a las tribus célticas o germánicas, pero no querían que se hiciera rico ni demasiado popular y eso era exactamente lo que estaba sucediendo. Si a eso se le añadía la ambición política de César, tenían todos los números para que acabara mal... O, al menos, para que se iniciara una guerra civil.

El señor Wilson caminaba por el pasillo que había entre los pupitres y me sorprendí al darme cuenta de que mis compañeros le prestaban atención. Lo miraban atentamente, a la espera de lo que diría a continuación. No traía apuntes ni leía de un libro de texto ni un manual; se limitaba a hablar, como si contara los detalles de una buena película.

—César tenía amigos en las altas esferas que fisgoneaban, susurraban en los oídos de los miembros del Senado e intentaban convencerlos. Sin embargo, los senadores no quisieron saber nada del tema y le dijeron a César que dismantelara el ejército y renunciara a su cargo o se convertiría en enemigo público. El gobierno estadounidense todavía emplea ese término. Quiere decir que el gobierno te declara culpable de delitos contra el país. Se considera enemigos públicos a aquellos que venden secretos

gubernamentales, espían para otro país o cosas similares. Como en 007, pero sin el *glamour*, las escenas de acción ni las chicas Bond.

Escuché reír al resto de la clase y me di cuenta de que estaba sonriendo. Me asombró que, por un momento, me había olvidado de que el señor Wilson no me caía bien.

—Además, imaginad lo que supondría para una persona que la nombraran enemiga del estado. Hay quien dice que ese término se usa como herramienta política, para someter o intimidar. Si culpas a alguien de haber traicionado a su país y lo nombras enemigo público, le destrozas vida. Es como acusar a alguien de ser un pedófilo. En la antigua Roma era lo mismo. Así que tenemos a Julio César con muchas ambiciones y enfadado porque le han dicho que no puede seguir dirigiendo a su ejército y lo han amenazado con ciertos términos desagradables y con acusarlo de traición.

»Resumiendo, lo que hace entonces es llevar a su ejército hasta la orilla del Rubicón, que hoy en día ya no existe, por lo que nadie sabe si era una corriente pequeña o un río abundante, y quedarse ahí, pensando. Les dice a sus hombres: «Aún no es tarde para retirarnos, pero, cuando hayamos pasado este río, tendremos que luchar».

—Has dicho que era rico, ¿no? ¿Por qué no cogió el dinero y se largó? Que le den al Senado, que se encargaran ellos de dirigir al ejército, conquistar los pueblos y todo eso. No lo apreciaban, pues vale. No entiendo por qué lo hizo. ¿Qué quería demostrar?

Hice la pregunta antes de darme cuenta de que estaba hablando en voz alta. Sentí que se me sonrojaban las mejillas de la vergüenza. Nunca hacía preguntas en clase.

El señor Wilson no parecía sorprendido por mi participación y respondió inmediatamente:

—Era rico y tenía poder. Podría haberse retirado a la Galia, donde habría vivido con todo tipo de lujos y le habrían dado de comer uvas durante el resto de sus días. —Todos rieron, pero yo fruncí el ceño. El señor Wilson se detuvo delante de mi pupitre y me miró de manera burlona—. ¿Por qué crees que marchó con su ejército a Roma, Blue?

—Porque era más vanidoso que un pavo real y quería ser rey —respondí inmediatamente, imitando su acento. Mis compañeros de clase volvieron a reír—. Y porque no le gustaba que lo usaran ni lo controlaran —añadí en voz

más baja, sin el acento.

—Creo que ambos argumentos son ciertos. —El señor Wilson se alejó y metió al resto de la clase en la conversación—. Al final, Julio César cogió una trompeta y se dirigió rápidamente al puente. Hizo sonarla para indicar a las tropas que avanzaran y gritó: «Marchemos adonde nos llaman los signos de los dioses y la iniquidad de los enemigos. *Alea jacta est*». ¿Qué creéis que significa «*Alea jacta est*»?

La clase se quedó en silencio. Evidentemente, había gente que sabía la respuesta, pero nadie levantó la mano.

—A lo hecho, pecho; no hay vuelta de hoja; la suerte está echada —dije con un tono de voz aburrido.

—Exacto. —Wilson ignoró mi tono—. Quedaba en manos del destino. Había cruzado el Rubicón y ya no había vuelta atrás. Todos sabemos lo que le acabó pasando a César, ¿verdad?

No, no lo sabíamos. Bueno, yo sí, pero pasaba de ser una alumna ejemplar.

—Lo asesinaron. Conspiraron para matarlo con la ayuda de su amigo. Shakespeare escribió una obra buenísima llamada *Julio César*, que vais a tener que leer y sobre la cual haremos un examen este viernes. —Los alumnos se quejaron; Wilson sonrió y dijo—: Ya os dije que la literatura cuenta la historia mucho mejor que los libros de texto y es mucho más divertido aprender de esta manera. Dejad de rezongar, algún día me lo agradeceréis.

¿«Rezongar»? Nunca había oído esa palabra.

—Así que, Julio César cruza el Rubicón y se apresura hacia su destino. Un destino glorioso y trágico. Llegó a la cima del poder y al final descubrió que el poder no era más que una ilusión.

»Y eso nos lleva al tercer asalto. Añadid las páginas que necesitéis. El ejercicio que empezamos el primer día de clase va a seguir creciendo. Me habéis explicado vuestra historia, a grandes rasgos, al menos. Ahora quiero que toméis un momento de vuestra vida en el que la suerte estaba echada, en el que cruzasteis vuestro Rubicón metafórico y no teníais forma de dar vuelta atrás. Quiero que me contéis cómo ese momento os formó u os cambió. Puede que fuera algo que no podíais controlar, algo que os pasó, o quizá una decisión que vosotros mismos tomasteis. Ya sea para bien o para mal, quiero

saber cómo afectó ese momento al rumbo de vuestra historia.

Wilson empezó a repartir los ejercicios a los compañeros, uno a uno, y les hizo comentarios sobre lo que habían escrito. Suspiré al recordar que había tirado mi hoja a la basura. Otra vez. La clase se quedó en silencio a medida que la gente empezaba a trabajar en la tarea. Arranqué una hoja en blanco de la libreta y me preparé para empezar de cero. De repente, Wilson estaba delante de mi pupitre, que, desgraciadamente, todavía era el mismo en primera fila que había «elegido» el primer día de clase.

Dejó una hoja de papel en mi mesa. La contemplé sorprendida, lo miré a los ojos y, luego, fijé la vista otra vez en el papel. Era el folio que había tirado. Otra vez. Supongo que lo cogió de la papelera cuando me fui de clase. Lo había alisado y le había vuelto a poner peso encima. Parecía que lo hubiera puesto entre libros pesados. Las palabras que había escrito me miraban fijamente, como si se burlaran de mí.

—No tiene sentido huir del pasado. No podemos tirarlo a la papelera o fingir que no ha ocurrido, señorita Echohawk. Pero podemos aprender de él. Tienes una historia interesante y me gustaría que me contaras más.

Se dio la vuelta para irse.

—Pues no me parece muy justo —solté. En el mismo momento en que lo dije, deseé haber mantenido la boca cerrada, porque treinta pares de ojos se volvieron para mirarme.

Wilson levantó una ceja, torció la cabeza inquisitivamente y se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con tranquilidad.

Pensaba que se pondría rojo o que me echaría de clase. Eso era lo que normalmente pasaba en el resto de asignaturas cuando hacía comentarios insolentes.

Me encogí de hombros e hice una burbuja con el chicle, que en teoría no podía mascar en clase.

—Nos pides que nos desnudemos emocionalmente, que escribamos nuestros secretos, nuestros momentos más duros, pero tú no compartes nada personal con nosotros. A lo mejor no quiero que sepas mi historia.

La clase estaba completamente en silencio, era sorprendente. Parecía que todos aguantaran la respiración para ver si, finalmente, Blue Echohawk había ido demasiado lejos. En vez de explotar, Wilson se limitó a mirarme

fijamente durante unos segundos larguísimos y la tensión se rebajó.

—De acuerdo, tienes razón —accedió con calma—. Pero el profesor soy yo y, por definición, yo soy el que instruye y vosotros los que aprendéis, así que no todo será justo, porque tenemos roles diferentes. Y no voy a perder el tiempo hablando de mí toda la clase.

—¿Qué te parece si jugamos a las veinte preguntas? —dijo alguien desde la parte de atrás de la clase.

—O a la botella —gritó otra persona. Se oyeron risitas.

—Tengo una idea. Os contaré brevemente mi biografía, como habéis hecho vosotros, y luego os diré qué momento me cambió la vida. ¿Trato hecho? Así será justo y la señorita Echohawk estará tranquila.

Me guiñó un ojo y tuve que resistir las ganas de sacarle la lengua. Se suponía que los profesores no eran jóvenes ni guapos. Eso me irritaba mucho y no sabía por qué. Arqueé una ceja con desdén y aparté la mirada.

—Nací en Mánchester, en Inglaterra. Tengo dos hermanas mayores. Una de ellas vive en Inglaterra, como mi madre. Mi hermana mayor, Tiffa, vive en Las Vegas, y eso es lo que me trajo aquí. Tengo veintidós años. Acabé lo que nosotros llamamos «liceo» a los quince. Es como si vosotros acabarais el instituto antes de lo normal.

—Guau, así que eres superinteligente, ¿no?

Esta deducción tan brillante corrió a cargo de una chica que tenía la voz de Marilyn Monroe, usaba bolígrafos de purpurina, escribía todas las letras de su nombre en un color diferente y, luego, dibujaba corazones y estrellas alrededor. Yo la había apodado «Brillitos».

Reí por la nariz a todo volumen. Wilson me fulminó con la mirada y decidí que probablemente ya era hora de que me callara.

—Nos mudamos a Estados Unidos cuando tenía dieciséis años para que pudiera ir a la universidad antes de tiempo, cosa que es imposible en Inglaterra. Mi madre es inglesa, pero mi padre era estadounidense. Era médico y asumió un cargo en el Instituto del Cáncer Huntsman de Utah. Acabé la universidad a los diecinueve y entonces viví el punto de inflexión que me cambió la vida: mi padre murió. Él siempre había querido que fuera médico, como él. De hecho, fue el cuarto médico consecutivo en la familia. Pero, con su muerte, me quedé destrozado y decidí tomar otro camino. Pasé dos años en África enseñando inglés con el Cuerpo de Paz y descubrí que me

gustaba mucho enseñar.

—Deberías haber sido médico —dijo Brillitos, respirando con fuerza—, ganan más pasta. Y estarías superguapo con el uniforme —añadió finalmente, y se cubrió la boca para reír.

—Gracias, Chrissy —respondió Wilson con un suspiro de exasperación mientras sacudía la cabeza. ¿La chica se llamaba Chrissy? No era mucho mejor que Brillitos.

—Este es mi primer año como profesor en Estados Unidos. Y eso es todo. —Wilson echó un vistazo a su reloj—. Mi vida en dos minutos. Ahora es vuestro turno. Tenéis lo que queda de clase para hacerlo.

Bajé la vista a la hoja. La vida de Wilson era una sucesión de eventos y logros ordenada. Era inteligente, eso era más que evidente, y también buena persona. Y guapo. Provenía de una buena familia. Todo en él era... bueno. No se parecía en nada a mi historia. ¿Había vivido yo un momento concreto que lo hubiera cambiado todo? Más de uno. Sin embargo, hubo un momento en que mi mundo se tambaleó y, cuando se estabilizó, yo ya no era la misma.

Llevaba tres años viviendo con Cheryl y, durante ese tiempo, no había sabido nada de Jimmy. Los servicios de búsqueda y salvamento de Nevada suspendieron su búsqueda, ya que no habían encontrado ni rastro de él. No hubo protestas, nadie sabía que había desaparecido y nadie pidió que continuaran con la investigación. Era un desconocido. Solo un hombre que lo había sido todo para una niña pequeña.

Durante esos tres años, intenté no renunciar a él. No lo hice durante las primeras semanas, cuando la trabajadora social me dijo que tenían que sacrificar a mi perro, Icas. Ni tampoco cuando, semana tras semana, seguían sin tener noticias de él.

Ni cuando Cheryl fumaba sin parar en el apartamento y yo tenía que ir al instituto con el pelo y la ropa apestando a tabaco. No tenía amigos, estaba perdida, era rara, tanto a mis propios ojos como a los de mis compañeros. A pesar de eso, no estaba dispuesta a admitir que Jimmy se había ido; por pura obstinación, mantuve la vista hacia adelante, y eso me hizo más fuerte.

Si no fuera porque a veces se metían conmigo, habría disfrutado del colegio. Me gustaba estar con otros niños y los almuerzos del comedor parecían un festín después de tantos años comiendo lo que cocinábamos en el fogón de la caravana. Me gustaba disponer de más libros. Los profesores

decían que era inteligente y yo me esforzaba muchísimo para ponerme al día, porque sabía lo orgulloso que estaría Jimmy cuando le enseñara los libros o le leyera las historias que había escrito. Escribí todos los relatos que él me había contado, todas las cosas que significaban algo para él y, por lo tanto, para mí. Y esperé.

Un día llegué a casa y vi que la trabajadora social me esperaba fuera. Me dijo que habían encontrado a mi padre. Tanto ella como Cheryl se volvieron hacia mí cuando me acerqué al apartamento. Cheryl hacía anillos de humo y recuerdo que contemplé fascinada cómo lo hacía, como si tuviera un talento especial, hasta que reparé en la expresión de su rostro, en sus ojos entrecerrados y en las comisuras de la boca torcidas hacia abajo de la trabajadora social. Entonces lo supe. Un senderista había visto algo en el fondo de una grieta mientras escalaba, allí, protegido de los animales y demás factores que habrían dispersado los restos. El senderista pensó que parecían restos humanos y llamó a las autoridades, que enviaron a un equipo al lugar. Unos cuantos días más tarde, sacaron los restos de Jimmy. Se había caído desde una altura considerable. ¿Había muerto al caer o es que no había podido salir de la grieta? Llevaba la cartera en el bolsillo de los pantalones, por eso lo habían podido identificar. Misterio resuelto. Adiós a toda esperanza.

Cuando la trabajadora social se fue, me encerré en el cuarto y me eché en la cama. Paseé la mirada por la habitación, que siempre había mantenido limpia y sin ningún toque personal. Nunca la había considerado mía. Era la casa de Cheryl y yo estaba pasando una temporada con ella. Aún tenía la serpiente en la que había estado trabajando el día que Jimmy había desaparecido. Había guardado las obras que él todavía no había vendido ni acabado, las tenía arrinconadas en una esquina, acumulando polvo. Las herramientas estaban debajo de la cama. Eso era todo lo que quedaba de Jimmy Echohawk y mi vida de entonces. Se hizo de noche y yo aún seguía tumbada, mirando el techo y la marca de humedad que me recordaba vagamente a un elefante pesado. La había llamado Dolores y hasta hablaba con ella a veces. Miraba fijamente a Dolores, que se empezó a difuminar y a hacer grande, como una de esas esponjas que se expanden cuando las metes en el agua. Tardé en darme cuenta de que estaba llorando; no era Dolores la que se alejaba flotando, era yo.

Algo me cayó por la mejilla y me mojó el brazo. Volví a la realidad y miré sorprendida la hoja de papel que Wilson había colocado sobre mi mesa. Bajé la cabeza y agarré el bolso mientras me enjugaba a escondidas las lágrimas de la cara. Me miré en un espejito para asegurarme de que no se me hubiera corrido el maquillaje de los ojos. ¿Qué me había pasado? Estaba llorando en clase de Historia. Dejé el bolso en el suelo y tomé el lápiz con fuerza. Estaba decidida a acabar el ejercicio.

Érase una vez un pequeño mirlo al que apartaron de su nido. Nadie lo quería. Era un desecho. Entonces, un halcón encontró al pajarito y se lo llevó con él, lo acogió en su nido y le enseñó a volar. Pero, un día, el halcón no regresó a casa y el pequeño pajarito volvió a quedarse solo y sin nadie que lo quisiera. Quería alzar el vuelo y huir.

Dejé de escribir para recordar.

Esperé a que Cheryl se fuera a trabajar, fui al baño y llené la bañera. Me desnudé y me hundí, intentando no pensar en que, cuando Cheryl me encontrara, me vería desnuda. Mi cuerpo había empezado a cambiar y mostraba signos de madurez, y pensar que alguien podría verme las partes íntimas casi habría bastado para hacerme cambiar de opinión con respecto a lo que me había decidido a hacer. Me esforcé por alejar de mi mente la imagen de aquel baño ruinoso con la pintura medio pelada y el suelo de linóleo sucio. Me decidí a irme volando como el halcón que había visto el día que Jimmy desapareció. Vino al campamento y se sentó en una rama del pino que estaba justo encima de mí. Contuve el aliento y contemplé cómo me miraba. No me atreví a moverme. Jimmy me había dicho que los halcones eran mensajeros especiales. Entonces me pregunté qué mensaje me traía; ahora ya lo sabía: que Jimmy se había ido. Los pulmones me ardían y me pedían que sacara el rostro a la superficie, pero ignoré el dolor. Quería irme flotando, como la muchacha de las estrellas de mi cuento favorito. Subiría al cielo y bailarían con las demás muchachas de las estrellas. A lo mejor vería a Jimmy de nuevo.

De repente, sentí que alguien me sacaba del agua por el pelo y caí en el suelo del baño. Me golpeaban la espalda repetidamente. Tosí, escupí agua y

volví a caer al suelo.

—¿Qué coño haces? ¡Casi me matas del susto! ¿Qué intentabas hacer? ¿Te has quedado dormida en la bañera? ¡Joder! Pensaba que estabas muerta. —Donnie, el novio de Cheryl estaba agachado a mi lado. Entonces empezó a mirarme y dejó de balbucear. Doblé las piernas para cubrirme y me metí en el espacio pequeño que quedaba entre el baño y el tocador barato. Él me observó.

—¿Estás bien? —dijo mientras se acercaba.

—Vete, Donnie —ordené, pero la tos quitó firmeza a mi petición.

—Solo intento ayudarte, niña.

Donnie me miraba las piernas mojadas con atención. Solo me veía las piernas, aunque me había visto todo el cuerpo al sacarme de la bañera. Me encogí tanto como pude. El pelo largo y negro se me pegaba como si fueran hebras amontonadas y me servía para cubrirme.

—Venga, niñita —me dijo Donnie en tono adulator—, ¿acaso crees que me interesan tus piernas delgaduchas? Joder, pero si pareces un pájaro ahogado.

Se puso en pie, agarró una toalla, me la acercó y suspiró al salir del baño, como si pensara que era ridícula. Me envolví con la toalla, pero me quedé en la esquina. Estaba demasiado cansada para moverme, demasiado cansada para tener miedo a Donnie.

Me pareció oírle hablar con alguien. Puede que hubiera llamado a Cheryl. Ella no se alegraría al oír lo que había pasado. Le habrían dado permiso para salir antes. Yo tenía prohibido llamarla al trabajo. Apoyé la cabeza contra el mueble y cerré los ojos. Dormiría allí. Esperaría a que Donnie se fuera y luego volvería a meterme en el agua cálida de la bañera para quedarme dormida otra vez y flotar.

Sonó el timbre. Solté el lápiz, agradecida, y agarré el bolso, como si aquella hoja de papel me quemara.

—Dejad las hojas en los pupitres, yo las recogeré —dijo Wilson para evitar que todos le dieran las hojas a la vez.

Recogió los ejercicios y se detuvo delante de mi pupitre, donde todavía estaba sentada. Lo observé leer la frase que había añadido. Me miró confundido.

—No has escrito gran cosa.

—No hay mucho que contar.

—No sé por qué dudo que eso sea cierto. —Miró de nuevo el papel y lo examinó—. Lo que has escrito suena casi como... una leyenda o algo por el estilo. Cuando lo leo, me hace pensar en tu apellido.* ¿Lo has hecho a propósito?

—Echohawk era el apellido del hombre que me crio. No estoy segura de cuál es el mío.

Pensé que esa afirmación tan grave haría que me dejara en paz, que lo incomodaría. Lo miré y esperé a que respondiera o a que me dejara irme.

—Yo me llamo Darcy.

Me eché a reír a carcajadas por su extraña respuesta; él sonrió conmigo. Habíamos roto el hielo.

—Lo detesto, por eso todo el mundo me llama Wilson... excepto mi madre y mis hermanas. A veces me gustaría no saber cómo me llamo.

Me relajé un poco y me apoyé sobre el pupitre.

—¿Por qué te puso Darcy? Es muy de Barbie Malibú, ¿no?

Ahora fue él quien se echó a reír.

—A mi madre le encanta la literatura clásica. Está chapada a la antigua. El señor Darcy, de Jane Austen, es su favorito.

Yo no sabía mucho sobre literatura clásica, así que esperé a que continuase.

—Escucha, señorita Echohawk...

—¡Uf! Déjalo ya —gruñí—. Me llamo Blue. Pareces un viejo con pajarita cuando hablas así. Tengo diecinueve años, puede que veinte. No eres mucho mayor que yo, así que... déjalo ya.

—¿Qué quieres decir con que puede que tengas veinte años? —preguntó a la vez que levantaba una ceja.

—Bueno... No sé exactamente cuándo nací, así que podría tener veinte años.

Jimmy y yo celebrábamos mi cumpleaños el día que mi madre me abandonó. Él estaba casi seguro de que por entonces tenía unos dos años, pero no tenía forma de saberlo con exactitud. Cuando por fin me matriculé en el colegio, me pusieron en un curso por debajo del que me correspondía

según la edad que creíamos que tenía, porque aún debía aprender muchas cosas.

—¿No... No sabes tu nombre ni qué día naciste?

Tenía los ojos como platos. Parecía incrédulo.

—Eso complica lo de escribir mi historia, ¿verdad? —respondí con desdén. Me había enfadado otra vez.

Wilson parecía atónito y yo me sentí poderosa por haberle bajado los humos.

—Sí... Supongo que sí —susurró.

Lo aparté y me dirigí a la puerta. Cuando había recorrido la mitad del pasillo, giré la cabeza hacia atrás. Wilson estaba de pie junto a la entrada de la clase, tenía las manos en los bolsillos y me observaba mientras me iba.

* *Hawk* en inglés significa halcón. (N. de la T.)

4. Piedra

No fui a la escuela hasta que tuve aproximadamente diez años. Jimmy Echohawk no se quedaba mucho tiempo en ningún lugar, así que ir al colegio no era una opción para mí. No tenía certificado de nacimiento, ni cartillas de vacunación ni domicilio permanente. Jimmy tenía miedo, pero yo no lo sabía por aquel entonces.

Hizo lo mejor para mí y todo cuanto pudo. Cuando aún era pequeña, elaboraba juguetes con los restos de madera que le sobraban de sus proyectos. Algunos de mis primeros recuerdos eran de cuando lo observaba trabajar. Me fascinaba cómo la madera se arrugaba y rizaba cuando Jimmy usaba el cincel. Siempre parecía saber cuál sería el resultado final, como si viese qué se escondía bajo las capas de corteza, como si la madera lo guiara y dirigiera los movimientos de sus manos. Y, cuando paraba, se sentaba a mi lado y contemplaba la escultura inacabada durante largos períodos de tiempo, como si el trabajo continuara en su cabeza, en un lugar donde yo ya no podía observar. Se ganaba la vida vendiendo sus tallas y esculturas a tiendas de arte e incluso a algunas galerías exclusivas en las que se exponían obras de artistas locales y arte típico del suroeste de Estados Unidos. Acabó entablando una relación con los dueños de varias tiendas en la zona oeste y viajábamos de una tienda a otra y subsistíamos a duras penas con el dinero que ganaba. No era mucho, pero yo nunca pasé hambre ni frío y no recuerdo haber sido infeliz.

Esa vida era todo lo que yo conocía, así que no me sentía sola, y había crecido en el silencio, por lo que no sentía la necesidad de llenarlo en las pocas ocasiones que me encontraba sola. A veces Jimmy desaparecía durante

unas horas, como si necesitara un descanso de las limitaciones que la paternidad le había impuesto, pero siempre regresaba. Hasta el día que no volvió.

Vivíamos en climas cálidos: Arizona, Nevada, el sur de Utah y en algunas partes de California. La vida era más fácil así, pero ese día hacía muchísimo calor. Jimmy se había marchado a primera hora de la mañana y me había dicho que volvería más tarde. Se había ido a pie y había dejado la camioneta al sol junto a la caravana. Teníamos un perro, al que llamaba Icas, que es la palabra *pawnee* para decir «tortuga». Era lento y ciego, y se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, así que el nombre le iba como anillo al dedo. Icas acompañó a Jimmy esa mañana, cosa que me dolió e hizo que me enfadara, porque normalmente no nos llevaba a ninguno de los dos con él. Esa mañana, parecía que el perro no quería ir con Jimmy, que tuvo que silbarle dos veces para que lo siguiera. Intenté mantenerme ocupada, tan ocupada como puede estar una niña de diez u once años que no tiene videojuegos ni televisión por cable ni nadie con quien hablar ni jugar. Tenía mis proyectos propios, y Jimmy me dejaba usar sus herramientas.

Me pasé la mañana lijando una pequeña rama que había convertido en una serpiente curvada y sinuosa. Jimmy me había dicho que estaba lo bastante bien hecha como para venderla. Era la primera vez que me decía eso, así que trabajé con diligencia bajo la sombra del andrajoso toldo de tres metros que proporcionaba cobijo en aquel calor de más de cuarenta grados. Habíamos acampado en la base del monte Charleston, al oeste de Las Vegas. Jimmy quería más caoba de montaña, un árbol de hoja perenne y cubierto de maleza que no se parecía en nada a la caoba oscura que la gente conocía. La madera de caoba de montaña era de un color marrón rojizo y muy dura, como casi toda la madera que Jimmy usaba para sus esculturas.

El día se me hizo eterno. Ya estaba acostumbrada a estar sola, pero ese día sentí miedo. Se hizo de noche y Jimmy no volvió. Abrí una lata de judías refritas, las calenté en el pequeño fogón de la caravana y las puse en unas tortillas que habíamos preparado el día anterior. Me obligué a comer por hacer algo, pero acabé llorando y tragándome bocados enteros, ya que tenía la nariz tapada y no podía respirar y masticar a la vez.

Jimmy había pasado la noche fuera en otra ocasión. Cuando regresó la primera vez, actuaba extraño y caminaba a trompicones, se tumbó en la cama

y se pasó todo el día durmiendo. Pensé que a lo mejor estaba enfermo e intenté ponerle un trapo con agua fría en la cabeza, pero él me apartó y me dijo que se encontraba bien, que solo estaba borracho. Yo no sabía lo que eso significaba y, cuando por fin se despertó, se lo pregunté. Estaba avergonzado y se disculpó. Me dijo que el alcohol volvía malos a los hombres y a las mujeres, facilonas.

Pensé durante un largo rato en lo que había dicho.

—¿Puede también volver malas a las mujeres? —pregunté a Jimmy de repente.

—¿Eh? —gruñó confuso.

—El alcohol. Has dicho que hace que los hombres sean malos y las mujeres, facilonas. ¿Puede volver malas a las mujeres? —No sabía qué significaba «facilonas», pero sabía qué quería decir ser malo y me preguntaba si quizás el alcohol había tenido algo que ver con que mi madre me abandonara.

—Claro. Malas y facilonas —asintió Jimmy.

Esa idea me tranquilizó. Siempre había pensado que mi madre nos abandonó a Jimmy y a mí porque yo había hecho algo mal. A lo mejor lloraba demasiado o le había pedido cosas que no podía darme. Pero puede que bebiera y que eso la convirtiera en una mala persona. Si eso era así, a lo mejor no había sido culpa mía.

Aquella noche me quedé dormida, aunque me desperté e intenté escuchar a ver si se oía algún ruido mientras volvía a dormirme. Trataba de no llorar y me decía que era por el alcohol otra vez, aunque no me lo creía. A la mañana siguiente, el calor de la caravana me despertó y me arrebató el sueño en el que no me encontraba sola. Me levanté rápidamente, me puse las chancletas y salí corriendo hacia la luz cegadora del día. Corrí por el campamento para comprobar si Jimmy había vuelto mientras dormía.

—¡Jimmy! —grité—. ¡Jimmy!

Sabía que no había regresado, pero llamarlo y buscarlo por rincones ridículos en los que de ninguna manera podía estar me tranquilizaba. Sentí un quejido ahogado y volví a la caravana con alegría. Esperaba ver a Jimmy y a Icas acercarse por donde se habían ido el día anterior, pero solo vi a Icas. Estaba a unos cuantos metros y cojeaba con la cabeza gacha y la lengua fuera, casi le llegaba al suelo. No había ni rastro de Jimmy. Corrí hacia el

perro y lo tomé en brazos mientras lloraba a lágrima viva por lo agradecida que estaba de que hubiera vuelto. Era una niña pequeña y el peso del perro hizo que me tambaleara un poco, pero no pensaba soltarlo. Lo tumbé con dificultad a la sombra del toldo, corrí a buscar su cuenco, lo llené de agua templada y le ordené que bebiera. Icas levantó la cabeza e intentó beber tumbado. Consiguió dar unos tragos, pero no bebió con las ganas con las que se suponía que debía beber un perro que, claramente, estaba muerto de sed. Intentó levantarse, pero, como ya estaba tumbado, no tenía fuerzas. Intenté ayudarlo para que bebiera otra vez.

—¿Dónde está Jimmy, Icas? —pregunté.

El perro temblaba y se dejó caer al suelo otra vez. Me miró con cara de pena y cerró los ojos, empañados, lloriqueó y, de repente, se quedó callado. A lo largo de aquel día tuve, varias veces, la sensación de que Icas había muerto. No se movía y tuve que acercarme para comprobar que todavía respiraba. No conseguía que comiera ni bebiera.

Lo esperé un par de días más. La reserva de agua de la caravana se estaba acabando, pero aún tenía comida. Jimmy y yo éramos frugales y a veces pasábamos semanas sin hacer la compra. Normalmente estábamos en continuo movimiento, pero ya llevábamos una semana allí cuando Jimmy desapareció. Lo que hizo que me decidiera a pedir ayuda fue Icas. Bebía un poco más y había comido algo, pero estaba letárgico y, al despertarse, se quejaba como si supiera algo que no podía decir. La mañana del tercer día, cogí al perro y lo metí en la camioneta, luego me senté al volante y acerqué el asiento tanto como pude. Dejé una nota para Jimmy en la pequeña mesa de la cocina de la caravana. Si volvía, no quería que pensara que me había escapado y me había llevado todas sus herramientas. No me atrevía a dejarlas allí, porque, si alguien pasaba por el campamento y robaba las herramientas (la cerradura no impediría que entraran), se acabarían las tallas y, por tanto, la comida.

Había un billete de veinte dólares en el cenicero. Para un niño, eso era mucho dinero. Sabía conducir la camioneta, pero me costaba ver por encima del volante, así que agarré un cojín del banco, que se convertía en mi estrecha cama todas las noches, y me senté encima. El cojín me dio la altura justa para que ver la carretera más allá del volante. Cuando salí del tranquilo estrecho en el que habíamos acampado, estuve a punto de chocar con varios

coches. No tenía experiencia conduciendo entre otros vehículos y no sabía adónde me dirigía, pero pensé que, si me detenía en la primera gasolinera que encontrara y decía que mi perro estaba enfermo y que mi padre había desaparecido, alguien me ayudaría.

Conseguí conducir la camioneta en línea recta y empecé a ver casas, que salieron de la nada y eran cada vez más numerosas, pero, al poco tiempo, vislumbré unas luces azules y rojas que brillaban detrás de mí. No sabía qué hacer, así que seguí conduciendo. Intenté pisar el acelerador con más fuerza, porque pensé que quizás así lograría alejarme, pero no sirvió de nada. Además, la camioneta empezó a tambalearse, como ocurría siempre que Jimmy intentaba ir más deprisa. Reduje la velocidad y pensé que, a lo mejor, si iba muy lenta, el coche de policía pasaría por mi lado y me ignoraría. Reduje la velocidad todavía más y el coche de policía se colocó junto a mí. El hombre que conducía parecía enfadado y me hacía señales con el brazo, como si me dijera que parara. Me aparté a un lado y frené con brusquedad. Me di cuenta de que otro coche que emitía destellos de luz se acercaba rápidamente a mí por el otro lado.

Grité, convencida de que había cometido un grave error. Icas ni siquiera se movió, pero yo lo tranquilicé de todas formas.

—No pasa nada, chico, no pasa nada. Solo soy una niña, no creo que vaya a la cárcel.

No estaba segura de que eso fuera cierto, pero, aun así, lo dije. No había motivos para que se preocupara.

La puerta del coche se abrió de par en par, y el policía que me había hecho señales apareció con los brazos y piernas abiertos, cosa que lo hacía parecer muy grande y siniestro.

—Hola —dije con una sonrisa nerviosa. Ser amable siempre funcionaba con Jimmy.

—Salga del coche, señorita. —Los músculos de los brazos del policía abultaban debajo de las mangas del uniforme. Era guapo y llevaba el pelo rubio cuidadosamente peinado y apartado de la cara, y la raya bien definida.

—Preferiría no tener que dejar a mi perro, señor —respondí sin mover ni un músculo—. Muerde a los desconocidos, y usted es un desconocido. No quiero que le muerda.

Icas parecía un puf con cabeza de perro apoltronado en el asiento. No iba

a morder a nadie, por desgracia. Le di un golpecito con el dedo frustrada.

—¿Icas?

El policía miró al perro y luego volvió a fijar la vista en mí.

—No creo que me haga nada. Salga del coche, por favor, señorita.

—¿Qué vas a hacerme? —pregunté mirando hacia abajo—. Ni siquiera me has pedido el carné de conducir.

Sabía que eso era lo que se suponía que hacían los policías, porque a Jimmy lo habían parado el año pasado por llevar un faro delantero roto y lo primero que había hecho el policía había sido pedirle el carné.

—¿Cuántos años tienes, niña? —preguntó él con un suspiro.

—Los suficientes para conducir... seguramente —respondí, intentando sonar convincente.

Llegó otro policía y se puso detrás de la puerta abierta. Era alto y muy delgado, no tenía pelo en la coronilla y el sol le brillaba en la calva como si fuera de cristal. Aparté la mirada haciendo una mueca y me convencí de que ese era el motivo por el que me escocían los ojos y se me estaban humedeciendo.

—La matrícula y el número de identificación del vehículo indican que este coche es de James Echohawk.

Cuando mencionaron su nombre, me dio un vuelco el corazón y sentí cómo el escozor de los ojos se intensificaba. El agua se escapó y empezó a caerme por las mejillas. Me sequé las lágrimas y fingí que era sudor.

—Jope, qué calor hace hoy. Estoy sudando un montón.

—¿Cómo te llamas, niña? —preguntó el policía delgado. Tenía una voz grave que contrastaba completamente con su apariencia. Parecía la voz de una rana.

—Blue —respondí. El tono fanfarrón desapareció rápidamente.

—¿Blue? ¿Como el color azul?

—Sí. Blue... Echohawk —balbuceé. Los labios empezaron a temblarme.

—De acuerdo, Blue. ¿Sabe tu padre que le has cogido la camioneta?

—No lo encuentro.

Los policías se miraron y, luego, fijaron la vista en mí de nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—No lo encuentro —repetí enfadada—. Estábamos acampados y dijo

que volvería. Icas regresó a casa, pero él no. Lleva muchos días fuera, creo que Icas está enfermo y se nos está acabando el agua del depósito. Me da miedo que no vuelva.

—Icas es el perro, ¿verdad?

El policía rubio y musculado señaló a Icas, que ni siquiera había abierto los ojos.

—Sí —susurré, e intenté no llorar.

Decir las palabras en voz alta hizo que se volvieran más reales y horribles. Jimmy había desaparecido. Ya no estaba. ¿Qué sería de mí? Era solo una niña, no podía evitar estar tan preocupada por mí como por él.

Me convencieron de que saliera de la camioneta, aunque en el último momento me acordé de la bolsa de deporte que tenía llena de herramientas. Corrí hacia el vehículo otra vez y la saqué de detrás del asiento delantero. Pesaba mucho y acabé arrastrándola. El policía musculado cogió a Icas del asiento del copiloto y lo observó con el ceño fruncido. Me miró como si quisiera decirme algo, se lo pensó mejor y dejó al perro con cuidado en la parte trasera del coche de policía.

—¿Qué narices...? —preguntó el agente de policía delgado cuando intentó levantar la bolsa de deporte sin pensar que pesaría tanto. Se llamaba Izzard, como «lagarto» en inglés, pero sin la «l» del principio—. ¿Qué llevas en la bolsa?

—Herramientas —respondí sin dejar siquiera que acabara de preguntar —, y no iré a ningún sitio sin ellas.

—Claro... —contestó mientras miraba a su compañero.

—Iz, déjalas detrás, con el perro asesino.

Rieron como si aquello fuera un juego. Me detuve y los miré, primero a uno y después al otro. Levanté la barbilla para retarlos a que siguieran riendo. Sorprendentemente, las carcajadas se detuvieron e Izzard colocó las herramientas al lado de Icas.

Me coloqué en el asiento delantero del coche con el señor Musculitos, también conocido como agente Bowles; el agente Izzard nos seguía en el otro vehículo. El agente Bowles informó de lo que había pasado con la camioneta y dijo unos números, que no entendí por la radio. Evidentemente era un mensaje en código que quería decir «¿Qué hago con la niña loca?».

Les enseñé dónde se encontraba la caravana, que estaba a un tiro de

piedra, en las colinas. No había girado hacia la derecha ni la izquierda desde que había salido del cañón porque me daba miedo no saber el camino de vuelta. Jimmy no había vuelto milagrosamente en mi ausencia; la nota que le había escrito seguía en la mesa, donde la había dejado.

Al final, llamaron al servicio de búsqueda y salvamento. Me gustaba cómo sonaba eso: búsqueda y salvamento. Por primera vez en los últimos días, tuve esperanza. Me pidieron una descripción de mi padre y yo les dije que no era tan alto como Izzard, pero sí un poquito más que el agente Bowles, aunque no tan voluminoso. A Izzard le hizo gracia que llamara a su compañero voluminoso, pero el agente Bowles y yo lo ignoramos. Les dije que tenía el pelo negro y gris y que siempre lo llevaba recogido en dos trenzas. Cuando les recordé que se llamaba Jimmy y les pregunté si lo encontrarían, tuve que callar para evitar romper a llorar. Jimmy nunca lloraba, así que yo tampoco lo haría.

Lo estuvieron buscando. Intentaron localizarlo durante una semana. Yo me quedé en una casa donde había otros seis niños. Los padres fueron amables conmigo y comí *pizza* por primera vez en mi vida. Fui a la iglesia tres domingos seguidos y canté canciones sobre un tío que se llamaba Jesús. Me gustó bastante. Pregunté a la mujer que dirigía el coro si sabía alguna canción de Willie Nelson. No conocía ninguna, aunque eso, seguramente, era bueno, porque si hubiera cantado una de las canciones de Willie, creo que habría echado muchísimo de menos a Jimmy. La casa en la que estuve era una vivienda de acogida, un hogar para niños que no tenían adonde ir. Esa era yo, una chica que no podía ir a ningún otro lugar. Una trabajadora social me hizo preguntas para saber quién era. Hasta ese día yo pensaba que Jimmy era mi padre. Él nunca me había dicho que no lo fuese. Al parecer, mi identidad era un misterio.

—¿Qué puedes contarme de tu madre? —me preguntó la trabajadora social. Aunque usó un tono amable, sabía que tenía que responder.

—Está muerta. —Eso era todo lo que sabía.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

Una vez le pregunté a Jimmy cómo se llamaba mi madre. Él me respondió que no lo sabía, que yo la llamaba mamá, como la mayoría de los niños de dos años. Parece increíble, pero era solo una niña y me lo creí sin sospechar. Jimmy tenía una televisión en blanco y negro con dos antenas en

la que miraba todo lo que ponían en el canal educativo. Eso era todo cuanto conocía del mundo exterior: *Barrio Sésamo*, *Arthur* y *Antiques Roadshow*. No entendía las relaciones entre los hombres y las mujeres, no sabía nada de bebés. Los bebés salían de huevos, los traía la cigüeña o se compraban en los hospitales. No entendía que el hecho de que mi padre no supiera cómo se llamaba mi madre era rarísimo.

—Yo la llamaba mamá.

La mujer entrecerró los ojos. Parecía enfadada.

—Sabes que no me refería a eso. Estoy segura de que tu padre sabe su nombre y te lo ha mencionado alguna vez.

—No. No la conocía mucho. Ella me dejó con él un día y se fue. Y luego murió.

—¿No se casaron?

—No.

—¿Por qué llamas a tu padre Jimmy y no papá?

—No lo sé. Supongo que no era ese tipo de padre. A veces lo llamaba papá, pero normalmente lo llamaba Jimmy.

—¿Conoces a tu tía?

—¿Tengo una tía?

—Cheryl Sheevers. La dirección que tenemos de tu padre es la de casa de tu tía. Es la hermanastra de tu padre.

—¿Cheryl?

Me vinieron recuerdos a la mente de un apartamento. Habíamos estado allí unas cuantas ocasiones, aunque nunca durante mucho tiempo y, la mayoría de veces, yo esperaba a Jimmy en la camioneta. El día que vi a Cheryl yo estaba enferma. Jimmy estaba preocupado y me llevó a su piso, donde ella me dio medicamentos. Los llamó «antibióticos».

—No la conozco muy bien —respondí.

La mujer suspiró, soltó el bolígrafo y se pasó los dedos por el pelo. Tenía que dejar de tocarse el pelo, porque se le estaba encrespando y rizando. Estuve a punto de preguntarle si quería que se lo trenzara, que se me daba bien, pero no creía que fuera a dejarme, así que mantuve la boca cerrada.

—Ni certificado de nacimiento, ni cartilla de vacunación... ni expediente escolar. ¿Qué narices se supone que tengo que hacer? Es peor que Moisés —

murmuraba para sí misma, como hacía Jimmy a veces cuando preparaba la lista de la compra.

Le comenté a la trabajadora social que Jimmy tenía familia en una reserva india de Oklahoma, pero que no me conocían. Resultó que tenía razón. Los servicios sociales localizaron a la familia, que no sabía nada de mí ni quería tener nada que ver conmigo. A mí me daba igual. Oklahoma estaba muy lejos y yo tenía que quedarme cerca para cuando encontraran a Jimmy. La policía entrevistó a Cheryl. Ella me dijo más tarde que la habían interrogado. Cheryl vivía en Boulder City, cerca de donde estaba la casa de acogida en la que yo me hospedaba y, sorprendentemente, dijo que se haría cargo de mí.

No se apellidaba Echohawk, sino Sheevers, pero supongo que eso no importaba. Tampoco se parecía en nada a Jimmy, no tenía la piel tan oscura como él y llevaba el pelo teñido de diferentes tonos de rubio. Llevaba tanto maquillaje que era muy difícil saber qué aspecto tenía en realidad bajo todas esas capas. La primera vez que la vi, la miré con los ojos entrecerrados, para intentar ver cómo era en realidad, como Jimmy me había enseñado que tenía que hacer con la madera. Los agentes de policía dejaron que me quedara las herramientas de Jimmy, pero se llevaron a Icas a un refugio de animales. Dijeron que allí podría examinarlo un veterinario, aunque yo tenía mucho miedo de que no pudieran curarlo. Estaba destrozado. Yo también me sentía rota por dentro, pero nadie se daba cuenta.

5. Internacional

—**E**n la Antigua Roma, cuando los romanos conquistaban un territorio o un pueblo nuevo, dejaban sus idiomas y sus costumbres intactos, e incluso que los conquistados tuvieran su propio gobierno en la mayoría de los casos, aunque designaban a un funcionario para que se asegurara de que la región seguía bajo el poder romano —dijo Wilson, apoyándose en la pizarra con una postura relajada y las manos ligeramente entrelazadas.

»En parte, eso fue lo que hizo que el Imperio romano tuviera tanto éxito. No intentaban convertir a todo el mundo en romanos cuando los conquistaban. Cuando fui a África con el Cuerpo de Paz, una mujer que trabajaba allí me dijo algo en lo que pienso a menudo: “África no se adaptará a ti, eres tú quien tendrá que adaptarse a África”. Eso es verdad, vayáis donde vayáis, ya sea al instituto o al mundo exterior.

»A los dieciséis, cuando me mudé a Estados Unidos, me di cuenta de las diferencias lingüísticas y tuve que adaptarme a vuestro país. No podía esperar que la gente me entendiera o que me tratara con especial delicadeza por las diferencias entre nuestras variedades lingüísticas o nuestras culturas. Es cierto que los estadounidenses habláis la misma lengua que nosotros, pero tenéis muchos acentos y frases hechas que dependen de la región, hay palabras que se escriben diferente y tenemos terminología distinta para casi todo. Me acuerdo de la primera vez que pregunté a alguien en el campus universitario si tenía un pito. Tuve suerte de que no me dieran una paliza. En Blighty, llamamos “pito” a los cigarrillos y en aquel momento me gustaba fumar, pensaba que me hacía parecer mayor y sofisticado.

—¿Qué es Blighty? —preguntó alguien entre risas después de que

Wilson dijera «pito».

—Blighty es un apodo para Gran Bretaña. Tenemos apodos y frases que no tendrían sentido para vosotros, de hecho, puede que necesitarais un traductor si vivierais en Londres, como lo necesité yo cuando vine aquí. Por suerte, tuve un par de amigos que me ayudaron cuando estaba en la universidad. He tenido muchos años para americanizarme, pero es difícil deshacerse de las viejas costumbres, así que he pensado que a lo mejor os gustaría escuchar algunas de nuestras expresiones. Así, si algún día se me escapa algo raro, sabréis de qué hablo.

»Por ejemplo, nosotros usamos siempre “muchacho” y “muchacha” en lugar de “chico” y “chica”. Decimos que algo está “de rechupete” cuando está bueno. Para decir que un sándwich está muy bueno decimos: “este emparedado está de rechupete”. Y, si nos gusta mucho algo, decimos que nos pirra. Si vais a un guateque, es decir, a una fiesta, y os pirra una muchacha que está de rechupete, puede que intentéis pelar la pava o coquetear con ella. Si os llamo papanatas o majaderos, os estoy llamando imbéciles. Si digo que sois personas despiertas me refiero a que sois inteligentes, no a que no estéis dormidos. Y si digo que estáis sonados, tocados o idos, os estoy llamando locos. Si traéis a alguien frito, está hasta las narices de vosotros, pero “quedarse frito” significa “dormir como un tronco” y “andar frito”, “estar borracho”. Nuestros tacos también son muy diferentes, aunque hemos adoptado muchas de las palabrotas por las que vuestras madres os reñirían.

—Decís «caray» y «puñetas», ¿verdad? —dijo alguien desde el fondo del aula.

—Entre otras muchas cosas —respondió él, intentando mantener el rostro serio.

—No llamamos a nuestros amigos por teléfono, los telefoneamos. Y no tenemos capós ni maleteros, tenemos cubiertas y portaequipajes. No tenemos bares, sino *pubs*. A «merendar» se le dice «tomar el té», aunque no se beba té ese día. Y llamamos «parasoles» a las sombrillas, aunque, de todos modos, no son muy necesarias en Inglaterra, porque hace frío y llueve mucho. Después de pasar dos años en África, no me gustaba la idea de volver a Mánchester. Descubrí que me encantaba el sol en grandes dosis, así que, a pesar de que siempre me consideraré inglés, no creo que vuelva a vivir allí.

—Cuéntanos más cosas —dijo Chrissy entre risitas.

—Bueno, si algo es brillante significa que es genial —añadió Wilson—. Si estuviéramos en Londres, os saludaría con un «¿Qué tal?» y vosotros responderíais con la misma frase. Básicamente es otra forma de decir «Hola, ¿cómo estás?», pero no hace falta responder a la pregunta.

Inmediatamente, todos empezaron a saludarse con un «¿Qué tal?» a la vez que hacían imitaciones muy malas de su acento. El señor Wilson continuó hablando por encima del caos y alzó un poco la voz para recuperar el control de la clase.

—Si algo es turbio quiere decir que no está bien, que parece sospechoso. Puede que vuestros resultados del último examen me parezcan turbios si todos suspendéis los exámenes anteriores.

»En Yorkshire, si alguien te dice que no das puntada sin nudo quiere decir que actúas de manera calculada. “No hay premura” significa “no hay prisa” y nunca decimos “tonto”, sino “babieca” o “bobo”. Si te mando a paseo, significa que no quiero verte por aquí, pero, si algo es un paseo o es pan comido, es muy fácil.

Wilson sonrió al ver lo atentos que estábamos mientras tomábamos apuntes del vocabulario. Era como si los Beatles hubieran invadido de nuevo Estados Unidos. Sabía que escucharía «no hay premura» o «esa muchacha está de rechupete» por los pasillos el resto de año.

Wilson solo estaba calentando.

—Siguiendo con lo de comer pan, si alguien te come la tostada, significa que se te ha adelantado en algo. Decimos «meter el cazo» en lugar de «meter la pata». Eso es lo que haces si le preguntas a una mujer si está en estado de buena esperanza, que significa que está embarazada, pero en realidad solo está un poco gorda.

Llegados a este punto, los alumnos se tronchaban y lo único que podía hacer yo era no reír con ellos. Parecía un idioma completamente diferente, tan diferente como era Wilson de los demás chicos a los que conocía. Y no era solo por cómo hablaba, era él. Su luz e intensidad. Y por eso me daba tanta rabia. Cada vez que me pedía que participara, le ponía los ojos en blanco y le gruñía, pero él no perdía los nervios. Eso sí que me traía frita.

Y aún fue peor cuando Wilson presentó a «una invitada especial», una chica rubia que se llamaba Pamela y que nos hizo una presentación de PowerPoint sobre la arquitectura romana que había visto en su último viaje.

Se apellidaba Sheffield. Ese era el nombre del conocido hotel de Las Vegas que estaba diseñado para parecer una finca inglesa. Según parece, su familia había construido el hotel, que todavía llevaba su apellido. Tenían hoteles por toda Europa. Pamela nos contó que se había graduado en Dirección Hotelera Internacional y que había viajado a todos los hoteles de su familia. Uno de ellos estaba cerca del Coliseo de Roma. Cuando hablaba, sonaba exactamente igual que la princesa Diana, y era elegante y sofisticada. Usaba palabras como «horrendo» y «brillante». Wilson la presentó como «una amiga de la infancia», pero ella lo miraba como si fuera su novia. Tenía más sentido que estuviera en Boulder City si su novia trabajaba en el Sheffield.

Pamela mencionó sin parar ejemplos del ingenio del Imperio romano; yo no soportaba que fuera tan guay y encantadora, que supiera tanto del mundo ni que estuviera tan cómoda con ella misma y su lugar en el universo. Me burlé un poco de ella mientras la escuchaba hacer la presentación. Era fácil entender por qué a él le gustaba, después de todo, hablaban el mismo idioma: el de los jóvenes y guapos con éxito y privilegios.

En otra época, Pamela y Wilson habrían sido los romanos y yo habría sido la líder de una de las tribus salvajes que atacaron al Imperio romano. ¿Cómo había dicho Wilson que se llamaban? Había varios: los visigodos, los godos, los francos y los vándalos. O puede que hubiese sido de los hunos. La novia de Atila. Habría llevado un hueso en el pelo y montado en elefante.

Al final, las tribus se impusieron sobre el Imperio romano y lo acabaron saqueando y quemando. Eso me alegraba. Los conquistados alzándose para vencer a los vencedores. Pero si tenía que ser sincera conmigo misma, yo no quería vencer a Wilson, solo quería su atención. Y siempre la conseguía de la forma más molesta. Normalmente reaccionaba con deportividad, pero el día que Pamela vino, me pidió que me quedara después de clase.

—Un momento, señorita Echohawk.

Me quejé, estaba solo a unos pasos de salir de la clase. Algunos compañeros me sonrieron con suficiencia mientras salían, todos sabían que me había metido en un lío.

—Pensaba que ya habíamos hablado de lo de llamarme señorita Echohawk —gruñí cuando el aula quedó completamente vacía.

Wilson empezó a recoger sus papeles y puso orden en los pupitres, empujándolos y colocándolos rectos. No me dijo nada, pero fruncía el ceño.

Parecía... enfadado.

—¿Me he perdido algo? —dijo con un tono apagado. Cuando alzó la vista para mirarme a los ojos, parecía afligido.

Me aparté el pelo de la cara con un movimiento de cabeza. Cambié el peso del cuerpo a la otra pierna y saqué cadera hacia un lado, como hacen las chicas cuando están molestas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué estás tan enfadada?

La pregunta me pilló desprevenida, y sonreí.

—No estoy enfadada —respondí con una sonrisa de suficiencia—, soy así. Vete acostumbrando.

—Preferiría no tener que hacerlo —respondió tranquilo, pero sin sonreír.

Sentí una puñalada de algo parecido al arrepentimiento, pero calmé la sensación de inmediato. Volví a cambiar el peso a la otra pierna y aparté la mirada, para que viera que no tenía nada más que decir.

—¿Puedo irme ya? —pregunté en tono cortante.

Me ignoró.

—No te caigo bien, no pasa nada, a mí tampoco me gustaban algunos de los profesores de mi instituto. Pero buscas pelea constantemente... y no entiendo por qué. Has sido una maleducada con la señorita Sheffield y me has hecho sentir vergüenza, tanto por ella como por ti.

—Las personas como la señorita Sheffield necesitan pasar un mal rato de vez en cuando. Es bueno para ella, la hará más dura, hará que le crezca pelo en el pecho, que desarrolle los músculos. —Sonreí con suficiencia.

—¿Qué quieres decir con eso de «las personas como la señorita Sheffield»?

—Venga, Wilson —me quejé—, sabes perfectamente a qué me refiero. ¿Nunca te has fijado en los grupitos y las tribus urbanas de clase? A este lado tenemos a los deportistas —dije al pasar por un grupo de pupitres que había en última fila—, por aquí a las de los pompones y a las reinas del baile. —Iba señalando a medida que caminaba—. Los empollones suelen estar aquí. Aquí se sienta la chica borde, que soy yo, y los chicos que no saben qué o quién son rellenan los huecos que faltan. Puede que no reconozcas los grupos, porque la gente como tú y como la señorita Sheffield tenéis un

estatus propio, no tenéis un grupo, porque estáis por encima de todo eso. Eres inglés, supongo que lo sabes todo acerca de la estructura de clases, ¿no?

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —gritó Wilson, frustrado. Su enfado me incitó a continuar.

—Jimmy, el hombre que me crio, me contó un relato —expliqué—. Tiene que ver con lo de las tribus, con lo que hemos hablado. Con la historia de los romanos contra los godos, contra los visigodos, contra el resto del mundo. Es el motivo por el que la gente lucha. Es una leyenda india que le contó su abuelo. Él decía que Tabuts, el lobo sabio, decidió tallar las figuras de diferentes personas en palos. Tenían diferentes formas, medidas y colores, pero él los talló a todos. Entonces, metió todas las tallas en un saco grande. Su intención era repartirlos uniformemente por la tierra, de manera que cada persona que había creado tuviera un buen lugar en el que vivir, espacio y comida de sobra y que todos estuvieran en paz.

»Pero Tabuts tenía un hermano más joven que él, se llamaba Shinangwav. Shinangwav, el coyote, era muy travieso, y le gustaba causar problemas. Cuando Tabuts, el lobo sabio, no miraba, Shinangwav hizo un agujero en el saco, de modo que, cuando el lobo sabio intentó repartir a las personas, cayeron en pequeños montones, y no cada uno en su lugar, como él quería.

Wilson estaba inmóvil, con la mirada fija en mi cara. Me di cuenta de que ahora tenía su atención, tanto si la quería como si no.

—Jimmy decía que eso explica por qué la gente se pelea: no tenemos espacio suficiente o, a lo mejor, otra persona cayó en un lugar mejor y los demás queremos esas tierras o las posesiones que le tocaron al resto por cuestión de suerte. Y por eso luchamos. Tú y Pamela sois el mismo tipo de persona, caísteis en el mismo montón —añadí con insolencia.

—¿Qué quieres decir con eso, Blue? —Su tono no era desafiante. Parecía triste, incluso herido.

Me encogí de hombros, cansada. Mi enfado se disipaba, como el aire de un globo pinchado. Wilson era inteligente, no podía costarle descifrar qué había querido decir.

—Si todos estamos tallados por el mismo lobo sabio —persistió él, usando la misma historia para rebatir mi argumento—, ¿qué más da dónde hayamos caído?

—Que mucha gente sufre mientras otros tienen una vida muy fácil. Y eso no tiene mucho más sentido que la leyenda india.

—O sea que estás enfadada por haber caído en el lugar en que lo hiciste. Y estás enfadada conmigo y con Pamela porque nacimos al otro lado del charco y tuvimos una vida placentera y privilegiada.

Lo dijo de tal manera que me hizo parecer una persona llena de prejuicios. Pero, en cierto modo, lo era, así que a lo mejor me lo merecía. Me encogí de hombros y suspiré. Wilson entrelazó las manos delante del cuerpo, con la mirada seria.

—Nadie puede remediar dónde hemos caído, Blue, pero tampoco tenemos que permanecer en el mismo lugar. ¿Por qué no te centras en adónde vas en lugar de pensar tanto en el lugar del que vienes? Concéntrate en lo que te hace brillante, no en lo que te enfada. Te has perdido una parte muy importante de la historia; puede que la moraleja de la leyenda sea que a todos nos ha tallado, creado y formado una mano maestra. Puede que todos seamos obras de arte.

Gruñí y dije:

—Ahora vas a decirme que, si soy yo misma, todo el mundo me querrá, ¿verdad?

—Puede que «querer» sea una palabra muy fuerte —replicó él, inexpresivo.

Solté una risilla.

—¡Lo digo en serio! —contesté con una sonrisa, muy a mi pesar—. Eso que dice la gente de ser uno mismo es una...

—¿Mierda?

—Sí, ser uno mismo solo funciona si no das pena. Si das pena, definitivamente, lo mejor es no ser uno mismo. —Le tocaba a él replicar, pero me di cuenta de que me había perdonado y el corazón se me ablandó un poquito—: ¿Cómo era ese poema de «no soy nadie» del otro día? Creo que eso es más acertado.

—¿El de Dickinson?

Wilson parecía contento de que me acordara. Y entonces lo recitó, con una ceja levantada, como si estuviera seguro de que no me refería a Dickinson:

Yo no soy nadie. ¿Quién eres tú?
¿También tú no eres nadie?
¡Entonces ya somos dos!
¡No lo digas! Lo pregonarían, ya sabes.

Asentí.

—Sí, ese. Creo que la vieja Dick y yo habríamos sido buenas amigas, porque yo tampoco soy nadie.

—La vieja Dick es Emily Dickinson. —Amagó una sonrisa.

Yo sabía perfectamente quien había escrito el poema, pero, me gustaba hacerle reír.

—Lo bonito del poema es que todos nos identificamos, porque todos sentimos que no somos nadie, que miramos desde el exterior; nos sentimos aislados. Pero es esa misma consciencia de nosotros mismos la que nos hace ser alguien. Y tú eres alguien, Blue. Puede que no seas una obra de arte, pero, desde luego, eres una buena pieza.

6. Pavo real

Llegó noviembre, y la luz del sol cambió y se suavizó. El desierto se apagó y, aunque Las Vegas y Boulder City tenían más palmeras que árboles con hojas que cambiaban de color, el otoño suponía un bonito respiro. Mason empezó a venir a verme más a menudo. Disfrutaba de su compañía, siempre y cuando fuéramos en su moto, yo sentada detrás de él, recorriendo el desierto. Cuando se acababa el trayecto, cuando la pasión desaparecía, cuando nos costaba respirar y habíamos satisfecho nuestro deseo, no tenía nada que decirle. Me impacientaba por irme o porque se fuera él. En ningún momento fingí que lo quería o que quería algo con él, y él parecía satisfecho con lo que yo estaba dispuesta a darle.

Supongo que por eso me sorprendí cuando su hermano Brandon apareció de la nada un martes por la noche. Manny y Graciela estaban conmigo en el piso, veíamos *American Idol*, el programa favorito de Manny. Él estaba convencido de que cantaba mejor que cualquiera de los participantes y nos mostraba su talento en los intermedios: se ponía de pie en el sofá y agarraba con la mano un micrófono invisible. No se le daba mal, y lo que le faltaba de talento lo compensaba con su personalidad. Graciela era normalmente su mayor fan, pero ese día estaba nerviosa y no dejaba de mirar el móvil y de caminar de un lado al otro sin parar.

Últimamente, Graciela me ponía de los nervios. Había empezado a alisarse los rizos oscuros, que ahora le colgaban en mechones lacios por la espalda, y se hacía la raya al lado, de manera que el flequillo le escondía el ojo izquierdo. Llevaba el mismo peinado que yo. Cuando comenzó el curso, solo llevaba brillo de labios y máscara de pestañas, pero eso también había

cambiado. Ahora llevaba una gran cantidad de delineador negro, las pestañas rizadas y con varias capas de rímel y la sombra de ojos oscura y difuminada. Llevaba vaqueros y camisetas ajustados y, sorprendentemente, había conseguido unas botas altísimas de la talla treinta y seis. Pesaba unos cuarenta kilos, no tenía ni caderas ni pechos, y la ropa y el maquillaje hacían que pareciera que iba disfrazada para Halloween. Era evidente que intentaba imitarme, pero estaba ridícula y, por primera vez, me pregunté si yo también lo era.

Cuando sonó el timbre, Graciela se levantó de un brinco del sofá y corrió hacia el lavabo gritando, como si fuera Justin Bieber el que esperaba al otro lado de la puerta.

—¿Qué demonios le pasa? —gruñí, molesta.

—Serán las hormonas —dijo Manny en un suspiro, como si fuera un experto en hormonas femeninas.

—Ah, ¿sí? ¿Por eso se ha convertido en una versión mini de mí? ¿Por las hormonas?

Caminé hacia la puerta y la abrí con brusquedad porque pensaba que sería un vecino que se habría cansado de oír a Manny cantar a todo volumen y venía a quejarse.

Al otro lado de la puerta estaban Brandon Bates y dos de sus colegas. Sonreían con superioridad.

—Hola, Blue —dijo Brandon mirando la camiseta de tirantes y los pantalones cortos de algodón que me había puesto cuando llegué de trabajar. A sus amigos también pareció gustarles mi atuendo.

Estaba sorprendida y no supe qué decir.

—Ey, hola, Brandon. ¿Qué haces aquí?

No les di exactamente una gran bienvenida, pero Brandon entró como si lo hubiera invitado a pasar. Le cedí el paso, sorprendida, cuando entró en el piso como si fuera suyo; Cory y Matt lo siguieron. Los tres se pusieron cómodos en el sofá y fijaron los ojos en la televisión, como si tuvieran previsto quedarse un buen rato.

Manny estaba muy contento y los saludó con alegría. Estaba emocionado por el hecho de que Brandon Bates fuera a ver su programa favorito con él. Graciela salió a hurtadillas del baño y caminó apoyándose las paredes, como si fuera un cachorrito tímido, hasta que llegó al brazo del sofá más cercano a

Brandon y se apoyó.

—Hola, Brandon —ronroneó con los ojos clavados en el rostro del chico, jadeando.

Entonces entendí el comportamiento de Gracie; ella sabía que iban a venir. ¿En qué estaba pensando? ¿Acaso creía que íbamos a pasar el rato todos juntos? Lo que sentía por Brandon se hacía evidente con solo fijarse en cómo lo miraba, pero yo sabía a ciencia cierta que Brandon no estaba interesado en ella. Gracias a Dios. De hecho, había coqueteado conmigo y se me había insinuado en varias ocasiones. Me preguntaba si Mason veía a su hermano como una amenaza.

—Bueno, Blue —dijo Brandon al cabo de unos minutos—, había pensado que tú y yo podríamos ir a dar una vuelta en coche mientras Cory y Matt se quedan con los niños.

Manny resopló indignado cuando oyó la palabra «niños» y Cory levantó las cejas, como si eso no fuera eso lo que él había planeado en absoluto.

—¡Brandon! —le avisó Matt.

—¡Brandon! —gritó Graciela, como si el chico la hubiera abofeteado. Entonces, me echó tal mirada asesina que retrocedí unos cuantos pasos.

—¿Sabe Mason que estás aquí, Brandon? —me limité a decir.

—Mason dice que lo que vosotros tenéis es un acuerdo, no una relación, así que no creo que le importe.

El chico me sonrió como si fuera mi día de suerte y Gracie, como si le hubiera robado a su alma gemela. Tenía que echarlos a todos de allí.

—¿De verdad? —murmuré con admiración—. No me suena que formaras parte del acuerdo, así que creo que tendré que rechazar la oferta. Mirad qué hora es. Mi tía está a punto de llegar. —Era mentira, pero Brandon no lo sabía—. Más vale que os vayáis —dije, y abrí la puerta mientras los observaba con una ceja levantada, esperando a que se movieran.

Matt y Cory se levantaron obedientemente, pero Brandon parecía molesto. Tardó más en levantarse y, por un momento, llegué a pensar que podía estar en apuros.

—Yo te acompaño a la puerta, Brandon —dijo Graciela, que se levantó y se colocó a su lado.

Los instintos de hermano mayor de Manny aparecieron por fin. El chico

se levantó enseguida y tomó a Graciela de la mano.

—Vamos, Gracie, nosotros tenemos que irnos también.

La chica se soltó de la mano de su hermano de un tirón. Vi un fogonazo en los ojos de Manny, que soltó algo que no entendí e hizo que Graciela le gruñera como un gato arrinconado. A pesar de ello, consiguió que se marchara con él del piso.

—Hablamos por mensaje, ¿vale, Brandon? —dijo Gracie con la cabeza girada hacia atrás.

Los amigos de Brandon se rieron y Manny volvió a reñir a su hermana mientras se alejaban. Brandon y sus amigos los siguieron y yo suspiré aliviada. Entonces, dijo algo en voz baja y las risas se convirtieron en carcajadas e insinuaciones. Se alejaron entre empujones por la acera que daba a mi piso.

—Oye, Brandon —grité—, mantente alejado de Gracie, por favor.

—Ella no es la que me interesa, Blue —respondió él—. Avísame cuando estés lista para que demos una vuelta en coche, ¿vale?

Cerré la puerta a modo de respuesta.

—Juana de Arco nació en 1412 en un pequeño pueblo del este de Francia. Su familia era pobre y vivía en una región que había quedado arruinada por la guerra. Tres años después del nacimiento de Juana, Enrique V, el rey de Inglaterra, invadió Francia, venció a los franceses en Azincourt y dividió a las gentes del país. —Wilson tenía las manos en los bolsillos y miraba a los alumnos con el rostro serio.

»En uno de los documentos que han llegado a nuestros días, se describe el aspecto de Juana como el de una simple granjera, pero para mí es uno de los personajes más fascinantes de la historia. Empezó a tener visiones religiosas o espirituales a los trece años. Ella las describía como advertencias para que fuera buena o piadosa, para que fuera a la iglesia. Unas visiones sencillas. —Wilson sonrió y mostró una línea de dientes blancos para dar a entender que las visiones no eran en absoluto corrientes ni sencillas—. Cuando tenía casi dieciséis años, sus visiones cambiaron. Entonces, empezó a recibir instrucciones específicas para «ir a Francia. Y obedeció.

»Tenía dieciséis años cuando se presentó ante Carlos de Ponthieu, el atormentado heredero al trono, y le dijo que Dios la había enviado para ayudarlo. ¿Os imagináis a una chica de vuestra edad diciéndole al presidente de Estados Unidos que Dios la ha mandado para ayudarlo? Entiendo que fue igual de sorprendente que Juana le dijera eso al rey. Solo el hecho de que la dejaran entrar ya es extraordinario. De hecho, le dieron la espalda dos veces antes de conseguirlo, pero, finalmente, Juana convenció a Carlos de que Dios la había enviado. Lo logró cuando repitió una plegaria que él había hecho a Dios para preguntarle si era el heredero legítimo al trono y pedirle que, en caso de no serlo, pagara él las consecuencias, y no el pueblo. Juana le dijo que Dios lo había escuchado y que era el rey legítimo.

»La chica mandó una carta a los ingleses y les dijo que el Señor de los Cielos e hijo de María, Jesucristo, apoyaba la coronación de Carlos como rey francés y que debían volver a Inglaterra. Le dieron el control de un ejército y ella dirigió la batalla. ¡Una campesina de diecisiete años! —Wilson miró a su público, gran parte del cual eran chicos y chicas de diecisiete años.

»Juana se convirtió en una especie de líder mitológica entre los que luchaban contra los ingleses. La gente se sorprendía por su sabiduría y conocimiento, así como por su madurez espiritual. Ella les dio algo en que creer y algo por lo que luchar. En un año, había conducido al ejército francés a la victoria en Orleans, Patay y Troyes. También liberó muchas otras ciudades del control inglés e hizo posible la coronación del rey Carlos VII, en julio del año 1429. Sin embargo, un año más tarde la capturaron y la vendieron a los ingleses.

»Los ingleses, junto con el clero francés, decidieron llevarla a juicio por brujería. En aquella época, si alguien quería deshacerse de una mujer, tan solo tenía que acusarla de ser bruja. Veréis que a lo largo de la historia se acusó a muchas mujeres fuertes de lo mismo. Al principio, el juicio fue un acto público, pero las respuestas de Juana fueron mucho más astutas de lo que los que la acusaban podrían haber imaginado. Se ganó el apoyo y la simpatía de los asistentes y, como sus acusadores no podían permitirlo, la acabaron juzgando a puerta cerrada.

»Evidentemente, la declararon culpable y la sentenciaron a morir quemada en la hoguera. Se dice que mientras estaba atada en la hoguera perdonó a los que la habían acusado y les pidió que rezaran por ella. Muchos

ingleses lloraron por su muerte, porque estaban convencidos de que habían quemado a una santa. Tenemos muchos documentos sobre la vida de Juana de Arco, pero hay una cosa en concreto que dijo que me parece que resume perfectamente su carácter y sus convicciones. Dijo: “Solo tenemos una vida y la vivimos como creemos que debemos. Pero sacrificar lo que somos y vivir sin fe es un destino mucho peor que la muerte”.

»La última vez que trabajamos en vuestra historia personal os pedí que escribierais sobre las creencias falsas que teníais, aquellas que podían ser mitos. Hoy quiero ver la otra cara de la moneda. ¿Qué creencias os hacen avanzar y os definen?

Érase una vez un pequeño mirlo al que apartaron de su nido. Nadie lo quería. Era un desecho. Entonces, un halcón encontró al pajarito y se lo llevó con él, lo acogió en su nido y le enseñó a volar. Pero, un día, el halcón no regresó a casa y el pequeño pajarito volvió a quedarse solo y sin nadie que lo quisiera. Quería alzar el vuelo y huir, pero, cuando se acercó al borde del nido y miró al cielo, se dio cuenta de lo pequeñas y débiles que eran sus alas. El cielo era tan grande... El mundo exterior quedaba tan lejos... Se sentía atrapado. Podía irse volando, pero ¿adónde iría?

Había dejado de intentar lanzar mi ejercicio a la papelera, pero, cada vez que lo veía, lo odiaba más. «Yo no soy nadie. ¿Quién eres tú?». Mi mente volvió a aquel día tan horrible. Al día que me convertí en nadie.

Era débil, pequeña. El recuerdo me vino a la mente como una nube negra. Supongo que me quedé dormida entre la pila y el lavabo, porque, cuando me di cuenta, Donnie había vuelto. Me cogió de las piernas y me sacó del lugar donde me escondía con facilidad. Yo grité y le di golpes e intenté huir hacia la puerta. El suelo estaba mojado y resbalé y arrastré a Donnie conmigo. Giró los brazos rápidamente para alejarse de mí y recuperar el equilibrio. Yo corrí hacia la habitación; él me siguió. El miedo me ahogaba y me impedía gritar. Cerré la puerta de un golpe, eché el pestillo y me intenté meter debajo de la cama, pero era demasiado baja y no me cabía la cabeza. No tenía donde esconderse y Donnie daba empujones contra la puerta. Corrí hacia el

armario, me puse una camiseta que me quedaba muy grande y cogí la serpiente de madera, que estaba encima de la cómoda.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien, Blue —mintió él. Le había visto la cara al mirarme; sabía que mentía.

La puerta se abrió y golpeó la pared del lado y Donnie quedó enmarcado en el hueco de la puerta. Di un salto del susto y la serpiente se me cayó al suelo.

—¿Estás loca? —gritó. Tenía las manos delante del cuerpo, como si hubiera conseguido arrinconar a un animal salvaje. Se acercó lentamente con las palmas hacia arriba—. He hablado con Cheryl, me ha dicho que te han dado una mala noticia hoy. Debe de ser muy duro, pequeña, me quedaré contigo hasta que ella llegue a casa, ¿vale? Túmbate en la cama. Tienes los labios azules.

Me agaché y cogí la serpiente mientras tiraba del filo de la camiseta para que no se subiera y dejara a la vista mi cuerpo desnudo. Me gustó notar el peso de la madera en la mano. Donnie se quedó inmóvil.

—No te haré daño, Blue, solo quiero asegurarme de que estás bien, ¿vale?

Di media vuelta y corrí hasta la cama, me metí dentro y me tapé con las sábanas hasta la mejilla. Tenía la serpiente agarrada con fuerza. Vi como Donnie se acercaba. Se sentó en el filo de la cama, alargó el brazo hacia la mesita de noche y apagó la lámpara. Grité, y la luz volvió a encenderse.

—Para —ladró.

—Deja la luz encendida —contesté entre jadeos.

—Vale, vale —respondió rápidamente—. Solo me quedaré aquí sentado hasta que te quedes dormida.

Me puse de costado, de cara a la pared, de tal forma que le daba la espalda a Donnie. Cerré los ojos con fuerza y me abracé a la larga serpiente que se retorcía, cada vez más cálida, en mi mano. La madera era así, cálida y suave. Jimmy decía que era porque, en algún momento, había sido también un ser vivo. Sentí una mano en el pelo y me tensé. Abrí los ojos de repente.

—Cuando era pequeño, mi madre a veces me acariciaba la espalda hasta que me quedaba dormido. —Su voz sonaba tranquila—. Te puedo acariciar la espalda, así.

Bajó la mano hasta ponerla sobre mi hombro y trazó círculos en la parte

alta de mi espalda. Me gustaba. No dije nada y me centré en la figura que dibujaba y en la mano que iba y venía.

Al final me quedé dormida mientras me acariciaba suavemente la espalda. Donnie me había consolado y calmado con las caricias, y eso era lo que yo necesitaba: consuelo. Cuando Cheryl llegó, nos despertó. Donnie se había quedado dormido en la silla que había junto a la cama. Ella lo echó, se sentó en su lugar y se encendió un cigarrillo con las manos temblorosas.

—Donnie me ha dicho que cree que te has intentado suicidar hoy. ¿Por qué ibas a hacer eso?

No respondí. Mi intención no era morir. No exactamente. Solo quería ver a Jimmy de nuevo.

—Quiero volver a ver a mi padre.

Cheryl me miró con el cigarrillo en la boca. Parecía que estuviera pensando en lo que había dicho, sopesando mi respuesta en la cabeza. Finalmente, suspiró y apagó el cigarrillo en la base de la lámpara. La mesilla de noche se llenó de ceniza.

—Sabes que él no era tu padre, ¿verdad? Sé que fue como un padre para ti, pero no era tu padre.

Me senté en la cama y la miré con odio. La despreciaba y me preguntaba por qué me decía esas cosas tan horribles, especialmente aquel día.

—No me mires así. No lo digo para hacerte daño, pero tienes que saber cómo son las cosas. Jimmy me dijo que estaba comiendo un día en un parador en Reno, donde solía vender algunas de las tallas que hacía, y que te encontró. Estabas dormida, acurrucada en el sillón de la mesa que había en una esquina. Eras pequeña, todavía eras un bebé, y esperabas a tu madre, que estaba jugando a las máquinas tragaperras. Él no sabía quién era tu madre, y ya sabes cómo era Jimmy, no habría pedido ayuda ni aunque su ropa hubiese empezado a arder. Se sentó contigo, te dio de su comida. Me dijo que no lloraste y que no parecías tenerle miedo, así que se quedó contigo un buen rato y hasta te talló una muñeca. —Cheryl se encendió otro cigarrillo e inhaló con fuerza. Señaló la cómoda con la cabeza—. Esa. Esa que tienes ahí.

Empecé a sacudir la cabeza para negar la historia, para no dejar que ella me lo arrebatara como intentaba. Pero persistió, y yo no pude evitar escuchar sus palabras.

—Dijo que te quedaste mirándolo y que te comiste las patatas fritas que te dio. Cuando tu madre volvió por fin, él pensó que se enfadaría al ver que estaba a tu lado, pero Jimmy dijo que parecía nerviosa y agitada.

»A la mañana siguiente, te encontró dentro de su camioneta. Dijo que la manilla de la puerta del copiloto estaba rota y no podía cerrarse, así que era muy fácil entrar en el coche. Habían bajado las ventanillas unos centímetros y tú estabas en el asiento de delante. Por suerte, te encontró por la mañana, no demasiado tarde; Jimmy dijo que hacía calor y que tu madre fue una inconsciente al dejarte en la cabina de una camioneta, incluso con las ventanillas bajadas. Pero puede que estuviera pedo o que fuera puesta. Tenías una mochila con unas cuantas prendas de ropa y la muñeca que él te talló. No sabía por qué te había dejado allí, puede que pensara que Jimmy sería bueno contigo o que no tuviera a nadie más con quien dejarte y estuviera desesperada, pero es evidente que lo siguió y te abandonó allí en algún momento de la noche. Él volvió al parador donde os vio por primera vez, pero no había ni rastro de tu madre, y Jimmy tuvo miedo de hacer demasiadas preguntas y acabar llamando la atención.

»Así que el idiota se quedó contigo. Lo primero que tendría que haber hecho es ir a la policía. Unos días más tarde, los policías se presentaron en el parador para interrogar al director del lugar y, como este era amigo de Jimmy, luego le preguntó de qué iba todo aquello. Al parecer, habían encontrado el cadáver de una mujer en un motel de la zona. Imprimieron la foto del carné de conducir de ella y le dieron una al director del parador, para que la colocara allí. Eran los típicos carteles de la policía en los que pone “si sabe algo, llame a este número”. La de la foto era tu madre y, cuando Jimmy la vio, se asustó muchísimo, así que siguió su camino y te llevó con él. No tengo ni idea de por qué no te dejó allí o te llevó a la policía, pero no lo hizo. No confiaba en la policía, supongo que pensaba que lo inculparían de algo con lo que él no tenía nada que ver. Ni siquiera sabía cómo te llamabas, pero, como no dejabas de decir “azul, azul, azul”, él empezó a llamarte “Blue”, y al final te quedaste con ese nombre, supongo.

»Por lo que yo sé, nadie vino nunca a buscarte. Tu cara no salía en los cartones de leche ni nada de eso. Hace tres años, cuando Jimmy desapareció, pensé que estaba acabada. Supe que alguien descubriría que no eras su hija y pensé que yo acabaría en la cárcel por no denunciarlo, así que les dije que,

por lo que yo sabía, eras su hija. No insistieron mucho, porque Jimmy no tenía registros ni documentos ni nada y, además, tú dijiste que era tu padre. Por eso te acogí. Sentía que tenía que echarle un ojo, por su bien y por el mío. Y has sido una buena niña, espero que eso siga así. No quiero más mierdas como la de esta noche. Lo último que quiero es que una niña muera bajo mi tutela.

Durante los meses siguientes, Donnie venía cuando Cheryl estaba trabajando. Siempre se portaba bien conmigo y me ofrecía consuelo. Una caricia, un roce fugaz, migas de pan para el pequeño pájaro hambriento. Cheryl acabó cortando con él, quizás porque se dio cuenta de que yo le gustaba demasiado. Yo me sentí aliviada. Era consciente de que sus muestras de afecto no eran apropiadas. Pero aprendí algo de Donnie. Aprendí que las chicas guapas siempre tienen alguien que las reconforte. Aunque ese consuelo fuera físico y efímero, me saciaba temporalmente y me alejaba de la soledad.

Juana de Arco dijo que sacrificar quién eres y vivir sin fe era un destino mucho peor que la muerte. Yo había sobrevivido a base de esperanza durante los tres últimos años; la esperanza de que Jimmy volvería a por mí. Esa noche, mi fe murió, y también mi identidad. No sacrifiqué quien era, no exactamente. Me arrebataron lo que era. El pequeño mirlo de Jimmy sufrió una muerte lenta y dolorosa. Reemplacé al mirlo con un pájaro azul, estridente y colorido. Un pavo real chillón y ofensivo con plumas de colores vívidos que se vestía para resaltar su belleza constantemente y que ansiaba afecto. Pero todo eso era solo un llamativo disfraz.

7. Real

Gloria Olivares, la madre de Manny y Gracie, nunca estaba en casa. No era porque fuera una mala madre ni porque no quisiera a sus hijos. Era porque, para mantenerlos, tenía que trabajar sin parar. Era delgada, llegaba al metro cincuenta si se ponía de puntillas y hacía jornadas de dieciocho horas día tras día. Era camarera en el mismo hotel en el que Cheryl hacía de crupier y también trabajaba como señora de la limpieza en la casa de una familia pudiente de Boulder City. Yo no sabía si estaba en Estados Unidos sin papeles ni si tenía más familia en México. Tenía un hermano, Sal, que me había dado madera una o dos veces, pero Manny y Gracie nunca hablaban de su padre y, desde luego, no había ninguna otra fuente de ingresos en la familia.

Gloria se tomaba muy en serio las responsabilidades que los niños conllevaban. Siempre estaban limpios, bien alimentados y nunca pasaban frío, pero como no tenía otra opción, los dejaba solos muy a menudo. Ahora que eran adolescentes no importaba tanto, pero Manny decía que había tenido que hacer de canguro de Gracie desde que él tenía cinco años. Puede que, por eso, Manny se viera como la madre de su hermana pequeña, a pesar de que solo era dos años mayor. Y puede que por eso el cambio de Graciela lo hubiera puesto tan nervioso que parecía un adicto al *crack* que necesitaba una dosis.

Fue por la insolencia y la mala actitud de Graciela por lo que Manny caminaba de un lado al otro pidiéndole que saliera de la habitación cuando llegué con la cena en Nochebuena. Beverly me había dado un poco de todo de la cafetería para la cena de aquella noche y, normalmente, Manny se

habría puesto contentísimo. Pero Gracie decía que no tenía hambre y que no quería «cenar con una zorra». Se había portado fatal conmigo desde la noche en la que Brandon se había presentado en mi casa, hacía ya un mes. Por desgracia, cuanto menos interés mostraba Brandon por ella, más agresiva y terca se volvía Gracie.

Me encogí de hombros, deseé a Manny unas felices fiestas y volví a mi piso. Quizá Graciela no quería «cenar con una zorra», pero no le había molestado en absoluto que la llevara a casa en coche todos los días después del instituto para ver a Brandon en el aparcamiento. Y seguía imitándome: llevaba el pelo y el maquillaje como yo, e incluso se doblaba las mangas y se abotonaba las camisas del mismo modo. Así que no quería cenar con una golfa, pero sí quería parecerse a una. Echaba mucho de menos a la antigua Gracie, a la que tenía la cabeza en las nubes. Y, si la nueva no desaparecía pronto, Manny se desmoronaría y yo me enfadaría muchísimo.

—Isabel I era la hija de un rey, de Enrique VIII de Inglaterra, para ser exactos. Suena genial, ¿verdad? Ser princesa. Riqueza, poder, adulación. Brillante, ¿no? ¿Pero os suena el dicho de «no juzgar a alguien por su apariencia?». Bueno, pues yo os digo que «no juzguéis la historia por los supuestos hechos». Dejad a un lado las apariencias y descubrid la historia que hay detrás. La madre de Isabel era Ana Bolena. ¿Alguien sabe algo de ella? —Wilson miró a los alumnos. Tenían cara de embelesados, pero nadie levantó la mano—. La hermana de Ana Bolena, María, era la amante del rey Enrique, bueno, una de ellas. Pero Ana era ambiciosa y pensaba que podía materializar sus ambiciones, así que conspiró y usó la astucia para llamar la atención del rey y conquistarlo. Durante siete años, Enrique trató de divorciarse de la reina para casarse con Ana. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo consiguió que Enrique siguiera interesado y que, además, moviera cielo y tierra para estar con ella? No era considerada una mujer bella. El estándar de belleza de la época era una mujer de pelo rubio, ojos azules y tez pálida, como su hermana María. ¿Cómo lo hizo, entonces? —Wilson hizo una pausa para mantener el suspense—. Lo dejó con ganas de más.

Los alumnos rompieron a reír al entender perfectamente a qué se refería.

—Finalmente, cuando Enrique no logró conseguir que la Iglesia católica disolviera su matrimonio con la reina, cortó todas las relaciones con esta institución y se casó con Ana. Es chocante, porque, en aquella época, la Iglesia tenía muchísimo poder, incluso sobre el rey.

—Ohhh... —suspiraron a la vez unas cuantas chicas.

—Es superromántico —dijo Chrissy poniéndole ojitos a Wilson.

—Oh, sí, muy romántico. Una historia de amor espléndida... hasta que descubres que, tres años después de que Ana consiguiera casarse con el rey, se la acusó de brujería, incesto, blasfemia y de conspirar contra la corona. Al final, la decapitaron.

—¿Le cortaron la cabeza? ¡Qué brutos! —dijo Chrissy, indignada y escandalizada.

—No consiguió engendrar a un heredero varón —continuó Wilson—. Tuvo a Isabel, pero ella no contaba. Hay quien dice que Ana tenía demasiado poder político. Ya sabemos que no era tonta. La desacreditaron y se deshicieron de ella, y Enrique no lo impidió.

—Ya había saciado su apetito —añadí con tono mordaz.

Las orejas de Wilson se sonrojaron, cosa que me complació.

—Evidentemente —se limitó a decir. Su voz no mostró en ningún momento lo incómodo que estaba—. Y eso nos lleva a la idea original. A menudo, las cosas no son lo que parecen. ¿Cuál es la verdad que yace bajo la superficie, bajo los hechos aparentes? Pensad en vuestras vidas...

Silencié la voz de Wilson en mi cabeza, apoyé la frente sobre el pupitre y dejé que el pelo oscuro me escondiera la cara. Sabía dónde acabaría todo esto: en nuestras historias personales. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué sentido tenía? Me quedé en esa posición, con la frente pegada al pupitre, hasta que Wilson acabó la lección. Entonces, el ruido de las hojas de papel y de los sacapuntas que preparaban los lápices para la tarea sustituyeron al empalagoso acento británico del profesor.

—¿Blue?

No me moví.

—¿Te encuentras mal?

—No —refunfuñé mientras levantaba la cabeza y me apartaba el pelo de la cara.

Lo miré con el ceño fruncido y agarré la hoja de papel que me ofreció. Parecía que quería decirme algo, pero se lo pensó mejor y regresó a su mesa. Observé como se iba y deseé tener la valentía para decirle que no pensaba hacer el ejercicio. No podía. El corto y triste párrafo que había garabateado en aquel folio arrugado parecía más bien obra de un ave que se había paseado por encima del papel con las patas sucias. Eso es lo que yo era. Un ave que picaba al aire, cacareaba y erizaba las plumas para parecer más fuerte, para mantener a la gente alejada.

Érase una vez un pequeño mirlo al que apartaron de su nido. Nadie lo quería. Era un desecho. Entonces, un halcón encontró al pajarito y se lo llevó con él, lo acogió en su nido y le enseñó a volar. Pero, un día, el halcón no regresó a casa y el pequeño pajarito volvió a quedarse solo y sin nadie que lo quisiera. Quería alzar el vuelo y huir, pero, cuando se acercó al borde del nido y miró al cielo, se dio cuenta de lo pequeñas y débiles que eran sus alas. El cielo era tan grande... El mundo exterior quedaba tan lejos... Se sentía atrapado. Podía irse volando, pero ¿adónde iría?

Añadí unas cuantas líneas más a mi historia, me detuve y empecé a dar golpecitos con el lápiz sobre el papel, como si fuera una gallina que picoteaba semillas. Puede que esa fuera la realidad que yacía bajo la superficie. Era una cobarde, una gallina, estaba asustada. Me aterrorizaba pensar que mi historia tendría un final trágico. Como el de la pobre Ana Bolena, que conspiró y urdió su plan para ser reina y acabó como un desecho. Otra vez esa palabra. Ella construyó su vida y se la arrebataron de un tirón. Y el hombre que se suponía que la amaba la dejó abandonada a su suerte.

Nunca me había visto como una gallina. En mis sueños, yo era el cisne, el patito feo que se convertía en un bonito cisne al que todos admiraban. El que mostraba a los demás que estaban equivocados. Una vez le pregunté a Jimmy por qué se apellidaba como un pájaro. Él ya estaba acostumbrado a mis preguntas. Me contó que, cuando mi madre me dejó, yo me había mostrado fuerte, casi como si no me afectara. No había llorado ni me había quejado y era muy habladora, casi hasta el punto de volver loco a un hombre

que estaba acostumbrado a no tener mucha compañía y todavía menos a hablar. Nunca perdió los estribos conmigo, aunque a veces se negaba a contestarme y yo acababa parloteando sola.

Pero, ese día en concreto, a Jimmy le apeteció responder. Me contó que los halcones simbolizan protección y fuerza y que, por ese motivo, siempre se había sentido orgulloso de su apellido. Dijo que muchas de las tribus indias americanas tenían variaciones de las mismas fábulas sobre animales, pero que su favorita era el relato *arapaho* sobre la niña que subió al cielo.

Se llamaba Sapana. Era una niña muy guapa a la que le encantaban los pájaros del bosque. Un día, Sapana estaba recogiendo leña y vio a un halcón tumbado al pie de un árbol con una púa de puercoespín clavada en el pecho. La niña calmó al pájaro y le quitó la púa, y el pájaro se fue volando libremente. Entonces, Sapana vio un puercoespín grande sentado al lado de un álamo muy alto. «¡Has sido tú, malvado! Tú has sido quien ha herido al pobre pájaro». Quería coger al puercoespín y quitarle las púas para que nunca más volviera a hacer daño a otro pájaro.

Sapana intentó atraparlo, pero el animal era muy rápido y se subió al árbol. Ella empezó a trepar, pero no conseguía alcanzarlo. El puercoespín subía cada vez más alto y el árbol se alargaba más y más hacia el cielo. De repente, Sapana vio una superficie plana y lisa por encima de su cabeza. Brillaba y, cuando alcanzó a tocarla, se dio cuenta de que era el cielo. Entonces, la niña se percató de que estaba rodeada de tipis, el árbol había desaparecido y el puercoespín se había convertido en un hombre viejo y feo. Sapana se asustó e intentó escapar, pero no sabía cómo volver a casa. El hombre le dijo: «Te he estado vigilando. Eres muy bella y trabajas mucho. En el cielo también trabajamos mucho. Serás mi esposa». Ella no quería ser la esposa del hombre puercoespín, pero no sabía qué hacer. Estaba atrapada.

Sapana echaba mucho de menos los tonos verdes y marrones del bosque y quería volver con su familia. Todos los días, el hombre viejo le traía piel de búfalo para que ella la trabajara y le hiciera ropajes. Cuando no había pieles, excavaba en busca de nabos. El hombre puercoespín le dijo que no excavara demasiado, pero un día, la niña estaba tan distraída pensando en su hogar y en el bosque que no prestó atención a la profundidad del agujero que estaba haciendo. Cuando sacó el nabo de la tierra, vio una luz que brillaba por el agujero y, al mirar por este, vio tierras verdes en la lejanía. ¡Así se volvía a

casa! Colocó el nabo otra vez en el hueco para que el hombre puercoespín no supiera lo que había descubierto.

Día tras día, Sapana cogía los tendones que había quitado de las pieles del búfalo y los ataba, hasta que, finalmente, consiguió hacer una cuerda lo bastante larga como para volver a bajar a la tierra. Ató la cuerda a un árbol que había cerca y sacó el nabo del suelo. Empezó a bajar por las nubes y vio cada vez más cerca la tierra, aunque seguía muy arriba. De repente, Sapana sintió cómo alguien tiraba de la cuerda y, cuando alzó la vista, vio al hombre puercoespín, que la miraba desde el agujero del cielo. «Vuelve a subir o desataré la cuerda del árbol y caerás», gruñó él. Pero Sapana no subió y, de repente, la cuerda se soltó y la chica empezó a caer. Entonces, algo voló por debajo de ella y la chica cayó sobre el lomo de un gran halcón. Era el mismo pájaro al que había ayudado en el bosque el día que persiguió al puercoespín. El halcón bajó volando hasta el suelo con la chica encima. La familia de la niña se alegró mucho al volver a verla y, desde aquel momento, empezaron a dejar trozos de carne de búfalo para el halcón y otras aves de presa como símbolo de gratitud por haber protegido a Sapana y haberla traído de vuelta.

—¡Eres como el halcón que salvó a Sapana! —grité encantada con el cuento—. Ojalá me llamara Sapana, ¡así sería Sapana Echohawk!

Jimmy me sonrió, pero parecía triste. Dijo:

—A veces pienso que me parezco más al puercoespín que al halcón.

Yo no entendí lo que quiso decir, así que reí a carcajadas por el chiste.

—¡Icas es el hombre puercoespín! —dije señalando al perro perezoso y peludo.

Icas levantó la cabeza y me miró como si supiera de qué hablaba, gruñó y se dio la vuelta. Parecía ofendido por la comparación. Jimmy y yo reímos y olvidamos aquella charla.

Érase una vez un pequeño mirlo al que apartaron de su nido. Nadie lo quería. Era un desecho. Entonces, un halcón encontró al pajarito y se lo llevó con él, lo acogió en su nido y le enseñó a volar. Pero, un día, el halcón no regresó a casa y el pequeño pajarito volvió a quedarse solo y sin nadie que lo quisiera. Quería alzar el vuelo y huir, pero, cuando se acercó al borde del nido y miró al cielo, se dio cuenta de lo pequeñas y débiles que eran sus alas. El cielo era tan grande... El mundo exterior quedaba tan lejos... Se sentía

atrapado. Podía irse volando, pero ¿adónde iría? Tenía miedo, porque sabía que no era un halcón.

—¿Jimmy?

La caravana estaba a oscuras y escuché atentamente para ver si Jimmy seguía durmiendo. Parecía que la lluvia golpeaba el vehículo por todos los lados con la ayuda del viento y nos zarandeaba de un lado al otro.

—¿Jimmy? —dije más alto esa vez.

—¿Qué? —respondió rápidamente, como si él también estuviera pendiente del ruido en la oscuridad.

—¿Mi madre se parecía a mí?

Jimmy no respondió de inmediato y me pregunté si querría mantener aquella conversación en mitad de la noche.

—Tenía el pelo oscuro, como tú —respondió con tranquilidad—, y me recordaba a alguien a quien conocía.

No dijo nada más y yo esperé en silencio por si me caía alguna migaja más de información.

—¿Ya está? —dije al final con impaciencia.

—No se parecía a ti —suspiró—, se parecía más a mí.

—¿Eh? —No me esperaba para nada esa respuesta.

—Era indígena, como yo —refunfuñó—. Tenía los ojos y el pelo negros y la piel mucho más oscura que la tuya.

—¿Era pawnee?

—No sé de qué tribu era tu madre.

—¿Pero yo sigo siendo pawnee? —insistí—. Porque tú sí que eres pawnee.

Jimmy gruñó. Yo no identifiqué su incomodidad, no me di cuenta de que había algo que no me estaba contando.

Jimmy suspiró.

—Duérmete, Blue.

8. Plomo

Cuando oí el primer disparo, pensé en los fuegos artificiales que restallaron y crepitaron por el barrio el día de Año Nuevo. Me sorprendí, pero no me asusté. El aparcamiento que había al lado del bloque de pisos donde yo vivía llevaba dos días iluminado de tantos petardos, cohetes y niños que iban de un lado al otro con bengalas, y yo ya estaba casi acostumbrada al sonido. Cerré la taquilla de golpe. Me dirigía hacia el aula donde tenía la siguiente clase cuando se escuchó otro tiro.

Entonces, oí a niños chillar y a gente gritando que alguien tenía un arma. Doblé la esquina para ir a la clase del señor Wilson y vi a Manny con un brazo levantado como la Estatua de la Libertad. En lugar de una antorcha, tenía una pistola en la mano y disparaba al techo mientras se dirigía a la puerta del aula de Wilson preguntando dónde estaba Brandon Bates. El pánico me golpeó como un tren a toda velocidad. A Brandon le tocaba la misma clase que a mí, Historia Europea con el señor Wilson. Solté los libros y corrí hacia Manny gritando.

—¡Manny! ¡Manny, para! —chillé.

Él ni siquiera se volvió para mirarme. Siguió caminando y disparando: tres, cuatro disparos. Entró en el aula de Wilson y cerró la puerta al entrar. Se volvió a oír un disparo. Me metí en la clase unos segundos después. Me esperaba lo peor. El señor Wilson estaba delante de Manny con una mano alargada hacia el chico, quien le apuntaba a la frente y le preguntaba dónde estaba Brandon. Había alumnos llorando que se apiñaban debajo de los pupitres. No vi sangre ni ningún cadáver, tampoco había ni rastro de Brandon Bates. El alivio me dio coraje. Estaba detrás de Manny, de cara a

Wilson y, aunque el segundo no dejó de mirar a Manny ni al arma con la que le apuntaba a la frente en ningún momento, me hizo señales con la mano para que me alejara. Yo me acerqué a Wilson rehuendo a Manny para no asustarlo y le dije con un tono suave:

—Manny, no quieres hacerle daño a Wilson. Te cae bien, ¿se te ha olvidado? Dijiste que era el mejor profesor que habías tenido.

Los ojos furiosos de Manny se posaron un instante sobre mí y luego volvieron a Wilson otra vez. Jadeaba y sudaba muchísimo, y le temblaban las manos. Me daba miedo que apretara el gatillo por accidente: a esa distancia no fallaría el tiro.

—¡No te acerques, Blue! Está protegiendo a Brandon. Todos al suelo — chilló Manny mientras movía el arma de un lado al otro—. O le vo-volaré la cabeza, lo pro-prometo —tartamudeó.

Las palabras contrastaban tanto con su voz de niño que casi me eché a reír. Pero no tenía gracia. Nada de aquello era divertido.

Seguí caminando y Wilson negó furiosamente con la cabeza para que me quedara quieta. Sin embargo, yo seguí hacia delante. Las piernas parecían pesarme doscientos kilos cada una y no me sentía las manos, el miedo me había insensibilizado. No le tenía miedo a Manny. Tenía miedo por él.

—Manny, cariño, dame la pistola. No estamos protegiendo a Brandon.

Eché un vistazo a los alumnos que se escondían y supliqué que Brandon no estuviera allí. Varios estudiantes alzaron la cabeza en busca del chico, pero nadie dijo nada.

—No está aquí, Manny —dijo Wilson con un tono de voz tan calmado como si estuviera dando una clase más—. No lo protejo a él, te protejo a ti, ¿lo entiendes? Tu hermana te necesita y, si disparas a Brandon o a cualquier otra persona, pasarás una larga temporada en la cárcel.

—¡Pero ella solo tiene catorce años! ¡Y él le ha mandado las fotos a todo el mundo! Gracie pensaba que le gustaba y él le pidió que le mandara unas fotos, y luego se las envió a todos. ¡Se ha intentado suicidar por su culpa! ¡Voy a matarlo! —gritó Manny mientras se agachaba y miraba debajo de los escritorios para asegurarse de que no estábamos escondiendo a Brandon.

—Y tendrá que asumir las consecuencias de lo que ha hecho, Manny — lo tranquilicé. Ahora estaba tan cerca que podía alcanzarlo con la mano.

Wilson me agarró del brazo y tiró de mí para que me acercara. Intentó

ponerme detrás de él, pero yo me solté y me coloqué entre él y Manny. Sabía que Manny no me dispararía. La pistola volvía a apuntar a Wilson, pero ahora yo estaba en su camino.

—¡También hay fotos tuyas, Blue! ¿Lo sabías? Gabby me lo ha enseñado esta mañana. Te-te ha visto to-todo el instituto —tartamudeó Manny. Era evidente que estaba destrozado.

Me tranquilicé diciéndome que eso no podía ser cierto, pero la humillación y el aturdimiento me provocaron un nudo en la garganta y sentí que se extendían por mis extremidades como el veneno de una serpiente. Mantuve el brazo alargado con la esperanza de que Manny se rindiera y me diera el arma.

—En ese caso, ¿no debería ser Blue la que llevara la pistola? —replicó Wilson con amabilidad.

Manny miró a Wilson sorprendido y luego fijó la vista en mí. Moví los dedos para indicarle que me diera el arma. Parecía que el chico estaba considerando lo que le había dicho el profesor. Entonces, Manny rio. Fue una risa corta que pareció hipo, pero el sonido resonó por la habitación como otro disparo. Quería cubrirme la cabeza, pero, entonces, la risa se convirtió en una carcajada y, luego, en sollozos de desolación.

De repente, Manny pareció perder la convicción cuando bajó el brazo y dejó que el arma colgara de sus dedos. Enterró la barbilla en el pecho y los sollozos se apoderaron de él. Wilson pasó por mi lado y rodeó al chico con los brazos y, luego, lo abrazó con más fuerza cuando intenté coger la pistola. Manny dejó que se la quitara sin protestar y yo me aparté con cautela, paso a paso, mientras miraba como Manny lloraba desconsoladamente sobre el pecho del profesor. No supe qué hacer con el arma. No la quería dejar, pero tampoco podía dársela a Wilson, porque estaba abrazando a Manny, que lloraba a lágrima viva. Me pareció que lo hacía más para mantenerlo inmovilizado que para consolarlo, aunque Manny no tenía por qué saberlo.

—¿Sabes vaciar el cargador? —preguntó Wilson en voz baja.

Asentí. Jimmy me había enseñado a hacerlo. Saqué las balas rápidamente; Wilson se dirigió a la clase. Muchos de los alumnos habían empezado a levantarse de sus escondites, bajo los pupitres.

—Chicos, tenéis que salir de la clase con calma. No corráis, caminad. Cuando lleguéis al pasillo, no os detengáis. Salid del instituto. Supongo que

la ayuda está en camino. Todo saldrá bien. Blue, quédate conmigo. No puedes salir al pasillo con el arma y yo no puedo agarrarla ahora mismo. Esperaremos aquí hasta que lleguen los refuerzos.

Sabía que Wilson se refería a la policía, pero trataba de no alarmar a Manny, que temblaba destrozado en sus brazos.

Los compañeros de clase abrieron la puerta de par en par y salieron rápidamente hacia el pasillo, que estaba vacío y en silencio, como si las clases continuaran en el resto de las aulas. Pero yo sabía que los profesores intentaban proteger a los alumnos y que todos se apiñaban aterrorizados tras esas puertas cerradas, llorando, rezando y esperando no oír más disparos, suplicando que los rescataran, llamando a la policía. Quizá todos habían salido del instituto cuando Manny empezó a disparar a las luces. O, a lo mejor, había un equipo de los SWAT subiendo las escaleras en esos instantes. Lo único que sabía era que, cuando llegara la policía, esposaría a Manny y él no volvería al instituto. Nunca.

—Deja el arma y las balas encima de mi escritorio, Blue. Es mejor que no la tengas en la mano cuando lleguen las autoridades —me ordenó Wilson.

Volví a prestar atención a la clase, ahora vacía, y a la pistola que sujetaba. Hice lo que Wilson me pidió y, cuando caminé hacia él de nuevo, sus ojos se posaron sobre los míos y vi reflejado en su rostro joven el terror por todo lo que había ocurrido. Parecía que, ahora que había pasado el peligro, estuviera reviviendo en la cabeza los sucesos, con secuencias extra y posibles escenas eliminadas sangrientas. Justo cuando me pregunté por qué no me temblaba el cuerpo, sentí que me cedieron las piernas, perdí el equilibrio y tuve que apoyarme en un pupitre.

Entonces, el aula se llenó de policías que gritaban órdenes y hacían preguntas. Wilson las respondió una detrás de otra rápidamente mientras señalaba el arma e informaba de lo que había pasado. Nos apartaron a Wilson y a mí hacia un lado y rodearon a Manny, lo esposaron y se lo llevaron. Sentí cómo Wilson me rodeaba con los brazos y me abrazaba intensamente. Yo me aferré a él. Noté que tenía la camiseta húmeda por las lágrimas de mi amigo y sentí el latido salvaje de su corazón bajo mi mejilla. El olor característico de Wilson, a jabón de especias y caramelos de menta, iba acompañado por el penetrante olor del miedo y, durante unos minutos, ninguno de los dos pudo hablar. Cuando por fin habló, su voz sonó ronca por

la conmoción.

—¿Estás mal de la cabeza? —me regañó con los labios enterrados en mi pelo, la voz entrecortada y un acento británico notable—. Eres más valiente que cualquier chica que haya conocido. ¿Por qué no te has escondido como el resto de los alumnos, como habría hecho cualquier persona inteligente?

Me aferré a él, temblando. La adrenalina que hasta ahora me había mantenido derecha me abandonó.

—Es mi amigo. Y los amigos no dejan que sus amigos... disparen a otros amigos —bromeé, y la voz me tembló a pesar del tono bravucón.

Wilson rio. Parecía casi alegre y aliviado. Yo también reí, porque habíamos tenido la muerte delante de nosotros y habíamos vivido para contarlo. Reí, porque no quería llorar.

Wilson y yo respondimos a las preguntas juntos y, luego, nos interrogaron por separado, como hicieron con todos los alumnos que estuvieron en el aula o en los pasillos cuando Manny entró al instituto. Estoy segura de que a Manny también lo interrogaron, aunque había rumores de que no contestaba y de que lo mantenían vigilado constantemente para que no se suicidara. Más tarde me enteré de que habían avisado a los SWAT y de que, cuando los alumnos de la clase de Historia Europea salieron por la puerta principal del instituto, ya había ambulancias y personal de emergencias esperando.

Los profesores y el personal administrativo del instituto evacuaron rápidamente a la mayoría del cuerpo estudiantil mientras la tragedia seguía en el aula del señor Wilson. Y, cuando los estudiantes de esa clase salieron corriendo del edificio y dijeron que habían desarmado a Manny, la policía, que acababa de llegar, entró al edificio. Desde el primer disparo a un fluorescente hasta que se llevaron a Manny arrestado solo pasaron quince minutos. A mí me pareció toda una eternidad.

La gente decía que Wilson y yo éramos unos héroes. Vinieron algunos cámaras de cadenas de televisión local y nacional para informar del tiroteo que había acabado sin una gota de sangre derramada. El director Beckstead me felicitó personalmente y fue una situación surrealista para ambos, estoy segura. Las pocas veces que había estado en el punto de mira del director no

había sido por mi actuación heroica, ni mucho menos. Los medios de comunicación nos acosaron a mí y al señor Wilson durante semanas, pero yo no quería hablar con nadie sobre Manny, y me negué a hacer las entrevistas. Yo solo deseaba que mi amigo regresara, y tantos policías y periodistas me recordaban a Jimmy y a la última vez que perdí a alguien a quien quería. Hasta me pareció ver al agente Bowles, el policía que me obligó a detener la camioneta de Jimmy cuando era pequeña. Estaba hablando con un grupo de padres cuando salí del instituto aquel día tan horrible. Me dije a mí misma que no podía ser él. Además, ¿qué más daba? Tampoco es que tuviera nada que contarle.

Ya había pasado un mes desde que Manny perdió la cabeza. Un mes sin poder descansar de toda la locura que acarreó aquello. Un mes de infelicidad y de desesperación para la familia Olivares. Habían soltado a Manny, aunque tenía un juicio pendiente o algo parecido, y Gloria y los niños habían desaparecido sin dejar rastro. Yo no sabía dónde estaban y no creía que fuese a verlos nunca más. Había sido un mes espantoso, así que llamé a Mason. Siempre hacía lo mismo. No salía con él ni nos juntábamos para pasar el rato. Nos acostábamos.

Mason accedió con gusto, como siempre. Me encantaba su aspecto y la sensación de estar debajo de él, pero él no me gustaba especialmente. No me paré a pensar en por qué no me gustaba, ni siquiera pensé que tuviera que reflexionar al respecto. Por eso, cuando me lo encontré en la puerta del instituto sobre su Harley y con los brazos cruzados para que le viera los tatuajes en esos bíceps tan fuertes que tenía, dejé la camioneta en el aparcamiento del instituto y me subí en la moto con él. Me pasé el bolso por la cabeza, le rodeé la cintura con los brazos y nos fuimos. A Mason le encantaba ir en moto. Ese día hacía frío, pero el sol del desierto brillaba incansable. El trayecto en moto duró más de una hora: llegamos hasta la presa de Hoover y volvimos cuando el invierno nos empezó a robar la luz del día, que desapareció demasiado pronto. No me recogí el pelo, dejé que el viento me lo sacudiera y lo convirtiera en una masa enredada que me golpeaba la cara, me purgaba y castigaba, aunque, al parecer, era lo que

quería.

Mason vivía en el apartamento que había encima del garaje de sus padres, al cual se accedía por unas escaleras de metal estrechas que daban a un rellano casi inexistente. Subimos a su casa. Teníamos las mejillas irritadas por el viento, sentíamos como la sangre nos latía bajo la piel, revigorizados por el frío trayecto. No perdí el tiempo con adulaciones ni con preliminares seductores; nunca lo hacía. Nos tumbamos en la cama sin mediar palabra y dejé que mi corazón ansioso y mi mente nerviosa se apagaran mientras el atardecer traía con él otra noche, otra unión sin sentido, otro intento de encontrarme a mí misma mientras me ofrecía a él.

Me desperté horas más tarde en una cama vacía. Una música y unas voces atravesaban las finas paredes que separaban la habitación y el baño de Mason del resto de la casa. Me vestí y tuve que forcejear para meterme en los vaqueros que tanto odiaba pero que me ponía todos los días. Me moría de hambre y esperaba que Mason y quien fuese que estuviera fuera hubieran pedido *pizza* y les pudiera robar un trozo. Mi pelo se había convertido en un gran nudo imposible de deshacer. Se me había corrido el lápiz de ojos negro y me pasé veinte minutos en el lavabo para evitar que quien fuera que estuviera con Mason no hiciera insinuaciones de mal gusto sobre lo que habíamos hecho por la tarde.

Acabé en el baño y, por costumbre, apagué la luz y fui hacia el otro lado de la habitación. Rodeé con cautela la cama para no pisar la ropa ni los zapatos tirados por el suelo. El interruptor de la habitación estaba cerca de la puerta, pero el baño estaba en el otro extremo, lo que dificultaba mucho caminar entre el desorden si llevabas zapatos de tacón. Conseguí llegar a la puerta, que me separaba de un manjar caliente y con queso, y estaba buscando el pomo a tientas cuando oí que la puerta de entrada se abría y Mason recibía a su hermano con un «¿Qué pasa, hermanito?».

No había visto a Brandon Bates ni había hablado con él desde antes del tiroteo. Y tampoco quería. Ni siquiera estaba en el instituto aquella tarde, pero yo lo culpaba por lo que había pasado. Estaba detrás de la puerta, con hambre e indecisa, y escuché el saludo de otra persona.

—Hola, Brandon, ¿te ha invitado alguien a salir últimamente?

Era Colby. De todos los amigos de Mason, él era el que peor me caía. Era feo, estúpido y mala persona. Una triple amenaza. Además, parecía que

estaba borracho, y eso no auguraba nada bueno. Lo evitaba en la medida de lo posible, pero parecía que esta noche no podría.

—Todavía no, Colby, pero la noche es joven —bromeó Brandon, siempre tan gracioso.

—Mason dice que tienes las fotos de esa chica tan guapa en el móvil —farfulló Colby—. No te las confiscaron, ¿no?

Aunque Graciela había reconocido que había enviado a Brandon fotos de ella misma desnuda, a él lo habían acusado de incitarla a hacerlo y, luego, de distribuir las. Había rumores de que los padres del chico estaban luchando con uñas y dientes para que lo absolvieran, pero todos sabían lo que había hecho.

—Calla, gilipollas —respondió Mason. Pero el tono con el que lo dijo no fue del todo serio.

Suspiré porque supe qué pasaría: tendría que volver andando hasta la camioneta, que seguía aparcada en el instituto. Brandon y Colby se pasarían allí toda la noche bebiendo mucho y viendo capítulos de *Ultimate Fighter* hasta hartarse.

—¿Qué pasa? He visto la foto que tienes de Blue. Esa sí que está como un tren, tío, no como una niña de catorce años que yo me sé—dijo Colby riendo.

Sentí que el corazón se me paraba en seco.

Mason dijo una palabrota y tiró algo. Sus palabras se perdieron en una pelea en la que algo se rompió y volaron objetos pesados, junto con algunas obscenidades.

—Está en la habitación de al lado, Colby. Eres idiota —espetó Mason.

Colby y Brandon se echaron a reír; evidentemente, no les importaba ni lo más mínimo que pudiera oírlos hablar sobre mi cuerpo o que Mason me hubiera hecho una foto sin mi conocimiento ni mi consentimiento.

—Tío, yo también la he visto —gritó Brandon—, la ha visto todo el instituto. En realidad, creo que la niña mexicana la vio en mi móvil. Después de eso, fue fácil convencerla de que todas las tías buenas me mandan fotos.

—¡Cállate! —susurró Mason, aunque su susurro se escuchó tan bien como las risas de Brandon y Colby—. ¿Qué cojones hacíais con mi teléfono? Blue ni siquiera sabe que le hice esa foto.

Volví al lavabo. No quería oír nada más. Sentía un nudo en el estómago y el hambre que tenía hacia unos segundos se había convertido en un mazo de demolición que me golpeaba el estómago. Creía que iba a vomitar. Graciela había visto una foto mía desnuda en el teléfono móvil de Brandon. Eso ya me lo había dicho Manny, pero me convencí a mí misma de que era solo por la agitación, de que lo dijo porque le impedí tomarse la justicia por su mano. No le conté a la policía lo que Manny dijo y, por lo que yo sabía, nadie lo había hecho.

Me acordé de aquella tarde en la que Graciela se había enfadado tanto conmigo. La noche que Manny y yo habíamos puesto los ojos en blanco y nos habíamos reído de las chicas que tenían las hormonas revolucionadas y se encaprichaban con los chicos. Entonces lo entendí. Graciela me admiraba, me idolatraba, y yo la había traicionado. Ella creyó que yo le había mandado esa foto a Brandon, al chico que yo sabía que le gustaba, al chico por el que todas estaban locas y que, por un momento, le había permitido disfrutar de su atención. Y por eso lo hizo ella también.

Tenía los ojos secos, pero no podía dejar de jadear mientras intentaba aguantar el llanto que me resonaba en el corazón y la culpa que me obstruía la garganta.

«Yo no lo sabía». Le pedí a mi consciencia que me absolviera. Mason me había hecho la foto sin que yo lo supiera y su hermano se había hecho con ella.

—Yo no lo sabía —dije con desespero. Esta vez, mi voz resonó en el mugriento lavabo en el que me encogía de miedo.

Miré a mi alrededor: a la ropa sucia, a la cortina de ducha mojada, al lavabo pestilente y al grifo lleno de porquería. ¿Qué hacía allí? ¿Qué había hecho? Yo había elegido estar allí y estar en esa situación con Mason. No sabía lo de la foto, pero eso no significaba que fuera inocente.

Mis actos habían desencadenado unos sucesos. Una chica confundida que buscaba afecto con ansía había tomado una muy mala decisión. ¿Me refería a Graciela o a mí misma? Me miré en el espejo y aparté la mirada inmediatamente. Mis acciones, aunque no hubiera sido a propósito, habían provocado esa reacción de Graciela y, en consecuencia, la respuesta de su hermano. Manny, que parecía que quería a todo el mundo y, lo que es más impresionante aún, que se gustaba a sí mismo. «Yo no soy nadie. ¿Quién

eres tú?».

«Soy Manny», había respondido él, como si eso fuera suficiente. ¿Y por qué no bastaba? Porque, a pesar de que nos dicen que seamos nosotros mismos con buenas intenciones, ¿cómo se supone que tienes que ser tú mismo si ni siquiera sabes quién eres? Manny parecía saber quién era, pero era tan susceptible como todos los demás a las influencias de un mundo en el que actuamos sin pensar, en el que vivimos sin consciencia y juzgamos sin entender.

Agarré el bolso y crucé la habitación. ¿Debía decirle a Mason que me diera el móvil para eliminar la foto o que, si no, iría a la policía? ¿Debía empezar a tirar cosas y a llorar y decirle que era un cabrón y que no quería volver a verlo nunca más? ¿Serviría de algo? Al fin y al cabo, ya no era un secreto. La foto había salido a la luz y, quizás, era lo más justo.

Pasé por el comedor y me puse la chaqueta. Colby me saludó con alegría; Brandon parecía incómodo. Mason permaneció en silencio mientras yo me dirigía a la puerta. Debía saber que los había oído.

—No te vayas, Blue —dijo mientras salía por la puerta. Pero no me siguió.

9. Medianoche

La camioneta estaba sola en el mar de asfalto rayado. Las farolas del aparcamiento creaban pequeños charcos de luz naranja en el suelo y yo me dirigí a la camioneta, agradecida de que el día llegara a su fin. Me dolían los pies. Las botas de tacón que hacían que mis piernas se vieran tan largas me apretaban los dedos y di los últimos pasos cojeando. Saqué las llaves del bolso y metí la llave en la cerradura. Cuando abrí la puerta, esta chirrió y me asustó, a pesar de que había oído ese sonido mil veces antes.

Me subí a la cabina, cerré la puerta e intenté arrancar el vehículo. Clic, clic, clic, clic. «¡Oh, no! Ahora no, por favor», me quejé. Lo volví a intentar, pero solo se oía una serie de clics rápidos. Ni siquiera se encendían las luces. Se había quedado sin batería. Dije una palabra poco propia de una señorita y golpeé el volante. Sonó el claxon, como si reclamara piedad. Pensé en dormir en el asiento de delante, porque mi casa estaba a muchos kilómetros y no podía seguir caminando con esos zapatos tan absurdamente altos. Tardaría horas en llegar. Cheryl estaba trabajando, así que no podría venir a recogerme. Pero si me quedaba allí, tendría el mismo problema por la mañana y, además, tendría que caminar hasta casa con el maquillaje corrido y el pelo hecho un desastre a plena luz del día.

Mason vendría a buscarme. Seguro que respondería al teléfono enseguida. Me deshice de esa idea. No volvería a llamar a Mason Bates nunca más. Eso quería decir que solo tenía una opción. Salí de la camioneta y empecé a caminar. La ira impulsaba mis piernas. Atajé por el aparcamiento y rodeé el instituto en dirección a casa (en dirección contraria a por donde había venido). Vi un coche que no había visto al llegar en el aparcamiento de

los profesores, que estaba más cerca del instituto y de la entrada. Era el Subaru plateado en el que había visto al señor Wilson pasear por la ciudad. Si era suyo y estaba en el instituto, podría llevarme a casa o, todavía mejor, ayudarme a arrancar la camioneta. Tenía los cables necesarios. A lo mejor se había dejado las llaves puestas y podría tomar prestado su coche un momento, acercarlo a mi camioneta, arrancarla y volver a dejarle el coche donde estaba sin que tuviera que enterarse.

Me hice ilusiones e intenté abrir la puerta del conductor, pero no hubo suerte. Probé con todas las puertas para asegurarme. Podría llamar a la puerta del instituto, la que estaba más cerca de donde tenía su coche aparcado, pero su aula estaba en la segunda planta al final del pasillo, así que era muy poco probable que me oyera. Sin embargo, sabía cómo entrar en el instituto. El verano anterior se me había roto el taladro y, como no tenía dinero para comprar uno nuevo, usé el que había en el taller de carpintería del instituto. Metí una lima de metal en la cerradura de la puerta de salida del taller y la limé para que pudiera abrirse con cualquier llave. Si nadie se había dado cuenta de lo que había hecho en los siete meses que habían pasado desde entonces, podría entrar sin problema. Puede que me metiera en un lío, pero podría decir que la puerta no estaba cerrada con llave. Seguro que Wilson no se chivaría.

Parecía que mi mala racha se había tomado un descanso, porque pude abrir con facilidad la cerradura del taller con las llaves del coche. Me colé en el instituto. Caminé por los pasillos que me eran tan familiares. Por extraño que pareciera, el olor del instituto (a desinfectante, a la comida del comedor y a colonia barata) me tranquilizaba. Me pregunté cómo podría acercarme a Wilson sin darle un susto de muerte. Me dirigía a las escaleras que daban al segundo piso cuando oí algo que hizo que me detuviera en seco. Escuché con atención, pero el corazón me latía tan fuerte que no podía descifrar qué era el sonido. Contuve el aliento y me esforcé en escuchar. ¿Violines? Qué raro. Me vino a la mente la escena de *Psicosis*, de Hitchcock: ¡Chin! ¡Chin! ¡Chin! ¡Chin! Me dio un escalofrío. Los violines son siniestros.

Subí las escaleras siguiendo las notas débiles. Cuando llegué al segundo piso, vi que el pasillo estaba oscuro y la luz de la clase del señor Wilson me incitó a acercarme. No había más luz en todo el edificio, lo que centró mi atención en el hombre que había dentro del aula. Wilson quedaba enmarcado

en el umbral de la puerta de su aula, que era un rectángulo de luz al fondo del oscuro pasillo. Caminé hacia él pegada a la pared por si alzaba la vista, aunque la luz que lo iluminaba lo cegaría. Pensé que probablemente no me vería, aunque mirara hacia mí fijamente.

Tenía un instrumento. No sabía cómo se llamaba; era más grande que un violín, tan grande que lo tenía apoyado en el suelo y él estaba sentado detrás. La música que tocaba no daba miedo, era preciosa: desgarradora y dulce a la vez. Intensa y simple. Wilson tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada, como si estuviera rezando y tocando el instrumento al mismo tiempo. Llevaba la camisa remangada y movía el cuerpo al ritmo del arco, como si fuera un espadachín agotado. Entonces me acordé de Manny y del comentario que hizo sobre sus antebrazos y contemplé los músculos que se contraían y se relajaban bajo su piel y arrancaban esa melodía tan delicada de las tristes cuerdas.

Quería que supiera que estaba allí, asustarlo. Quería reírme, burlarme de él, decirle algo hiriente y sarcástico como solía hacer. Quería odiarlo, porque era bello de una forma que yo nunca podría ser.

Pero no me moví. No dije nada. Me limité a escuchar, no sé durante cuánto tiempo. Y mientras escuchaba, sentí que el corazón me dolía; era un sentimiento al que no sabía ponerle nombre. Noté que el corazón se me hinchaba. Levanté la mano y me la llevé al pecho, como si así pudiera detenerlo.

Sin embargo, el sentimiento se intensificaba con cada nota. No era ni pena ni dolor. Ni desesperanza, ni tampoco arrepentimiento. Parecía... gratitud. Amor. Enseguida rechacé las palabras que me habían venido a la mente. ¿Gratitud? ¿Por qué? ¿Por mi triste vida? ¿Por la felicidad que había sentido en contadas ocasiones? ¿Por el placer fugaz que luego me dejaba un regusto de culpabilidad y aversión?

Cerré los ojos para intentar resistirme a esa sensación, pero mi insaciable corazón la ansiaba con todas sus fuerzas. El sentimiento se me extendió por brazos y piernas; era como un bálsamo cálido que me curaba, y la gratitud que sentí por estar viva, por poder sentir y oír la música hizo que la culpabilidad y la aversión desaparecieran. Una dulzura indescifrable que no había sentido antes me sació.

Me deslicé por la pared y me senté en el frío suelo de linóleo. Apoyé el

peso de la cabeza en las rodillas y dejé que las cuerdas del instrumento que Wilson tocaba deshicieran los nudos de mi alma y me liberaran, aunque fuera por un momento, de las cargas que arrastraba conmigo como si fueran latas que golpeaban el suelo y cadenas sucias.

¿Habría alguna forma de deshacerse de ellas para siempre? A lo mejor podía ser una persona diferente. Quizás mi vida podía cambiar y podía convertirme en alguien. No tenía muchas esperanzas, pero la música tenía algo que me susurraba que era posible y hacía que el sueño cobrara vida. Wilson siguió tocando, ajeno a la llama que se había encendido en mi interior.

De repente, la melodía cambió y la canción que tocó Wilson despertó un recuerdo. No me sabía la letra, pero decía algo sobre la gracia. Entonces, la letra me vino a la mente como si alguien me la hubiera susurrado al oído: «Sublime gracia del Señor, que a un infeliz salvó».

No sabía qué era la gracia, pero a lo mejor sonaba como la música. Puede que eso fuera lo que sentía. El sonido era tan dulce que parecía imposible. Sublime gracia que a una infeliz salvó. ¿Era «infeliz» un sinónimo de zorra? ¿O de puta? Mi vida no era una prueba patente de alguien a quien salvaban, ni un testimonio del amor de nadie.

Rechacé la idea rotundamente. La gracia no me salvaría. Pero el pequeño y abandonado rincón de mi corazón que se había despertado con la música creía que había una posibilidad. Yo pensé que podía salvarme.

—¿Dios? —Susurré el nombre que nunca había pronunciado excepto para profanar.

Había cantado su nombre una vez, hacía ya mucho tiempo. Al pronunciarlo, me dejó un gusto dulce en la lengua, y volví a probarlo:

—¿Dios? —Esperé. La música me empujó a continuar—. ¿Dios? Soy fea por dentro. Y no es culpa mía, tú lo sabes. Asumo parte de la culpa, pero tú debes asumir la otra parte. Nadie me salvó. No le importo a nadie una mierda. Nadie ha venido a rescatarme. —Tragué saliva con dificultad. La tristeza me había provocado un nudo en la garganta, pero, como llevaba mucho tiempo con ese dolor, lo empujé hacia abajo—. Por eso, ahora te pido si puedes librarme de ella. ¿Puedes librarme de mi fealdad?

Algo se rompió en mi interior y no pude reprimir un gruñido. Como si fuera un líquido cálido, una oleada de vergüenza me invadió y me provocó

un dolor aplastante. Intenté hablar, pero el torrente era demasiado fuerte, así que supliqué con la respiración entrecortada:

—¿Dios? Si me quieres... librame de ella. Por favor. Te pido que te deshagas de mi fealdad. No quiero sentirme fea nunca más.

Me rodeé la cabeza con los brazos y dejé que el torrente me consumiera. Nunca me había permitido llorar de esa manera;

me daba miedo abrir las compuertas y ahogarme, pero, cuando las olas me golpearon, no me consumieron; me limpiaron, me envolvieron el alma con alivio y dicha. La esperanza se elevó como una boya y con ella vino la paz. Y la paz calmó las aguas y silenció la tempestad, hasta que me quedé vacía, limpia y agotada.

Una luz se encendió encima de mí e iluminó el pasillo en el que me acurrucaba. Me levanté rápidamente, agarré el bolso y di la espalda al hombre que caminaba en mi dirección.

—¿Blue? —dijo Wilson con voz vacilante, incrédulo. Por lo menos ya no me llamaba «señorita Echohawk»—. ¿Qué haces aquí?

Seguí de espaldas para intentar eliminar las pruebas de que me había derrumbado. Me froté la cara con fuerza con la esperanza de no parecer tan destrozada como estaba en realidad. Seguí sin mirarlo a la cara cuando se acercó.

—Se me ha quedado la camioneta sin batería en el aparcamiento y he visto tu coche y he pensado que a lo mejor me podrías ayudar —contesté en voz baja y con los ojos fijos en el suelo para evitar mirarlo a la cara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con ternura.

—Sí —dije. Y, milagrosamente, era cierto; me encontraba bien.

Un trozo blanco y cuadrado de tela apareció por debajo de mi nariz.

—¿Un pañuelo de tela? ¿Cuántos años tienes, ochenta y cinco?

—¡Oye! Tengo veintidós, ya lo sabes. Lo que pasa es que me crio una mujer inglesa muy formal y un poco chapada a la antigua que me enseñó que tenía que llevar siempre un pañuelo encima. Estoy seguro de que ahora te alegras de ello.

Lo cierto es que sí, pero no lo admití. La tela me pareció suave cuando me la pasé por los párpados hinchados y las mejillas irritadas por las lágrimas. Olía muy bien, como a pino, a lavanda y a jabón, y, de repente,

usar su pañuelo me pareció un gesto muy íntimo, así que intenté decir algo.

—¿La misma mujer que te llamó Darcy?

Wilson soltó una risotada.

—La misma.

—¿Puedo quedármelo? Lo lavo y te lo devuelvo. Si quieres hasta lo plancho, como hace tu madre.

El diablo que llevaba dentro debía tener la última palabra.

—Ah, Blue, has vuelto. Por un momento he pensado que te habían cambiado por una chica normal, una de las que no se lo pasan bien burlándose de su profesor de Historia. —Me sonrió y tuve que apartar la mirada avergonzada—. Deja que recoja mis cosas, ya he acabado.

—¿Cómo? ¿Vas a irte del trabajo tan pronto? ¡Si solo hace ocho horas que se han acabado las clases! —bromeé para intentar volver a la normalidad.

Él no respondió, pero volvió al cabo de un momento con el instrumento colgado a la espalda en una funda. Apagó la luz del final del pasillo y bajamos las escaleras en silencio.

—¿Cómo has entrado? —preguntó. Inmediatamente negó con la cabeza e hizo gestos con la mano para que no respondiera—. Da igual, no quiero saberlo. Pero que sepas que, si el lunes veo alguna pintada en la pared, sabré a quién culpar.

—Lo mío no es la pintura —respondí ofendida.

—Ah, ¿no? ¿Qué es lo tuyo, entonces?

Cerró la puerta con llave y nos adentramos en la oscuridad de la noche.

—La madera —contesté rápidamente.

Me pregunté por qué se lo contaba. Debería haberle dejado pensar que era una grafitera. ¿A quién le importaba? «A ti», respondió una vocecita burlona. Era cierto.

—¿Y qué haces con la madera exactamente?

—La tallo.

—¿La tallas en forma de personas, de osos, de tótems? ¿Qué?

—¿Tótems? —dije incrédula— ¿Eso es una especie de insulto hacia mi etnia o qué?

—¿Tu etnia? Me dijiste que no eras india americana.

—No sé qué narices soy, pero eso ha sonado a un insulto, Sherlock.

—¿Por qué no sabes lo que eres, Blue? ¿Nunca has intentado averiguarlo? Puede que eso te ayudara a ser menos hostil. —Parecía frustrado. Dio unos pasos hacia delante y, prácticamente, empezó a hablar consigo mismo—: ¡Es imposible! Tratar de mantener una conversación contigo es como intentar hablar con una serpiente. Te muestras vulnerable y estás al borde de las lágrimas y, al cabo de un segundo, estás bufando y me atacas. Francamente, no sé cómo acercarme a ti, ni si quiero hacerlo. Solo he mencionado los tótems porque normalmente están hechos con madera, ¿de acuerdo?

Se dio media vuelta y me miró.

—Veo que te vuelves un cascarrabias cuando se te pasa la hora de acostarte —murmuré.

—¿Lo ves? —respondió, y levantó las manos—. Ya empiezas otra vez. —Se detuvo al lado del coche y se llevó las manos en las caderas—. Sé que eres muy inteligente, porque cuando no te haces la listilla, respondes cosas muy interesantes en clase. Y, cuando te haces la listilla, eres graciosa e inteligente y haces que me ría incluso cuando quiero darte una bofetada. Sé que o bien eres una adicta a la adrenalina o eres la persona más valiente que he conocido y, además, sabes descargar un arma. Sé que te crio un hombre que se apellidaba Echohawk. Sé que no sabes cuándo es tu cumpleaños y que no tienes planes de ir a la universidad cuando acabes el instituto. Sé que te gusta ser la payasa de la clase y convertirme en el objeto de tus burlas.

Contó con los dedos.

—Eso son ocho cosas. Ah, y también tallas cosas con madera, pero no tótems, porque te has enfadado cuando los he mencionado. Así que nueve, puede que diez si contamos lo de que eres una listilla. —Volvió a poner los brazos en jarra—. Me gustaría saber más cosas sobre ti. No quiero que me cuentes cosas sobre el mirlo al que apartaron de su nido, quiero que me cuentes cosas sobre Blue —añadió, y me dio un golpecito con el dedo en el centro del pecho cuando pronunció mi nombre.

—Es una parábola —gimoteé mientras me acariciaba donde me había clavado su largo dedo—. Mi padre, Jimmy, decía que yo era un mirlo que estaba lejos de su casa.

—Once cosas. ¿Ves? No es tan difícil.

—Te pones mono cuando te enfadas.

Aunque lo dije para molestarle, pareció que estaba coqueteando. Sonó como algo que dirían Brillitos o Chrissy. Me sentí tonta y lo miré rápidamente. Por suerte, él puso los ojos en blanco. Es curioso que puedas saber si alguien te pone los ojos en blanco incluso cuando está oscuro y apenas le ves la cara.

Wilson buscó algo en sus bolsillos. Luego intentó abrir las puertas del coche. Le podría haber dicho que estaban todas cerradas, pero fui inteligente y me quedé en silencio. A veces soy inteligente. Eso haría doce cosas.

—¡Carape! —Acercó la cara al cristal y se puso las manos a los lados para ver el interior—. ¡Caray!

—Menuda boquita, señor Wilson —lo reprendí intentando no reír—. ¿No es «caray» la manera británica de decir «joder»?

—¿Qué? ¡No! «Puñetas» y «caray» son palabras bastante inocentes... como «ostras».

—Ya, y «carape» también, ¿no? Suena muy soez. —No era cierto, pero me lo estaba pasando bien—. ¿Lo siguiente qué será? ¿«Pamplinas»? No creo que al director Beckstead le parezca que esa es manera de hablar.

—Me he dejado las llaves puestas —se quejó, ignorándome. Se enderezó y me miró con sobriedad—. Tendremos que ir caminando, Blue. A no ser que sepas cómo abrir la puerta a la fuerza...

—No hace falta saber cómo, pero sí que hacen falta algunas herramientas que ahora mismo no tengo —respondí—. Pero podríamos romper la ventana con tu violín gigante.

—Listilla.

Wilson se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la carretera.

—Vivo a unos seis kilómetros en esa dirección —dije mientras me acercaba a él cojeando.

—Qué bien. Yo a unos diez aproximadamente. Eso significa que tendré unos cuatro kilómetros para descansar de tus comentarios —refunfuñó.

Me eché a reír. Definitivamente era un cascarrabias.

10. Cobalto

Caminamos en silencio durante unos minutos. Lo único que rompía la calma era el sonido de mis botas de tacón.

—No vas a poder caminar seis kilómetros con esas botas —comentó Wilson con pesimismo.

—Sí que podré, porque no me queda otra —repliqué con calma.

—Eses una chica dura, ¿eh?

—¿Acaso lo dudabas?

—No. Aunque tus lágrimas esta noche me han dejado con la intriga. ¿De qué iba eso?

—De redención.

La oscuridad hacía más fácil decir la verdad.

Wilson se detuvo. Yo no.

—No vas a poder caminar diez kilómetros con ese violín a la espalda —repetí para cambiar de tema con discreción.

—Sí que podré, porque no me queda otra —me imitó—. Y es un violonchelo, boba.

Daba pasos tan largos que me alcanzó en segundos.

—No digas «boba». Suenas ridículo —dije imitando su acento.

—Vale. Y tú no imites mi acento. Los estadounidenses parecéis tontos cuando intentáis imitar el acento británico. No se os da nada bien.

Silencio.

—¿A qué te refieres con «redención»?

Suspiré. Sabía que iba a volver a sacar el tema. Seis kilómetros era una

distancia demasiado larga para evadir sus preguntas, así que pensé cómo expresarme sin tener que decirle de qué necesitaba redimirme.

—¿Has rezado alguna vez? —me aventuré a preguntar.

—Claro. —Wilson asintió como si no tuviera importancia. Probablemente rezaba todos los días, por la mañana y por la noche.

—Bueno, pues yo nunca lo había hecho. Hasta esta noche.

—¿Y? —preguntó él.

—Y me he sentido... bien.

Sentí que los ojos de Wilson me miraban en la oscuridad. Caminamos sincronizados durante unos instantes.

—Normalmente, la redención implica un rescate, una salvación. ¿Pero de que te ha salvado a ti? —preguntó con un tono de voz cuidadosamente neutro.

—De la fealdad.

La mano de Wilson me detuvo. Me miró a la cara, como si intentara entender qué significaban mis palabras.

—Eres muchas cosas, Blue Echohawk. Puedo decir hasta doce —añadió con una ligera sonrisa—, pero no eres fea.

Sus palabras me hicieron sentir algo extraño. Me sorprendieron. Había supuesto que nunca se había fijado en mi físico, no sabía si quería que se fijara. Sacudí la cabeza, ignoré el comentario y reanudé la marcha. Le respondí:

—Ha habido muchas cosas feas en mi vida. Hace poco he llegado a un punto en el que no puedo asumirlas más.

Seguimos caminando a paso constante por la calle, que dormía. Boulder City era una ciudad muy tranquila. Si Las Vegas es «la ciudad que nunca duerme», Boulder City compensaba la falta de sueño y dormía como un borracho en un colchón de plumas. Ni siquiera nos habían ladrado los perros.

—Vale, con esas dos cosas ya suman catorce. Has tenido una vida fea, pero tú no eres fea. Y te gusta rezar en pasillos oscuros en plena noche.

—Sí, soy fascinante. Ya tienes quince.

—Después del tiroteo, pensaba que el instituto sería el último lugar adonde irías a rezar... o a redimirte.

—Yo no he elegido el lugar, Wilson, me he quedado tirada. Pero si Dios

existe, es tan real en el instituto como en la iglesia. Y, si no lo es... Entonces puede que estuviera llorando por Manny y por el resto de inadaptados que caminan solos por esos pasillos, a los que no les iría mal que los rescataran.

Wilson empezó a recitar algo en voz baja:

Desde la infancia, no he sido
como los demás, no he visto
lo que los otros vieron, no he podido traer
mis pasiones de un mismo manadero.

Lo miré expectante.

—«Solo», de Edgar Allan Poe: inadaptado, marginado y poeta.

Tenía que habérmelo imaginado. Me gustaría conocer las frases que citaba para seguir recitando el poema donde él lo dejaba. Pero no lo sabía y no podía, así que nos quedamos en silencio otra vez.

—Bueno, ¿y cómo es que no sabes cuándo naciste? —preguntó Wilson, dejando a Poe a un lado.

—¿Te gusta meter el dedo en las llagas? —respondí.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no dejas de meter el dedo en las mías y duele —me quejé. Esperaba que mis súplicas patéticas bastaran para que dejara de preguntarme.

—Ah, en ese caso, sí, supongo que me gusta meter el dedo en las llagas. Anda, cuéntamelo. Nos quedan, como mínimo, cinco kilómetros.

Suspiré con fuerza para que supiera que pensaba que no le incumbía. Pero se lo conté de todas formas:

—Mi madre me abandonó cuando tenía más o menos dos años. No sabemos exactamente cuántos tenía. Me dejó en la camioneta de Jimmy Echohawk y se fue. Él no la conocía y yo era muy pequeña para contarle nada. No sabía qué hacer conmigo, pero le daba miedo acabar implicado en un delito o que alguien pensara que me había secuestrado. Así que se fue y me llevó con él. No era una persona demasiado convencional. Siempre iba de aquí para allá y se ganaba la vida haciendo tallas y vendiéndolas a varias tiendas turísticas y a unas cuantas galerías. Y así vivimos los siguientes ocho años, pero murió cuando yo tenía diez u once años, porque, insisto, no sé

cuántos años tengo. Acabé con Cheryl, la hermanastra de Jimmy.

»Nadie sabía quién era o de dónde venía, y yo creía que Jimmy era mi padre. Cheryl no me dijo que no lo era hasta que pasaron unos tres años. No había ningún registro de mi existencia, así que, con la ayuda de un juez, me hicieron un certificado de nacimiento y me dieron un número de la seguridad social. Oficialmente, soy Blue Echohawk, nacida el 2 de agosto, que es cuando Jimmy me encontró y el día en que celebrábamos mi cumpleaños. Los servicios sociales pensaban que debía de tener unos diez años, que era más o menos lo que Jimmy y yo creíamos, así que estimaron que nací en 1991. Y eso es todo, en resumidas cuentas. Tengo diecinueve años. O puede que ya tenga veinte, no lo sé. Soy un poco mayor para estar en el último curso, pero ¡oye!, puede que ese sea el motivo por el que soy tan inteligente y madura —dije con una sonrisa de suficiencia.

—Vaya —respondió Wilson en voz baja. Parecía que estaba asimilando mi relato improbable; lo analizaba, lo diseccionaba—. Mi cumpleaños es el 11 de agosto, lo que quiere decir que soy tres años mayor que tú, casi exactos. —Me miró—. Supongo que es una tontería que te llame «señorita Echohawk».

—Me da un poco igual, Darcy —contesté con una sonrisa inocente, casi tierna.

Él se rio por la pulla. En realidad, no me importaba que me llamara «señorita Echohawk» con ese tono de estirado, porque parecía que me subiera de categoría o me mejorara. «Señorita Echohawk» sonaba a la persona en la que me gustaría convertirme: una mujer sofisticada y con clase, alguien en quién podía aspirar a convertirme. Una persona muy diferente a mí.

El móvil me vibró en la cadera y lo saqué del bolsillo. Era Mason. Me planteé no responder, pero entonces pensé en los kilómetros que nos quedaban por andar.

—¿Mason?

—Blue, nena... ¿Dónde estás? —Parecía muy borracho—. He ido a buscarte. ¿Estás enfadada conmigo? Estoy al lado de tu camioneta, pero no estás aquí. No estás aquí, ¿verdad?

Parecía que dudaba, como si pensara que iba a salir de un salto de algún lugar.

—Se me ha quedado la camioneta sin batería. Estoy caminando a casa, voy por Adams. ¿Con quién estás?

Con un poco de suerte estaría con alguien que no fuera tan borracho.

—Está con Adam —oí que le decía a otra persona. Entonces se le cayó el teléfono. Escuché una palabrota y cómo alguien zarandeaba el móvil.

—¿Quién es Adam, Blue? Por eso te has ido tan pronto, ¿verdad, zorra? —La voz de Colby me ensordeció.

Soltó una carcajada aguda y me alejé el teléfono de la oreja. Estaba convencida de que Wilson podía oír la conversación de lo alto que Colby hablaba.

—Digo que voy por Adams..., por la calle Adams, Colby —contesté tan claramente como pude.

La llamada se cortó. Genial.

—Bueno, puede que nos rescaten —dije con severidad— o puede que no. Y creo que es mejor que no vengan.

—Ya me he dado cuenta. —Wilson sacudió la cabeza—. Este día quedará grabado en la historia.

Al cabo de poco, unas luces nos alumbraron y nos volvimos para mirar al vehículo que se acercaba. Tiré del brazo de Wilson; no quería que la patrulla de rescate lo atropellara.

Era la camioneta de Mason. Él conducía y Colby tenía la cabeza sacada por la ventanilla del copiloto como si fuera un perro muy grande. Hasta tenía la lengua colgando y todo.

—Hola, Adam. ¿Tú también te la has tirado? —dijo Colby con una risa alegre.

Sentí que el estómago se me llenaba de repulsión: repulsión por mí misma y por el chico que pensaba que podía hablar de mí como si fuera escoria.

—¿Estos son tus amigos? —preguntó Wilson con rigidez mientras se colocaba el violonchelo más arriba en la espalda.

Asentí una sola vez y sin mirarlo. Estaba demasiado avergonzada.

—Sube, Blue —gritó Mason al otro lado de Colby, que abrió la puerta y me hizo señas para que me acercara. Permanecí en la acera.

—Estos chicos van muy borrachos —dijo Wilson, agotado—. No

reconozco a ninguno de ellos, no van a mis clases.

—Ya han acabado el instituto. Mason tiene tu edad y Colby, un año menos. —Hacía años que ya no estaban en el instituto. Por desgracia, ninguno de ellos había ido más allá del campo de fútbol americano, donde ambos eran brillantes.

—Mason, déjame conducir a mí, ¿de acuerdo?

Sabía que, si me ponía agresiva, se irían con el coche. Eso era mejor que ir en el coche si él conducía. No deberían haber bebido.

—Claro, nena. Siéntate en mi regazo y te dejo conducir, que sé que te gusta un buen freno de mano —gritó Mason sin apartar la vista de Wilson, como si quisiera pegarle.

Caminé hacia el coche. Podían tener un accidente. Mason me gritó para que me detuviera y salió tambaleándose de la camioneta para venir a buscarme. El vehículo se caló. Al parecer, Mason no había quitado la marcha antes de salir a por mí.

Wilson alcanzó a Mason en un abrir y cerrar de ojos y, de repente, Mason apoyó la cabeza sobre sus hombros y se derrumbó. Wilson intentaba sujetarlo.

—¡Hostia! —Colby estaba saliendo del vehículo, tenía una pierna en la camioneta todavía y otra fuera—. ¿Qué le has hecho, Adam?

—Que no me llamo Adam, joder —gruñó Wilson—. Y ven a ayudarme a subir al estúpido de tu amigo en la... dichosa camioneta, o como se llame.

Al parecer, Wilson ya se había hartado. Yo no sabía qué le había hecho a Mason, pero me alegraba de que se lo hubiera hecho. Corrí hacia él y lo ayudé a cargar, o casi arrastrar, a Mason hasta el lugar donde Colby se había quedado petrificado por el estupor que le provocaba el alcohol. Conseguí abrir la puerta de la plataforma trasera, donde subimos a Mason. Desgraciadamente, a pesar de llevar a Mason en el maletero, tuve que ir sentada y apretujada entre Colby y Wilson, quien, sorprendentemente, sabía conducir un vehículo de cambio manual. Colby apoyó el brazo en el respaldo de mi asiento y me puso la mano sobre el hombro de forma posesiva. Le di un golpe con el codo en el costado, me acerqué a Wilson tanto como pude y me senté con una pierna a cada lado de la palanca de cambios. El brazo derecho de Wilson me tocaba y, cada vez que cambiaba de marcha, hacía una mueca, como si no le gustara el contacto. Mala suerte, porque no

pensaba sentarme al lado de Colby.

Condujimos hasta la escuela y Colby esperó en silencio mientras arrancábamos mi camioneta. Bueno, hasta que decidió vomitar en el asiento del copiloto de la camioneta de Mason. Wilson se limitó a apretar los dientes, subió a la cabina y bajó la ventanilla con brusquedad.

—Te seguiré hasta casa de Mason —dijo como si todo lo que había pasado fuera mi culpa.

Conduje delante para indicar el camino y no perdí de vista a Wilson en el retrovisor. Cuando llegamos a casa de Mason, lo sacamos de la camioneta y lo metimos por la puerta del sótano de casa de sus padres. No íbamos a poder subirlo por las escaleras para llevarlo a su piso, encima del garaje, porque pesaba casi noventa kilos y era un peso muerto. Lo dejamos en el sofá, y los brazos le cayeron de forma algo teatral.

—¿Estará bien?

Me fijé para ver si se le hinchaba el pecho.

Wilson le abofeteó las mejillas enérgicamente.

—¿Mason? ¿Mason? Oye, colega, a tu novia le preocupa que te haya matado.

Mason se quejó y le apartó las manos a Wilson.

—¿Lo ves? Está perfecto. No le ha pasado nada.

Wilson salió de la casa.

Colby se dejó caer en el sillón reclinable y cerró los ojos. Se había acabado la diversión. Cerré la puerta del sótano cuando salí y corrí hacia Wilson, que estaba cogiendo el violonchelo de la camioneta de Mason.

—Tiene las llaves en el salpicadero, he cerrado las puertas. Si no tiene otro juego de llaves le servirá para aprender la lección. Espero que eso le frene los pies esta noche si intenta rescatar a alguien más con su compinche o, mejor aún, si va a buscarte.

Me fulminó con la mirada y metió el violonchelo en mi camioneta, se sentó en el asiento del copiloto y yo me senté al volante, enfadada porque él estaba enfadado. Arranqué y nos alejamos a toda prisa de la casa de Mason. El chirrido de las ruedas sobre el asfalto me hizo estallar.

—No es culpa mía que te hayas dejado las llaves dentro de tu coche. Yo no he tenido nada que ver.

—Déjalo, llévame a casa, por favor. Huelo a vómito de cerveza y *pizza*. Dato número dieciséis: Blue tiene un gusto pésimo para los novios.

—¿Lo del mal humor a estas horas de la noche es típico de los británicos o es solo cosa tuya? ¿Y qué le has hecho a Mason? Eres profesor de instituto y tocas el violonchelo, eres la persona más empollona que conozco. No pensaba que supieras kung-fu.

Me miró con el ceño fruncido, no le había hecho gracia que le llamara empollón.

—La verdad es que no sé qué he hecho, ha sido suerte. Solo le he dado un golpe en la mandíbula y se ha desmoronado. —Nos quedamos en silencio reflexionando—. Ha sido una pasada.

Sorprendida por su confesión, giré la cabeza rápidamente y nos miramos a los ojos. No sé quién empezó a reír antes, puede que fuera yo, quizás fue él, pero a los pocos segundos estábamos riendo a carcajadas. Me reía con tanta fuerza que casi no podía ni conducir. La sensación fue «una pasada».

Llevé a Wilson a su casa para que cogiera las llaves de repuesto y, luego, conduciríamos de vuelta al instituto en mi camioneta. Vivía en una casa grande y destartalada que estaba reformando. La mayoría de las casas antiguas de Las Vegas estaban revestidas de estuco y era muy difícil encontrar viviendas de ladrillo, pero en Boulder City todo era más caótico, encontrabas más casas antiguas que nuevas y no había tanta planificación urbanística.

En la calle Buchanan, donde estaba la casa de Wilson, aún había edificios antiguos. Su casa había formado parte de un plan de conservación histórica, pero se habían quedado sin fondos para mantenerla. Wilson me dijo que, cuando la compró, hacía un año, era una ruina. Con una sonrisa, para que no se ofendiera, le dije que aún lo era, aunque tenía su encanto.

Era una casa enorme de ladrillos rojos. El estilo parecía más propio de un edificio universitario del este que de un barrio en una pequeña ciudad del desierto. Wilson dijo que en Inglaterra todo era antiguo, pero no como la casa, que tenía unos setenta años, sino que allí todo tenía cientos y cientos de años de antigüedad. No quería vivir en una casa que no tuviera historia y esta tenía tanta historia como podía tener una casa del oeste. Debería habérmelo imaginado.

Cuando subimos los escalones de la entrada, me di cuenta de que había

una pequeña placa al lado de la puerta. Era una de esas placas con letras doradas en las que se suele escribir la dirección de la casa. En esta solo ponía Pemberley.

—¿Has llamado a la casa Pemberley? —Me sonaba el nombre, pero no sabía de qué.

—Es una broma —suspiró—. A mis hermanas les pareció que sería divertido. Lo encargaron y Tiffa me lo regaló para mi cumpleaños. Siempre digo que lo voy a quitar, pero... —Bajó la voz hasta quedarse en silencio y yo ya no volví a sacar el tema. Tendría que buscar el nombre en Google para entender el chiste.

El interior de la casa estaba reformado. La puerta principal daba a un vestíbulo en el que había unas escaleras anchas que giraban hasta llegar a la segunda planta. Era precioso, pero creo que lo que me conquistó fue la madera oscura y firme. El suelo iba a juego con el enorme pasamano de caoba que guiaba hasta el segundo piso, donde la barandilla ganaba grosor y formaba un círculo bajo el techo abovedado.

La casa estaba dividida en varias viviendas y ya había dos que estaban totalmente reformadas, una en la primera planta y otra en la segunda. Había otra que aún estaba en construcción y, según Wilson, faltaba poco para que la terminaran. En el piso de la planta baja vivía una mujer mayor a quien Wilson parecía tener aprecio. No me la presentó. A fin de cuentas, ya pasaba de la medianoche. Wilson vivía en el otro piso. Tenía curiosidad por ver cómo iban las obras en su casa, pero me quedé atrás. Pensé que a lo mejor preferiría que me quedara fuera, porque, al fin y al cabo, era mi profesor y los sucesos de aquella noche podrían costarle el trabajo o, como mínimo, causarle problemas. Aunque él solo había sido una víctima inocente de las circunstancias.

Pareció aliviado cuando vio que no entré, pero dejó la puerta abierta. Vi que el piso también tenía el suelo de madera oscura. Las paredes estaban pintadas de un tono verde pálido y había dos cuadros de mujeres africanas que cargaban cuencos en la cabeza en el largo pasillo que conducía a los otros espacios de la casa. Qué bonito. Ni siquiera sabía qué me esperaba. Quizás estanterías llenas de libros y un sillón de terciopelo con un respaldo muy alto donde Wilson podría fumar una pipa y leer libros gruesos y polvorientos mientras vestía un batín rojo.

Wilson dejó el violonchelo, cogió un juego de llaves y se puso una camiseta y unos vaqueros, porque, aunque no le había llegado a salpicar el vómito, insistió en que la ropa le apestaba. Nunca lo había visto llevar algo que no fueran pantalones de vestir y camisas. Llevaba una camiseta ajustada de color azul claro y unos vaqueros desgastados que parecían caros. No se los había comprado en el centro comercial. ¿Cómo es que vemos el dinero incluso cuando está camuflado en una camiseta y unos pantalones?

—Bonitos calzones —le comenté cuando se acercó a mí.

—¿Qué? —preguntó Wilson. Luego sonrió—. Ah, vale. Gracias. Te refieres a los pantalones.

—¿Qué pasa con la palabra «calzones»?

—Nosotros llamamos así a los calzoncillos Y pensaba que hablabas de... Bueno, no importa.

—¿Llamáis «calzones» a los calzoncillos?

—Bueno, vámonos —dijo con una sonrisa, e hizo caso omiso a mi pregunta. Cerró la puerta al salir.

Tenía un aspecto muy diferente, yo intenté no quedarme mirándolo fijamente. Estaba... muy guapo. ¡Uf! Puse los ojos en blanco ante mi propia reacción y me dirigí malhumorada hacia la camioneta. Me pasé el camino de vuelta hasta el coche de Wilson en silencio y él no interrumpió mis pensamientos hasta que llegamos al instituto.

Antes de salir de la camioneta, Wilson me miró seriamente. Los ojos se le veían cansados bajo la escasa luz de la cabina que se encendió cuando abrió la puerta. Extendió la mano, tomó la mía y me dio un breve apretón.

—Por la redención. Nos vemos el lunes, Blue.

Salió de la camioneta y se dirigió al Subaru dando zancadas. Abrió el coche con facilidad y se despidió con la mano.

—Por la redención —contesté para mí misma con la esperanza de que tal cosa existiera.

11. Tiffany

El Beverly's Café, que estaba en la calle Arizona, en la zona más antigua y céntrica de Boulder City, era un restaurante renovado. Se fundó alrededor de 1930, cuando se estaba construyendo la presa de Hoover. Boulder City fue una ciudad creada por el gobierno para que los trabajadores de la presa tuvieran donde vivir después de la Gran Depresión. Aún conservaba la mayoría de las estructuras originales y un hotel bien cuidado de la misma época, que no estaba muy lejos de la cafetería de Beverly. Boulder City era una mezcla extraña de los restos que las demás ciudades desechaban y de tradiciones del Viejo Oeste que dejaban perpleja a la mayoría de la gente. No estaba muy lejos de Las Vegas, pero las apuestas eran ilegales. Tenía ese encanto de pueblo del que Las Vegas no podía presumir.

Yo conocía a Beverly, la propietaria de la cafetería, de cuando vivía con Jimmy. Tenía una pequeña tienda de regalos en el establecimiento llena de obras de arte típicas del suroeste, cuadros, cerámica, cactus y antigüedades varias. También vendía obras de Jimmy y se quedaba una comisión. Siempre me pareció que a él le caía bien. Jimmy había sido muy discreto con respecto a mi existencia, pero Beverly había sido muy amable con nosotros y él confiaba en ella, así que, cuando estábamos en aquel restaurante, bajaba un poco la guardia. Yo había comido en aquellos asientos de cuero rojo muchas veces.

Unos cuantos años atrás, cuando ya tenía edad para conducir y me podía desplazar sin la ayuda de nadie, le pedí a Beverly que me diera trabajo. Ella era una mujer bastante regordeta, de pelo rojo y carácter agradable. Tenía una risa muy exagerada, igual que el tamaño de sus pechos, que eran

sorprendentemente grandes. Y era tan popular entre la clientela como lo eran sus batidos y sus hamburguesas dobles con queso y jalapeños. No me reconoció hasta que no le dije cómo me llamaba. Entonces, abrió la boca de par en par y salió de detrás de la caja registradora para abrazarme con fuerza. Esa fue la muestra de preocupación más genuina que yo había recibido..., bueno, en toda mi vida.

—¿Qué os pasó, Blue? Jimmy me dejó cinco tallas aquí y las vendí todas, pero nunca volvió. Vino gente preguntándome cuando tendríamos más obras tuyas. Al principio estaba confundida, me preguntaba si había hecho algo. Pero tenía dinero para él, estaba segura de que vendría a buscarlo. Luego me preocupé. Han pasado por lo menos cinco años, ¿no?

—Seis —corregí.

Beverly me contrató ese mismo día y, desde entonces, había trabajado allí. Nunca me dijo nada sobre mi aspecto o sobre los hombres que me gustaban. Nunca me dijo si pensaba que iba demasiado maquillada o si el uniforme me quedaba demasiado ceñido. Era muy trabajadora y se podía confiar en mí, así que ella me dejaba tranquila. Hasta me dio el dinero de las ventas de las esculturas de Jimmy seis años atrás.

—Esto es lo que quedó cuando cobré el veinte por ciento y los intereses de estos seis años —dijo en un tono prosaico—. Y si tienes más tallas tuyas, me las puedes traer.

Me dio quinientos dólares, que usé para comprar herramientas y alquilar el almacén de detrás del piso. Me puse a tallar sin parar, no ocasionalmente como había hecho desde que Jimmy murió. Abordé el arte con una ferocidad que no sabía que era capaz de canalizar. Algunas de las tallas que hacía eran horribles, pero otras no estaban tan mal y fui mejorando. Cogí algunas de las obras de Jimmy y acabé las que él no había podido terminar. Luego las vendí todas bajo su apellido, Echohawk, que también era el mío, y conseguí otros quinientos dólares. Con eso y con los ahorros de un año me compré la pequeña camioneta. Estaba hecha polvo y tenía más de 160 000 kilómetros, pero funcionaba y me servía para ir a recoger madera.

Practiqué con cada tronco, rama y árbol que conseguía, pero no tenía bosques extensos a mi alrededor: vivía en el desierto. Por suerte, Boulder City estaba más arriba de la falda de las colinas y había suficiente mezquite para abastecerme. Cada vez usaba mejor la motosierra. Además, a nadie le

importaban los arbustos de mezquite y tengo que admitir que cortarlo me servía para liberar todo lo que llevaba dentro. El primer año que estuve trabajando en el restaurante, vendí algunas de mis obras, y en las estanterías de la tienda de Beverly siempre había alguna expuesta. Tres años después, conseguí tener unos cuantos miles de dólares ahorrados.

Un jueves, mientras hacía el turno de la cena, el señor Wilson entró al restaurante con una mujer guapa que llevaba un abrigo de piel. Tenía el pelo recogido y llevaba pequeños diamantes en las orejas y unos zapatos de tacón de aguja con medias de rejilla. O bien venía de un lugar muy elegante o bien era una de esas mujeres a las que todavía les gustaba disfrazarse. El abrigo de piel estaba tan fuera de lugar entre la decoración típica del suroeste del restaurante que tuve que aguantarme la risa cuando me acerqué a la mesa para preguntarles qué tomarían. Ella se quitó el abrigo y me sonrió cuando les pregunté si querían algo de beber.

—Me muero de sed. A mí tráeme una jarra de agua, cielo, y, de aperitivo, una ración grande de nachos, si tenéis —suplicó con un marcado acento. También era inglesa.

Miré a Wilson y luego volví a mirar a la mujer.

—Hola, Blue. —Wilson me sonrió educadamente—. Blue es una de mis alumnas, Tiffa —dijo para presentarme a la mujer que tenía delante.

Tiffa alzó las cejas con incredulidad y me miró por encima. Tuve la sensación de que no le parecía una alumna. Me alargó la mano rápidamente y yo la estreché con indecisión.

—¿Tú eres la que le quitó el arma a aquel pobre chico? Wilson me lo ha contado todo. ¡Qué nombre más bonito! Yo me llamo Tiffa Snook, soy la hermana de Darcy, perdón, del señor Wilson. Tendrás que recomendarme algo. Ahora mismo me comería un unicornio y usaría su cuerno como palillo. Estoy famélica —dijo Tiffa en apenas dos segundos.

Me di cuenta de que, a pesar del abrigo de piel, me caía bien. Si no hubiera dicho nada del parentesco, habría pensado que a Darcy le gustaban las mujeres mayores.

—Tiffa siempre está famélica —se limitó a decir Wilson.

Ella bufó y le lanzó la servilleta a su hermano. Luego rio, se encogió de hombros y le dio la razón:

—Es cierto. Tendré que correr durante horas para quemar los nachos,

pero no me importa. Bueno, Blue, dime, ¿qué nos recomiendas?

Yo sugerí varias cosas mientras me preguntaba cómo se vestiría Tiffa Snook para hacer ejercicio si llevaba medias de rejilla y un abrigo de piel para cenar en un bar. Me la imaginaba corriendo en la cinta con zapatos de tacón y un chándal de piel de foca. Era delgada como un lápiz, bastante alta y rezumaba energía. Seguramente necesitaba comer como una fiera, o como un unicornio, para mantener esos niveles de energía.

Observé a Wilson y a su hermana mientras comían, y no solo porque era su camarera. Los dos parecían disfrutar de la compañía del otro y sus risas llenaban a menudo el rincón en el que se sentaban. Tiffa parecía ser la que más hablaba y sus gestos daban énfasis a todo lo que decía, pero Wilson hizo que se riera descontroladamente en varias ocasiones. Finalmente, cuando me hicieron señas para indicarme que querían la cuenta, Tiffa alargó el brazo y me agarró la mano como si fuéramos amigas de toda la vida. Lo mínimo que podía hacer era no soltarme de un tirón.

—¡Blue! Tienes que resolvernos una duda. Darcy dice que sabes tallar. Hay unas tallas magníficas en la tienda, las he visto al entrar. ¿Qué nos puedes contar sobre ellas?

De repente, sentí vergüenza y no supe qué responder.

—Eh... ¿Qué quieres saber? —respondí con cautela.

—Darcy dice que el nombre que hay grabado en la base de las esculturas es tu apellido. Yo le he dicho que no es posible que sean tuyas. No te ofendas, cielo, pero parecen de un experto en la materia, ya me entiendes.

—Las he hecho yo —solté—. Si eso es todo, aquí tenéis la cuenta. Podéis pagar en la caja registradora, muchas gracias por venir.

Me fui rápidamente, conteniendo la respiración y entré rápidamente en la cocina como si alguien me estuviera persiguiendo. Buscaba un lugar donde esconderme, como si Wilson y su hermana fueran a seguirme y a hacerme un placaje. Pasé un minuto escondida hasta que conseguí reunir el coraje suficiente para mirar a través de las puertas de vaivén que separaban la cocina del comedor.

Estaban echando un vistazo a la tienda de regalos, miraban algunas de mis tallas. Tiffa acarició una con los dedos y le dijo algo a Wilson, pero no oí qué. Volví a sentir como la vergüenza, el horror y la euforia crecían en mi pecho. Me di la vuelta. No quería ver nada más. Se acercaba la hora de cerrar

y ya casi no había gente en el bar, así que me las arreglé para quedarme en la cocina y prepararlo todo para el cierre mientras esperaba a que se fueran.

Media hora más tarde, Jocelyn, la encargada del turno de noche, cruzó rápidamente la puerta doble y entró en la cocina con una sonrisa en la cara.

—¡Madre mía! ¡Madre mía, Blue! ¿Recuerdas a la mujer que ha venido con el ese abrigo de piel tan bonito? Acaba de comprar todas las tallas. ¡Todas! Ha pagado con tarjeta de crédito y ha dicho que vendrá una furgoneta a recogerlas por la mañana. ¡Acabas de ganar unos mil dólares! Había diez. Me ha hecho que la siga con una calculadora y hemos ido sumando los precios. Además, te ha dejado una propina de doscientos dólares, porque dice que el precio era «ridículo» —dijo a la vez que remarcaba estas últimas palabras haciendo un gesto con los dedos para indicar que la estaba citando.

—¿Las ha comprado todas? —grité.

—Todas menos una, porque el chico con el que iba ha insistido en que la quería pare él.

—¿Cuál?

—¡Todas!

—Pero ¿cuál se ha quedado él?

—La que estaba más cerca de la salida. ¡Ven! Te enseñaré dónde estaba, porque ya se la ha llevado —chilló como una niña pequeña y se dio media vuelta.

Salió corriendo de la cocina y yo la seguí como pude. Me sorprendía que se alegrara tanto por mí.

—Estaba justo aquí —dijo Jocelyn señalando un gran hueco en un estante que le llegaba a la altura del hombro—. Tenía un título raro. ¿*El arco*? Sí, creo que era esa.

Wilson había elegido *El arco*. Me ilusioné al pensar que había reconocido lo que era. Había encontrado una rama de mezquite que escondía una forma curva. Lentamente había cortado la madera y tallado a una mujer de rodillas con la espalda curvada como un gato, haciendo una reverencia, rezando o sometida. Su cuerpo formaba un arco, tenía los brazos estirados delante de la cabeza, que casi besaba el suelo, y los puños cerrados a modo de súplica. Como el resto de mis tallas, era completamente abstracta. La imagen de la mujer no era más que una sugerencia, un indicio, una

posibilidad. Puede que hubiera gente que solo viera un trozo de madera barnizada que formaba largas líneas y tenía algunos huecos insinuantes. Pero mientras la tallaba, lo único que yo veía era a Juana. Y lo único que oía eran sus palabras: «Vivir sin fe es un destino mucho peor que la muerte». Mi Juana de Arco. Y esa era la que Wilson había comprado.

Cuando entré a la clase de Wilson una semana más tarde, frené en seco de tal manera que la gente que caminaba detrás de mí chocó como si fueran piezas de domino humanas y formaron un atasco en la entrada. Me dieron empujones y se quejaron al pasar al lado de mi cuerpo inerte. Mi talla estaba encima de una mesa en el centro del aula. Wilson estaba de pie al lado de su mesa hablando con un alumno. Lo miré fijamente esperando que alzara la vista y me mirara, a que me explicara de qué iba ese juego. Pero no me miró.

Me acerqué poco a poco a mi pupitre, en el centro de la primera fila, lo que me situaba justo enfrente de la escultura que había hecho con mis propias manos. No me hacía falta mirar las largas líneas de la pieza de madera brillante para saber dónde había tapado el agujero de un gusano o dónde había cortado más de lo que planeaba. Si cerraba los ojos, recordaba lo que había sentido al crear aquella insinuación de curvas femeninas que se doblaban como si fuera Atlas cargando con Francia a la espalda.

—¿Blue? —Wilson me llamó desde su mesa.

Giré la cabeza lentamente y lo miré. Creo que la expresión de mi rostro no era muy cordial, pero él no reaccionó ante mi mirada y me dijo:

—Acércate, por favor.

Fui hacia él y me detuve delante de su mesa con los brazos cruzados.

—Quiero que le hables a los demás sobre tu escultura.

—¿Por qué?

—Porque es brillante.

—¿Y qué?

Ignoré el placer que me inundó el pecho al oír su cumplido.

—La has llamado *El arco*. ¿Por qué?

—Tenía hambre y me vino a la cabeza el McDonald's.

—Ya, entiendo, por la «M» de McDonald's. —Sus labios dibujaron una breve sonrisa—. Solo has escrito un párrafo de tu historia personal, pero puede que haya otras maneras de mostrar quién eres. Creía que la escultura iba sobre Juana de Arco, lo que haría que fuera especialmente relevante. Considéralo puntos extra... Los necesitas, francamente.

Pensé en responderle con la famosa frase de *Lo que el viento se llevó*: «Francamente, querido, me importa un bledo»; pero no era cierto. En un pequeñísimo rincón de mi corazón, el hecho de pensar en hablar de la escultura me entusiasmaba, pero el resto de mi corazón estaba muy asustado.

—¿Qué quieres que diga? —susurré. El pánico empezó a rezumar y arruinó mi postura de chica mala.

La mirada de Wilson se suavizó, se inclinó hacia mí por encima de la mesa y me dijo:

—¿Qué te parece si te hago unas cuantas preguntas y tú contestas? Será como una entrevista, no hará falta que pienses qué tienes que decir.

—Pero no me vas a preguntar nada personal sobre mi nombre, sobre mi padre ni nada por el estilo, ¿verdad?

—No, Blue. Solo te haré preguntas sobre la escultura, sobre tu talento tan sorprendente, porque, Blue, tu trabajo es brillante. Tiffa y yo nos quedamos muy sorprendidos y ella no deja de hablar de ti. De hecho... —Wilson se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó una tarjeta—... Tiffa me ha pedido que te dé esto.

Era una tarjeta negra y brillante con letras doradas. «Tiffany W. Snook — Hotel Sheffield», no ponía nada más. Había un número de teléfono y una dirección de correo electrónico en la esquina derecha. Acaricié la inscripción con los dedos y miré a Wilson con recelo.

—El Sheffield es ese hotel tan grande que hay al sur del paseo de Las Vegas, el que parece una finca inglesa, ¿verdad? ¿Es el hotel en el que trabaja tu novia?

—Tiffa es la conservadora del museo de arte y de la galería. El viernes por la noche compró nueve de tus tallas, ¿lo sabías? Habría comprado las diez, pero le supliqué que me dejara esta para mí.

—Sé que las compró, aunque no sabía por qué. Sigo sin acabar de entenderlo.

—Quiere poner un par de ellas en la galería para ver qué tal responde la

gente. El hotel se quedaría con una parte del dinero si las vendieran, pero ella te daría el resto, menos lo que pagó por ellas.

—Pero las ha comprado, puede hacer lo que quiera con ellas.

Wilson negó con la cabeza.

—Llámalas, Blue, porque, si no, te perseguirá. Es muy insistente. Anda, que los compañeros están esperando.

Los compañeros no estaban esperando. Estaban formando alboroto y disfrutando de que la clase no hubiera empezado todavía, pero no se lo discutí. Volví a mi asiento y me pregunté cuanto tiempo tardaría Wilson en dejarme en evidencia. No mucho.

—La mayoría de vosotros os estaréis preguntando qué es esta escultura tan imponente.

Esperaba que dejara de exagerar tanto las descripciones, me avergonzaba. Se volvió hacia un chico que se sentaba a mi derecha, se llamaba Owen Morgan.

—Owen, ¿puedes leer la palabra que hay grabada en la base de la escultura?

Owen se levantó y se agachó para mirar donde Wilson señalaba.

—Echohawk —leyó Owen—. ¿Echohawk? —repitió con tono de sorpresa.

El chico giró la cabeza hacia mí y alzó las cejas con recelo. En ese momento, Wilson no me caía nada bien.

—Sí, Echohawk. Esta escultura se llama *El arco* y la ha tallado Blue Echohawk. Blue ha accedido a responder algunas preguntas sobre su trabajo. He pensado que os podía parecer interesante.

Me levanté y me puse al lado de Wilson, pero no aparté la vista de la escultura para evitar mirar a los ojos a mis compañeros, que, asombrados, guardaban silencio absoluto. Wilson empezó con algunas preguntas sobre las herramientas y los diferentes tipos de madera; yo respondí sin problemas y no adorné las respuestas. Me di cuenta de que me iba tranquilizando con cada pregunta.

—¿Por qué tallas?

—Me enseñó... mi padre. Crecí viendo cómo él trabajaba con la madera y hacía objetos preciosos. Tallar hace que lo sienta más cerca. —Hice una

pausa para ordenar mis pensamientos—. Mi padre decía que tallar es dejar de ver lo que es obvio para ver lo que es posible.

Wilson asintió como si comprendiera lo que quería decir, pero Chrissy preguntó desde la primera fila:

—¿Qué quieres decir? —dijo con el ceño fruncido mientras examinaba la escultura como si intentara descifrar qué era lo que estaba mirando.

—Bueno, en el caso de esta escultura, por ejemplo —expliqué—, era solo un pedazo enorme de mezquite. Cuando empecé a trabajar con él, no era bonito; era feo y muy pesado y fue un coñazo subirlo al maletero.

Todos rieron, yo me avergoncé y me disculpé por la palabrota.

—Cuéntanos más sobre esta escultura en particular —dijo Wilson ignorando las risas y volviendo a captar la atención de los alumnos—. La has llamado *El arco*, cosa que me parece fascinante.

—Bueno, si tengo algo en mente..., mis manos suelen hacer el resto. No sé por qué, no podía sacarme la historia de Juana de Arco de la cabeza. Me atrajo —confesé con la vista puesta en Wilson. Esperaba que no pensara que intentaba hacerle la pelota—. Me inspiró. Puede que fuera por lo joven que era. O por su valentía. O puede que fuera porque fue una mujer fuerte en una época en la que no se valoraba a las mujeres por su fuerza. Y no solo era fuerte, también era... buena —añadí con timidez.

Me daba miedo que mis compañeros volvieran a reírse, porque la bondad no era una idea que relacionaran conmigo.

La clase se había quedado en silencio. Los chicos que normalmente me daban una palmada en el trasero o me hacían comentarios lascivos me miraban confundidos. Danny Apo, un chico polinesio muy guapo con el que me había enrollado un par de veces, estaba sentado hacia delante en la silla; las cejas negras le cubrían parte de los ojos, también negros. Miró la escultura y luego a mí una y otra vez. El silencio me estaba poniendo de los nervios, así que fijé la vista en Wilson para que llenara el vacío con otra pregunta.

—Dices que tallar es ver lo posible. ¿Cómo supiste por dónde empezar?

Acaricié con un dedo las curvas de la madera y la cabeza sumisa de Juana.

—Una parte del tronco estaba un poco curvada y otra parte se había podrido, así que, cuando corté esa parte, quedó un trozo con un ángulo muy

interesante que me imaginé como la continuación de esa curva. Seguí cortando para crear el arco. A mí me recordaba a la columna vertebral de una mujer... Parecía una mujer rezando.

Mire a Wilson a los ojos. Me preguntaba si mis palabras le recordarían a la noche que me había encontrado en el pasillo a oscuras. Me miró a los ojos un instante y luego volvió la vista a la escultura.

—Me di cuenta, cuando vi todas tus esculturas juntas, de que son únicas, como si te hubieras inspirado en cosas diferentes para hacer cada una de ellas.

Asentí.

—Cada una cuenta una historia diferente.

—Ah. ¿Habéis oído eso? —dijo Wilson con una amplia sonrisa—. Y ni siquiera le he pedido a Blue que lo diga. Cada una tiene su historia. Todo tiene una historia. Os lo dije.

Los alumnos se echaron a reír y pusieron los ojos en blanco, pero estaban muy interesados en la conversación y siguieron prestándome atención. Un sentimiento extraño se apoderó de mí cuando miré las caras de los compañeros a los que conocía desde hacía tanto tiempo. Los conocía, sí, pero nunca los había conocido de verdad. Los había ignorado y ellos habían hecho lo mismo conmigo. Me di cuenta de que acababan de ver quién era por primera vez.

—Es una cuestión de perspectiva —respondí con indecisión, cediéndole la voz a la revelación que acababa de tener—. No sé qué veis vosotros cuando la miráis. —Señalé la talla con la cabeza—. No puedo controlar lo que veis o qué interpretáis cuando la miráis, igual que no puedo controlar qué pensáis de mí.

—Esa es la belleza del arte —respondió Wilson en voz baja—. Cada uno lo interpreta de una manera diferente.

Asentí y miré al mar que creaban los rostros de mis compañeros.

—Para mí, esta escultura cuenta la historia de Juana de Arco. Y supongo que... al contar su historia, cuento la mía en cierta manera.

—Gracias, Blue —murmuró Wilson.

Volví a mi asiento, contenta de que aquello hubiera acabado. Sentía el calor de toda la atención que recibía en la piel.

La clase permaneció en silencio unos instantes más y, entonces, todos empezaron a aplaudir. Fue un aplauso modesto, para nada atronador, pero lo recordaré el resto de mi vida.

Al final resultó que Pemberley era el nombre de la casa del Señor Darcy en *Orgullo y prejuicio*. Ese era el chiste. Tiffa le había puesto a la casa el nombre de Pemberley para meterse con su hermano por su nombre. Eso hacía que me cayera aún mejor y mi aprecio no tenía nada que ver con el hecho de que le encantaran mis esculturas, aunque eso, evidentemente, no me molestaba.

Llamé al número que había en la tarjeta que Wilson me dio y disfruté de diez minutos de alabanzas efusivas. Tiffa estaba convencida de que podía vender las tallas que había comprado en el restaurante a un precio más alto. Me hizo prometerle que seguiría esculpiendo y me juró que me mandaría un contrato para que lo firmara. El Sheffield se quedaría con gran parte de lo que vendieran en la galería. Eso incluía el porcentaje que le correspondía a Tiffa, pero el resto sería para mí. Y, si las esculturas se vendían al precio que Tiffa pensaba, mi parte sería considerablemente mayor de lo que ganaba con ellas hasta ese momento. Además, la publicidad no tendría precio. Tuve que pellizcarme un par de veces durante la conversación telefónica, pero, cuando acabó, quedé convencida de que, en mi lucha por intentar convertirme en alguien diferente, mi suerte también estaba cambiando.

Ese viernes por la noche, en lugar de tallar, miré todas las versiones de *Orgullo y prejuicio* que encontré. Cuando Cheryl llegó a casa después de trabajar ocho horas, yo seguía en el sofá, mirando los créditos de la película en la televisión. El acento inglés hizo que fuera muy fácil imaginar a Wilson en cada una de las descripciones del señor Darcy. Incluso tenía los ojos tristes del actor que interpretaba el papel junto a Keira Knightley. Me di cuenta de que lo veía en cada escena y me enfadaba con él, lloraba por él, pero al final siempre acababa enamorada de él.

—¿Qué estás viendo? —refunfuñó Cheryl mientras Colin Firth pasaba una y otra vez por la pantalla del menú , esperando a que pulsara «Reproducir».

—*Orgullo y prejuicio* —respondí, molesta porque había interrumpido mi momento de ensoñación con Darcy.

—¿Para el instituto?

—No, me apetecía.

—¿Te encuentras bien? —Cheryl me miró con los ojos entrecerrados. No podía culparla, normalmente prefería ver películas como *Transporter* o *La jungla de cristal*.

—Me apetecía ver algo diferente —contesté con reservas.

—Ya, ya veo. —Cheryl miró con recelo la pantalla—. Nunca me han interesado estos rollos de estirados. Puede que sea porque en esa época yo sería la que estaría fregando las ollas en la cocina. ¡Seríamos las chicas a las que el duque persigue por la cocina! —dijo entre risas—. Lo que está claro es que no estamos hechas para ser duquesas. —Me miró—. Además, somos indígenas, lo que significa que ni siquiera estaríamos cerca de Inglaterra, ¿verdad? Puede que no nos hubieran dejado ni fregar las ollas.

Apunté a la televisión con el mando a distancia y el señor Darcy desapareció. Me puse el cojín sobre la cara y esperé hasta que Cheryl entró al baño. Había arruinado ocho perfectas horas de fantasías en diez minutos. Y lo que es peor, me había recordado que no estaba hecha para ser duquesa.

Me fui a la habitación intentando convencerme de que era totalmente aceptable que me gustara un personaje de ficción. ¡Le pasaba a la mayoría de mujeres! A Cheryl, por mucho que insistiera en recordarme la realidad, le encantaban los vampiros. ¡Por favor...!

Pero ese no era el problema y, en mi interior, no podía negarlo. No pasaba nada por sentir algo por un señor Darcy ficticio, pero no era aceptable sentir algo por el de verdad. Y a mí me atraía mi joven profesor de Historia. Eso era innegable.

12. Heather

El test dio positivo. Me hice algunos más durante los días siguientes, pero, al final, tuve que aceptar que todos no podían equivocarse: estaba embarazada, como mínimo de ocho semanas, según mis cálculos. Me acosté con Mason la noche que me quedé tirada con Wilson en el instituto y lo había estado evitando desde entonces. Él me había llamado y me había mandado mensajes, pero, aparte de dejarme mensajes en el contestador enfadado e insinuando cosas sobre un tal Adam, se mantuvo alejado. Seguramente se sentía culpable por lo de la foto, pero yo esperaba que pudiera pasar página como había hecho yo.

Yo había conseguido seguir adelante, pero la vida me había devuelto a mi sitio de un empujón. Estaba destrozada. Me perdí una semana de clase, llamé al trabajo para decir que estaba enferma y me pasé los días durmiendo, incapaz de asumir la verdad. Las náuseas, que me habían obligado a plantearme por primera vez que quizás algo no iba bien, me atacaban con rabia y hacían que fuera más fácil deprimirme y esconderme. Cheryl no se enteró prácticamente de nada, pero, cuando ya hacía una semana que no salía de casa, supe que tendría que fingir que me recuperaba o arriesgarme a explicarle qué me pasaba. Aún no estaba lista para tener esa conversación, así que me controlé y volví al instituto y al trabajo. Pero la verdad era como una astilla dolorosa que intentaba salir y llevaba dentro todo el tiempo, bajo la superficie. No podía huir de ella, no me la podía arrancar y, en poco tiempo, tampoco podría ignorarla.

Llevábamos una semana tratando el tema de la Inquisición española en clase y, aquel día, Wilson empezó hablando de la relación entre esta y la caza de brujas.

—Cuando pensamos en la brujería, creemos que es un fenómeno puramente medieval, pero, entre los siglos xv y xviii, se juzgó a unas cien mil personas por brujería y, de estas, se ejecutó aproximadamente a unas sesenta mil. Normalmente las solían quemar vivas. El setenta y cinco por ciento de las personas ejecutadas fueron mujeres. ¿A qué se debe esa diferencia tan desproporcionada? Pues, veréis, las mujeres son más susceptibles a la influencia del demonio. —Wilson alzó las cejas cuando vio que las chicas de la clase mostraron desacuerdo—. ¿Qué pasa? —Alzó las manos, protestando en broma—. Todo empezó con Adán y Eva, ¿no? Al menos esa era la lógica de la Iglesia desde la Edad Media hacia delante. Muchas de las mujeres a las que acusaron eran pobres y ancianas. Las mujeres eran las que asistían en los partos y se encargaban de las curas. Eran las que cocinaban y cuidaban de los demás, así que era mucho más fácil imaginar a una de ellas haciendo una poción, fabricando veneno o pronunciando un hechizo que a un hombre. Los hombres arreglaban sus asuntos con los puños, pero las mujeres eran menos físicas, más verbales, quizás más propensas a insultar o reprender a alguien, cosa que podía interpretarse como una maldición. Creo que es interesante que en la historia lo único que hacía falta para desacreditar a una mujer fuera acusarla de brujería. ¿Cómo desacreditamos a las mujeres fuertes hoy en día?

Todos miramos a Wilson sin entender qué quería decir. De repente se me ocurrió:

—Llamándolas putas —contesté con osadía.

Algunos compañeros hicieron gestos de sorpresa, como pasaba siempre que alguien decía una palabrota, pero Wilson ni se inmutó. Me miró con cara pensativa.

—Sí. Suele ser lo mismo. Hagamos una comparación. A lo largo de la historia, se ha definido a las mujeres por su belleza. Su mérito ha estado ligado a su rostro, ¿verdad? Así que cuando una mujer envejece y su belleza se desvanece, ¿qué pasa con su valor?

Ahora todos entendían de qué hablaba.

—También disminuye, pero ¿qué pasa con su libertad? En cierto sentido, una mujer que ya no es bella y que ya no tiene que competir por la mano del soltero más rico o más cotizado tiene menos que perder. Una vieja bruja de cincuenta años en el año 1500 probablemente tenía menos miedo de decir lo que pensaba que una chica de quince que tiene presión por lograr un buen matrimonio. En ese caso, la mujer menos atractiva es más libre y más independiente que la chica joven y guapa.

»Hoy en día se sigue juzgando a las mujeres por sus atributos físicos, más que a los hombres, pero los tiempos han cambiado y las mujeres ya no necesitan a los hombres para que les proporcionen cosas. Las mujeres hoy en día no tienen tanto que perder por expresar su opinión y llamar a alguien “bruja” ya no tiene ningún efecto. Así que usamos las mismas técnicas que usábamos antaño, pero las palabras son diferentes. Seguimos usando estas etiquetas para desacreditar a mujeres fuertes e independientes.

Wilson nos dejó unos segundos de reflexión y prosiguió:

—Lo que nos lleva al trabajo de final de curso. ¿Qué etiqueta tenéis vosotros? ¿Por qué la lleváis? Para muchos de vosotros este es el último año de instituto y pronto os enfrentaréis al mundo de los adultos, donde no tendréis por qué cargar con esa misma etiqueta. ¿Querréis llevarla con vosotros también en vuestros nuevos círculos o la romperéis y os pondréis una nueva? —Wilson miró las caras atentas que lo rodeaban.

»Por triste que sea, en el instituto y, muchas veces en la vida misma, nos definen nuestros peores momentos. Como a Manny. —El aula se quedó en silencio y Wilson hizo una pausa, como si a él también le doliera recordarlo.

»Pero para la mayoría de nosotros, quien somos es un conjunto de nuestras pequeñas decisiones, nuestros actos, los breves momentos de los que se componen nuestras vidas, día tras día. Y si lo miráis de ese modo, las etiquetas son bastante desacertadas. Tendríamos que llevar miles de etiquetas con miles de descripciones para que nos representaran de verdad. —Wilson caminó hacia su mesa—. Tomad, coged una y pasadlas hacia atrás, vamos —dijo Wilson mientras entregaba un montón de folios blancos a la primera persona de cada fila.

En cada folio había unas veinte etiquetas. Tomé uno y le pasé el resto al chico que se sentaba detrás de mí.

—Si os pidiera que os pegarais las etiquetas y fuerais por el aula para que

los compañeros os escribieran algo sobre vosotros, solo una palabra, como «bruja», por ejemplo, ¿qué creéis que escribirían? ¿Lo probamos?

Sentí cómo el miedo me caía en el estómago como si fuera cera caliente. En el aula se respiraba inquietud y los compañeros empezaron a refunfuñar y a murmurar.

—No os gusta la idea, ¿no? Por suerte para vosotros, a mí tampoco. En primer lugar, la gente sería demasiado buena o muy cruel, y así no conseguiríamos la sinceridad que buscamos. En segundo lugar, a pesar de que es importante lo que la gente dice de nosotros... Sí, he dicho que es importante... —Wilson hizo una pausa para asegurarse de que todos le prestábamos atención—... Nos gustan mucho esos clichés tan cursis de que no es importante lo que piensen los demás, pero en el mundo de los negocios, en el de las relaciones y en el mundo real sí lo es. —Enfatizó el «sí» y volvió a mirarnos.

»Pero, aunque lo sea, no lo es tanto como creemos porque, como ya hablamos a principios de curso, nuestras propias creencias afectan a nuestras vidas de forma muy real. Afectan a nuestra historia. Quiero que vosotros mismos os describáis en las veinte etiquetas. Sed tan honestos como podáis. Cada etiqueta debería contener una palabra, dos como máximo. Y que sean cortas. Al fin y al cabo, las etiquetas son solo eso: cortas y despiadadas, ¿verdad?

Wilson abrió una caja enorme de rotuladores y empezó a repartir uno a cada alumno. Eran rotuladores permanentes. Genial. Vi como la gente de mi alrededor empezaba la tarea. Chrissy rechazó el rotulador y usó sus bolígrafos de gel para escribir palabras como «estupenda» o «divina» en sus etiquetas. Me entraron ganas de escribir «Dame una patada» en una de mis etiquetas y ponérsela en el culo. Luego escribiría «Que te den» en el resto y las pegaría una a una en la frente de Wilson. ¡Qué plasta era! ¿Cómo podía ser que alguien que me gustara tanto consiguiera enfadarme de esa manera?

La imagen de Wilson con las etiquetas en la frente me hizo sonreír un segundo. Solo un segundo. Esta tarea era cruel y muy degradante. Bajé la vista y miré los cuadrados blancos que había delante de mí, que esperaban a que dijera las cosas como son. ¿Qué iba a escribir? ¿«Embarazada»? ¿«Preñada»? Esas palabras cumplirían los requisitos de la tarea. Eran dos palabras máximo por etiqueta, ¿no? O, ¿qué tal «zorra»? Puede que

«pringada». O «acabada». «*Game over*» La palabra que me vino a la mente a continuación hizo que me estremeciera: «madre». No, de ninguna manera.

—No puedo hacerlo —dije en voz alta y enérgicamente.

Todos me miraron boquiabiertos y dejaron de escribir. No me refería al ejercicio, pero tampoco podía hacerlo. No lo haría.

—¿Cómo dices, Blue? —preguntó Wilson en un tono calmado.

—No pienso hacerlo.

—¿Por qué no? —Su voz todavía sonaba tranquila y amable. Yo hubiera preferido que me gritara.

—Porque no está bien... Y es una tontería.

—¿Por qué?

—¡Porque es demasiado personal! ¡Por eso! —De un gesto, tiré las etiquetas al suelo—. Podría mentir y escribir un montón de palabras que no significan nada, palabras que no me creo, pero ¿qué sentido tendría eso? Así que no pienso hacerlo.

Wilson se apoyó en la pizarra y me miró con las manos entrelazadas.

—Entonces, me estás diciendo que te niegas a ponerte etiquetas, ¿no es así?

Lo miré fríamente.

—¿Te niegas a etiquetarte? —volvió a preguntar—. Porque si es así, entonces has pasado esta pequeña prueba.

La gente empezó a protestar a mi alrededor. Los demás sentían que no era justo, porque ellos habían hecho lo que se les pedía. Wilson los ignoró y continuó:

—Quiero que tiréis las etiquetas. Que os las despeguéis, las rompáis, las garabateéis o que las tiréis a la basura.

Sentí que el calor de la confrontación me desaparecía de la cara y el corazón me volvía a latir con normalidad. Wilson no me miraba, pero yo sabía que su mensaje iba dirigido especialmente a mí:

—A lo largo del año, hemos escrito nuestras historias. Ahora quiero que penséis en vuestro futuro. ¿Qué aspecto tiene vuestro futuro si lo predecís en base a vuestro pasado? Y, si no os gusta el camino por el que vais, ¿de qué etiqueta deberíais deshaceros? ¿Cuál de esas palabras que habéis usado para describiros tendréis que abandonar? ¿Todas? ¿Qué nueva etiqueta queréis?

¿Cómo os etiquetaríais si en lugar de basaros en lo que pensáis de vosotros mismos os basarais en lo que queréis ser? —Wilson cogió un montón de carpetas y las empezó a repartir una a una—. He juntado las páginas de vuestra historia en estas carpetas. Todo lo que habéis escrito desde el primer día. Esta es la última página de vuestra historia personal. Ahora, escribid vuestro futuro. Escribid lo que queréis. Romped las etiquetas.

Érase una vez un pequeño mirlo al que apartaron de su nido. Nadie lo quería. Era un desecho. Entonces, un halcón encontró al pajarito y se lo llevó con él, lo acogió en su nido y le enseñó a volar. Pero, un día, el halcón no regresó a casa y el pequeño pajarito volvió a quedarse solo y sin nadie que lo quisiera. Quería alzar el vuelo y huir, pero, cuando se acercó al borde del nido y miró al cielo, se dio cuenta de lo pequeñas y débiles que eran sus alas. El cielo era tan grande... El mundo exterior quedaba tan lejos... Se sentía atrapado. Podía irse volando, pero ¿adónde iría? Tenía miedo, porque sabía que no era un halcón. No era un cisne, un pájaro precioso. No era un águila, digna de asombro. Solo era un pequeño mirlo.

Se encogió de miedo en el nido y escondió la cabeza bajo las alas, a la espera de que lo rescataran, pero no vino nadie. El pequeño mirlo sabía que quizás era débil y puede que fuera pequeño, pero no tenía alternativa: tenía que intentarlo. Se iría volando y sin mirar atrás. Cogió aire con fuerza, extendió las alas y se lanzó hacia el gran cielo azul. Voló durante un minuto a ritmo constante, cada vez más alto, pero, entonces, miró hacia abajo. El suelo se acercó rápidamente y el pájaro entró en pánico y cayó rodando al suelo.

Me imaginé al pájaro titubeando en el borde del nido, intentando volar y, luego, lo vi caer contra el hormigón. Una vez vi un huevo que había caído de un nido de un pino enorme al lado del bloque de pisos donde vivía. Había un pajarito, a medio formar, yaciendo en la cáscara rota.

Solté el lápiz y me levanté del pupitre con la respiración entrecortada. Sentía como si yo también fuera a romperme y, como consecuencia, trozos de Blue fueran a volar por el aula creando un espectáculo horripilante. Agarré el bolso y corrí hacia la puerta, necesitaba salir de allí. Oí que Wilson

me llamaba y me decía que esperara, pero yo corrí hacia la salida y no miré atrás. Yo no podía huir volando. Esa era la ironía: yo ya no era el pequeño pájaro del cuento. Mi historia ahora iba sobre otra persona.

Ya había estado antes en un centro de planificación familiar. Fui a por las pastillas anticonceptivas, aunque era evidente que las últimas me habían fallado. Busqué en internet todos los motivos por los que la pastilla podía fallar; puede que fueran los antibióticos que tuve que tomar en Navidad o que, por alguna extraña razón, tenía una pastilla de más, lo que significaba que algún día me la había saltado. Fuera cual fuera el motivo, el resultado del test era positivo y aún no me había bajado la regla.

Había llamado unos días antes para pedir cita para después del instituto, aunque, como salí corriendo de clase, tuve tiempo de sobra para llegar. La mujer de recepción no era amable, pero iba al grano. Rellené un impreso, respondí a unas cuantas preguntas, me senté en una silla de metal que tenía un acolchado blanco y hojeé una revista en la que salían «Las mujeres más guapas del mundo». Me pregunté si alguna de ellas habría tenido que ir a un centro de planificación familiar. Sus rostros me miraban desde las páginas brillantes, donde resplandecían entre plumajes de colores. Me sentí pequeña, fría y fea, como un pájaro con las plumas mojadas. ¡Basta ya de pájaros! Me deshice del pensamiento y pasé de página.

Me pregunté si mi madre había ido a un sitio de esos cuando se quedó embarazada de mí. La idea hizo que el corazón me dejara de latir. Nací a principio de los noventa, poco había cambiado en los últimos años, ¿verdad? Habría sido casi tan fácil para ella abortar como lo sería ahora para mí. ¿Por qué no lo había hecho, entonces? Por lo poco que sabía de mi madre, entendía que mi nacimiento no había sido oportuno. Ella no me había buscado. Puede que no supiera de mí hasta que ya fue demasiado tarde. O quizás pensó que su novio volvería con ella, que volvería a quererla y la cuidaría. ¿Quién sabe? Está claro que yo no.

—¿Blue? —Me llamaron con el tono de pregunta típico que todos utilizaban cuando leían mi nombre. La gente solía creer que les estaban tomando el pelo. Agarré el bolso y me dirigí hacia la puerta en la que estaba

la enfermera. Sin apenas esperar a que se cerrara la puerta, me informó de que necesitarían una prueba de orina y me dio un bote.

—Cuando acabes, escribe tu nombre en la etiqueta, lo pegas a la muestra y me lo das a mí directamente. Haremos una prueba de embarazo y de enfermedades de transmisión sexual. Te diremos si estás embarazada hoy mismo, pero la prueba de las enfermedades tardará un poco más.

Me acompañó al lavabo y esperó hasta que entré y cerré la puerta. Miré la etiqueta que se suponía que tenía que ponerle al bote. Había un espacio para mi nombre, otro para la hora y la fecha de la muestra. Supuse que lo rellenarían cuando se lo llevaran para hacer las pruebas. La lección de Wilson sobre las etiquetas me vino a la mente: «Y, si no os gusta el camino por el que vais, ¿de qué etiqueta deberíais deshaceros? ¿Cuál de esas palabras que habéis usado para describiros tendréis que abandonar?».

Iba a escribir mi nombre en un bote de orín. Me dirían que estaba embarazada. Luego me recomendarían que interrumpiera el embarazo, porque ese era el motivo por el que había ido allí. En poco tiempo, podría despegar metafóricamente la etiqueta en la que ponía «Embarazada», garabatearla, tirarla y acabar con esto. Ya no sería cierto y podría elegir otro camino para mí. Abandonaría esa etiqueta igual que mi madre me abandonó a mí.

Puse los ojos en blanco cuando mi cerebro excesivamente emotivo hizo esa comparación. No era en absoluto lo mismo abandonar a un niño que interrumpir un embarazo. Me dije a mí misma que ni siquiera podía compararse. Me di prisa en rellenar la muestra, escribí mi nombre en la etiqueta y la pegué en el bote cálido que me hizo ser consciente de que probablemente tenía que beber más agua. Me avergoncé al pensar que la enfermera probablemente pensaría lo mismo.

—Enhorabuena.

El test no llevó mucho tiempo. Me pregunté si usaban los mismos test de embarazos que había usado yo diez veces en casa.

—¿Enhorabuena?

—Sí, estás embarazada. Enhorabuena —dijo la enfermera impávida.

No sabía que decir. «Enhorabuena» parecía la palabra equivocada teniendo en cuenta que, cuando pedí cita, me asesoraron sobre el aborto. Pero no parecía que se estuviera burlando. Era, evidentemente, la respuesta estándar o la más segura..., supongo.

—Veo que ya has hablado con... —Miró el portapapeles—... Sheila sobre las opciones que tienes.

Sheila fue la chica que me atendió por teléfono cuando llamé para pedir cita. Fue amable. Y yo agradecí tener alguien con quien hablar. Ojalá fuera Sheila la que estuviera conmigo en ese momento. La enfermera que me atendía era muy seca, con sus felicitaciones prefabricadas. Necesitaba pensar.

—Y ¿está Sheila?

—Eh... No —respondió la enfermera, confundida por la pregunta. Entonces suspiró—. Tendrás que pedir cita para otro día para el procedimiento si al final decides seguir adelante con eso.

—¿Puede darme mi pis, por favor? —interrumpí desesperada. Quería irme.

—¿Cómo dices?

—Quiero... Bueno, es que no quiero que el bote con mi nombre y el pis se quede aquí. ¿Me lo puedo llevar, por favor?

La enfermera me miró como si pensara que estaba loca. Me intentó tranquilizar:

—Es todo completamente confidencial. Lo sabes, ¿verdad?

—Quiero irme ya. ¿Puedes dármelo, por favor?

La enfermera se levantó y abrió la puerta. Miraba de un lado al otro, como si buscara alguna cosa para detenerme.

—¡Y nada es completamente confidencial! —dije mientras salía de aquella pequeña habitación con el bolso en la mano y decidida a encontrar la muestra.

De repente, sentí como si mi vida se limitara a aquella etiqueta, a mi nombre en la pegatina blanca pegada en el bote de la muestra de orina. Estaba cruzando el Rubicón, era eso. Y solo podía pensar en la etiqueta.

La enfermera parecía sorprendida, pero no me dijo nada. Me dio la muestra con las manos temblorosas. La cogí y salí corriendo, como un ladrón

de una tienda, con la esperanza de que nadie pudiera identificarme. Era consciente de que la probabilidad de salir de allí sin problemas era diminuta. Sabía que yo misma lo había empeorado, pero, como al ladrón, la adrenalina me dio fuerza para seguir adelante con mi decisión. Me sentía eufórica, llena de poder. Podía tirar mi vida por la borda... o proteger otra vida, según cómo se mirara. Todavía llevaba la muestra de orina al lado del pecho. La puse en el salpicadero de la camioneta y leí mi nombre bajo la tenue luz de la cabina.

«Blue Echohawk. Fecha: 29 de mayo de 2011. Hora: 17.30». Fuera de la camioneta ya había oscurecido. En Las Vegas, en invierno, el sol se pone sobre las cinco de la tarde. En ese momento, la oscuridad era total. Volví a leer mi nombre y pensé en las palabras de Cheryl aquel día tan horrible en el que ahogarme me había parecido mejor opción que vivir sin Jimmy: «Ni siquiera sabía cómo te llamabas, pero como no dejabas de decir “azul, azul, azul”, él empezó a llamarte “Blue”, y al final te quedaste con ese nombre, supongo».

Blue Echohawk no era mi nombre real. A lo mejor me habían puesto Brittney, Jessica o Heather. Puede que Ashley o Kate o Chrissy, Dios no lo quiera. «Yo no soy nadie. ¿Quién eres tú?». El poema me perseguía. De repente, me molestó pensar que podría tener un hijo y que ese hijo tampoco supiera el nombre de su madre. El ciclo continuaría. Despegué la etiqueta de la muestra y me la pegué en la camiseta, para anunciar quién era, aunque solo fuera para tranquilizarme. Entonces, lancé el bote por la ventana y le pedí al karma que me perdonara. Sabía que era asqueroso y que pronto pisaría una caca de perro o vomitaría, porque el universo pediría que le pagara con la misma moneda.

13. Pálida

Cuando me di cuenta, estaba delante de la casa de Wilson. Había un montón de escombros de las obras a un lado y parecía que estaban reconstruyendo el techo. Salía luz por todas las ventanas y las amplias escaleras de la entrada brillaban bajo el resplandor de una lámpara pequeña con forma de farolillo antiguo que colgaba al lado de la puerta. Bajé del coche sin saber qué narices estaba haciendo, solo quería un poco de compañía. De seguridad. Tampoco sabía a qué otro lugar podía ir. Se lo tendría que contar a Mason, pero no lo haría esa noche.

Había un portero automático pequeño al lado de la puerta y también estaba el cartel donde ponía «Pemberley». El interfono era nuevo. Pulsé el botón una vez y me pregunté si habría sonado dentro de la casa. Volví a pulsar el botón y entonces oí la voz de Wilson por el altavoz. Sonó ridícula, parecía la voz de un mayordomo inglés estirado. Su tono complementaba tan bien a la casa que, si hubiera estado de humor, me habría puesto a reír como una loca.

—Soy Blue Echohawk. ¿Puedo hablar contigo un momento... ¿por favor? No necesito entrar. Esperaré aquí fuera, en los escalones de la entrada.

—¿Blue? ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado hoy en clase? —Incluso a través del portero automático, se notaba que estaba preocupado.

Me mordí el labio para no empezar a sollozar y me sacudí vigorosamente. No lloré.

—Estoy bien. Solo necesito... hablar con alguien.

—Ahora mismo bajo.

Me senté en el escalón a esperar mientras me preguntaba qué iba a decirle. No le contaría que estaba embarazada, de eso estaba segura. Entonces, ¿por qué estaba allí? Empecé a sentir otra vez cómo se despertaba el llanto en mi interior y gemí. Deseaba liberarme de todo aquello sin quedar completamente expuesta, como había pasado dos meses antes, aquella noche que escuché a Wilson tocar el violonchelo desde el pasillo oscuro del instituto.

La puerta se abrió a mi espalda y Wilson se sentó en el escalón junto a mí. Otra vez llevaba vaqueros y una camiseta; deseé con fervor que no fuera así. Iba descalzo y yo aparté la mirada al sentirme abrumada por la desesperación. Necesitaba a un adulto, a una figura de autoridad que me tranquilizara, que me dijera que todo saldría bien. Wilson, en vaqueros y descalzo, parecía otro chico más sin respuestas. Como Mason o Colby, un chico que no tendría ni idea de qué hacer si estuviera en mi situación. Pensé que a lo mejor se le estaban helando los pies, así que decidí ir al grano.

—¿Te acuerdas de cuando nos contaste la historia de Julio César y el Rubicón? —dije de repente.

Wilson se inclinó hacia mí, me agarró de la mandíbula con una mano y me hizo volver el rostro hacia él.

—Pareces embriagada.

Hice que me soltara la barbilla y le aparté la mano. Apoyé la cabeza sobre las rodillas.

—¿Blue?

—No, no estoy *embragada*, sea lo que sea lo que eso significa.

—«Embriagada», entre otras cosas, quiere decir «muy cansada». «*Embragada*» suena a algo totalmente diferente, pero me alegro de que tampoco lo estés —se limitó a responder él.

Me propuse buscar más tarde el significado de esa palabra.

—Así que Julio César, ¿eh? ¿Has venido a hablar conmigo de Julio César?

—Dijiste que cuando cruzó el río era consciente de que no podría volver atrás, ¿verdad? —pregunté.

—Sí.

—¿Y qué pasaría si cruzaras el Rubicón pero no te dieras cuenta de que

es el Rubicón? ¿Entonces qué?

—Entiendo que hablamos hipotéticamente.

—Sí. La he cagado. No puedo arreglarlo, no puedo volver atrás y no sé qué narices tengo que hacer. —Los sollozos intentaban escaparse otra vez, así que me cubrí la cara y recobré el control casi inmediatamente.

—Vamos, Blue. No puede ser para tanto, ¿no?

No respondí, porque entonces le tendría que decir lo grave que era el problema en realidad.

—Nadie ha muerto. —«Todavía». Me deshice de la culpa y seguí—: No he quebrantado la ley ni me está creciendo bigote de repente, no tengo cáncer terminal y no me he quedado medio sorda ni ciega, así que, sí, supongo que podría ser peor.

Wilson se me acercó y me apartó delicadamente un mechón de pelo que tenía en los ojos.

—¿Piensas contarme qué te pasa?

Tragué e intenté recuperar la compostura.

—He intentado cambiar, Wilson. ¿Recuerdas cuando hablamos de la redención? ¿La noche que me no me arrancaba la camioneta y que los dos chiflados nos rescataron?

Wilson sonrió y asintió. Me puso el pelo detrás de la oreja. Yo intenté no estremecerme cuando sentí el roce de sus dedos sobre la piel. Intentaba tranquilizarme y yo lo agradecía y deseaba apoyar la cabeza sobre su hombro y desahogarme. Apartó la mano y esperó a que continuara.

—Esa noche... sentí algo que nunca había sentido. Tenía el corazón roto y me encontraba mal. Así que recé. Pedí amor a gritos, aunque no sabía qué era lo que estaba pidiendo. Quería sentirme querida y fue... Me llovió del cielo. Sin ataduras ni ultimátums, sin que tuviera que prometer nada. Fue un regalo. Solo tuve que pedirlo. Y eso... me cambió. En ese momento me sentí curada. —Lo miré, quería que me entendiera. Él parecía absorto en lo que estaba diciendo y eso me dio coraje para continuar—: No me malinterpretes. No me hizo perfecta, no resolvió los problemas, no convirtió mis flaquezas en puntos fuertes. Mis problemas siguieron siendo los mismos. La pena que sentía no se convirtió en alegría milagrosamente... Pero, aun así, me sentía curada. —Las palabras, que describían esa sensación que había vivido desde aquella noche, me inundaban la boca—. Fue como si hubieran rellenado las

grietas de mi corazón y hubieran roto y apartado las piedras que lo rodeaban. Y me sentí... completa.

Wilson me miraba con la boca ligeramente abierta. Sacudió la cabeza, como si quisiera despejarla y se rascó la nuca sin saber qué decir. Me preguntaba si algo de lo que le había dicho tenía sentido o si empezaría a decirme que estaba embriagada.

—Creo que es lo más bonito que he oído en mi vida.

Ahora fui yo quien lo miró a él. Fijó la vista en mí hasta que aparté la cara, avergonzada por los elogios que desprendían sus ojos. Sentí su mirada fija en mi rostro. Era evidente que trataba de entender lo que le había dicho. Un minuto más tarde, empezó a hablar otra vez.

—Entonces, tienes una experiencia increíble, dices que es redención, está claro que le has dado muchas vueltas... ¿Y ahora estás convencida de que la has cagado tanto que no vas a poder redimirte otra vez?

No me lo había planteado de esa manera.

—No es eso... En realidad, no. Supongo que pensaba que había dejado atrás a mi yo del pasado. Y ahora me he dado cuenta de que no puedo huir de los errores que he cometido.

—¿Entonces la redención no te ha salvado de las consecuencias de tus errores?

—No —susurré.

Era eso. La redención no me había salvado de las consecuencias de mis errores y ahora me sentía traicionada. Sentía como si el amor que me había inundado ese día me hubiera sido arrebatado antes de poder demostrar que lo merecía.

—¿Y ahora qué?

—Ese es el motivo por el que estoy aquí. No sé qué hacer.

—Y yo no te puedo aconsejar, porque no sé cuál es el problema —respondió él.

Al ver que no contestaba, suspiró y nos quedamos sentados, con la vista perdida en la calle y con la cabeza llena de las cosas que podríamos decir, pero sin decir nada.

—A veces no hay salvación —concluí, aceptando lo que tenía por delante. Seguía sin saber qué hacer, pero, de un modo u otro, seguiría

adelante.

Wilson apoyó la barbilla en las manos y me miró pensativo.

—Cuando mi padre murió, me sentí perdido. Me arrepentía de muchas de las cosas que habían pasado entre nosotros y ya era demasiado tarde para cambiarlas. Me uní al Cuerpo de Paz principalmente porque mi padre me había dicho que no duraría ni un día, y pasé dos años en África trabajando sin parar y viviendo en condiciones bastante precarias. Muchos días deseaba que alguien viniera a rescatarme a África. Quería irme a casa y vivir con mi madre y que ella me cuidara. Pero, al final, África me salvó. Aprendí muchas cosas sobre mí mismo, maduré y descubrí qué quería hacer con mi vida. A veces, aquellas cosas de las que queremos que nos rescaten son las que nos salvan.

—Puede ser.

—¿Estarás bien, Blue?

Lo miré e intenté sonreír. Era un chico muy serio. Me pregunté si había sido tan sensato cuando su padre estaba vivo, pero lo dudaba. Wilson era lo que Beverly llamaba «un tío legal». Una persona muy madura.

—Gracias por hablar conmigo. A Cheryl no se le da muy bien hablar de estos temas tan profundos.

—¿Has intentado hablar con Mason o Colby? Parecen las personas apropiadas para resolver todos los problemas del mundo.

Se me escapó una risita que alivió la tensión que sentía en el pecho.

—¡He conseguido hacerla reír! ¡Estupendo! Qué bueno soy.

—Sí, Wilson, eres bueno. Quizá demasiado para los gustos de Blue Echohawk, pero eso ya lo sabíamos.

Wilson me dio la razón y se tomó el comentario a broma. Se levantó y me ayudó a levantarme. Me acompañó hasta la camioneta, me ayudó a entrar y me pellizó la mejilla como si tuviera cinco años y él ciento cinco.

—Seis semanas, Echohawk, y el mundo es tuyo.

Me encogí de hombros y dije adiós con la mano. Cargaba con el peso del mundo sobre los hombros, aunque ahora estaba más lejos de mi alcance que nunca.

La graduación se celebró una mañana de finales de mayo en el campo de fútbol americano, lo que significaba que había muchísimos asientos en las gradas para los amigos y familiares y que el calor era relativamente soportable. Y digo relativamente, porque a las diez de la mañana estábamos a treinta y dos grados. Tenía náuseas y la temperatura no ayudaba. Consideré no ir, pero quería disfrutar de mi momento. Quería ponerme el birrete y la toga, recibir el diploma y hacer un corte de mangas silencioso a todos aquellos que ponían cara de asco cuando pasaba por su lado y a los que pensaban que dejaría el instituto sin graduarme. Lo había conseguido. Por los pelos, pero lo había conseguido. Por desgracia, tuve que ir al baño corriendo minutos antes de que hiciéramos una fila para salir al campo. Vomité lo poco que tenía en el estómago e intenté respirar a pesar de los temblores. El estómago se me revolvía como un mar en tempestad.

Me recompuse, me enjuagué la boca y saqué del bolso las galletas saladas que ahora iban conmigo a todas partes. Ya casi estaba de cuatro meses. ¿No se suponía que ya no debería tener tantas náuseas? Me comí una galleta y bebí agua del grifo, intentando no pensar en cuánto cloro tendría. Me retoqué el maquillaje de los ojos, ya que la raya se me había corrido y me había manchado la parte de la ojera. Me puse un poco de brillo de labios, volví a poner cara de desprecio y me dirigí al comedor del instituto, donde estaban los alumnos que se graduaban. Pero entonces vi que habían hecho la entrada sin mí. Me senté en una de las mesas y empecé a pensar en el desastre que era mi vida. Tenía un nudo en la garganta que me latía al ritmo de mi corazón herido. Ahora ya no podía salir. Me lo había perdido.

—¿Blue?

Pegué un salto de la sorpresa y levanté la cabeza de entre las manos.

El señor Wilson estaba a unos tres metros de distancia, tenía la mano en el interruptor de la luz que había al lado de la puerta más cercana a donde estaba sentada. Llevaba la misma camisa de rayas y los mismos pantalones de siempre, pero había dejado la corbata en casa. La mayoría de los profesores tenían una tarea en la graduación, como recoger los birretes y las togas, relacionarse con los padres y los alumnos o vigilar a los rezagados. Al parecer, a Wilson le había tocado la última. Me erguí y lo fulminé con la mirada, enfadada de que me hubiera vuelto a ver en un momento de

vulnerabilidad.

—¿Estás bien? Te has perdido la entrada. Todos están en el campo ya.

—Sí, ya me he dado cuenta.

El nudo que sentía en la garganta era ahora más grande. Giré la cara con desdén. Me levanté, me quité el birrete y lo dejé en la mesa y empecé a quitarme la toga. Debajo llevaba unos pantalones cortos de color rosa y una camiseta blanca. En teoría debíamos llevar un vestido, pero nadie se iba a dar cuenta.

—Espera —gritó Wilson. Se me acercó con la mano tendida—. No es demasiado tarde. Aún puedes ir con los demás.

Me había levantado demasiado deprisa y ahora la habitación bailaba a mi alrededor. «No, por favor...». Intenté aplacar las náuseas y hacer que se fueran, pero me di cuenta de que no aguantaría hasta llegar al baño. Tiré la toga y pasé corriendo por el lado de Wilson en dirección a la papelería para vomitar las galletas y el agua que me acababa de tomar. Noté que unas manos me quitaban el pelo de la cara y quise apartar a Wilson de mi lado... «No, no, por favor...». Pero estaba demasiado ocupada con los temblores y las arcadas para hacerlo. Finalmente, recuperé el control de mi estómago y deseé tener algo con lo que lavarme la boca. Casi inmediatamente, vi que un trozo cuadrado de tela aparecía delante de mis ojos. Lo acepté agradecida. Era la segunda vez que usaba uno de sus pañuelos y aún no le había devuelto el primero. Lo había lavado y planchado, pero, como sabía que olía a cigarrillos y a humo, me daba vergüenza devolvérselo. Me erguí. Wilson me soltó el pelo y dio un paso hacia atrás.

Se dio la vuelta y se fue rápidamente y, cuando volvió, traía un pequeño vaso de plástico lleno de agua con hielo.

—Cortesía de la sala de profesores.

Me bebí el agua muy agradecida, aunque esta vez tampoco le di las gracias.

—Si crees que puedes, pienso que deberías ponerte el birrete y la toga y salir al campo. No te has perdido nada importante.

—No. No pienso salir sola.

—Yo iré contigo. Será fácil. Una vez estés sentada ya no sentirás vergüenza y, cuando acabe todo, agradecerás no haberte perdido tu propia graduación.

Miré con tristeza hacia la toga y el birrete. Supongo que Wilson notó mi indecisión y siguió presionándome:

—Te gustan las entradas dramáticas, ¿recuerdas?

Sonreí un poco, pero la sonrisa desapareció cuando pensé que probablemente no aguantaría toda la ceremonia sin tener que ver la tapa del inodoro de nuevo.

—No puedo.

—Claro que sí.

Wilson agarró el birrete y la toga y me los ofreció con una mirada de ánimo. Me recordó a un perro que suplica que lo saquen a dar una vuelta a la manzana. Sus ojos, rodeados por unas densas pestañas, imploraban y esbozó una sonrisa a modo de súplica.

—No puedo —repetí enérgicamente.

—Tienes que hacerlo —contestó él con la misma contundencia—. Entiendo que estés achacosa...

—No estoy achacosa, sea lo que sea lo que eso signifique. Estoy embarazada —interrumpí en un susurro.

El rostro de Wilson se congeló como si le acabara de decir que estaba teniendo una aventura con el príncipe Guillermo. Volví a sentir el nudo en la garganta y los ojos me empezaron a escocer, así que parpadeé rápidamente y apreté la mandíbula.

—Entiendo —dijo Wilson en voz baja.

Dejó caer los brazos; todavía tenía el birrete y la toga en la mano. Por su expresión, parecía que intentaba unir todos los cabos sueltos, apretó la mandíbula y me miró fijamente. Quise apartarle la mirada, pero el orgullo me lo impidió e hizo que lo mirara con agresividad.

Agarré el birrete y la toga y me di la vuelta, avergonzada de repente de los vaqueros cortos y de la camiseta que llevaba, como si la ropa tan reveladora que vestía enfatizara la confesión humillante que acababa de hacer. Me despreciaba a mí misma y lo único que quería hacer era alejarme de Darcy Wilson, el único profesor, la única persona a la que parecía importarle. Se había convertido en mi amigo y, en ese momento, me di cuenta de que, probablemente, lo había decepcionado. Me alejé caminando. Su voz insistió una vez más a mis espaldas.

—No fui al funeral de mi padre.

Lo miré confundida.

—¿Qué?

—No fui al funeral de mi padre.

Se acercó y se puso delante de mí.

—¿Por qué?

Wilson se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Pensaba que yo era el responsable de su muerte. La noche que murió, nos peleamos y yo me fui furioso. No quería estudiar Medicina y él pensaba que me equivocaba. Fue la única vez que me peleé de esa forma con él. Esa misma noche, tuvo un ataque al corazón en el aparcamiento del hospital, dentro del coche. Lo habían llamado para que fuera a trabajar por una urgencia, pero no llegó al hospital. Si hubiera llegado, a lo mejor lo habrían podido salvar.

»Yo, evidentemente, me culpé por el ataque al corazón que sufrió. Estaba asolado y me sentía culpable. Así que no fui.

Wilson dejó de hablar y bajó la vista a sus manos, como si en ellas se escondieran las respuestas que aún no había encontrado.

—Mi madre me suplicó e imploró que fuera. Me dijo que, si no iba, me arrepentiría el resto de mi vida. —Me miró—. Y tenía razón.

Bajé la vista y me miré las manos. Sabía exactamente qué me quería decir.

—Hay momentos que no puedes volver a vivir, Blue. No querrás pasarte la vida pensando en los momentos que no disfrutaste, en las cosas que deberías haber hecho pero no hiciste por miedo.

—Solo es una celebración estúpida.

—No. Es más que eso, porque significa algo para ti. Es algo que te has ganado y que nadie te puede arrebatarte. Este viaje no ha sido fácil para ti y te mereces este momento, quizás más que el resto de alumnos que están ahí fuera —dijo Wilson señalando hacia el campo de fútbol americano, que estaba detrás de las paredes del comedor.

—Nadie me va a echar de menos. Nadie está esperando a que suba al escenario.

—Yo estaré ahí y aplaudiré y gritaré tu nombre.

—Como hagas eso, te mato —respondí horrorizada.

Wilson se echó a reír.

—Esa es la chica a la que yo conozco. —Señaló el birrete y la toga—.
Vamos.

Al final asistí a la ceremonia de graduación. Resultó que no me había perdido nada. Salí al campo con Wilson. Me erguí y me lo tomé con calma. Finalmente, llegué a mi asiento vacío sin ni siquiera parpadear, a pesar de las cabezas que se giraban a ambos lados. Wilson se sentó con los profesores y, tal como había dicho, silbó y gritó cuando pronunciaron mi nombre. Debo admitir que no estuvo tan mal. Mis compañeros y profesores rieron, seguramente porque pensaron que Wilson se alegraba de perderme de vista. Aunque intenté con todas mis fuerzas no sonreír, en el último momento se me escapó una gran sonrisa.

14. Índigo

Pasaba en el piso el mínimo tiempo posible. Apestaba a cigarrillos y, a pesar de que intentaba tener la puerta de la habitación cerrada y las ventanas abiertas todo el tiempo, en mayo, hace mucho calor en Las Vegas y casi no podía estar ni en mi habitación. El pequeño almacén que tenía alquilado detrás del bloque era igual de insoportable, pero allí el aire era fresco y los proyectos me mantenían distraída. Estaba completamente absorta en mi última creación, puliendo, lijando y triturando madera como si no hubiera un mañana, cuando oí un coche pasar por delante de la persiana metálica. Cuando me di la vuelta, vi que Wilson salía del Subaru gris y cerraba la puerta. Cuando salí, la luz del sol era tan brillante que tuve que utilizar la mano de visera para verlo.

—Tu tía me dijo que estarías aquí —dijo a modo de saludo.

—¿Ha respondido al timbre? Vaya, qué sorpresa.

Cuando yo me fui, estaba durmiendo en el sofá. Evité tirar de la camiseta y de los vaqueros cortos llenos de agujeros que llevaba. Ya empezaba a tener barriga, aunque cuando iba vestida no se notaba. Me miré las chancletas y encogí los dedos de los pies; llevaba las uñas pintadas. Me había duchado y afeitado las piernas, pero cuando había salido de casa todavía tenía el pelo mojado, así que me lo había recogido en una coleta para apartarme los mechones mojados del cuello. Ni siquiera me había mirado al espejo. No sabía qué me molestaba más: que Wilson me viera así o el hecho de que me preocupara que me viera así. Se había detenido y me observaba. Me avergoncé y me puse a la defensiva inmediatamente.

—¿Por qué me miras así?

Wilson se quedó de pie, con las manos en los bolsillos y frunció el ceño de forma burlona.

—Estás diferente.

—Sí, ¡claro! —me burlé, avergonzada—. Estoy hecha un desastre. No llevo maquillaje ni me he peinado y llevo la ropa *guarrosa*.

—¿«*Guarrosa*»? —preguntó él, levantando las cejas.

—Sí, ya sabes. Guarra y asquerosa: *guarrosa*.

—Entiendo —dijo, y asintió sabiamente—. Es como *fantabuloso*, pero... *guarroso*. —Inclinó la cabeza ligeramente y añadió—: Te pega.

—¿*Guarrosa* me pega? —Intenté no ofenderme—. Vaya, gracias, señor Darcy —contesté imitando el acento de una dama del suroeste de Estados Unidos y batiendo las pestañas—. Es usted tan romántico como su tocayo.

—Te pega el estilo natural. Normalmente llevas demasiado maquillaje —respondió Wilson, que se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Nunca se puede llevar demasiada sombra de ojos azul —bromeé fingiendo que no me importaba lo que dijera o pensara de mí. Me pasé la mano por el pelo y noté los bultos que hacían los mechones mal colocados de la coleta descentrada.

—Dime qué estás haciendo.

Wilson se puso a mi lado, alargó un dedo y resiguió una ranura que acababa en una cavidad.

—Nunca sé qué estoy haciendo —respondí con toda honestidad.

—¿Entonces cómo sabrás cuándo has acabado? —preguntó sonriendo.

—Esa es la cuestión: cuándo parar. Normalmente se me ocurre qué hacer mientras trabajo. Casi nunca antes. La inspiración viene cuando trabajas. —Me mordí el labio concentrada—. ¿Sabes lo que quiero decir?

Wilson asintió.

—Si entrecierro los ojos diría que parece un violonchelo que se derrite y se estira... como un caramelo blando.

No le dije que yo también veía un violonchelo. Me parecía demasiado personal, como si eso fuera a hacer que despertaran los sentimientos que sentí cuando lo oí tocar en el instituto aquella noche, la que me prometí cambiar.

—¿Qué es eso?

Wilson señaló un pequeño agujero que formaba una espiral en la superficie lisa de la madera.

—El agujero de un gusano.

—¿Lo lijarás?

Negué con la cabeza.

—No creo, lo rellenaré con masilla. El problema de intentar solucionar un problema es que a veces descubres dos.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, este es un agujero relativamente pequeño, ¿verdad?

Asintió.

—Si empiezo a cortarlo, puede que el agujero se haga más grande, se desvíe y cause un problema mucho más grande o, como mínimo, un agujero más grande. La perfección no existe y la verdad es que si la madera fuera perfecta, no sería tan bonita. Además, me parece recordar que alguien me dijo que la perfección es aburrida.

—¡Me estabas escuchando!

—Suelo hacerlo —respondí sin más. Luego pensé que a lo mejor había revelado más de la cuenta.

—¿Cómo estás hoy?

Los ojos de Wilson se pusieron serios cuando cambió de tema.

Dejé de pulir la madera y flexioné los músculos.

—Fuerte como un roble —respondí fríamente.

No quería hablar del tema al que él se refería. Me había pasado una hora entera fatal, con la cabeza sobre el váter, pero había conseguido mantener en el estómago unas diez galletas saladas y el aire fresco de fuera del piso me había sentado bien. Me volví a preguntar cuánto tiempo sería capaz de permanecer en aquel piso lleno de humo. No me hacía ningún bien y no era bueno para el bebé que llevaba dentro. Se me hizo un nudo en el estómago al instante y, por un momento, me pregunté si las náuseas que nunca desaparecían eran simplemente por el miedo.

—¿Tu tía sabe que estás embarazada?

Vale, Wilson estaba siendo muy directo.

—No —espeté.

—¿Has ido al médico?

—Todavía no.

No lo miré a los ojos. Suponía que la visita a planificación familiar no contaba. Su silencio pareció condenarme. Me aparté de la escultura y suspiré con fuerza.

—He pedido cita en el servicio de salud. Supongo que me podrán proporcionar ayuda médica y me dirán dónde hay un médico al que pueda ir, ¿de acuerdo?

—Bien —se limitó a responder él, asintiendo con la cabeza—. Sabes que vas a tener que dejar de fumar también, ¿verdad?

—¡No fumo!

Era como si Wilson hubiera escuchado mis pensamientos hacía unos instantes.

Alzó una ceja con incredulidad e hizo una mueca esperando que confesara.

—¡Que no fumo, Wilson! Pero como vivo con una persona que fuma como un carretero, huelo a cenicero todo el rato. No puedo evitar apestar, pero gracias por darte cuenta.

La mueca de duda desapareció de su rostro y suspiró.

—Lo siento, Blue, se me da muy bien cagarla. No soy un bocazas, pero, no sé cómo, siempre consigo meter la pata.

Me encogí de hombros sin darle importancia. Me miró mientras trabajaba durante un rato, pero parecía preocupado y me pregunté por qué seguía allí.

—Sí, eso es... —murmuró para sí mismo. Luego me dijo—: ¿Has pensado alguna vez en buscarte un piso?

—Lo pienso solo unas mil veces al día —respondí irónicamente sin levantar la vista de la línea que estaba brotando y convirtiendo mi violonchelo en una sinfonía completa.

La curva sugería sonido y movimiento y una continuidad que no podía expresar con palabras, pero, de alguna manera, se veía en las líneas de la madera. Así era cómo sucedía: la belleza surgía casi por accidente y yo tenía que dejar que me llevara dónde ella quería. A menudo, pensaba que mis manos y mi corazón sabían algo que yo desconocía, así que les entregaba a ellos el poder sobre el arte.

—¿Puedes descansar un momento? Quiero enseñarte algo que puede

interesarte.

Me mordí el labio y me pregunté si la inspiración me abandonaría si me iba. Ya casi había acabado, así que podía marcharme. Asentí.

—Déjame que vaya a casa un momento y me cambie.

—Estás bien, vámonos. Será un momento.

Tiré de la coleta y me quité la goma de pelo. Me pasé los dedos por la melena y decidí que no importaba. En un momento, guardé las herramientas y cerré el almacén con llave. Entré corriendo a casa y cogí el bolso, me pasé un cepillo por el pelo y me puse una camiseta que cubría un poco más.

—Un chico con acento raro ha venido a buscarte —farfulló Cheryl desde el sofá—. Hablaba como el profesor de *Buffy, cazavampiros*. Pero era mucho más joven y más mono. Cada vez tienes mejor gusto, ¿eh?

A Cheryl le encantaba Spike, de la serie *Buffy, cazavampiros*. Tenía todas las temporadas y veía la serie de manera obsesiva cuando no tenía novio. Hacía que creyera que el chico perfecto estaba ahí fuera, que era inmortal, que chupaba sangre y era sorprendentemente atractivo. Comparar a Wilson con cualquiera de los actores del reparto era un gran cumplido. Me fui sin responderle nada.

Wilson abrió la puerta del asiento del copiloto por mí y conseguí no decir nada sarcástico o decirle que me recordaba un poco al profesor Giles de joven. Aparcamos delante de su casa y yo hice un comentario sobre el aspecto mejorado del exterior del edificio.

—Al principio, centré toda mi atención en el interior, pero cuando acabaron con los pisos, me centré en el exterior. En el último mes le han cambiado el tejado, la línea del tejado, las ventanas... Hemos reformado los escalones y hemos pavimentado la acera con piedras. También contratamos a unos paisajistas que arreglaron el jardín. Hemos hecho un cambio de imagen a la vieja casa.

Subió los escalones y abrió la puerta, yo lo seguí con tranquilidad. ¿Qué se sentiría al tener el dinero suficiente para hacer tal «cambio de imagen a la vieja casa»? Era una tarea difícil. Probablemente causaba muchos dolores de cabeza tener que lidiar con los contratistas y las obras. No me creía capaz de tener la visión para organizarlo todo, pero, ¿cómo sería poder hacer lo que quisieras dentro de lo posible? Me pregunté si yo era el nuevo proyecto de Wilson. Quizás me haría un cambio de imagen a mí también.

—Esto es lo que te quería enseñar.

Me dirigió hasta una puerta que había junto al recibidor del edificio y que no había visto la última vez que estuve ahí. Estaba escondida parcialmente detrás de las escaleras.

—¿Te has fijado en que hemos dividido la casa en dos pisos en la planta superior pero que solo hay uno aquí abajo? Es porque, por como estaba construido el edificio, las escaleras estaban ligeramente desplazadas hacia la derecha. Eso hace que las habitaciones de este lado de la casa sean más pequeñas. Mi cuarto está encima del garaje, así que tengo mucho espacio, pero, aquí abajo, las habitaciones son un poco más estrechas. Pensé que a lo mejor en algún momento viviría aquí abajo y dejaría mi piso, pero apenas puedo ponerme de pie en la ducha, ya verás por qué. Y la verdad es que me gusta el piso de la planta de arriba. Luego pensé que a lo mejor lo podía usar para un empleado de mantenimiento o algo así, pero yo me encargo del mantenimiento, lo que me permite justificar seguir viviendo en mi piso, ya que, al no contratar a alguien para eso, ahorro dinero.

Entramos en el apartamento mientras hablaba. El espacio tenía los mismos suelos de madera que el recibidor y las paredes estaban recién pintadas. Había un pequeño vestíbulo que daba a una pequeña sala de estar a la que Wilson llamó «salón» y, al lado, había una cocina alargada con un fregadero de acero inoxidable, una nevera negra, fogones y una pequeña encimera negra. Todo estaba nuevo y resplandeciente y olía a madera, a pintura y a un nuevo comienzo. Un dormitorio y un baño, tan nuevos y diminutos como el resto, completaban el pequeño piso. Me metí en la ducha y entendí lo que Wilson me había dicho.

—Las tuberías pasan por aquí. Era nuestra única opción. El techo no llega al metro ochenta en la zona de la ducha, pero eso no supondrá un problema para ti, a no ser que te duches con esas botas de tacón tan alto que sueles llevar.

—No me puedo permitir este piso, Wilson. Es pequeño, pero muy bonito. Trabajo en el bar, estoy embarazada y aquí no hay lugar para tallar, lo que significa que, si vivo aquí, mi situación económica no mejorará.

—Te lo puedes permitir, confía en mí. Y ¿sabes qué es lo mejor de todo? Ven, te lo enseñaré. —Cruzó el baño y volvió a la cocina en unos diez pasos—. ¿Ves esta puerta de aquí? No es una despensa. Lleva al sótano. Pensé

que, si era el piso del encargado de mantenimiento, necesitaría un acceso fácil, así que no tapamos la puerta original cuando hicimos los planos. Ahí abajo es donde hago la colada. Tenemos la caldera, el calentador de agua y las cajas de fusibles ahí. Tiene una entrada desde el exterior, así que puedo entrar sin tener que pasar por tu piso. Y es enorme. Tienes espacio de sobra para tu taller. Puede que en invierno tengas frío, pero podríamos comprar una estufa. Y en verano será el lugar más fresco de la casa.

Bajamos al sótano. Yo intentaba no emocionarme convenciéndome de que era una mala idea. No había mucho que ver ahí abajo, solo las paredes y el suelo de hormigón de aquel espacio, prácticamente vacío, que podía medir unos doscientos treinta metros cuadrados. Había algunos trastos y una lavadora y secadora viejas en la pared de enfrente, pero eso era todo. Que la casa tuviera un sótano era un punto a favor. Los sótanos en Las Vegas eran tan escasos como las casas de ladrillos. Pero este tenía luz y electricidad, así que podría usar las herramientas. Sería más que suficiente para lo que necesitaba.

—Hay algunos muebles viejos que ya estaban en la casa cuando la compré —dijo mientras quitaba lonas de algunos muebles que estaban en una de las esquinas—. Puedes utilizar todo lo que necesites, y la lavadora y la secadora están enchufadas. También puedes bajar aquí a hacer la colada.

—¿Cuánto, Wilson? —pregunté interrumpiéndole a mitad de la lista de comodidades—. ¿Cuánto al mes?

Lo consideró durante un momento, inclinando la cabeza hacia un lado como si le estuviera dado muchas vueltas al asunto.

—El piso es pequeño y no se lo puedo alquilar a un hombre adulto, porque se sentiría como Gulliver cuando vivía con los liliputienses. Había decidido dejarlo vacío y que lo usara mi madre cuando me visitara, pero es una esnob, así que no creo que le gustara la idea.

—¿Cuánto, Wilson?

—Creo que cuatrocientos dólares al mes sería demasiado. —Me miró—. Pero podemos incluir en el precio los gastos, para que sea más justo.

Cuatrocientos dólares al mes era baratísimo y él lo sabía. El alquiler del piso de Cheryl era de novecientos dólares al mes y era un agujero apestoso. Además, eso solo incluía el agua; el gas y la electricidad iban por separado. Lo sabía porque en algunas ocasiones había tenido que pagar la factura de la

electricidad con lo que había ganado en el restaurante.

—¿Por qué haces esto por mí? —pregunté, y metí las manos en los bolsillos de mis pantalones harapientos.

Wilson suspiró.

—No es nada, Blue. Los cuatrocientos dólares al mes son más que suficientes, de verdad. Además, a la señora Darwin le gustará que haya otra mujer en el edificio. El inquilino nuevo es un tío, así que, si ella necesita ayuda con cosas... de mujeres, te tendrá a ti. Es perfecto.

Estaba usando cualquier excusa que encontraba, por tonta que fuera.

—¿Cosas de mujeres? ¿Como qué?

—Bueno, no sé, cualquier cosa... Cosas de mujeres con las que yo no la pueda ayudar.

—Ya —contesté, y traté de no reír. Una sensación de euforia crecía en mi pecho y quería hacer un baile de celebración en el sótano. Lo haría: me iba a mudar a aquel pequeño piso yo sola. Sin humo, sin Cheryl, sin botellas de cerveza ni hombres sudados con los que tropezarme y a los que ignorar. Iba a mudarme.

15. Alegre

En el sótano encontré una mesa y dos sillas, un sofá de dos plazas, un sillón reclinable a conjunto y un somier, y los subimos al piso. Wilson insistió en que limpiáramos el sofá con vapor. Se inventó la excusa de que la señora Darwin ya había llamado a alguien para que viniera a limpiar algunas de sus cosas, pero ella parecía no tener ni idea cuando se lo comenté el día que vinieron a hacerlo. Además, Wilson también se sacó milagrosamente de la manga un colchón doble nuevo y un canapé. Dijo que estaban en el sótano, pero yo no los había visto.

Al día siguiente, le di un cheque de seiscientos dólares y le dije que sabía lo que estaba haciendo y que dejara de darme más cosas, porque no me las podía permitir y no aceptaba que me las regalara. Cogí las herramientas del almacén, cancelé el contrato de alquiler y cogí las pocas cosas que tenía en casa de Cheryl. Seguramente fue la mudanza más fácil de la historia. Cheryl estaba un poco sorprendida, pero no se la veía especialmente emocionada. Parecía un poco preocupada por no poder pagar las facturas ese mes, pero, para cuando yo me fui, ya estaba pensando en posibles compañeros de piso. Me preguntaba si volvería a verla. Le escribí mi dirección y le dije que, si necesitaba ponerse en contacto conmigo, tenía mi número de teléfono. Ella me respondió con un «Tú también». Y eso fue todo.

En una de las esquinas del bloque de pisos, cerca de donde tenía aparcado el coche, había un contenedor de basura enorme. Miré las bolsas de basura llenas con mi ropa y luego volví a mirar el contenedor. En poco tiempo, ninguna de esas prendas me iría bien y, además, todo apestaba al piso de Cheryl. No quería tener que llevar todo eso al piso nuevo, quería

lanzar la bolsa con fuerza y que formara un pequeño montón encima del resto de basura. Tiffa me había llamado unos días antes y me había dicho que había vendido tres obras más; había cobrado mil dólares por las tres juntas. Si ahorra, podría permitirme nueva ropa. Tiffa dijo que llevaría el cheque a casa de Wilson cuando ya me hubiera instalado. Parecía conocer todos los detalles de mi mudanza, cosa que me sorprendía y me agradaba a la vez. Me gustaba que Wilson me mencionara en sus conversaciones.

Saqué las botas y los zapatos de las bolsas y unas cuantas cosas más de las que no me quería deshacer y lo apilé todo en el asiento del copiloto. No podría comprármelo todo nuevo. Entonces, con gran satisfacción, tiré todas y cada una de las prendas de ropa que tenía.

Lo mejor del piso era el conducto de ventilación del techo. Si me ponía debajo, oía a Wilson tocar el violonchelo. No tengo ni idea de por qué el sonido viajaba de esa manera, pero, en cuanto fui consciente de ello, coloqué el sillón reclinable justo debajo del conducto, que estaba en el centro del comedor. Y cada noche me sentaba en la oscuridad y me mecía y escuchaba los susurros de las melodías de Wilson que salían por la rendija metálica encima de mí y me envolvían en su dulzura. Se habría reído si me hubiera visto ahí, con la cara hacia arriba y una sonrisa en los labios, mientras él hacía que las cuerdas cantaran sin palabras. Había una canción en particular que interpretaba todas las noches y que yo siempre esperaba con ansia. Suspiraba de satisfacción cuando la familiar melodía llegaba hasta mí. No sabía el título. Nunca la había oído antes, pero, cada vez que él la tocaba, sentía como si por fin hubiera encontrado mi hogar.

Las semanas que siguieron a mi mudanza fueron las más felices de mi vida. Iba a tiendas de segunda mano y a los mercadillos para conseguir muebles para la casa y llenar mi nuevo armario, que sufrió una transformación drástica. Se acabaron los vaqueros ajustados y las camisetas escotadas. Adiós a los pantalones excesivamente cortos y las camisetas sin tirantes. Me di cuenta de que me gustaba el color, muchísimo, y los vestidos eran más frescos en Nevada que los pantalones cortos, así que compré vestidos veraniegos de tonos alegres y telas ligeras, con la ventaja de que me

los podía poner aunque me creciera la barriga.

Mi casa se convirtió en mi refugio y me pellizcaba cada vez que volvía para saber si aquello era un sueño. Ni siquiera el miedo por lo que el futuro podía albergar conseguía atenuar

el placer que sentía por tener un nuevo hogar. Si veía algo que me podía permitir y me hacía feliz en uno de los mercadillos de segunda mano, me lo compraba. El resultado de eso fue un jarrón amarillo chillón al que le faltaba un pedacito y una manta de color verde manzana para el sofá, que estaba rodeada de cojines rojos y amarillos que la señora Darwin ya no quería. Platos desiguales y de colores llamativos llenaban los armarios y alfombras de los mismos colores cubrían el suelo.

Lijé la mesa y las sillas que había cogido del sótano y las pinté de color rojo. Coloqué tres botes de cristal con tapas de madera en el centro de la mesa y los rellené de ositos de gominola, de caramelos y de chocolatinas, respectivamente. Y solo yo me los comía. Encontré un reloj de cuco en el que un azulejo cantaba cada hora y también unos sujetalibros de Julio César de color bronce que me costaron cinco dólares en una venta de segunda mano. Me hacían reír y me recordaban a Wilson, así que los compré. Construí una estantería (saber trabajar la madera tiene sus ventajas), la pinté de color verde manzana para que fuera a conjunto con la manta y la llené con todos mis libros y los de Jimmy. Los dos sujetalibros de Julio César los vigilaban con el rostro serio y los mantenían alineados como si fueran soldados obedientes. La serpiente de madera y una talla que Jimmy y yo hicimos juntos estaban arriba del todo, junto con el regalo con el que Wilson me había sorprendido cuando me mudé.

Llegué a casa después de mi primer día de compras y me encontré un pequeño paquete en la puerta. Tenía un sobrecito en el que ponía «Blue» con letras doradas. Abrí la puerta y solté las bolsas en la entrada, incapaz de contener la curiosidad.

Primero abrí el paquete, no pude evitarlo. La tarjeta podía esperar. En el interior, había un pequeño mirlo de porcelana con ojos azules. Era refinado y estaba muy bien hecho, tenía muchos detalles y las alas negras como el carbón. Medía unos diez centímetros de la cabeza a las garras. Lo coloqué con cuidado sobre la encimera y abrí el sobre con mi nombre.

Blue:

Nunca acabaste de escribir tu historia. El mirlo necesitaba un lugar seguro en el que aterrizar. Espero que lo haya encontrado. Enhorabuena por tu nuevo nido.

Wilson

Mi historia personal, la que había intentado escribir sin éxito alguno, iba incluida en la tarjeta. La volví a leer y me fijé en cómo la había dejado, con el pequeño mirlo que se precipitaba al suelo y no podía hacer nada para evitarlo.

Érase una vez un pequeño mirlo al que apartaron de su nido. Nadie lo quería. Era un desecho. Entonces, un halcón encontró al pajarito y se lo llevó con él, lo acogió en su nido y le enseñó a volar. Pero, un día, el halcón no regresó a casa y el pequeño pajarito volvió a quedarse solo y sin nadie que lo quisiera. Quería alzar el vuelo y huir, pero, cuando se acercó al borde del nido y miró al cielo, se dio cuenta de lo pequeñas y débiles que eran sus alas. El cielo era tan grande... El mundo exterior quedaba tan lejos... Se sentía atrapado. Podía irse volando, pero ¿adónde iría? Tenía miedo, porque sabía que no era un halcón. No era un cisne, un pájaro precioso. No era un águila, digna de asombro. Solo era un pequeño mirlo.

Se encogió de miedo en el nido y escondió la cabeza bajo las alas, a la espera de que la rescataran, pero no vino nadie. El pequeño mirlo sabía que quizás era débil y puede que fuera pequeño, pero no tenía alternativa: tenía que intentarlo. Se iría volando y sin mirar atrás. Cogió aire con fuerza, extendió las alas y se lanzó hacia el gran cielo azul. Voló durante un minuto a un ritmo constante, cada vez más alto, pero, entonces, miró hacia abajo. El suelo se acercó rápidamente y el pájaro entró en pánico y cayó rodando al suelo.

Busqué en el bolso y encontré un bolígrafo. Me senté en la mesa y añadí unas cuantas líneas más.

En el último momento, el pájaro levantó la mirada y se concentró en el horizonte. Cuando levantó la cabeza y alargó las alas, dejó de caer y empezó a volar. El aire que tenía debajo lo alzó hacia el cielo.

Era una tontería y muy cursi, pero me sentí mejor al haberlo escrito. No era un final, pero puede que fuera un nuevo comienzo. Doblé la carta de Wilson con mi historia y la escondí en una copia de *El infierno* de Dante que sabía que nunca leería pero que siempre me recordaría a las arpias, la historia, el dolor y a seguir luchando.

Las siguientes semanas, viví suspendida en un feliz estado de atemporalidad. El nacimiento de mi bebé todavía estaba lo bastante lejos para que pudiera permitirme no pensar todavía en la maternidad, a pesar de que iba al médico a menudo y todavía no había tomado una decisión más allá de la aceptación. Había aceptado que no iba a interrumpir el embarazo. Daría a luz. Tenía esa responsabilidad y la iba a cumplir. Vivía sola, trabajaba en la cafetería y vendía las tallas. Y era feliz. Aparte de eso, no sabía nada más.

Cuando Tiffa vendió cuatro esculturas más, dejé de venderlas también en el bar, simplemente porque no podía cumplir con la demanda de los dos sitios, y Tiffa las vendía por mucho más. Le expliqué mi dilema a Beverly y me disculpé con ella.

—¡Eso es estupendo, Blue! —contestó con firmeza, apoyando su mano en mi brazo—. No tienes que sentirte mal por eso. No te disculpes por el éxito. ¿Estás loca? ¡Voy a tener que darte una colleja, niña! —Me apretó con fuerza, me llevó con ella a su oficina y cerró la puerta—. Encontré un carrete de fotos antiguo el otro día mientras limpiaba unos archivadores. Lo llevé a revelar y tengo algo para ti.—Sacó un marco de fotos de 8 por 10 de una bolsa del supermercado y me lo dio—. Pensé que te gustaría.

Miré la foto. Éramos Jimmy y yo con los ojos entrecerrados por el sol y el restaurante de fondo. Icas estaba a nuestros pies. Me quedé observándola, sin habla.

—Me acababa de comprar una cámara y ese día empecé a sacar fotos de

los clientes habituales. Había fotos de Dooby y Wayne tomando su café matutino, como han hecho estos últimos treinta años. Barb y Shelly eran mis camareras por aquel entonces. Tengo una foto muy mona de las dos con los delantales haciéndole compañía a Joey en la cocina. Barb ha engordado. Igual que yo, de hecho. —Beverly se dio palmaditas en el estómago con remordimientos—. Se me había olvidado que tenía muy buen tipo. No le he enseñado las fotos. He pensado que a lo mejor la deprimirían. No sé por qué no revelé el carrete antes, pero ya me conoces, siempre voy a mil por hora.

Beverly tocó el cristal y señaló el rostro serio de Jimmy.

—Apareció ese día, por sorpresa, como siempre. Tuve suerte, supongo. Le pedí que posara para una foto. Estabas monísima, no parabas de sonreír, estabas muy emocionada por que te fuera a hacer una foto. Recuerdo que pensé que Jimmy parecía un viejo cascarrabias. No le hacía mucha ilusión lo de la foto, aunque no dijo gran cosa, solo me hizo prometer que no la expondría en el restaurante. Por lo menos te pasó un brazo por encima. Se ve claramente que vuestro destino era estar juntos, erais como dos gotas de agua, tú y tu papá, ¿verdad?

Sus palabras me sentaron como una bofetada, sobre todo porque se notaba que eran sinceras.

—¿Eso crees? —susurré con dificultad. Los recuerdos me obstruían la garganta—. ¿De verdad crees que nuestro destino era estar juntos, Bev?

—Sin lugar a dudas, cariño —respondió ella, asintiendo con la cabeza mientras hablaba.

Conseguí sonreír y me abracé a la foto. Nunca había compartido con nadie el hecho de que Jimmy no era mi padre. De hecho, la única persona que lo sabía, aparte de Cheryl, era Wilson. Me sorprendí al darme cuenta. Le había contado cosas a Wilson que nunca había contado a nadie.

Beverly se aclaró la garganta y se colocó bien la blusa. Noté que quería decir algo más, así que esperé, casi convencida de que había notado el cambio en mi figura.

—Estás cambiando, Blue.

Sus palabras fueron un eco de mis pensamientos, casi palabra por palabra.

Abracé la fotografía con más fuerza y me protegí mentalmente del incómodo tema.

—Tu aspecto se ha suavizado un poco y te queda muy bien. Y no me refiero al peso que has ganado. —Me miró con énfasis, hizo una pausa para que entendiera que a ella no la engañaba—. Me refiero a la forma de hablar, a tu aspecto y a tu gusto por los hombres. Y del joven Sean Connery al que tienes por amigo. Espero que lo conserves. Y espero que le hayas contado lo del bebé, porque supongo que no es suyo.

—No. No somos... Quiero decir que no tenemos ese tipo de relación —balbuceé—. Pero sí, él lo sabe. Es solo un buen amigo.

Pero Beverly tenía más razón de lo que yo quería admitir. Algo me estaba ocurriendo y estaba relacionado con Darcy Wilson.

—Me alegro. —Asintió y enderezó unos papeles del escritorio—. Yo también soy tu amiga, Blue. He pasado por tu situación, ¿sabes? Yo era incluso más joven que tú ahora. Pero salí adelante. Y tú también lo harás.

—Gracias, Bev. Por la foto y por... todo.

Me di la vuelta para irme, pero su pregunta me detuvo.

—¿Te quedarás con el bebé, Blue?

—¿Te quedaste tú con el tuyo? —pregunté para no responderle.

—Sí, lo hice. Me casé con el padre del bebé, tuve a mi hijo y me divorcié un año más tarde. Crie a mi hijo sola y fue muy duro. No te voy a mentir.

—¿Te has arrepentido en algún momento?

—¿De quedarme con mi hijo? No. ¿De quedarme embarazada? ¿De casarme? Sí. Pero no hay forma de evitar el arrepentimiento, que nadie te diga lo contrario. Los remordimientos son solo el regusto de la vida. Elijas lo que elijas, siempre te vas a preguntar si tendrías que haber hecho otra cosa. Yo no me equivoqué. Solo elegí. Y viví con mi decisión, el regusto y todo. Me gusta creer que le di a mi hijo la mejor vida que pude, aunque no fuera perfecta.

Se encogió de hombros y me miró fijamente a los ojos.

—Conociéndote, estoy segura de que es así, Bev —contesté con total sinceridad.

—Espero que sí, Blue.

16. Vieja gloria

—¡Pero el Cuatro de Julio es una celebración estadounidense! —dije arrugándole la nariz a Wilson—. ¿Qué narices hace un grupo de británicos celebrando el Día de la Independencia?

—¿Quién crees que celebra más cuando un hijo se va de casa, los padres o el hijo? Inglaterra se alegró de que os fuerais, créeme. Hicimos una fiesta cuando Estados Unidos declaró su independencia. ¡Bravo! Adiós, y cuidado con que la puerta no os dé en el culo al salir —gruñó Wilson.

—No me lo creo. ¿Le suena de algo la Guerra de Independencia, profesor?

—Bueno, vale. Mi madre está en la ciudad, con Alice y Peter y mis tres sobrinos. Hace demasiado calor para hacer una barbacoa, pero el piso de Tiffa tiene muy buenas vistas del paseo de Las Vegas, así que se ven muy bien los fuegos artificiales y lo mejor de todo es que tiene una piscina en la azotea.

La temperatura media de la semana había sido de cuarenta y siete grados. La palabra «calor» no servía para describir las temperaturas, así que era difícil decir que no a una piscina. Aunque el entusiasmo fue en declive cuando pensé en el aspecto que tendría en bañador.

—¿Y por qué me invitas? ¿Dónde está Pamela? —Me enorgullecí del tono inocente y natural de la pregunta.

—Te invito porque me dijiste que se te había acabado la madera, así que te aburres, pasas calor y estás de mal humor.

Hasta ahí todo era cierto. Wilson bajó un día al sótano para hacer la

colada y me vio triste, con la mirada perdida en la mesa de trabajo mientras intentaba no derretirme por el calor y dejar el suelo de cemento hecho un desastre. Últimamente había descuidado las excursiones para buscar madera. El calor y el embarazo me habían vuelto una gallina y ahora pagaba las consecuencias. Tenía un día libre, pero nada que esculpir.

—Y Pamela está en Europa —añadió Wilson mientras metía la ropa en la secadora.

Cómo no. La gente como Pamela se codeaba con gente estirada por todos los rincones de Europa. Pero si Pamela se había ido...

—Vale —accedí—. A ver qué tal esa barbacoa.

La madre de Wilson no se parecía en nada a él. Era rubia, delgada y tenía aspecto de aristócrata inglesa. La imaginaba con una Pamela, disfrutando de un partido de polo y diciendo: «¡Maravilloso!». Era esbelta y tenía los ojos grandes y azules como Tiffa, y Alice era idéntica a ella, pero no tan tranquila. Puede que la falta de serenidad se debiera a los tres pequeños niños pelirrojos que saltaban a su alrededor, encima de ella, por debajo... Alice parecía cansada e irritada, mientras su madre estaba tan fresca como una lechuga. Me pregunté si Wilson se parecería a su padre. Si no fuera por el pelo rizado de Tiffa, pensaría que su hermano era el resultado de una tórrida aventura. Reí al pensarlo. Joanna Wilson no era de las que tenían tórridas aventuras. Me apostararía la vida. Pero estaba loca por Wilson, no cabía duda. Le cogía la mano mientras hablaban, se quedaba absorta en sus palabras y le acariciaba la mejilla una infinidad de veces.

Yo me quedé rezagada, me sentía extraña en ese ambiente tan familiar y pasé la mayoría del tiempo en la piscina jugando con los niños, lanzándoles aros al fondo de la piscina una y otra vez para que fueran a buscarlos como cachorritos incansables. Al cabo de un rato, Tiffa se nos unió y los niños se abalanzaron sobre ella e intentaron cogerse a su tía con sus cuerpecitos mojados; ella se hundió en la piscina y los hundió a ellos también varias veces. Me sorprendió que Tiffa jugara tanto con ellos y el cariño más que evidente que les tenía. Entonces, me pregunté por qué ella no tendría hijos. Parecía más apropiada para la maternidad que la pobre Alice, que tomaba

una bebida alcohólica en una silla al lado de la piscina y gritaba cada vez que uno de los pequeños salpicaba demasiado. ¿En que estaba pensando cuando tuvo a sus tres hijos uno tras otro? Quizás el problema había sido que, igual que yo, simplemente no había pensado en ello.

Tiffa conoció a Jack, un chico de Las Vegas, cuando él era médico residente en el instituto del cáncer por el que su padre se había ido de Inglaterra. Y se casaron. Ella podría haberse quedado en Inglaterra cuando sus padres y Wilson se mudaron a Estados Unidos. Alice, por aquel entonces, ya estaba casada y se quedó en Reino Unido. Pero en lugar de eso, Tiffa empezó a trabajar en una pequeña galería de arte en un barrio de la zona rica de Salt Lake City, deseosa de estar cerca de su familia y de vivir una nueva experiencia. En cuestión de seis meses, ella y Jack se prometieron y se casaron. Y seis años después, era más que evidente, que seguían igual de enamorados el uno del otro. Se mudaron a Las Vegas cuando Jack aceptó un cargo en la unidad de oncología del hospital Desert Springs y a Tiffa la contrataron como conservadora de arte del hotel Sheffield.

Dirigí la mirada a Jack, que estaba moreno y muy guapo con su polo azul pálido y las bermudas caqui. Controlaba la barbacoa como un buen estadounidense. Peter, el marido de Alice, no ayudaba mucho en la preparación, pero se mantenía al lado de Jack, escuchaba lo que decía y se reía por algo que este le había dicho. No parecían tener nada en común, pero los dos me cayeron bien cuando los conocí.

Peter era el sobrino de un conde (me sorprendía descubrir que aún había condes y títulos por el estilo en Inglaterra), que, según Tiffa, era más rico que la reina. Yo no sabía a qué se dedicaban los condes, pero parece ser que, cuando tu riqueza es comparable a la de la familia real, tienes muchas cosas de las que ocuparte y, por lo visto, Peter era muy bueno en eso. Puede que eso fuera lo que atraía a Alice, aunque tenía otras cualidades que hicieron que se ganara mi cariño. A diferencia de Alice, que era ostentosa, él era modesto; era tranquilo, mientras que Alice era gruñona; y dulce, a diferencia de su mujer, que era severa. Sonreía con timidez y era una persona humilde. Era pelirrojo, igual que sus retoños. Esperaba que todos se hubieran puesto protección solar; hasta yo, que era morena por naturaleza, me había puesto protección solar de factor cincuenta.

Salí de la piscina y corrí hasta donde me había quitado el vestido. De

camino, había hecho que Wilson parara en un supermercado y me había comprado un vestido azul aburrido que disimulaba la barriga todo lo posible. No me había querido poner el diminuto bikini de tiras negro que sobrevivió al contenedor seis semanas atrás. Por alguna razón, no me parecía que los bikinis de tiras me sentaran bien con el embarazo. Algunas mujeres se los ponían y tenían buen aspecto, supongo. A mí me parecían horteras, como esas fotos tan horribles de Facebook en las que las mujeres embarazadas salían desnudas y sus maridos les besaban la barriga con torpeza. Yo ya estaba de cinco meses y mi barriga era solo un pequeño montículo, pero, en comparación con lo que había sido, parecía enorme. Me pregunté si alguna vez volvería a tener un vientre delgado y cóncavo.

Wilson y su madre, que estaban sentados en unas sillas en la terraza bajo parasoles de rayas azules, seguían enfrascados en la conversación que habían empezado cuando llegamos. Wilson me había presentado a su madre simplemente como una «amiga e inquilina». Joanna Wilson pareció aceptar mi estatus, aunque alzó las cejas ligeramente y preguntó por Pamela cuando creyó que no la escuchaba. Al parecer, Joanna era muy amiga de los padres de la chica.

Intenté darles la espalda al salir de la piscina, pero, cuando Joanna dejó una frase a medias, supe que no había escondido bien la barriga. Seguí hablando un instante después, como si nunca hubiera dejado de hacerlo, pero, cuando miré a Wilson, vi que tenía una expresión indescifrable en el rostro. Él tampoco había malinterpretado la reacción de su madre.

—Tiffa, los filetes ya están listos, nena. Vamos a comer —le dijo Jack a su mujer, que se reía como una bruja mientras cargaba al más pequeño de los pelirrojos a la espalda y recibía disparos de las pistolas de agua de los otros dos.

—Comemos dentro, ¿no? —preguntó Alice desde debajo del parasol—. No puedo soportar este calor ni un minuto más.

—Podemos hacer las dos cosas —respondió Tiffa mientras salía de la piscina sin rendirse ante el pequeño diablillo que llevaba en la espalda—. He contratado un *catering*, está todo dentro. Jack bajará los filetes y luego podéis volver aquí fuera a comer o quedaros dentro, que se está más fresco.

Jack y Tiffa habían invitado también a unos cuantos amigos íntimos, lo que para mí era un alivio. Si había más gente, era más fácil pasar inadvertida.

La mayoría de la gente bajó por las escaleras circulares que conectaban la azotea con el piso de Jack y Tiffa. Todos los pisos *penthouse*, que era como Tiffa llamaba a los áticos, tenían unas escaleras privadas que llevaban a la azotea y a los jardines. Intenté no pensar en cuánto costaría un apartamento como ese y me quedé maravillada, otra vez, por las diferencias entre Wilson y yo. Él había recibido una herencia al cumplir veintiún años que le había permitido comprar la mansión antigua de Boulder City. No sabía cuánto dinero había sido y no quería saberlo, sinceramente, pero, por lo que Tiffa decía, eran millones. Eso explicaría el grito ahogado que soltó Joanna cuando me vio la barriga. ¿Millones de dólares? Millones de razones por las que ella querría que Wilson se mantuviera alejado de alguien como yo. Yo lo entendía, de verdad que sí, pero eso no hizo que me sintiera menos avergonzada el resto de la tarde.

El sol veraniego se puso tarde y el crepúsculo trajo consigo un respiro del calor del desierto. Cuando atardecía en Las Vegas, el calor no solo era soportable, sino que era muy agradable. Me encantaba su olor, como si el sol se hubiera llevado la suciedad y el fuego hubiera lavado los oasis del desierto. Era indescriptible hasta que lo olías. Creo que no hay otro lugar en el mundo que huela como Las Vegas.

La fiesta volvió a la azotea cuando el sol se puso y yo me relajé en la oscuridad, con un té con hielo en la mano, los ojos fijos en el cielo y a la espera de que empezaran los fuegos artificiales. Wilson había estado conmigo interrumpidamente a lo largo de toda la tarde y ninguno de los dos mencionó el momento incómodo de la piscina. Joanna Wilson era cortés y educada conmigo cuando la situación lo requería, pero la había pillado mirándome varias veces aquel día.

Cuando faltaba poco para los fuegos artificiales, volví a bajar las escaleras para ir al baño una vez más (¡maldita vejiga de embarazada!) y oí a Wilson y a su madre hablando en la cocina de Tiffa. Las escaleras de la piscina acababan en una zona embaldosada en la que había un *jacuzzi* y una sauna a la izquierda, y a la derecha, una habitación para la colada y un gran baño con una enorme ducha. Justo enfrente, al final de un largo pasillo abovedado, estaba la cocina y, aunque no veía ni a Wilson ni a su madre, era imposible no oír lo que decían, especialmente cuando yo era el tema principal de la conversación. Me quedé inmóvil al pie de las escaleras,

escuchando cómo Wilson negaba sentir algo por mí. A su madre le horrorizaba que me hubiera traído con él, porque la gente daría por hecho que era su novia.

—Darcy, no puedes salir con una chica que está embarazada, querido.

—No estamos saliendo, mamá. Blue es mi amiga y vive en mi edificio, eso es todo. Solo la estoy cuidando un poco. La invité por capricho.

—Y qué nombre más raro. ¿Blue? Parece que haya elegido el nombre Gwyneth Paltrow.

—Mamá —suspiró Wilson—, yo podría decir lo mismo de Darcy.

—Darcy es un nombre clásico. —Joanna Wilson resopló, pero dejó el tema del nombre y retomó la discusión—. Es una lástima que las que no quieren puedan quedarse embarazadas con tanta facilidad y las que están desesperadas por ser madres no puedan.

—No he oído que Tiffa se queje —respondió él con un suspiro.

—No, ¿verdad? Y supongo que no tiene nada que ver el hecho de que siempre cargue a Henry en brazos, a pesar de que tiene tres años y puede caminar perfectamente. O el hecho de que la haya visto mirando a Blue con el corazón destrozado.

—No es culpa de Blue.

—¿Qué hará con el bebé? —preguntó Joanna—. ¿Dónde está el padre del niño?

—Estoy seguro de que se lo quedará. El padre no está involucrado, aunque eso no es asunto mío ni tuyo, mamá.

—Me parece indecoroso, Darcy. Debería darle vergüenza acompañarte en su estado.

Sentí cómo su desaprobación me atravesaba desde la cabeza a las uñas rojas de los pies. Me pregunté por qué se tomaba mi presencia como algo tan personal. Yo no sabía que Tiffa quería tener hijos ni que no podía. Me empecé a preguntar si de verdad le hacía daño que estuviera ahí. La idea me punzó el corazón. Tiffa me caía muy bien, yo la admiraba. Era una de las personas más buenas y sinceras que había conocido en mi vida. Me pregunté si estaba fingiendo y si pensaba igual que su madre.

Entré en el baño para no oír nada más, porque sabía que eso solo haría que me sintiera peor. Tenía dinero suficiente para pedir un taxi y, aunque

seguramente era una decisión cobarde, no pensaba volver a la azotea ni quería volver a acercarme a Joanna Wilson. Es más, no quería estar cerca de ningún Wilson.

Yo no había pedido que me invitaran. No me había aferrado a Wilson ni había fingido que teníamos una relación que no existía. No había actuado de forma «indecorosa», fuera lo que fuera lo que eso significase. Usé el baño, me lavé las manos y me erguí para abrir la puerta. Joanna Wilson pasó por la arcada cuando salí y pude ver en su rostro un ápice de desprecio antes de que subiera por las escaleras a la azotea.

Me quedé en el recibidor, sin saber qué hacer. La idea de irme y mandarle un mensaje a Wilson diciéndole que estaba cansada y no había querido quedarme más era tentadora, pero tenía el móvil en el bolso, y este estaba en la azotea, al lado de la silla en la que había pasado el rato aquella tarde.

—¡Blue! —dijo Tiffa mientras bajaba las escaleras con Henry, dormido, en brazos—. ¿Ya te has cansado de nosotros, cielo? No eres la única.

Henry todavía llevaba el bañador y su cabeza parecía una mopa roja y enmarañada.

—Me ha parecido buena idea llevarlo a la cama. Creo que ya ha tenido bastante por hoy. Gavin y Aiden siguen despiertos, aunque Aiden ya ha empezado a quejarse y a frotarse los ojos. Creo que no tardará mucho en dormirse.

—Sí, supongo que estoy algo cansada. —Usé la excusa que ella me había ofrecido—. Había pensado en ir a por el bolso y volver en taxi, para que Wilson no tenga que irse tan pronto.

—Darcy no querrá que hagas eso. Además, creo que él también tiene ganas de volver a casa. Te estaba buscando. —Tiffa caminó por la arcada hacia una sección del piso que yo no había visto todavía. Giró la cabeza y me dijo—: Acompáñame a acostar a Henry. No he tenido tiempo de estar contigo hoy. Tus esculturas se están vendiendo muy bien, así que tendremos que empezar a crear una estrategia para llamar más la atención: tener más piezas y hacer esculturas más grandes.

Tiffa hablaba y caminaba a la vez, y yo la seguí obedientemente y pospuse mi huida. Tiffa acostó al niño, que se despatarró en la cama, dormido como un tronco. Tiffa quitó el bañador del cuerpo sin fuerzas del

pequeño. Cuando lo sentó para ponerle la camiseta del pijama, él osciló y se balanceó, como si estuviera borracho del sueño que tenía. Las dos nos reímos y Tiffa lo dejó de nuevo, con cuidado, sobre los cojines. Después, le dio un beso y le echó una mantita por encima.

—Buenas noches, cariño —susurró mientras lo miraba.

Me sentí como una intrusa, como una mirona que la espiaba mientras ella contemplaba al niño.

—Oye, Tiffa.

—Dime.

—¿Sabías que estoy embarazada?

—Sí, Blue —dijo amablemente.

—¿Te lo ha dicho Wilson?

—Me lo dijo cuando te mudaste al piso de abajo.

La luz en la habitación era tenue y hablamos en susurros para no molestar a Henry, pero no nos movimos. Fue como si reconociéramos en silencio que la conversación había dado un giro íntimo.

—He oído a tu madre y a Wilson hablar —añadí en voz baja.

Tiffa inclinó la cabeza con curiosidad, a la espera.

—Tu madre estaba enfadada.

—Oh, no —protestó ella, y dejó caer los hombros—. ¿Qué ha dicho?

—Le ha dicho a Wilson que no debería haberme traído. Que a ti te resulta difícil. —Me quería disculpar con ella, pero el enfado que sentía por culpa de Joanna Wilson hizo que permaneciera en silencio. No era mi intención hacer daño a nadie.

—Ay, mi madre... A veces es tan boba... y chapada a la antigua. Ahora entiendo por qué Wilson tenía tantas ganas de marcharse. Seguramente le ha llenado la cabeza de tonterías, al pobre. —Tiffa alargó la mano y me agarró la mía—. Lo siento, Blue. Aunque ansío con todas mis fuerzas tener una barriguita como la tuya, siempre que vengas con mi hermano serás bienvenida.

—¿Has intentado quedarte embarazada? —inquirí. Esperaba que la pregunta no fuera demasiado personal.

—Jack y yo nunca hemos usado métodos anticonceptivos y disfrutamos muchísimo el uno del otro, ya sabes a lo que me refiero. Pensaba que a estas

alturas ya tendría varias versiones en miniatura de Jack. —Tiffa hizo una pausa y volvió a mirar a Henry—. Hace unos años, Jack y yo fuimos a ver a un especialista. Nos dijo que teníamos muy pocas probabilidades, pero ahora parece que no tenemos ninguna. Sin embargo, soy optimista y me sigo diciendo que aún podría pasar. Solo tengo treinta y dos años. A mi madre también le costó quedarse embarazada y, aun así, lo consiguió un par de veces.

—¿Has pensado en adoptar?

Las palabras me salieron disparadas por la boca y el corazón me empezó a latir rápidamente. Supe qué iba a decir a continuación y me aterrorizaba, a pesar de que empecé a sentir cómo esa inspiración tan repentina se afianzaba en mi interior.

Creo que Tiffa percibió mis emociones alteradas, porque se volvió hacia mí y sus ojos azules parecían perplejos.

—Sí —respondió lentamente, alargando la palabra mientras escudriñaba mi cara.

Todas las noches que había pasado en vela, considerando las alternativas que tenía, luchando contra mis inseguridades, sopesando las opciones, parecían conducir a aquel momento. La miré a los ojos. Estaba nerviosa por decírselo. Necesitaba que me entendiera.

—Mi madre me abandonó cuando tenía dos años. —Las palabras me salieron con tanta fuerza que, a pesar de que no había alzado la voz, el niño se revolvió en la cama—. Quiero que mi bebé tenga una vida diferente de la que yo tuve. Quiero que llegue a una familia en la que lo esperen, en la que celebren su llegada... en la que lo qui-quieran —tartamudeé.

Me detuve para llevarme las manos al corazón, que me latía a mil por hora. Iba a decirlo. Estaba a punto de hacerle a Tiffa una oferta que me conmocionaba profundamente. Ella también se había puesto las manos sobre el corazón y tenía los ojos abiertos como platos.

—Me gustaría que Jack y tú adoptarais a mi bebé.

17. Evasivo

Wilson estuvo en silencio todo el camino de vuelta a Boulder City y yo estaba demasiado absorta para confesar que había oído la conversación que había mantenido con su madre. La esperanza me atontaba hasta tal punto que ni siquiera me importaba que Wilson se hubiera referido a mí como un capricho y nada más. Cuando llegué a casa de Tiffa ese Cuatro de Julio, solo esperaba disfrutar de los fuegos artificiales, los perritos calientes y de un largo baño. Me había ido de allí con una posible familia para mi bebé. Y, aunque la cabeza me daba vueltas y tenía muchas cosas en mente, tenía la sensación de estar haciendo lo correcto. Ese sentimiento se quedó conmigo aquella noche y los días que la siguieron.

Tiffa y yo estuvimos de acuerdo en consultar la decisión con la almohada y en no decir nada a nadie hasta que ella hubiera hablado con Jack y se hubieran asesorado con un abogado. Ninguna de las dos sabíamos los pasos legales que debíamos seguir, pero Tiffa pensó que el hermano de Jack, que era abogado, podría resolverle algunas dudas. Las manos le temblaban cuando me abrazó y me miró con los ojos maravillados, seguramente por el giro tan repentino que acababa de dar su vida. La esperanza de su mirada debía reflejar la de los míos y, aunque me suplicó que considerara seriamente mi decisión durante los próximos días, yo sabía que no iba a cambiar de opinión.

Tiffa, Jack y yo nos reunimos con el hermano de este, que nos explicó el proceso. No era muy complicado: Jack y Tiffa pagarían los costes médicos, pero si cambiaba de opinión dentro de una ventana concreta de tiempo, tendría que reembolsarles el dinero. Y, evidentemente, debía avisar al padre,

que tendría que renunciar a sus derechos. Al pensar en ello, el miedo me revolvió el estómago. No pensaba que Mason quisiera ser padre y criar al niño, pero era territorial y causaría problemas si podía.

Luego Tiffa se lo contó a su familia. Su madre, Alice, Peter y los niños volvían a Mánchester por la mañana, así que Tiffa invitó a Wilson por la noche para darles la gran noticia a todos juntos. A mí también me invitó, pero rechacé la propuesta y agradecí que mi turno en la cafetería me diera una excusa para mantenerme alejada. La palabra «raro» ni siquiera describía ligeramente la situación. Además, no me apetecía en absoluto hablar de la adopción mientras tomaba té con pastas junto a Joanna Wilson. Me pregunté si mi relación con Wilson también se vería afectada por todo aquello y pasé una tarde tensa en el trabajo. Se me cayeron algunos platos y mi servicio fue horrible. Eran las nueve de la noche cuando por fin fiché para salir y me fui caminando hacia casa. Estaba soñolienta y agotada de compaginar tantos pedidos y tantos nervios. Cuando llegué a casa, Wilson esperaba sentado en los escalones de entrada de Pemberley.

Me senté a su lado e intenté descansar la cabeza sobre las rodillas, cosa que había hecho miles de veces antes, pero la creciente barriga me lo impidió. Había aumentado de tamaño muchísimo en la última semana, así que no dejaba de sorprenderme y estorbarme. Además, esconderla se había vuelto muy difícil. Finalmente opté por sentarme con las manos en la falda, con la vista perdida en la oscura calle, y me acordé de aquella vez, hacía ya unos meses, que me había sentido tan desorientada y me había presentado en casa de Wilson en busca de ayuda. Aquel día nos sentamos igual que en ese momento, mirando al exterior, con las piernas tan juntas que casi se tocaban, en silencio y pensativos.

—Creo que Tiffa y Jack son las personas más felices del mundo ahora mismo —murmuró Wilson, y me miró durante unos instantes—, aunque mi madre casi los iguala. Cuando me he ido, la he oído cantar *God save the Queen* con entusiasmo.

—¿*God save the Queen*? —balbuceé sorprendida.

—Es la única canción que se sabe entera. Y parece ser que le apetecía cantar.

Reí y volvimos a quedarnos en silencio.

—¿Blue, estás segura de esto?

—No —dije con una risa llena de remordimientos—. He llegado a la conclusión de que estar segura es un lujo que nunca me podré permitir, pero estoy tan segura como lo puede estar una camarera de veinte años. Y el hecho de que Tiffa y Jack estén tan felices hace que esté casi convencida al cien por cien.

—Hay muchas mujeres mucho más jóvenes y mucho menos preparadas que tú que crían a sus hijos solas.

—Y seguramente muchas de ellas lo hacen muy bien —admití, intentando que su comentario no me importara—, pero hay otras que no.

Miré a Wilson con ojos desafiantes y esperé. Me preguntaba si insistiría. Intentó descifrar mi expresión y luego apartó la mirada. Yo quería que me entendiera, necesitaba desesperadamente su aprobación, así que recurrí a aquello que sabía que comprendería.

—Una vez me citaste un poema de Edgar Allan Poe, ¿te acuerdas?

Después de aquella noche, lo memoricé. Puede que lo hiciera para sentirme más cerca de él, para saber algo que él sabía, para que compartiéramos algo que el adoraba, pero las palabras me habían calado hondo, me habían acechado. Era mi vida resumida en unos pocos versos.

Wilson, con el rostro confundido, empezó a recitar los primeros versos. Yo los recité con él. Alzó las cejas con cada palabra que pronunciaba y vi que mi maestría lo había sorprendido:

Desde la infancia, no he sido
como los demás, no he visto
lo que los otros vieron, no he podido traer
mis pasiones de un mismo manadero.
De la misma fuente no he sacado
mis penas, no he podido alegrar
mi corazón al mismo tono.

Wilson hizo una pausa y me miró bajo la tenue luz que caía sobre nuestro asiento de hormigón.

—Es la parte que viene a continuación la que no me puedo sacar de la cabeza —me atreví a decir mientras lo miraba a los ojos—. ¿Sabes cómo

sigue?

Wilson asintió, pero no recitó los versos. Esperó a que yo lo hiciera. Pronuncié cada verso como lo interpretaba:

Y todo lo que amé, lo amé solo.
Entonces, en mi infancia, en el alba
de una muy turbulenta vida, surgió
de los abismos del bien y del mal
el misterio que todavía me oprime.

El poema seguía, pero eran esos versos los que resonaban en mi cabeza. Reuní mis pensamientos, quería que me entendiera.

—El misterio de mi vida todavía me oprime, Wilson. Un día me dijiste que no elegimos el montón en el que caemos. Nacemos donde nacemos y ninguno de nosotros puede controlarlo. Pero yo puedo asegurarme de que este bebé no caiga en el mismo montón en el que caí yo. No tengo nada que ofrecer además de a mí misma y, si me pasara algo, mi bebé no tendría a nadie más. No puedo garantizarle a este bebé una vida feliz, pero puedo cerciorarme de que no amaré solo. Quiero envolverlo en amor. Quiero que tenga madre, padre, abuelos, tías, tíos y primos. Quiero que tenga una familia a su alrededor para que no haya misterios y no tenga miedo de estar solo ni de sentirse abandonado ni aislado.

Wilson volvió a asentir, pero su rostro seguía afligido; tenía los ojos grises y taciturnos. Se apoyó en mí, me besó la frente y yo noté el aroma a caramelos de menta y a su loción de afeitar. Tuve que aguantar el deseo de respirar profundamente, para que su olor me envolviera como una cálida manta. Percibía su inquietud, como si no estuviera de acuerdo con nada de lo que había dicho pero no quisiera herir mis sentimientos. Me pregunté si quizás era el hecho de que sería el tío de mi hijo, del hijo de Tiffa. Él sería una de las capas de amor que yo estaba construyendo tan concienzudamente.

—¿Y ahora qué, Blue? ¿Qué será lo siguiente?

No sabía a qué se refería exactamente, así que lo interpreté de forma literal.

—Mañana se lo diré a Mason.

—Mira quién ha venido. No has podido mantenerte alejada, ¿verdad? —canturreó Mason, que me miraba desde la puerta. La luz de su pequeño apartamento encima del garaje perfilaba su silueta.

Lo había llamado y le había dicho que estaba fuera y que tenía que hablar con él. Cerró la tapa del teléfono móvil y bajó las escaleras pavoneándose. Era evidente que pensaba que quería hacer algo más que hablar. Yo tenía el bolso delante de mí, no quería que se diera cuenta antes de que estuviera preparada. Oí el ruido de una puerta al cerrarse. Wilson dobló la esquina. Se había cansado de esperar en el coche.

—¿Dónde narices has estado, Blue? —Mason acabó de bajar las escaleras a la vez que Wilson llegaba a mi lado. El chico miró a Wilson con una expresión oscura—. Pensaba que me habías cambiado por este marica arrogante.

—Estoy embarazada, Mason. El bebé es tuyo —solté. No quería perder tiempo con trivialidades. Solo deseaba que todo esto acabara lo antes posible. Me aparté el bolso a un lado para que me viera la barriga.

Mason me miró la barriga y, luego, fijó la vista en mi cara. Dependiendo de la ropa que llevara, no era evidente que estaba embarazada, pero me había encargado de ponerme una camiseta ajustada y unos pantalones pirata ajustados para que no hubiera lugar a dudas.

—¡Qué fuerte! —gritó Mason y se pasó las manos por el pelo.

Me sentí mal por él, no lo culpaba por estar enfadado. Era un golpe inesperado y yo sabía exactamente cómo se sentía; lo había vivido hacía unos cuantos meses. Me apuntó con un dedo, a pocos centímetros de la cara.

—Apareces aquí después de seis meses y me sueltas esto. Ni de coña. No. No me lo creo.

—¿Qué es lo que no te crees, Mason? —lo desafié. Me calmé, porque necesitaba conseguir lo que había venido a hacer.

—¿Cómo sé que el niño es mío, Blue? Es más que evidente que no fui tu primera vez ni tampoco fui el último. Si no recuerdo mal, Adam, aquí presente, también te rondaba por aquel entonces.

Mason miró a Wilson enfadado. Wilson negó con la cabeza y cruzó los brazos. Parecía que lo de «Adam» no iba a acabarse nunca y no serviría intentar negar ni explicar nada. Me encogí de hombros sin rechistar. Era mejor si Mason no me creía, así no armaría un escándalo. Le entregué la citación que el hermano de Jack había preparado.

—No he venido a buscar problemas, Mason, ni a pelear. Quiero dar el bebé en adopción. Aquí se explica qué es la revocación de la patria potestad. Tienes que ir al tribunal este día, firmar en la línea de puntos y ya está. No tendrás que volver a vernos ni a mí ni a mi enorme barriga nunca más.

Mason hojeó los documentos y, por un momento, pensé que los rompería.

—Estoy trabajando. No puedo ir —dijo con el ceño fruncido y tiró los papeles, que volaron hasta el suelo.

Los tres nos quedamos mirando las hojas, a la espera de que alguien hiciera algo. Un segundo más tarde, me incliné a recogerlos.

—Lo entiendo —contesté con un tono acaramelado—. Tienes que conservar el trabajo, porque si la adopción no sale bien, presentaré una demanda por paternidad y te reclamaré la manutención.

Mantuve el rostro inexpresivo y una mirada inocente.

Mason soltó una palabrota y Wilson se mordió los labios para esconder una sonrisa. Me mostró su aprobación levantando el pulgar con los brazos cruzados, pero la sonrisa desapareció de su cara cuando Mason me llamó «zorra asquerosa».

—Ve con cuidado, chaval —dijo Wilson.

Mason lo miró con cautela, probablemente estaba recordando el golpe de kung-fu de la última vez que se vieron.

—No me vas a sacar ni un centavo, Blue.

—Preséntate el jueves y no lo haré —respondí y le puse los papeles contra el pecho. Los aguanté ahí hasta que él los agarró con tanta fuerza que se arrugaron—. Nos vemos el jueves.

Me di media vuelta y me alejé caminando sin comprobar si él me miraba ni si Wilson me seguía. Me senté en el asiento del copiloto del Subaru de Wilson y busqué el cinturón para sentirme segura, para cerciorarme de que estaba a salvo. ¿A salvo de la ira de Mason? ¿De la palpable sensación de que iba a traicionarme? Puede. Solo sabía que tenía miedo y que estaba muy

triste. Wilson se sentó a mi lado y arrancó el coche. Me temblaban tanto las manos que se me escapó el enganche del cinturón de seguridad, rebotó, golpeó contra la ventana e hizo mucho ruido. Wilson se inclinó y me puso el cinturón sin decir nada, pero noté que me miraba cuando nos fuimos de allí.

—Estás temblando. ¿Te encuentras bien?

Asentí e intenté deshacerme de la vergüenza que me llenaba la boca y me impedía hablar. Sentía que Wilson me miraba y escudriñaba mi perfil, intentando quitarme la máscara. Deseaba que se olvidara del asunto.

—¿Lo quieres?

La pregunta compasiva me sorprendió tanto que me eché a reír, aunque mi risa sonó más como un ladrido que como una muestra de alegría.

—¡No! —respondí con facilidad—. Estoy avergonzada y abochornada. No es por amor. Nunca lo fue.

—¿Facilita las cosas... no quererlo?

Reflexioné durante un momento y asentí.

—Sí. Me alegro de que no se ofreciera a convertirme en una mujer honesta.

Wilson sonrió irónicamente.

—Sí, eso sí.

Subió el volumen de la radio y escuchamos a The Killers resonar en la noche de Las Vegas. La canción *Miss Atomic Bomb* hacía que el salpicadero del coche vibrara. Yo pensaba que ya no hablaríamos más del tema, pero Wilson alargó el brazo, apretó el botón de la radio y silenció la música.

—¿Qué habría pasado si se hubiera ofrecido?

—¿Si se hubiera ofrecido a qué? ¿A casarse conmigo? Despierta, Wilson.

—¿Querrías quedarte el bebé, en ese caso?

—¿Y formar una pequeña familia feliz? —pregunté, incrédula—. El pobre bebé ya tiene bastante con nuestro ADN combinado, no se merece que también lo criemos.

—Vamos, Blue. No serías una mala madre.

—Me pregunto si eso es lo que le dijeron a mi madre cuando se enteró de que se había quedado embarazada de mí.

Wilson giró la cabeza. En su bello rostro se apreciaba que estaba sorprendido. Me encogí de hombros para fingir indiferencia. No sabía si

sería mala madre. No sabía si sería buena madre. Pero sabía que no sería tan buena madre como Tiffa Snook, al menos no todavía. Y eso era lo que importaba.

Llegó el jueves. No había podido pegar ojo en toda la semana. Estaba preocupada por si Mason venía acompañado de sus padres y reclamaban la custodia del bebé. Si eso pasaba, me quedaría al bebé. Dárselo a Tiffa y a Jack era una cosa. Dárselo a Mason y a sus padres, otra. Pero Mason estaba solo en la sala del juzgado cuando llegué aquella mañana. Ya era un adulto y no necesitaba permiso para lo que iba a hacer. Me pregunté si se lo habría contado a sus padres. Llevaba una corbata y tenía una expresión de conmoción en el rostro. No pude evitar sentirme mal de nuevo.

Cuando el juez lo interrogó y se aseguró de que entendía sus derechos y los derechos a los que iba a renunciar, él asintió y me miró. Ya no notaba ira en él, solo parecía anonadado. Firmó los documentos delante de un notario, y Tiffa y Jack se abrazaron con fuerza, como si ellos también hubieran tenido miedo de que el plan fracasara. El alivio me mareó y me costó mantener a raya las emociones. En cuanto el proceso terminó, fui a buscar a Mason. Se lo debía.

—Gracias, Mason —dije en voz baja mientras le extendía la mano.

Mason tomó mi mano en la suya.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Blue? Sé que lo nuestro nunca fue serio, pero... yo quería que lo fuera.

Ahora era yo la sorprendida.

—¿De verdad?

Nunca pensé que Mason quisiera algo más de mí aparte de sexo. Pensé que la mala imagen que tenía de mí misma me debía de haber cegado y me había impedido ver qué sentía él de verdad.

—Sé que soy un capullo a veces. Bebo mucho, digo cosas que no debería y me enfado fácilmente, pero podrías habérmelo dicho.

—Debería haberlo hecho —admití.

Nos quedamos de pie, incómodos, mirando a nuestro alrededor, pero sin

fijar la vista el uno en el otro.

—Es mejor así, Mason —sugerí.

Me miró y asintió.

—Sí. Lo sé. Pero a lo mejor me das otra oportunidad en el futuro.

No se la daría. Mason era parte de mi pasado y no quería tener nada con él. Pero asentí evasivamente, agradecida de que estuviéramos en paz.

—Cuídate, Blue.

—Tú también, Mason.

Me di la vuelta y me dirigí a la puerta.

Mason me llamó y su voz resonó con fuerza en la sala casi vacía.

—Nunca te habría imaginado con un tío como Adam.

Lo miré y me encogí de hombros.

—Ni yo, Mason. Puede que eso sea parte de mi problema.

18. Neón

—¿Por qué tienes el sillón en medio de la habitación?

—Me gusta ponerme debajo del conducto de ventilación.

—¿Tienes frío? No te cortes en subir el termostato. No es muy caro calentar este espacio tan pequeño.

—Wilson. Es agosto, estamos en Nevada. No tengo frío.

—¿Y entonces? ¿Qué hace el sillón en medio de la habitación? —insistió él.

—Me gusta oírte tocar por la noche —admití fácilmente, para mi sorpresa. No había pensado decírselo—. El sonido viaja por el conducto.

—¿Te gusta oírme tocar?

Wilson parecía sorprendido.

—Claro —dije, y me encogí de hombros, como para quitarle importancia—. Es agradable. —«Agradable» era un eufemismo—. Pero me gustaría que tocaras algo de Willie —bromeé.

Wilson parecía decaído.

—¿Willie?

—Sí, Willie —insistí intentando no reír—. Willie Nelson es uno de los mejores compositores de la historia.

—¿Eh? —dijo Wilson rascándose la cabeza—. No conozco mucho su obra, supongo.

Parecía tan desconcertado que no pude evitar echarme a reír.

—Willie Nelson es un cantante de música *country*. Un clásico. A Jimmy le encantaba. De hecho, Jimmy se parecía a él, pero tenía la piel más oscura

y no iba tan andrajoso (aunque llevaba trenzas y un pañuelo en la cabeza) Tenía todos los álbumes de Willie. Escuchábamos sus canciones una y otra vez. —Ya no me apetecía seguir riendo, así que cambié de tema—. Hay una de las canciones que tocas que me gusta especialmente —me atreví a decir.

—Ah, ¿sí? Tararéala.

—No sé ni tararear, ni cantar, ni bailar, ni recitar poesía, Wilson.

—Solo un poco, para que sepa cuál es la que te gusta.

Me aclaré la garganta, cerré los ojos con fuerza y traté de recordar la melodía. La tenía en la cabeza, como si fuera un riachuelo de agua fría. Era preciosa. Lo intenté con un par de notas y, cuando gané confianza, tararé unas pocas más, aún con los ojos cerrados. Quedé bastante contenta conmigo misma y abrí un ojo para ver qué tal había recibido Wilson mi canción.

El rostro de Wilson estaba rojo como un tomate y él se estremecía de la risa.

—No tengo ni idea de qué canción es esa, cielo. Deberías tararear unos compases más para que la pueda reconocer.

—Serás... ¡capullo! —dije echando fuego por las orejas y golpeándolo al ver que se reía aún más fuerte—. Ya te he dicho que no sé cantar. Para ya.

—No... De verdad que ha sido estupendo —dijo, resollando y esquivando mis golpes.

Desistí con un resoplido y empecé a mover el sillón del medio de la habitación para hacerle saber que no iba a escucharlo más. Había hecho que me avergonzase.

—Vamos, lo siento. Mira. Ahora tararearé yo para que te rías de mí. —Puso el sillón otra vez bajo el conducto—. Siéntate aquí y pon los pies en alto. —Me recostó con cuidado en el sillón y me levantó los pies para que descansaran en el reposapiés—. Es más, voy a por el violonchelo para tocarte alguna canción.

—No me interesa —mentí.

La idea de que tocara el violonchelo para mí me dejó sin aliento y aturdida. Por suerte, él rio y se fue corriendo del piso. Oí que subía rápidamente por las escaleras y el ruido que hizo la puerta al cerrarse. A los pocos minutos había vuelto y cargaba con la enorme funda del instrumento. Cogió una de las sillas sin reposabrazos de la cocina, se sentó delante de mí y sacó el violonchelo negro y brillante de la funda. Lo afinó y le tensó las

cuerdas. Yo lo contemplé e intenté disimular la emoción.

—Perfecto. —Aparentemente satisfecho, empezó a frotar las cuerdas con el arco para encontrar una melodía. Nuestros ojos se encontraron—. Avísame cuando toque la que te gusta.

—¿Por qué no te limitas a tocar como cuando estás solo. Yo escucharé —dejé de fingir que no me interesaba.

—¿Quieres que ensaye? —Dejó de tocar de repente.

—Sí. Haz lo que haces por las noches.

—Ensayo un mínimo de una hora la mayoría de las noches.

Lo dijo como si fuera un desafío y yo respondí inmediatamente.

—Ya lo sé. —Lo sabía más que bien—. Pero dime los nombres de las canciones a medida que las toques, así, a partir de ahora, cuando te oiga interpretar una, sabré cuál es —añadí. Sabía que eso le haría reír y así fue—. Me encanta aprender, ¿sabes? —añadí en tono de burla.

—Sí, ya. Siempre estabas deseosa de entrar a clase, de escuchar y aprender.

Si supiera la verdad... Me sonrió y alzó las manos para tocar de nuevo. Volvía a necesitar un corte de pelo: uno de los rizos castaños le tapaba los ojos. Wilson se lo echó hacia atrás impacientemente. Inclino la cabeza hacia un lado, como si el violonchelo fuera su amante y le estuviera susurrando un secreto. El arco frotó las cuerdas y empezó una melodía. El sonido era muy dulce y sensual. Las notas graves vibraban y se mezclaban entre sí de tal forma que estuve a punto de suspirar en voz alta. La música llenó la habitación y me apretó el corazón para que la dejara entrar.

—¿La conoces? —me preguntó mientras tocaba.

—¿Es *En la granja de mi tío*?

—Qué descarada llegas a ser a veces, ¿eh? —suspiró, pero esbozó una sonrisa y los párpados se le cerraron mientras seguía tocando.

Yo lo observé: sus largas pestañas le acariciaban las mejillas y la barba de un día le oscurecía la esbelta mandíbula. Tenía el rostro sereno, sumergido en la música que creaba. Yo estaba maravillada de que se hubiera convertido en mi amigo y me pregunté si había otros hombres como él a los que les encantaba la historia y usaban pañuelos de tela y les abrían las puertas a las chicas... Aunque las chicas fueran como yo. No conocía a nadie

como él. Pensé en Pamela y me pregunté si estaría enamorado de ella.

—Es Brahms. —Abrió los ojos y me miró a la cara.

Asentí y él volvió a sumergirse en el estado de ensimismamiento en el que estaba. Las canciones se fusionaban las unas con las otras y yo dejé que se me cerraran los ojos para escuchar con atención. Me sentía en un estado de paz y bienestar total y me acurruqué aún más en el sillón.

Luego sentí un golpe. ¡Ay! Miré hacia abajo confundida. El golpe en el abdomen me había desconcertado. Volví a sentir lo mismo otra vez y solté un grito ahogado.

—¡Wilson! ¡Wilson, ven! El bebé está... bailando.

Wilson se puso de rodillas a mi lado casi antes de que acabara de pronunciar las palabras. Alargó una mano y yo la agarré y me la puse sobre la barriga para guiarlo hacia el movimiento. Ya había sentido antes al bebé moverse, pero no de esa forma.

—¡Ahí! ¿Lo notas?

Wilson tenía los ojos abiertos como platos. Contuvimos el aliento y esperamos. Sentimos un codazo y luego una patada.

—¡Ay! —Me reí—. Eso lo tienes que haber notado.

Wilson movió la otra mano y me rodeó la barriga con firmeza. Me puso la oreja sobre la piel del estómago para escuchar. Durante unos segundos, se quedó medio abrazado a mí, sus rizos me caían encima y tuve que resistir las ganas de pasarle la mano por el pelo. El bebé no se movía, pero Wilson parecía reacio a apartarse.

—Ha sido la música —susurré, esperando que se quedara ahí un minuto más—. Estabas tocando la canción que nos gusta.

Wilson me miró, nuestros rostros estaban tan cerca que hubiera sido muy fácil que llegaran a tocarse. Facilísimo... y totalmente imposible. Él pareció sorprendido por lo cerca que estaba y se apartó rápidamente.

—¿Esa era la canción? —Una sonrisa le iluminó el rostro.

—Sí. ¿Qué canción era? —pregunté.

—Bob Dylan.

—¿Cómo? —me quejé—. Pensaba que sería Beethoven o algo por el estilo. Qué gusto más mediocre tengo.

Wilson me dio en la cabeza con el arco.

—Se llama *Make you feel my love*. Es una de mis canciones favoritas. La adorno un poco, pero es de Dylan, no de Mozart, eso seguro. La letra es estupenda. Escucha. —Wilson empezó a cantar en voz baja mientras tocaba. Su voz era tan bonita como los lamentos del violonchelo.

—Cómo no... —dije enfadada.

—¿Qué pasa? —Wilson dejó de cantar, asustado.

—También sabes cantar. Tienes una voz preciosa. No puedo ni siquiera fingir que lo haces mal. ¿Por qué no se te da mal nada? Qué injusto.

—Bueno, evidentemente no me has visto intentando tallar algo bonito y complejo de un tronco de madera —respondió él con indiferencia antes de empezar a tocar otra vez.

Yo volví a escuchar, pero la música hizo que mis dedos anhelaran tallar.

—Si ensayaras por las noches en el sótano, podría escucharte mientras esculpo. Entonces, haría esculturas que reflejaran la melodía de tus canciones. Juntos nos haríamos ricos. Tú serías mi musa, Wilson. ¿Pueden los hombres ser musas?

Wilson sonrió, pero sus ojos parecían perdidos, como si la necesidad de oír le robara el sentido de la vista. Yo también cerré los ojos y dejé que el sonido me consumiera. Me desperté en silencio horas más tarde. Estaba tapada con la manta de color verde manzana y Wilson y su violonchelo habían desaparecido.

Desde que me mudé a Pemberley, me había acostumbrado a ir caminando al trabajo. Me ahorra el dinero de la gasolina y me servía para hacer un poco de ejercicio, aunque, a medida que me acercaba al octavo mes del embarazo, el calor, incluso a mediados de octubre, era casi motivo suficiente para que fuera en coche. Pero los lunes nunca iba en coche, porque ese era el día que Wilson venía caminando a cenar al restaurante. Cuando se acababa mi turno, me iba con él y caminábamos juntos hasta casa.

Un día le comenté a Wilson que antes les llevaba la cena a Manny y a Gracie los lunes y que, por eso, ese día de la semana me deprimía un poco. Desde aquel momento, Wilson empezó a venir al restaurante los lunes por la noche. Yo intentaba no malinterpretar sus acciones. Era bueno conmigo,

amable y considerado, y me dije a mi misma que él era así. Nunca cuestioné que pasara tanto tiempo conmigo, no hice ningún comentario al respecto ni lo mencioné. Me preocupaba decir algo y que él dejara de hacerlo.

Normalmente, mi turno acababa a las siete y, ese día, Wilson entró en la cafetería a las siete en punto. Llevaba los pantalones de traje y la camisa remangada hasta los codos. Era lo que solía llevar al instituto. Beverly le guiñó un ojo y me dio permiso para fichar la salida. Me senté con él y me tomé un bocadillo y un vaso de limonada. Suspiré y moví los dedos de los pies e hice movimientos circulares para destensar los hombros.

Beverly se encargó personalmente de servirle a Wilson el bocadillo de tomate y queso fundido con patatas fritas que siempre tomaba, aunque llamó a las patatas «*chips*» como si quisiera hacer que Wilson se sintiera como en casa. Él le dio las gracias y le dijo que todo estaba «de rechupete». Ella rio, como Chrissy en clase de historia. Me costó no reírme a carcajadas.

—Creo que a Bev le gustas, Wilson. Supongo que a estas alturas ya debes estar acostumbrado a estas cosas. Tienes un club de fans en el instituto, ¿verdad? El club «Adoramos a Wilson», ¿no?

—Ja, ja, Blue. Nunca he sido popular entre las chicas.

—Wilson. No seas inocente. Manny se pasó el primer mes de clase hablando únicamente de ti.

—Manny no es una chica —respondió él.

—Cierto —contesté con una risita—, pero creo que yo era la única que no te seguía a todas partes con la lengua colgando. Era ridículo. Ahora hasta Bev se ha unido al club. El otro día vi que llevaba una pegatina en el coche en la que ponía «Me pirran los culitos británicos».

Wilson estuvo a punto de ahogarse al reír con la boca llena; dio un sorbo a la limonada para que le ayudara a tragar. Me encantaba hacerle reír, aunque pusiera en riesgo su salud.

Se recuperó y negó con la cabeza, rechazando mi teoría de que era popular entre las chicas.

—Siempre he sido el pringado de la orquesta, no sé cómo los llamáis vosotros, ¿los «frikis de la banda»? Me llevaba mejor con los profesores que con mi compañeros de clase. Era el típico chico delgado, con gafas y pies grandes que se sabía todas las respuestas y se ofrecía a limpiar la pizarra al final de la clase.

—¿De verdad hay gente que hace eso? —interrumpí con incredulidad.

Wilson puso los ojos en blanco y continuó...

—No atraía a las chicas, y mucho menos a chicas como tú... Así que el hecho de que no se te cayera la baba conmigo el año pasado, bueno, muestra que nada ha cambiado. Pero a mí siempre me ha parecido bien. Las chicas nunca ocuparon los primeros puestos de mi lista de prioridades. No me malinterpretes, me fijaba en las chicas como tú, pero no me gustaban especialmente. Además, ellas nunca prestaban atención a los chicos como yo.

—¿Te refieres a las zorras despiadadas? —dije amablemente, como si bromeara. Pero no era broma. Me dolieron sus palabras, pero «las chicas como yo» sabían afrontar los golpes como ese.

—No, Blue —respondió, y sacudió la cabeza con exasperación—. No quería decir eso. Me refiero a las chicas guapas, las chicas duras, las que crecieron demasiado deprisa y se comerían a un chico como yo de un bocado y, luego, lo escupirían.

—Sí, lo que yo he dicho. Zorras despiadadas.

Aparté mi plato hacia un lado e hice ruido al sorber la bebida para indicar que había terminado. Me levanté para marcar el fin de la conversación y de nuestra comida íntima. Wilson se quedó mirándome y me di cuenta de que se había enfadado. Qué pena. Le sonreí con sarcasmo mostrándole los dientes. Lo que en principio había empezado como una conversación alegre había adoptado, de repente, un tono diferente. Se pasó las manos por el pelo y apartó su plato también. Puso un par de billetes en la mesa y se levantó. Fue caminando hacia la caja registradora, distanciándose de mí, dejándome atrás. Pagó la comida de los dos y salió del restaurante. Le dije adiós a Beverly con la mano y ella me lanzó un beso.

—Nos vemos por la mañana. Despidete de Wilson por mí.

Wilson me esperaba a la salida. Tenía las manos en los bolsillos y miraba la puesta de sol. Una de las cosas que más me gustaban del desierto eran los atardeceres. El cielo sobre las bajas colinas del oeste formaba ondas rosas y moradas que se elevaban en la oscuridad de la noche. Puede que fuera porque no había nada que obstruyera la vista (Las Vegas estaba en la parte baja de la colina y Boulder City en la parte alta, al sureste), pero los atardeceres nunca dejaban de conmoverme y me recordaban a la época que

pasé con Jimmy, cuando no era tan dura, cuando aún no había crecido rápidamente. Wilson no dijo nada cuando me acerqué y empezamos a caminar en silencio. Yo caminaba con dificultad por culpa del embarazo, pero Wilson aminoró el paso y anduvimos hasta casa.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Wilson finalmente.

Sabía que su enfado había ido creciendo.

—¿Por qué hago qué?

—Pensar siempre lo peor. Poner palabras en mi boca, insultarte, todo eso. ¿Por qué?

Me quedé pensando un momento. Me preguntaba cómo podría hacer entender a alguien como Wilson lo que se sentía al ser «una chica como yo».

—La primera vez que mantuve relaciones sexuales tenía catorce años, Wilson. No puedo decir exactamente que quisiera hacerlo, pero así fue. Él era mayor que yo y a mí me gustaba tener su atención. Él tenía diecinueve años y yo fui una presa fácil. —Me encogí de hombros—. Desde entonces he mantenido relaciones sexuales muchas veces. Habrá quien diga que eso me convierte en una zorra y el hecho de que no me disculpe por ello me convierte en una puta. Que me llame a mí misma zorra despiadada es bastante suave, visto así. No me enorgullezco de mis acciones y estoy intentando cambiar, pero es la verdad y no quiero tener que justificarme.

Wilson había dejado de caminar y me estaba mirando.

—¿Catorce? Eso no es sexo, es corrupción de menores, Blue.

—Sí, Wilson. Lo fue en varios sentidos.

—Joder —susurró Wilson con incredulidad—. ¡No me lo puedo creer!
—Entonces gritó—: ¡Joder!

Esa vez gritó tan fuerte que la gente de la calle se detuvo a mirar. Una mujer que pasó por allí en coche con la ventanilla bajada nos miró con el ceño fruncido. La pobre mujer pensó que le había gritado a ella.

—Deja que adivine, a él no le pasó nada, ¿verdad? —Wilson se volvió contra mí, como si estuviera enfadado conmigo, aunque yo sabía que no era así. De hecho, la ira de Wilson me resultaba muy útil. Me di cuenta de que contárselo no me molestó y, por primera vez, recordarlo no hizo que me estremeciera.

—¿A qué te refieres? Claro que no. Se lo dije a Cheryl y ella se aseguró

de que empezara a tomar pastillas anticonceptivas y... seguí con mi vida.

—¡Aj! —Wilson volvió a gritar y le dio una patada a una piedra, que salió volando.

Balbuceaba y decía palabrotas. Parecía incapaz de mantener una conversación racional, así que caminé a su lado, esperando a que se calmara. Después de caminar un par de manzanas, alargó el brazo y me tomó la mano. Nunca había ido de la mano de un chico por la calle. Su mano era mucho más grande y envolvía la mía, lo que hacía que me sintiera frágil y querida. Era increíblemente... *sexy*. Si no hubiera estado en una fase tan avanzada del embarazo, si no hubiera acabado de confesar mi horrible pasado, quizás habría dado el siguiente paso: habría tomado su maravilloso rostro entre las manos y lo hubiera besado hasta que estuviéramos envueltos el uno en el otro en medio de la acera.

Me reí de mí misma y me saqué de la cabeza esa idea. Estaba convencida de que Wilson huiría corriendo si algún día me atreviera a dar el paso. Nuestra relación no se basaba en eso. Y estaba segura de que Wilson no sentía nada por mí. Además, con la barriga tan prominente que tenía, acercarme a él habría resultado imposible. Caminamos hasta que la puesta de sol se desvaneció y el crepúsculo nos emborronó las vistas. Las farolas empezaron a parpadear cuando ya estábamos cerca de Pemberley.

—¡Pide un deseo! —grité, y tiré de la mano de Wilson—. Corre, antes de que se enciendan las luces.

En la zona de Las Vegas, por la noche, el cielo siempre tenía un tinte naranja. Las luces de neón y la vida nocturna combinadas hacían que fuera casi imposible ver las estrellas, así que yo creé mi propia forma de pedir deseos: se los pedía a las farolas.

Cerré los ojos con fuerza y apreté la mano de Wilson, para animarlo a que hiciera lo mismo. Repasé mi lista de deseos mentalmente. Algunos eran los mismos de siempre (riqueza, fama, no tener que volver a depilarme nunca más), pero también tenía algunos nuevos. Abrí los ojos rápidamente para ver si había conseguido pedirlos antes de que se encendiera la última farola, que parpadeó y se encendió cuando la miré.

—¡Toma ya! —dije mientras le daba un golpe con la cadera a Wilson—. Esos deseos se van a cumplir, no cabe duda.

—No puedo seguirte el ritmo, Blue —dijo Wilson con tranquilidad—.

Siempre me sorprendes. Cuando creo que ya sé todo lo que hay que saber sobre ti, revelas algo más que me rompe el corazón. No sé cómo has sobrevivido, Echohawk. De verdad. El hecho de que sigas haciendo bromas y pidiendo deseos a las farolas es una especie de milagro. —Wilson alargó la mano como si fuera a acariciarme la mejilla, pero bajó el brazo en el último momento—. ¿Recuerdas ese día en clase, cuando te pregunté por qué estabas tan enfadada?

Me acordaba. Me había comportado como una niñaata. Asentí.

—Creía que te comprendía, que solo necesitabas que alguien te bajara los humos. Y luego descubrí por qué te costaba tanto escribir tu historia. Me sentí como un completo idiota.

Me reí y le choqué el puño.

—Era lo que pretendía, Wilson. Hacer que el profesor se sienta mal por ti te ayuda a sacar buenas notas.

Wilson me miró y vi que no se lo creía. Empezó a subir los escalones de la casa y me soltó la mano para coger las llaves.

—Que conste, Blue, que no creo que seas una zorra despiadada —añadió muy serio.

Casi no pude evitar reír al oír cómo sonaban esas palabras cuando él las decía.

—Admito que, cuando entraste en clase el primer día, eso fue lo que pensé. Pero me sorprendiste. Eres mucho más de lo que se ve a primera vista.

—La mayoría de personas somos más de lo que se ve a primera vista, Wilson. Por desgracia, en muchos casos lo que no se ve es malo. Son cosas que dan miedo, que duelen. Ahora sabes tantas cosas escalofriantes y dolorosas sobre mí que me sorprende que sigas a mi lado. Diría que me calaste desde el primer momento. Pero te equivocas en una cosa. Las chicas como yo sí que nos fijamos en los chicos como tú, lo que pasa es que no creemos merecerlos.

A Wilson se le cayeron las llaves. Yo ahugué un grito y deseé haber mantenido la boca cerrada. Él se agachó y agarró las llaves y, después de varios intentos fallidos, consiguió abrir

la puerta de la entrada. Esperó a que entrase primero, me siguió y, luego, cerró. Era todo un caballero. Se detuvo delante de la puerta de mi piso. Parecía que intentaba buscar las palabras correctas y, por una vez, no lo

provoqué ni dije nada gracioso. Simplemente esperé. Me sentía abatida por el hecho de que conociera mis secretos más oscuros y le costara tanto asimilarlos.

Por fin pudo hablar y fijo sus ojos melancólicos en un punto detrás de mí, como si no quisiera mirarme a la cara.

—Desearía que hubieras tenido una vida mejor, una vida distinta, pero eso te habría convertido en alguien diferente... —Me miró y añadió—: Y esa sería la peor de las tragedias.

Con una tímida sonrisa, se llevó mi mano a los labios (un gesto digno del señor Darcy), dio media vuelta y subió las escaleras.

Esa noche me quedé sentada en la oscuridad esperando a que Wilson ensayara. Pero no hubo cuerdas que me ataran con sedosos nudos. A lo mejor Pamela, la rubia guapa de piel pálida y dientes perfectos, estaba con él. Quizás por eso no tocaba el violonchelo. Supuse que debería estar agradecida de que no se escucharan gemidos y muestras de amor por la ventilación. Hice un gesto de dolor al pensarlo y el bebé me dio una patada. Recuperé el aliento y me levanté la falda para mirarme la barriga. Era extraña, pero genial al mismo tiempo. El estómago se me movió arriba y abajo, como si fuera una ola del mar.

—No hay música todavía, cariño. Wilson no va a tocar para nosotros esta noche. Cantaría, pero te prometo que eso sería aún peor.

Sentí otra sacudida en la barriga y cambié de posición para estar más cómoda, intentando apreciar el malestar. No duraría mucho más. Los momentos como esos se me escurrían, sentía que se convertían en ayeres y que estos se acumulaban. Al final, ese momento se uniría al resto. El mañana definitivo llegaría y mi bebé llegaría al mundo. Y yo volvería a ser solo Blue, siempre Blue.

Estaba cansada y los ojos me pesaban. En algún punto entre el insomnio y el letargo, salió a la superficie un recuerdo y lo miré como si fuera un sueño que habían repuesto en la televisión.

—Jimmy, ¿por qué no buscamos otra mamá?

Me había subido a un árbol con ramas bajas y había trepado hasta llegar a la que quedaba justo encima de Jimmy. Acarició con las manos el trozo áspero de junípero al que le estaba quitando la corteza.

—¿Para qué? —respondió al cabo de unos segundos.

—¿No te gustaría que tuviéramos una mamá? —pregunté disfrutando de la escena desde arriba. Me permitía ver el pelo, cada vez más gris, de Jimmy. Le tiré una piña, que le rebotó en la cabeza inofensivamente. Ni siquiera hizo el gesto de intentar apartarla.

—Yo tuve una mamá —gruñó.

—Pero yo no. ¡Y quiero una! —Otras dos piñas más alcanzaron su objetivo.

—Ponle un delantal a Icas.

Jimmy agarró su sombrero y se lo puso como respuesta a la lluvia de piñas.

—Icas olfatea todo el rato y da besos babosos. Las madres no tienen aliento de perro. —Me agarré solo con una pierna y un brazo a la rama y me balanceé. Cogí el sombrero de Jimmy de su cabeza y dije—: Bev podría ser nuestra nueva mamá. Le gustas y yo también, y hace unos sándwiches de queso buenísimos.

Me puse el sombrero y bajé del árbol de un salto sin darle importancia al cosquilleo que sentí en el pie cuando toqué el suelo.

—Supongo que soy feliz con lo que tenemos, Blue.

—Ya. Supongo que sí.

Tomé un trozo de junípero pequeño, un mazo y un cincel y empecé a desnudar la madera, imitando los movimientos firmes de mi padre.

—A lo mejor podemos adoptar un bebé —sugerí.

El cincel de Jimmy se clavó en la madera y él dijo algo en voz baja... algo sobre unas ranas con pelo.

—Creo que sería una buena mamá —añadí seria, mientras tachaba de una lista mental todos los requisitos—: Compartiría mi cama con ella, le enseñaría a gatear. Yo ya sé caminar, o sea, que eso no sería un problema, pero tú le tendrías que cambiar los pañales. A lo mejor le podríamos enseñar a hacer caca fuera, como a Icas.

Jimmy suspiró y dejó de prestarme atención.

—Yo sería la mamá y tú el abuelo. ¿Te gustaría ser abuelo, Jimmy?

Jimmy dejó el cincel y las manos le cayeron a los costados. Me miró con seriedad y yo me quedé maravillada con las arrugas profundas que tenía

alrededor de la boca y que no había visto antes. Jimmy ya parecía un abuelo.

Algunos acordes se colaron por el sistema de ventilación y yo me desperecé lentamente. El sueño, o recuerdo, seguía colgando en el aire como si fueran las notas de un perfume. Tenía abuelos en algún lugar. Mi madre debía de haber tenido familia. Y si no, ¿qué pasaba con la familia de mi padre? ¿Sabían de mi existencia? ¿Me habían buscado alguna vez?

Me quedé tumbada en la oscuridad, escuchando a Wilson interpretar canciones que ahora sabía cómo se llamaban. Reconocía algunas de ellas al oír las primeras notas. Sin embargo, podría pasar por el lado de mi abuelo, o incluso de mi padre, y no reconocerlo. El bebé se movió en la barriga. Algún día, él o ella querría saberlo, por mucho que contase con el amor de su familia. En algún momento, él o ella necesitaría saberlo. Y eso significaba que yo tenía que descubrir la verdad.

19. Borrón y cuenta nueva

La comisaría olía como uno imagina que huele una comisaría. Olía a institución oficial: a café, colonia, un toque de lejía y sistemas electrónicos... Ese olor. Aunque no percibí ningún aroma a rosquillas. Supongo que lo de los policías y las rosquillas no es más que un estereotipo barato. Otra etiqueta.

Me acerqué a la recepción, que estaba a cargo de una mujer enorme con un moño serio y un esbozo de bigote. Su aspecto no animaba a contarle secretos.

—¿Puedo ayudarte? —Su voz contrastaba totalmente con su aspecto. Era dulce y amable, y me recordaba a Betty White. Me sentí mejor casi al instante.

—No sé si me puedes ayudar, pero a lo mejor me puedes orientar. Me preguntaba si trabaja aquí un policía de apellido Bowles. Creo que me recordará. Es sobre un caso de una persona desaparecida en el que estuve involucrada hace unos diez años.

—Tenemos a un inspector apellidado Bowles. ¿Quieres que compruebe si está en comisaría?

Bowles no era un apellido muy raro, así que sabía que cabía la posibilidad de que no fuera el mismo hombre, pero asentí de todas formas. Era un buen comienzo.

—¿Cómo te llamas?

—Blue Echohawk.

Eso facilitaría las cosas. Si el inspector Bowles no recordaba mi nombre,

no era el mismo policía al que conocí.

La mujer que se había tragado a Betty White habló con dulzura por el micrófono de sus auriculares e intentó localizar al inspector Bowles. Yo aparté la vista y examiné el lugar. Ese edificio era mucho más antiguo que la comisaría a la que me habían llevado en 2001. Aquella estaba en algún lugar de Las Vegas y entonces era completamente nueva. Olía a pintura y a serrín, cosa que, en aquel momento, me reconfortó. Para mí, el olor a serrín era el equivalente a las galletas de chocolate recién hechas.

—¿Blue Echohawk?

Me volví y vi acercarse a un hombre fuerte, de mediana edad. Lo reconocí de inmediato y tuve que resistir las ganas de dar media vuelta y salir corriendo cuando el corazón me empezó a latir con más fuerza. ¿Tendría problemas por no haber dado esta información antes? ¿Metería en problemas a Cheryl? El hombre esbozó una sonrisa y la sorpresa hizo que soltara una risita y me alargara la mano para saludarme.

—¡Vaya! Cuando pasó aquello en el instituto el enero pasado, me quise poner en contacto contigo para saludarte y decirte lo orgulloso que estaba de ti, pero pensé que estarías agobiada con todo el despliegue de los medios de comunicación.

—Me pareció verle aquel día. Por eso estoy aquí. Supuse que estaría trabajando en Boulder City ahora y... sé que es un poco raro, pero creo que quizás podría ayudarme. ¡No me he metido en ningún lío! —añadí rápidamente.

Él volvió a sonreír. Parecía que realmente se alegraba de verme.

—Sabía que no podía haber otra persona con el mismo nombre que tú en el mundo, pero admito que, aun así, te imaginaba como cuando tenías diez años. —Me miró la barriga sorprendido—. Y vas a ser madre muy pronto, por lo que parece.

Me llevé la mano a la barriga, incómoda. Asentí, le estreché la mano que me había ofrecido, la sacudí con fuerza y, luego, la solté.

—Candy. —El inspector Bowles se dirigió a la servicial mujer de recepción—. ¿Está libre la sala D?

¿Candy? Ay, pobre mujer. Necesitaba un nombre mucho más fuerte para que le quedara bien con ese labio superior tan definido.

La recepcionista sonrió y asintió mientras hablaba por el micrófono.

—Por aquí. —El inspector empezó a caminar—. ¿Puedo llamarte simplemente «Blue»?

—Claro. ¿Cómo le llamo yo?

—Inspector... Bueno, puedes llamarme Andy. Y tutéame.

Me llevó a una sala pequeña y cogió una silla. Me preguntaba si usaban estas habitaciones para interrogar a asesinos y a miembros de bandas. Por raro que fuera, me sentí mucho más nerviosa en el centro de planificación familiar.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué te trae por aquí después de tanto tiempo?

El inspector Bowles cruzó sus brazos musculosos por encima del pecho y se recostó en la silla.

—Encontraron el cadáver de mi padre tres años después de que desapareciera. No sé si lo sabías. Me lo dijo la trabajadora social y no sé cuál es vuestra versión... qué hizo la policía exactamente, si es que hizo algo. Supongo que se aportarían las pruebas y se cerraría el caso al cabo de un tiempo, ¿no? —No sabía si estaba usando la terminología correcta. Al igual que la mayoría de la gente, había visto unas cuantas series de policías. Me sentía tonta al tratar de fingir que tenía la menor idea de lo que estaba diciendo.

—Sí, lo sabía. Lo lamento.

El inspector inclinó la cabeza y esperó a que siguiera hablando.

—Mi... Mi tía... —Se me apagó la voz. No era mi tía, pero, por el bien de la historia, tenía que ser directa y honesta. Cambié las palabras un poco—. Eh... La mujer que me cuidó me contó una cosa por aquel entonces que creo que la policía desconoce. Yo no tenía ni idea, ¿sabes?

Nada de lo que decía tenía sentido.

El inspector Bowles se limitó a esperar.

—No quiero causarle problemas. Ella debería haberlo contado, pero tenía motivos para no hacerlo, supongo.

—¿Quieres un abogado? —me preguntó el inspector con tranquilidad.

Lo miré confundida.

—No, creo que no. No he cometido ningún delito. Era una niña. Ni siquiera se me ocurrió que podía ir a la policía a contar lo que ella me había dicho. Y espero que esto no se utilice contra Cheryl Sheevers ni contra nadie

más. Esto es por mí. Intento averiguar quién era mi madre.

—Si no recuerdo mal, nadie sabía quién era tu madre, ¿no?

Asentí.

—Pero después de que encontraran el cadáver de Jimmy Echohawk, Cheryl me dijo que él no era mi padre.

El inspector estaba erguido en la silla. Definitivamente había captado su atención.

—¿Por qué dijo eso?

—Me contó que Jimmy estuvo en un bar de carretera en Reno. Se sentó en una mesa grande para comer algo y, a los veinte minutos, más o menos, una niña pequeña se sentó delante de él. Al parecer, la pequeña había estado durmiendo en la otra punta del sillón, uno de esos que están en una mesa cerca de una esquina y tienen forma de media luna, y él ni siquiera la había visto. Jimmy le ofreció sus patatas fritas. La niña no lloró, pero tenía hambre y se comió todo lo que él le dio. Acabó sentado con ella, a la espera de que alguien fuera a buscarla.

Cuando levanté la vista, vi que el inspector, que tenía los ojos como platos, había llegado solo a la conclusión obvia.

—Tendrías que haber conocido a Jimmy. No era nada convencional. No vivía como el resto de la gente y, definitivamente, no actuó de la misma manera que los demás habrían actuado. Era buena persona, pero también era muy reservado y muy... callado y modesto. Me lo imagino perfectamente mirando a su alrededor, intentando descifrar qué narices hacer con la niña pero sin decir nada. Te juro que no habría dicho nada ni aunque estuviera en urgencias con un hacha en la cabeza.

El inspector asintió y, atento, me incitó a continuar.

Hice una pausa. El recuerdo se emborronaba en mi mente. No sabía si era realmente un recuerdo o si me lo había imaginado tantas veces que parecía uno.

—Bueno, finalmente una mujer vino a buscar a la pequeña. Jimmy pensó que a lo mejor la niña se había perdido y se había subido ella misma al banco de la mesa, pero, por cómo actuó la mujer, parece ser que ella la había tumbado allí a propósito, la había dejado dormir y se había ido a jugar a las tragaperras.

El inspector sacudió la cabeza con incredulidad.

—Y tú eras esa niña.

—Sí —contesté con franqueza.

Le seguí contando lo que Cheryl me había contado: que Jimmy creía que mi madre lo había seguido hasta la camioneta y que la puerta del copiloto estaba rota. Le conté cómo me encontró a la mañana siguiente; que me reconoció y no supo qué hacer conmigo.

—Unos días más tarde, la policía se presentó allí con panfletos con la cara de la mujer y preguntando por una niña. El propietario del parador, que había comprado algunas de las tallas de Jimmy y era muy amable con él, le dijo que la mujer había aparecido muerta en un motel de la zona. La policía había ido allí porque la mujer llevaba una camiseta con el logo del bar de carretera. Entonces, Jimmy siguió su viaje y me llevó con él.

El inspector Bowles garabateaba como un loco. Cuando seguí hablando, levantó la mirada del papel y sus ojos se fijaron en mí.

—En resumidas cuentas: mi madre me abandonó en un parador en Reno. Ella apareció muerta en un motel de la zona unos cuantos días después. Me preguntaba si, con esa información, podríais descubrir quién era ella.

El inspector Bowles me miró fijamente. Movía la mandíbula y parpadeaba rápidamente. No tenía una buena cara de póquer.

—¿Sabes más o menos cuándo ocurrió todo esto?

—Agosto. Siempre he pensado que mi cumpleaños era el 2 de agosto, pero ¿cómo podía saber él cuándo era mi cumpleaños? Creo que era la fecha en la que mi madre me abandonó. No estoy segura, pero es lo único que se me ocurre. Cheryl dijo que él pensaba que tenía unos dos años cuando ocurrió todo esto. Así que sería 1992 o 1993. ¿Te sirve eso?

—Sí, claro. Agosto de 1992 o 1993. Habitación de un motel. Una niña desaparecida. Una camiseta con el logo de un bar de carretera. ¿Qué más puedes contarme? ¿Algo más?

—Ella era joven... puede que más joven que yo ahora. —Aquel pensamiento me había estado rondando en los últimos meses—. Era nativa americana, como Jimmy. Creo que ese fue uno de los motivos por los que me dejó con él.

A lo mejor me engañaba a mí misma, pero me aferraba a esa idea.

—Voy a hacer unas llamadas. Este caso nunca se cerró, porque nunca te

encontraron, evidentemente. El departamento de policía de Reno va a tener que buscar en los archivos, excavar un poco, puede que tarden unos días, pero descubriremos quién era tu madre, Blue.

—Y descubriremos quién soy.

El inspector Bowles me miró y movió la cabeza lentamente, como si se acabara de dar cuenta.

—Sí, pobre. También descubriremos quién eres tú.

—Me voy a Reno.

—¿Reno?

—Sí, Reno. —Wilson era británico, a lo mejor no sabía dónde estaba Reno—. Está en Nevada, pero más al norte, a unas ocho horas en coche. Iría en avión, pero el embarazo está muy avanzado y no es seguro. No sé ni si me dejarían subir a uno.

—¿Por qué a Reno?

—Fui a la comisaría el lunes.

Los ojos se Wilson se abrieron de par en par. Estaba inmóvil.

—Les conté todo lo que sé de mí misma, de mi madre..., de Jimmy.

Por extraño que fuera, tenía ganas de llorar. No me había sentido así al hablar con el inspector Bowles el lunes, pero me había llamado aquella mañana y parecía emocionado. Yo tenía la sensación de que la vida que intentaba construir para mí misma iba a desenmarañarse una vez más.

—El inspector con el que hablé dice que encontraron a una mujer muerta en la habitación de un motel de Reno en 1993. Al parecer, la mujer tenía una hija, pero nunca la encontraron. Los detalles concuerdan con lo que me contó Cheryl. Quieren que vaya a Reno a hacerme una prueba de ADN, para saber si yo soy esa niña.

—¿Te podrán decir si eres la hija?

Wilson sonaba tan sorprendido como yo lo estaba.

—No de inmediato. Parece ser que, como no encontraron a la niña, tomaron una muestra de ADN y la guardaron en una base de datos nacional.

—¿Y cuándo lo sabrán?

—Tardarán meses. Supongo que no es como en la televisión. El inspector Bowles me ha dicho que en alguna ocasión ha tenido que esperar hasta un año para obtener los resultados de una prueba, pero cree que le darán prioridad al caso, así que no debería tardar tanto.

Wilson resopló.

—Bueno, cuanto antes vayas y les des la muestra, antes lo sabrás, ¿no?

—Sí. —Me sentía mareada.

—Iré contigo.

—¿De verdad? —Estaba sorprendida y emocionada.

—No deberías ir sola, no cuando estás a punto de dar a luz.

—Aún faltan dos semanas.

Wilson hizo un gesto con la mano para desestimar lo que acababa de decir, sacó su teléfono móvil y se encargó de llamar para que lo sustituyeran en el instituto el jueves y el viernes. Además, reservó un hotel en Reno. Todo en cuestión de minutos.

—¿Se lo has dicho a Tiffa? —Se detuvo, con el móvil en la mano, mirándome—. Querrá saberlo.

La llamé y resultó que Tiffa no solo quería enterarse de todo, sino que quería venir con nosotros. Bueno, de hecho, no quería que me fuera, pero Wilson negó con la cabeza y me quitó el teléfono.

—Tiene que ir, Tiff. Debe hacerlo.

Así pues, Tiffa decidió que lo mejor era venir con nosotros. Jack estaría en Reno el sábado y el domingo por una convención de médicos y ella se había planteado ir con él, así que lo que haría sería venirse con nosotros unos días antes. Me dije a mí misma que la condición de mamá de un bebé ya me estaba cansando. Siempre había sido muy independiente y ahora se me hacía raro tener que discutir con alguien sobre adónde iba o venía. Sin embargo, en el fondo, me encantaba que se preocupara tanto.

—¡Nos vamos de viaje! —gritó al llegar a mi casa unas horas más tarde, maleta en mano.

Llevaba puestas las gafas de sol y uno de esos sombreros tan grandes de playa. Parecía que fuera a pasar un día en un yate. Me reí y dejé que me abrazara, me besara la barriga y la mejilla. Siempre había pensado que los británicos eran menos efusivos, que no daban tantas muestras de cariño como

los estadounidenses, pero eso no era cierto en el caso de Tiffa.

—Iremos en el Mercedes. No pienso ir con las piernas encogidas en los asientos de atrás del Subaru, Darcy.

—De acuerdo, pero yo conduzco y tú vas detrás —dijo con un tono agradable.

—Sí, por favor. Así podré tumbarme y relajarme, leer o sestear un poco.

No leyó en absoluto, ni se relajó. Y definitivamente no sesteó, que al parecer significaba echarse una siesta. Solo habló, rio y bromeó. Y yo aprendí unas cuantas cosas sobre Wilson.

—¿Te ha contado Darcy que quería seguir los pasos de san Patricio?

—Tiffa, por favor. ¿Puedes dormirte un rato? —gruñó él como solían hacer sus alumnos.

—Alice acababa de cumplir los dieciocho, había terminado el instituto y quería hacer un viaje emocionante. Yo ni siquiera vivía en casa, por aquel entonces. Tenía veintidós años y trabajaba en una pequeña galería de arte en Londres, pero, todos los años, nos íbamos juntos de viaje. Un par de semanas, normalmente a algún lugar soleado y cálido, para que papá pudiera desconectar. Alice y yo queríamos ir al sur de Francia y habíamos convencido a papá. Sin embargo, el joven Darcy no paraba de decir que quería ir a Irlanda, tan fría y húmeda y con viento, como Mánchester en aquella época del año. ¿Por qué? Porque acababa de leer un libro sobre san Patricio. A mamá, evidentemente, le pareció una idea maravillosa y acabamos vagando por una dichosa colina con las botas manchadas de barro y leyendo panfletos.

Me reí y miré al pobre Wilson.

—San Patricio era fascinante —dijo, encogido de hombros y sonriendo.

—¡Oh, no! Ya empieza —gruñó Tiffa con teatralidad.

—Lo secuestraron cuando tenía catorce años, lo encadenaron, lo obligaron a subirse a un barco y fue un esclavo en Irlanda hasta que tenía treinta años. Entonces, consiguió cruzar la isla, subirse a un barco, sin nada más que la ropa que llevaba en una mochila, y regresó a Inglaterra, un milagro, vaya. Su familia se alegró muchísimo de su vuelta y, como eran ricos y cultos, Patricio podría haber llevado una vida cómoda, pero no se podía quitar Irlanda de la cabeza. Salía en sus sueños, en los que le pedía a Dios que lo llevara de vuelta para servir a la gente de allí. Regresó... ¡y

acabó sirviendo a los irlandeses el resto de su vida!

Wilson sacudió la cabeza maravillado, como si la historia aún le emocionara.

Yo pensaba que san Patricio era un *leprechaun* irlandés. Nunca había pensado que era una persona de verdad, ni un santo. Tan solo era un día de fiesta.

—¿Cuántos años tenías cuando descubriste a san Patricio? —bromeé.

—¡Doce! ¡Solo tenía doce años! —gritó Tiffa desde el asiento de atrás. Todos reímos—. Cuando Darcy nació ya llevaba pajarita y tirantes.

—¿Tirantes? —dije entre risas.

—Siempre ha sido un bicho raro —contestó Tiffa a carcajadas—. Y eso, querida Blue, es lo que lo hace brillante. Y maravilloso.

—No intentes arreglarlo ahora, Tiff.

Wilson sonrió y la miró por el retrovisor.

—Vale, no lo haré. ¿Sabías que iba a ser médico, Blue?

—¡Tiffa! —se quejó él.

—Sí... Bueno, eso sí lo sabía —respondí, y le di una palmada a Wilson en el hombro.

—Pero no estaba hecho para eso. Habría sido muy infeliz. Papá vio que era brillante y asumió que sería un buen médico, como él, su padre antes que él y su abuelo. Pero Darcy era un genio de una manera que no tenía nada que ver con la ciencia, ¿verdad, cielo?

Wilson suspiró y negó con la cabeza.

—Darcy siempre tenía un libro en las manos. Usaba palabras muy cultas y las empleaba correctamente... Bueno, eso creo. Le encantaba la historia, la literatura y la poesía.

—¿Lo has oído recitar a Dante? —interrumpí.

Wilson se volvió para mirarme.

—¿Cómo era ese poema tan bonito que nos enseñaste? El de las arpías —pregunté.

Wilson rio al recordarlo y recitó los versos obedientemente.

Tiffa se quejó.

—¡Es horroroso!

—A mí también me lo pareció —contesté entre risas—, pero no he

podido olvidarlo. Y como resultado tallé la escultura *Mujer pájaro*.

—¿Fue eso lo que te inspiró? —preguntó Wilson. Era evidente que estaba perplejo.

—Al parecer tus lecciones de Historia se inmiscuían en mis obras a menudo.

—¿Cuántas de tus tallas se inspiraron en mis clases de Historia?

—¿Contando *El arco*? —Las enumeré mentalmente—: Diez. Tiffa compró unas cuantas la primera vez que vino a la cafetería.

Tiffa y Wilson parecían muy sorprendidos y, por primera vez desde que habíamos salido, el coche estaba parado. Me moví con nerviosismo. No sabía qué significaba aquel silencio.

—¡Blue!

Debería haberme imaginado que Tiffa sería la primera en decir algo.

—Blue, tengo que verlas todas. Tendríamos que hacer algo a lo grande, una gran exposición con todas las esculturas juntas. ¡Sería brillante!

Se me ruborizaron las mejillas y me miré las manos. No quería emocionarme por algo que aún no había pasado.

—Vendí algunas en la cafetería, pero puedes ver las otras.

—Darcy ya puede morir en paz —añadió Tiffa un momento más tarde—. Sus clases han inspirado obras de arte.

Tiffa se inclinó, se levantó por encima del asiento y le plantó un beso sonoro a su hermano en la mejilla.

—Es verdad. Por una vez Tiffa tiene toda la razón. Puede que ese sea el mejor cumplido que me han hecho nunca.

Wilson me ofreció una sonrisa.

Noté que una sensación cálida crecía en mi interior y el bebé respondió con una patada.

—¡He visto la patada del bebé!

Tiffa seguía apoyada en el asiento delantero y me puso las manos en la barriga. Tenía una expresión de éxtasis en el rostro. El bebé se dio la vuelta y me dio unos cuantos golpes más, y ella chilló, contenta.

Pasamos el resto del trayecto hablando, escuchando música (les enseñé canciones de Willie Nelson) y turnándonos para conducir y dormir. Pero yo no podía quitarme de la cabeza la imagen de un pequeño Darcy Wilson

caminando por las colinas irlandesas en busca de un santo que había vivido cientos de años atrás. Era fácil de entender que un chico así pasara dos años en África y rechazara la medicina por algo más simple y menos elegante. Lo que me costaba más era imaginar que a un chico como él, al que le inspiraba tanto un santo, le pudiera atraer una pecadora como yo.

20. Ventisca

El proceso fue facilísimo. Me reuní con el inspector Moody, que había llevado el caso hacía más de dieciocho años. Era calvo, no sé si por decisión propia o por necesidad. Tendría unos cuarenta y pocos años, pero parecía cansado, como si hubiera vivido una vida muy larga. Era fuerte y delgado. Llevaba unos pantalones caquis, una camisa de vestir y una funda de pistola de espalda, que no parecía incomodarle en absoluto.

—No puedo darte detalles del caso. Todavía no. Entiende que, si no eres la hija de esta mujer, no tienes derecho a conocer esa información ni a saber su nombre ni el de su hija, ni a conocer los detalles de su muerte... A nada. ¿Comprendes? —dijo el inspector Moody con un tono comprensivo pero firme—. Pero si eres quien creemos que eres, cuando tengamos los resultados de las pruebas de ADN, te daremos toda la información que tenemos. Tengo que admitir que deseo que seas esa niña. No he dejado de pensar en este caso durante muchísimos años, te lo aseguro. Sería un final feliz para un caso muy triste. —El inspector Moody me sonrió con una mirada sobria y sincera.

Me llevaron al laboratorio, me dieron un bastoncillo de algodón y me dijeron que me lo pasara por el interior de la mejilla. Y eso fue todo. Ocho horas en el coche para hacer un frotis bucal. El inspector Moody me dijo que pediría que se dieran prisa y que esperaba tener los resultados en tres o cuatro meses.

—Depende mucho del caso, pero hay algunos que tienen prioridad. Y este está entre los primeros. Sería muy gratificante para nosotros que se resolviera. Y, por ti, esperamos que así sea.

Resolución. Redención. Mi vida había girado en torno a esas palabras recurrentes. Ahora podíamos añadir Reno. Esa era nueva. Otra «R» más para la lista.

Pasamos la noche en Reno. Tiffa y yo en una habitación, y Wilson en otra. Tiffa me abrazó cuando salimos de la comisaría y estuvo a mi lado durante la cena, acariciándome la barriga de vez en cuando o dándome palmaditas en la mano, como si por primera vez no supiera qué decir. Ninguno sabíamos qué decir. Todo aquello era más extraño que la ficción y los resultados no me afectaban solo a mí, sino también a mi bebé y a la mujer que quería ser su madre. Hasta que no estuvimos tumbadas en la habitación, aisladas de los sonidos nocturnos de Reno por las gruesas cortinas y a oscuras, no hice frente a mis miedos, que me pedían que les hiciera caso desde que había hablado con el inspector Bowles el lunes.

—¿Tiffa? —dije en voz baja.

—¿Sí?

Su voz sonaba somnolienta, como si la hubiera pillado justo antes de dormirse.

—¿Qué pasa si era un monstruo o una persona horrible?

—¿Qué?

Tiffa pareció despertarse al notar mi agitación.

—¿Eso se hereda? ¿Y si lo llevamos en los genes?

—Cielo. Perdóname, pero no tengo ni idea de qué estás hablando.

Tiffa se sentó y alargó el brazo para encender la lamparilla.

—No, por favor. Déjala apagada. Es más fácil hablar a oscuras —supliqué. Necesitaba la protección de las sombras entre nosotras.

Tiffa dejó caer la mano, pero se quedó sentada. Sentía que me miraba, que intentaba que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Yo me quedé tumbada de lado, con la mirada fija en la pared. El grueso colchón se encargaba de soportar el peso de la barriga.

—Vas a adoptar al bebé. Dices que no te importa si es niño o niña. Te da igual si tiene la piel clara u oscura. Y te creo, pero... ¿qué pasa si el bebé es el retoño de una persona débil, egoísta y cruel?

—Tú no eres ninguna de esas cosas.

Me quedé pensando durante un momento.

—No siempre, pero a veces soy débil, a veces, egoísta. No me considero cruel, pero tampoco soy buena persona.

—Eres mucho más fuerte que yo. Eres muy generosa y no creo que «cruel» pegue con «fuerte» y «egoísta» —respondió ella—. Creo que no es así como funciona.

—Pero mi madre... Lo que ella hizo fue cruel.

—¿Dejarte con un desconocido?

—Sí. Y su sangre corre por las venas de este bebé. ¿Estás dispuesta a correr el riesgo?

—Totalmente. Aunque no creo que sea un riesgo, cielo. Jack tiene diabetes, ¿lo sabías? Es bastante controlable. Nunca había pensado en no tener un bebé solo por el hecho de que pudiera sufrir la misma enfermedad. Yo tenía unos dientes de conejo horribles cuando era niña. Afortunadamente, la ortodoncia me convirtió en un bellezón. —Oí una risa en su voz—. Pero ¿qué pasaría si no existieran los aparatos y mi hijo tuviera que vivir con dientes de caballo?

—No puede compararse —protesté. Necesitaba que me entendiera.

Tiffa se sentó detrás de mí en la cama y empezó a acariciarme el pelo. Sería una madre fabulosa. Tuve que evitar acurrucarme con ella y dejar que me tranquilizara. No iba a hacerlo. Me quedé rígida e intenté no ser tan susceptible a una mano cariñosa. Ella me acariciaba el pelo mientras hablaba.

—Desconocemos la vida que tuvo tu madre. No sabemos cuáles fueron sus motivos, pero mírate. ¡Eres estupenda! Y con eso me basta, Blue. ¿Qué habría pasado si mi madre hubiera decidido no adoptar a Darcy? Ella nunca conoció a sus verdaderos padres, no sabía nada de ellos, solo sus nombres, pero quería a Darcy, puede que más que a nadie, y él era un completo desconocido. Por lo que ella sabía, su padre podría haber sido un asesino en serie.

—¿Wilson es adoptado? —Estaba tan perpleja que las palabras sonaron como un grito. Las caricias de Tiffa se detuvieron un segundo; mi corazón también se paró. Tiffa se tumbó detrás de mí, se acurrucó contra mi espalda y volvió a acariciarme el pelo de nuevo.

—¡Sí! ¿No te lo ha mencionado? Mamá y papá intentaron tener otro hijo durante muchos años. Adoptaron a Darcy cuando tenía apenas unos días. Lo

hicieron a través de la Iglesia.

—No... No me lo había dicho.

Se me quebró la voz y me aclaré la garganta para disfrazar la consternación que sentía.

—Buscó a sus padres cuando cumplió los dieciocho. Su madre era joven cuando se quedó embarazada, como tú. Ahora está casada y tiene varios hijos. Se alegró de verlo y de que estuviera tan bien. Su padre era policía en Belfast e hizo muy buenas migas con él. Me parece que aún mantienen el contacto. Creo que se llaman Jenny Woodrow y Bert Wheatley. No recuerdo el apellido de soltera de ella.

En la oscuridad, los pensamientos giraban dentro de mi cabeza como un molinillo en una tormenta. Y se avecinaba un huracán. Me sentía traicionada. Wilson era adoptado. ¡Adoptado! Y no me había dicho nada en absoluto. No me aconsejó ni me intentó alentar, cuando Tiffa dio la noticia a la familia. Me podría haber dicho «Adoptar es maravilloso, mírame a mí», pero se quedó en silencio, no me contó nada.

Al parecer, Tiffa no era consciente de la tormenta que se avecinaba. Llevaba unos minutos callada y al cabo de poco oí cómo le cambiaba la respiración y supe que se había quedado dormida, a mi lado. Me dolía la cadera. Los riñones me habían torturado todo el día, tenía los tobillos hinchados y estaba demasiado incómoda, demasiado embarazada y demasiado enfadada para dormir.

Redención, resolución, revelación. Las palabras que empezaban con «R» se iban sumando. Reno estaba lleno de secretos. Quería volver a casa.

Jack llegó a Reno el viernes por la mañana para la conferencia de medicina y Tiffa se quedó con él, así que Wilson y yo volvimos en el Mercedes de ella. Ellos volverían en avión el domingo por la noche, lo que quería decir que estaría atrapada en un tornado con Wilson durante ocho horas. Las acusaciones me zumbaban en la cabeza como abejas enfadadas que amenazaban con escaparse y llenar a Wilson de picaduras. Yo estaba sentada, enfadada y en silencio, y le respondía con brevedad, sin mirarlo y no me reía con él. Él parecía confuso, pero cuanto más borde era yo, más lo

intentaba, hasta que al final me pasé y él decidió salir de la autopista y parar en un área de descanso. Cuando aparcó el coche, se volvió para mirarme y llevó las manos al cielo.

—¿Qué te pasa, Blue? ¿Te he hecho algo? ¿Te encuentras mal? Por Dios, ¿qué pasa?

—¡Eres adoptado! —grité y rompí a llorar descontroladamente.

Me caían tantas lágrimas que mis ojos parecían mangueras y me goteaba la nariz. Fui a abrir la guantera, pero Wilson me secó las lágrimas con su maldito pañuelo y me chistó como un viejo senil.

—Tiffa es una bocazas.

—¡Ella no tenía ni idea de que no me lo habías contado! ¿Por qué no me lo dijiste, Wilson?

—¿Te habría ayudado? —Wilson me secó los ojos. Me miraba de forma penetrante y tenía una ceja levantada. Estaba consternado.

Enfadada, le aparté las manos de un empujón, abrí la puerta y bajé mi extraño cuerpo del interior del coche. Nunca había estado tan furiosa.

Me dolían muchísimo la espalda y el cuello y sentía como si me hubieran arrancado el corazón y lo hubieran arrastrado detrás del coche. Caminé como un pato hacia el lavabo. Necesitaba espacio y, francamente, tenía que hacer pis. Al fin y al cabo, estaba embarazada de nueve meses.

Fui al baño y me lavé las manos intentando cortar de raíz las lágrimas de rabia que derramaba. Agarré una toalla de papel fría y húmeda, me sequé las mejillas y me quité la máscara de pestañas. Tenía un aspecto horrible, se me había hinchado hasta la nariz. Me miré los tobillos e intenté no llorar desconsoladamente. Antes estaba buena y delgada. Y confiaba en Wilson. Unas lágrimas volvieron a caerme por las mejillas y me pasé la toalla sobre los ojos para hacer que desaparecieran.

—¿Estás bien, cielo? —dijo una voz suave a mi derecha.

Una mujer mayor, que apenas me llegaba a los hombros, me miraba con los labios fruncidos. Tenía el contorno de la boca lleno de arrugas, que parecían las patas de un ciempiés, y el pelo gris y rizado. Llevaba un pañuelo que le cubría los rizos, probablemente para proteger el peinado del viento que se había levantado en el exterior. Al parecer había traído la tormenta conmigo.

—Tu marido me ha pedido que compruebe como estás. Está muy

preocupado.

No le corregí. Era obvio que necesitaba un marido, porque, evidentemente, estaba a punto de tener un bebé y no quería tener que explicar quién era Wilson. Seguí a la mujer y vi a Wilson, que hablaba con un hombre mayor y pequeño. Cuando me vieron, el hombre dio una palmada en el hombro de Wilson y asintió de manera cómplice. Luego le ofreció el brazo a la mujer y se alejaron hacia su coche, con el viento de cara.

—Lo siento, Blue. —Wilson tuvo que alzar la voz para que lo oyera. Los rizos oscuros se le mecían al viento.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¡No lo entiendo! Me he pasado toda la noche dándole vueltas y no he encontrado ninguna explicación. —El pelo se me metía en la boca y me volaba alrededor de la cabeza como si fueran las serpientes de Medusa, pero no iba a entrar en el coche, no hasta que tuviera una respuesta.

—No quería influir en tu decisión —gritó él—. He tenido una vida genial, unos padres maravillosos que nunca me escondieron la verdad. Crecí sabiendo que me habían adoptado, pero no te puedo decir que no me molestara, porque te mentiría. A veces me preguntaba quiénes eran la mujer que no me quiso y el hombre que no nos quiso a ninguno de los dos.

Las palabras me sentaron como una patada en el estómago y me rodeé el abdomen con los brazos, abrazando a la vida que llevaba en mi interior, protegiéndola de él. Él hizo un gesto de dolor, pero siguió hablando, gritando al viento.

—No quería que mis sentimientos te hicieran cambiar de opinión, ¿lo entiendes?

—¿Crees que no quiero a este bebé? ¿Que lo doy en adopción porque no lo quiero?

Los ojos de Wilson buscaron los míos y vi pasar por su rostro una infinidad de emociones mientras se esforzaba por pronunciar palabras que no eran fáciles de decir.

—Cuando me dijiste que habías escogido no quedarte al bebé, pensé que te estabas equivocando. ¿Pero cómo iba a decírtelo? Mi hermana estaba eufórica. Y tú parecías decidida a hacerlo.

El viento rugió y el cielo se volvió más oscuro. Wilson me alargó un brazo, pero yo me aparté y dejé que el viento aullara y tirara de mí. Me

parecía apropiado.

—Mi madre no me dio en adopción, Wilson, pero debería haberlo hecho. ¡Debería haberme dado en adopción!

Wilson opuso resistencia al viento con las piernas y se metió las manos en los bolsillos.

—No me quería lo suficiente para darme en adopción. No pienso arruinar la vida de este bebé por el mero hecho de necesitar alguien a quien amar.

Se oyó un trueno y la luz del rayo hizo que Wilson me intentara alcanzar una vez más. Esta vez no fui lo bastante rápida y me envolvió con un brazo y me llevó hasta el coche. La lluvia empezó a caer cuando cerramos las puertas del coche y quedamos envueltos por un cielo gris. Llovía tanto que el mundo más allá de las ventanas era todo líquido.

El Mercedes despertó con un ronroneo y empezamos a sentir calor en los pies y en los asientos. Pero Wilson no reemprendió el viaje. Todavía había mucho de lo que hablar.

—No quería escondértelo —dijo con sus ojos grises suplicantes.

Aparté la mirada, no quería escuchar, pero insistió, me agarró de la barbilla y me volvió hacia él para obligarme a escucharlo.

—No dije nada, pero debería haberlo hecho. Nunca me pareció el momento adecuado. Y luego ya fue demasiado tarde, pero la verdad es que el hecho de que yo sea adoptado es irrelevante, Blue.

—¿Irrelevante? ¿Cómo puedes decir eso? —grité.

Hice que me soltara la barbilla. Su opinión nunca había sido irrelevante para mí. Se había convertido en lo más relevante de mi vida. Redención, resolución, revelación y, ahora, relevancia. Cerré los puños y me tiré del pelo.

—He intentado encontrar la solución a esto a ciegas. Estoy a unos días de dar a luz, ¿y tú piensas que el hecho de que fueras adoptado no importa? Tu perspectiva podría haberlo cambiado todo.

—Exacto, pero, como no lo sabías, has llegado a tus propias conclusiones, has tomado tus decisiones, y así es como debe ser.

—Pero has dicho que estoy cometiendo un error —susurré, y traté de no volver a llorar. Busqué la ira que había sentido, pero había desaparecido en algún lugar entre el lavabo y el coche y no podía hacerla volver.

Wilson alargó el brazo, tomó mis manos entre las suyas y se giró hacia mí tanto como le permitía el volante.

—Blue, esta experiencia ha sido una revelación para mí.

Intenté no recitar todas las palabras con «R» en la cabeza mientras él hablaba.

—Yo, igual que el resto de humanos, necesitaba saber quién era. Mis padres lo entendieron y, a diferencia de lo que tú has pasado, nunca hubo secretos en mi vida. Yo lo sabía todo... menos el porqué. Nunca entendí por qué mi madre biológica tomó la decisión que tomó. Siempre pensé que alguien que me hubiese querido de verdad nunca me habría dado en adopción. Sin embargo, al verte pasar por todo esto, creo que, finalmente, he entendido que eso no siempre es cierto.

Yo tenía la mirada fija en nuestras manos, en nuestros dedos entrelazados. No podía mirarlo a la cara. No cuando lo que estaba diciendo era tan personal que el brillo de la verdad hacía que me dolieran los ojos. Wilson siguió hablando. Su voz sonaba ahogada por la emoción.

—Amar a alguien es poner sus necesidades por encima de las tuyas. Pase lo que pase. De alguna manera, te diste cuenta de eso. No tengo ni idea de cómo, pero así fue. Así que no, no creo que te estés equivocando, Blue. Creo que eres genial. Y, cuando llegue a casa, Jenny Woodrow recibirá una llamada. Se merece un poco de agradecimiento por haberme querido y haber renunciado a mí.

Nos quedamos en silencio unos instantes, con las manos entrelazadas, y dejamos que las emociones se calmaran y que el calor del interior del coche empañara los cristales.

—¿Qué te ha dicho el señor mayor? —pregunté con tranquilidad.

—Que no me preocupara. Me ha dicho: «Las mujeres lloran. Si llora por ti, es porque todavía te quiere». —Wilson intentó imitar la voz temblorosa del hombre. Me miró y sonrió—. Me ha dicho que me preocupe cuando dejes de hacerlo.

No podía devolverle la sonrisa, así que aparté la mirada rápidamente. Yo era la que tendría que preocuparse. No por haber dejado de llorar, sino por haber empezado a hacerlo. El hombre mayor se había dado cuenta de todo.

Intentamos esperar a que dejara de llover, pero parecía que no iba a terminar nunca. Volvimos a la carretera y estuvimos batallando contra la lluvia y la nieve durante las tres horas siguientes. Que nevara en Boulder City era inaudito, pero estábamos al norte de la zona de Las Vegas y en Reno era algo habitual. Sin embargo, no era común que nevara en octubre. Me puse más nerviosa a medida que se alargaba el viaje. No quería quejarme ni preocupar a Wilson, pero tenía calambres constantes en la espalda y en la parte inferior de la barriga desde que habíamos parado en el área de descanso. Puede que fuera el estrés del viaje, o que me hubieran sentado mal las palabras que empezaban por «R», o puede que hubiera llegado el momento. Dar a luz dos semanas antes no se consideraba un parto prematuro, se consideraba que había cumplido los nueve meses. Empezaba a sospechar que estaba de parto.

—Voy a parar en el primer hotel que encontremos. Aún nos quedan tres horas, puede que más a esta velocidad, y ya estoy cansado de conducir —suspiró Wilson entrecerrando los ojos para ver las señales de tráfico.

—Tenemos que seguir —insistí mientras agarraba con fuerza el reposabrazos por la presión que sentía en la parte inferior del cuerpo.

—¿Por qué?

Wilson no me miró, estaba concentrado en la carretera.

—Porque no me apetece tener al bebé en el motel Súper 8.

—¡Joder! —Wilson giró la cabeza para mirarme. Tenía los ojos abiertos como platos por el miedo.

—No me duele nada. No mucho. Solo es incómodo. Y lo siento desde hace unas tres horas. Sigue conduciendo, estaré bien.

Las siguientes tres horas fueron las más largas de mi vida y supongo que también las de la vida de Wilson. Tenía la zona de los labios pálida y la cara demacrada cuando vimos el cartel de «Las Vegas», difuminado como si fuera una mancha de aceite detrás del parabrisas, un arcoíris apagado en un mar oscuro. Había cronometrado las contracciones, que cada vez eran más firmes y dolorosas y venían cada cinco minutos. No sabía lo que eso significaba ni cuánto más durarían, pero los dos estábamos demasiado cansados para irnos a casa y esperar a que empeoraran. Llegar al hospital fue toda una hazaña. Algunas de las carreteras estaban inundadas hasta la altura de las rodillas y no dejaba de llover.

Aparcamos en el garaje y Wilson llegó a la puerta del copiloto antes de que pudiera quitarme el cinturón. Fuimos juntos hasta la zona de maternidad y suspiramos aliviados cuando conseguimos llegar. Las imágenes de partos en la autopista nos habían acompañado durante las tres largas horas. Estoy segura de que Wilson se tranquilizó cuando me entregó a la enfermera rubia y alegre que rezumaba competencia. Ella me instaló en una habitación, me preparó una bata y me dijo que volvería en un momento.

Wilson se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Empecé a sentir que el pánico se acumulaba en mi pecho cuando estaba a punto de marcharse. El miedo me hizo valiente.

—¿Te quedarás conmigo?

Las palabras me salieron de golpe y sentí calor en las mejillas por la vergüenza de haberme atrevido a decirlas. Pero lo había hecho y no me arrepentía.

Él se quedó paralizado donde estaba, con la mano aún en el pomo de la puerta.

—Por favor.

No sabía si había oído este último ruego y tuve que cerrar los ojos para no ver su respuesta. Me daba miedo ver como se acobardaba, como apartaba los ojos y se inventaba alguna excusa.

La cama se movió y, cuando abrí los ojos, lo vi sentado a mí lado. Tenía el ceño fruncido y sus ojos grises estaban llenos de preocupación, pero no se movió ni se acobardó y me aguantó la mirada.

—¿Estás segura?

—No puedo hacerlo sola, Wilson. No te lo pediría, pero...no tengo a nadie más.

Me mordí el labio para evitar suplicar descaradamente. Relajó la cara y la inquietud de sus ojos se desvaneció.

—Entonces me quedaré.

Puso la mano sobre la mía y me la agarró con fuerza. Su mano era grande y estaba fría, tenía las yemas de los dedos callosas. Sentí un alivio tan grande que no pude contestar de inmediato por miedo a perder la compostura. Tomé su mano entre las mías con gratitud. Respiré profundamente unas cuantas veces y, entonces, cuando noté una ola de presión y dolor más intensa, le di las gracias en un susurro.

21. Profundo

Mi enfermera iba de un lado para otro. Wilson se sentó en el cabezal de la cama para intentar respetar mi modestia tanto como fuera posible. Mantuvo los ojos clavados en mi rostro cuando la enfermera me examinó y me dijo que había dilatado cinco centímetros, luego seis y, por último, seis y medio. Entonces el progreso se estancó.

—¿Por qué no te levantas y caminas un poco? A veces eso ayuda — sugirió la enfermera. Habíamos cronometrado las contracciones durante una hora, pero no había progresado.

No quería levantarme, quería dormir. No quería hacer nada de aquello.

—Vamos, Blue. Yo te ayudo. Apóyate sobre mí.

Wilson me ayudó a sentarme y, con la asistencia de la enfermera, me puse otra bata de hospital por la espalda, como si fuera un albornoz, y me la até delante para no enseñar el trasero a los demás mientras paseaba. Empezamos a caminar de un lado al otro de los pasillos. Yo iba en pantuflas y caminaba con dificultad, así que me costaba seguir los largos pasos de Wilson. Cuando el dolor era tan fuerte que no podía moverme y las piernas me temblaban al intentar ponerlas rectas, Wilson me rodeaba con los brazos de manera que mi frente le tocaba el pecho y me hablaba tranquilamente, como si el hecho de abrazarme fuera lo más natural del mundo. Y lo era. Me agarraba con las manos a la parte superior de sus brazos, temblando y gimiendo de dolor, y le susurraba una y otra vez que le estaba muy agradecida. Cuando el dolor se calmaba y conseguía recobrar el aliento, volvíamos a hacer el mismo recorrido y, cuando necesitaba desesperadamente algo que me distrajera de las oleadas implacables de

dolor, se lo pedía a Wilson.

—Cuéntame una historia, Wilson. Puede ser larga y aburrida, uno de esos tomos de literatura inglesa llenos de polvo.

—¡Vaya! Tomo. ¿Has aprendido una palabra nueva, Echohawk? — Wilson me estrechó entre sus brazos cuando, débil, me apoyé en él.

—Creo que me la enseñaste tú, señor Diccionario.

Intenté no lloriquear a pesar del dolor que me recorría el cuerpo.

—¿Qué te parece *El señor de las moscas*?

—¿Y por qué no me matas directamente? —respondí, y apreté los dientes con fuerza al sentir una nueva oleada de dolor.

Apreciaba las técnicas que usaba Wilson para distraerme, pero no tanto las historias que elegía. Wilson se rio y le retumbó el pecho bajo mi mejilla.

—Ya. Es demasiado realista y deprimente, ¿verdad? A ver... Otro clásico... ¿Qué te parece *Jude el oscuro*?

—¿Jode el oscuro? Parece una de porno interracial —bromeé agotada.

Wilson escupió al reír. A estas alturas, prácticamente cargaba con mi peso y parecía tan cansado como yo me sentía.

—¿Qué te parece si te cuento yo una? —dije cuando el dolor me dio una tregua. Salí del círculo que formaban sus brazos y añadí—: Siempre le suplicaba a Jimmy que me la contara.

—De acuerdo. Vamos a la habitación para ver si caminar ha servido de algo.

—Esta es la historia de Waupee...

—¿De Yupi?

—Qué gracioso, Wilson. De acuerdo. No usaré el nombre indio. Esta es la historia del gran cazador Halcón Blanco y la muchacha de las estrellas. Un día, Halcón Blanco estaba en el bosque cazando y encontró un círculo muy raro en un claro. Se escondió en el borde del claro y observó mientras se preguntaba qué había hecho esa marca tan rara.

—Por fin voy a descubrir el origen de los círculos en los cultivos — volvió a interrumpirme.

—¡Oye! Soy yo la que hace chistes. Cállate. Tengo que contarte la historia mientras pueda hablar. —Observé como hacía que se cerraba los labios con cremallera—. Después de un tiempo, Halcón Blanco vio un gran

cesto bajando del cielo. Doce chicas salieron del cesto y empezaron a bailar en el claro. Halcón Blanco las observó y se dio cuenta de que eran todas preciosas, pero la más hermosa era la más joven y él quedó prendado inmediatamente. Corrió para intentar alcanzarla, pero las chicas se volvieron a meter en el cesto, que se elevó en el cielo hasta que desapareció entre las estrellas. Esto pasó en tres ocasiones más. Halcón Blanco no podía comer ni dormir, solo podía pensar en la muchacha de las estrellas de la que se había enamorado.

»Finalmente, urdió un plan. Se transformó en ratón. —Alargué la mano y le tapé la boca a Wilson cuando empezó a hablar—. Tenía poderes, ¿vale?

Asintió, pero los ojos le brillaban de alegría. Habíamos conseguido regresar a la habitación y Wilson me ayudó a sentarme en el borde de la cama. Yo me quedé en esa posición y me aferré a él cuando sentí que el interior de mi cuerpo se contraía lentamente y con tanta fuerza que tuve que aguantarme las lágrimas. Intenté seguir hablando, mientras me agarraba al brazo de Wilson para que el dolor se calmara, pero la presión era casi insufrible.

—Él... esperó —resollé y, luego, dije entre jadeos—: hasta que las hermanas de las estrellas... hasta que bajaron otra vez del cielo. Él sabía... que no tendrían miedo... de un ratón pequeñito.

—Claro que no. A las mujeres les encantan los ratones —añadió Wilson de buena gana.

Reí, gemí e intenté continuar. Wilson me apartó el pelo de la cara con una caricia que bajó por la espalda y se convirtió en otras más cortas que iban de arriba abajo cuando presioné la cara contra él para escapar del dolor contra el que solo yo podía luchar. No volvió a interrumpirme mientras contaba la historia entre ataques y jadeos.

—Cuando las hermanas bajaron del cesto y empezaron a bailar... Halcón Blanco... se fue acercando... a la más joven, hasta que estuvo... justo a su lado. Entonces se transformó... en hombre otra vez y la tomó entre sus brazos.

El dolor remitía por momentos. Respiré hondo varias veces y le solté los brazos a Wilson; el pobre tendría moretones cuando todo aquello pasara.

—Las demás hermanas gritaron y se metieron en el cesto, que se elevó hacia el cielo, y abandonaron a su hermana pequeña. Ella lloraba, pero

Halcón Blanco le secó las lágrimas y le dijo que él la querría y la cuidaría. Le contó que la vida en la tierra era maravillosa y le dijo que juntos serían felices.

Dejé de hablar cuando la enfermera entro rápidamente en la habitación y apartó la cortina con un movimiento rápido de la mano.

—Vale, cariño. Vamos a comprobar qué tal vas.

Miré a Wilson y me tumbé en la cama. Él se sentó en un taburete a mi lado, se inclinó hacia mí e ignoró a la enfermera y la incomodidad de la situación tan íntima en la que lo había metido. Cuando me volvió a mirar a los ojos y me agarró de la mano, nuestras caras estaban solo a unos centímetros de distancia.

—Has avanzado, ya has dilatado más de siete centímetros. Voy a llamar al anestesista a ver si conseguimos que no te duela...

Las luces parpadearon y, de repente, los ruidos cesaron y nos quedamos a oscuras. La enfermera maldijo en voz baja.

Las luces volvieron con un zumbido y los tres suspiramos al unísono.

—No te preocupes, el hospital tiene generadores —dijo restándole importancia, pero sus ojos se dirigieron a la puerta, preguntándose qué más traería la noche—. Debe de ser una tormenta.

Corrió hacia la puerta y prometió volver pronto.

Pensé en Tiffa, que estaba en un aeropuerto en Reno, e inmediatamente me deshice de ese pensamiento. Vendría, conseguiría llegar. Habría alguien para coger al bebé en brazos, alguien tenía que hacerlo, porque yo no podría. La idea me heló las venas y sentí que el miedo se acumulaba en mi pecho. Tiffa y Jack tendrían que haber estado allí, preparados y con los brazos abiertos para tomar a mi bebé y llevárselo inmediatamente.

El dolor hizo que me deshiciera de aquel pensamiento; la angustia absoluta que sentía hizo que dejara de pensar en Tiffa o en mi hija. Pasaron veinte minutos, luego veinte más. La enfermera no regresaba y tampoco venía el anestesista. Entonces, llegué al punto culminante. Olas gigantes de dolor amenazaban con partirme por la mitad. Me retorcí en agonía y me agarré con fuerza a Wilson. Necesitaba un respiro.

—Dime qué puedo hacer, Blue. ¿Qué hago? —insistió Wilson en voz baja.

Yo me había quedado en silencio, había concentrado toda mi energía y

atención en un finísimo rayo de luz que había llegado entre las olas incesantes de dolor y calma. No me salían las palabras. Sacudí la cabeza y le agarré la mano con todas mis fuerzas. Él maldijo con violencia y se levantó rápidamente de mi lado, lo que provocó que el taburete cayera contra el suelo y provocara un estruendo. Me soltó la mano y yo lloré desesperada cuando vi que se dirigía hacia la puerta. Cruzó la habitación dando zancadas largas y abrió la puerta de un tirón. Entonces, oí que pedía ayuda a gritos y de una forma muy poco educada. Estaba tan orgullosa y extrañamente emocionada que casi me eché a reír, pero la risa se me atragantó y grité. Mi cuerpo se estremeció y la presión que sentía en las piernas se volvió abrumadora. Las ganas de empujar que sentía eran tan fuertes que lo hice sin pensar. Chillé de nuevo y la puerta se abrió de un portazo. Wilson, con el pelo rizado hecho un desastre, entró a la habitación acompañado de una enfermera horrorizada.

—¡Ya viene el médico! ¡Ya viene! —balbuceó la enfermera, cuyos ojos se abrieron como platos cuando se puso entre mis piernas alzadas—. ¡No empujes!

Wilson se colocó a mi lado y yo giré la cara para mirarlo otra vez, incapaz de detener la presión que intentaba que mi bebé saliera. Se volvió a oír un portazo cuando la enfermera se fue y pidió refuerzos gritando por el pasillo. En un instante, me vi rodeada de otra enfermera, un médico y alguien que traía una incubadora con ruedas.

—¿Blue?

La voz del médico parecía distante y me costaba enfocarle la cara. Sus ojos marrones y los míos se encontraron justo antes de que se me cerraran sin querer.

—Tienes que empujar, Blue. Tu bebé no tardará en llegar.

¿Mi bebé? El bebé de Tiffa. Negué con la cabeza. Tiffa no había llegado todavía. Volví a cerrar los ojos y empujé con fuerza a pesar del dolor. Luego otra vez. Y otra. Y otra. No sé durante cuánto tiempo estuve empujando y pidiéndole a Dios que acabara ya. Perdí la cuenta por culpa del dolor y el cansancio.

—Solo un poco más, Blue —me ordenó el médico.

Pero estaba demasiado cansada y no creía que pudiese hacerlo. Dolía demasiado. Quería escapar flotando.

—No puedo —dije con la voz rota. No podía. No empujaría.

—Eres la persona más valiente que conozco, Blue —me susurró Wilson contra el pelo. Me rodeó la cara con las manos—. ¿Te he dicho alguna vez que creo que eres preciosa? Ya casi estás. Yo te ayudaré, agárrate a mí. Todo saldrá bien.

—¿Wilson?

—Dime.

—Si veo al bebé... no sé si podré renunciar a él. Me da miedo cogerlo y no poder dejar que se lo lleven —dije con lágrimas en las mejillas. No tenía fuerzas para evitar llorar.

Wilson me rodeó con los brazos, mientras la agonía crecía y aullaba en mi interior.

—Vamos, Blue —insistió el médico—. ¡Ahora! Una vez más.

Y, no sé cómo, lo hice. Lo hice. Fue un último esfuerzo de desesperación, un último empujón y, luego, sentí alivio cuando el bebé salió. Wilson dejó caer los brazos y se levantó mientras la habitación estallaba de emoción. Era una niña. Había llegado. Sacudía los brazos y tenía el pelo negro y mojado pegado a la pequeñísima cabeza y los ojos muy abiertos. Gritaba desconsoladamente. Su llanto parecía un grito de guerra, como si hubiéramos librado una batalla y ganado. Y me estiré para tomarla entre mis brazos.

En ese momento fue mía. La enfermera me la puso sobre el pecho y fueron mis manos las que estuvieron allí para tomarla. El mundo a mi alrededor se desvaneció. El tiempo se detuvo y solo existía ella. Cuando miré a mi hija, me sentí ebria de poder y muy débil a la vez. Ella parpadeó, tenía los ojos nublados e hinchados y emitió unos sonidos tristes que me rompieron el corazón. El terror se apoderó de mí y me cegó y, por un momento, consideré huir de la habitación, correr por los pasillos hacia la tormenta con mi hija en brazos para escapar de la promesa que había hecho. La amaba loca e incondicionalmente. La amaba. Giré la cabeza, confusa, asustada y busqué a Wilson. Él estaba a unos centímetros, tenía las manos en los bolsillos, el rostro demacrado y el pelo le caía por la frente. Nos miramos a los ojos y vi que estaba llorando. Y entonces, la enfermera se llevó a la niña y el momento terminó. El tiempo, completamente ajeno a mi desolación, volvió transcurrir a la velocidad normal. Anonadada, me recosté sobre los cojines y dejé que el mundo siguiera su ritmo sin mí.

Al cabo de pocos minutos, la habitación se quedó vacía y yo, sola. Se llevaron todas las pruebas del parto: Wilson había salido al pasillo para llamar a Tiffa, las enfermeras se habían llevado a la bebé a algún lugar para medirla y bañarla y el médico había acabado su trabajo, se había quitado los guantes y me había felicitado por haberlo hecho tan bien. Y ahora, estaba agotada y olvidada como un periódico del día anterior. Ya había acabado todo.

Me llevaron a sala de recuperación, me ayudaron a meterme en la ducha y, luego, a meterme en la cama de nuevo. Nadie me preguntó si quería ver a mi hija. Wilson había estado un rato conmigo, pero, cuando se dio cuenta de que estaba en buenas manos, se fue a casa a ducharse y a ponerse ropa limpia. Por fin había dejado de llover. Retiraron el aviso por peligro de riada, pero la planta baja se había inundado y la habían tenido que evacuar, lo que había causado el caos en el resto del hospital. Las enfermeras se disculparon conmigo por haberme tenido tan abandonada durante el parto. Iban cortos de personal porque había problemas para llegar al hospital y la inundación los había perjudicado aún más.

Jack y Tiffa no habían podido volver a casa, porque la tormenta que había provocado la inundación en Las Vegas había causado una ventisca en Reno: había problemas de punta a punta del estado. Habían cerrado el aeropuerto de Reno y los vuelos no saldrían hasta la mañana siguiente. Conseguí comer y me estaba quedando dormida cuando Wilson volvió. Tenía las luces apagadas, pero no estaba completamente a oscuras. La habitación tenía unas «encantadoras vistas» del garaje y la luz de las farolas en el exterior resplandecía en mi oscura habitación. Wilson intentó sentarse sin molestar en una silla en la esquina de la habitación, pero la silla hizo ruido y él maldijo en voz alta.

—No hacía falta que volvieras.

Cuando oí mi voz, áspera y ronca, casi no la reconocí. Parecía que me hubiera pasado horas gritando.

Wilson se sentó en la mecedora ruidosa, apoyó los codos en las rodillas y la barbilla en las manos. Lo había visto hacer esto antes y sentí una ráfaga de

ternura tan repentina que suspiré.

—¿Te duele? —preguntó en voz baja, malinterpretando el sonido.

—No —susurré. Era mentira, pero en ese momento la verdad era muy complicada.

—¿Te he despertado?

—No —repetí.

El silencio magnificaba los sonidos de la habitación y los pasillos. Se oían ruedas que chirriaban, zapatos que chapoteaban en el suelo de linóleo... Oímos a una enfermera que entraba en la habitación al otro lado del pasillo y decía: «¿Qué tal todo?». Me di cuenta de que intentaba escuchar los sonidos que no debería escuchar. Me esforzaba por oír el llanto de los bebés. Mi mente fue por el pasillo hasta la zona de las cunas, donde había una niña a la que nadie había reclamado.

—¿La has cogido? —pregunté de repente.

Wilson se irguió en la silla e intentó descifrar mi rostro en la oscura habitación.

—No —respondió él.

Nos volvimos a quedar en silencio.

—Está sola, Wilson.

No se excusó diciendo que Tiffa estaba de camino o que alguien estaría cuidando del bebé, que seguramente dormía. Se levantó y se acercó a la cama. Yo estaba acurrucada de lado, de cara a él, y Wilson se agachó de forma que nuestros ojos quedaron a la misma altura. Nos miramos en silencio. Entonces, alargó la mano y me la puso con cuidado en la mejilla. Fue un gesto muy simple, pero hizo que me derrumbara. Cerré los ojos y rompí a llorar. Me aislé de sus ojos grises, de su comprensión y de la compasión. Al final, sentí que se tumbaba detrás de mí en aquella cama estrecha y me rodeaba con los brazos para acercarse a mí. De vez en cuando, me acariciaba el pelo con ternura, pero no dijo nada y dejó que mi dolor empapara la almohada que había debajo de mi cabeza.

Una enfermera entró en la habitación, pero se dio la vuelta y se fue. Wilson no se movió y no hizo ningún intento de volver a la mecedora.

—No me has dicho como acababa la historia —murmuró mucho más tarde.

—¿Cómo?

—¿La del cazador y la muchacha de las estrellas? ¿Fueron felices?

—Oh —recordé adormecida—. No... No exactamente. Ella se quedó con él y tuvieron un hijo. Eran felices, pero la chica empezó a echar de menos las estrellas. —Hice una pausa para luchar contra la apatía que se apoderaba de mí. Luego, continué. Mi voz se desvanecía cada vez que hablaba—. Quería ver a su familia, así que construyó un cesto muy grande y recolectó regalos para su familia, cosas de la tierra que no podía conseguir en el cielo. Colocó el cesto en el círculo mágico, metió los regalos y a su hijo en el interior y se subió al cesto. Entonces, empezó a cantar una canción que hizo que el cesto se elevara hacia el cielo. Halcón Blanco oyó la canción y corrió hacia el claro, pero llegó demasiado tarde. Su mujer y su hijo se habían ido.

Me quedé dormida a medida que el cansancio se apoderaba de mis pensamientos y hacía que me costara hablar. No estaba segura de si lo soñé o si Wilson habló de verdad.

—Qué mierda de historia —me susurró Wilson al oído.

Sonreí, pero ya estaba demasiado ida para responder.

22. Gris

Tiffa y Jack llegaron al hospital sobre las cinco del día siguiente. Wilson se había ido a la silla en algún momento mientras yo dormía y había recibido una llamada para informarnos de que habían llegado. Salió a buscarlos cuando la enfermera vino a ver si estaba mejor y a tomarme la presión. Yo tenía muchas ganas de irme del hospital y ya estaba vestida a la espera de que me dieran el alta cuando oí que llamaban a la puerta. Tiffa asomó la cabeza por la pesada puerta de la habitación y me preguntó:

—¿Podemos entrar, Blue?

Yo respondí que sí, y ella y Jack entraron de la mano. Tiffa llevaba el pelo rizado recogido, pero, incluso así, tenía un aspecto elegante y parecía tranquila. Jack parecía agotado. Habían pasado la noche y la mañana en el aeropuerto, a la espera de que los vuelos se reanudaran, pero ambos sonreían de oreja a oreja y Tiffa prácticamente temblaba. Sin avisar, me abrazó y se echó a llorar. Jack puso sus brazos por encima de su mujer y empezó a sorber por la nariz. Noté que las emociones se acumulaban en mi pecho y me subían por la garganta hasta que se me hizo imposible tragar. Intenté moverme lo mínimo posible, como si el movimiento fuera a hacer que perdiera el control. Recité por dentro el alfabeto al revés «Z, Y, X, W, V, U, T...» y evité mirar a Tiffa y a Jack. Wilson estaba en la puerta. Nuestros ojos se encontraron e, inmediatamente, aparté la mirada. «... J, I, H, G, F, E...», recité en silencio. Pero mis intentos por distraerme no evitaron que escuchara el sentido «Gracias» de Tiffa.

—Es preciosa, Blue. Es una preciosidad. Te veo en ella... y eso me hace muy feliz —dijo ella entre sollozos—. Gracias, Blue.

Me tuve que apartar. Por mi propia supervivencia, me aparté. Ellos me soltaron, pero Tiffa me tomó de la mano. Parecía no importarle el hecho de tener aún lágrimas en las mejillas. Quedé maravillada ante su habilidad para llorar sin sentir bochorno ni vergüenza.

—La llamaremos Melody. Así se llamaba la madre de Jack y a mí el nombre siempre me ha encantado.

Tiffa miró a Jack, que asintió y la incitó a continuar.

—Pero nos gustaría que su segundo nombre fuera Blue, si te parece bien.

Melody Blue. Era un nombre precioso. Asentí ligeramente, no creía ser capaz de hablar. Volví a asentir, esa vez más convencida, y sonreí tanto como pude. Tiffa me abrazó con fuerza de nuevo y me hizo una promesa al oído.

—Me has dado algo que nunca te habría podido pedir y te prometo que seré tan buena madre como pueda. No seré perfecta. Pero la querré con todo mi ser, y eso sí que lo haré a la perfección. Cuando sea mayor, le hablaré de ti. Le contaré lo fuerte que fuiste y cuánto la querías.

Se me escapó un lamento y me estremecí sin poder evitarlo. Ya no podía reprimir la tristeza que me inundaba la boca, me caía por los ojos y me impedía hablar. Jack nos volvió a rodear con los brazos y pasamos así un largo rato. Nos apoyamos los unos en los otros mientras la gratitud y la pena se cruzaban y unían y se forjaban vínculos en el silencio. Oré por primera vez. Le recé al Gran Espíritu en el que Jimmy había creído, al Dios que había creado vida y había dejado que creciera en mi interior. Recé por la niña que nunca me llamaría mamá y por la mujer a la que llamaría así. Y recé porque se llevara mi dolor o, si no podía, que se llevara mi amor. Porque el dolor y el amor se entrelazaban de tal manera que me parecía que no podría sentir uno sin el otro. Quizás, si no amaba, no me dolería tanto. Sentí que los brazos de Wilson me rodeaban y aguantaban mi peso cuando Tiffa y Jack finalmente me soltaron y se apartaron.

Cuando me dieron el alta en el hospital, Wilson me llevó a casa, me ayudó a meterme en la cama y volvió a pasar la noche conmigo. No se quejó ni una vez ni dijo palabras vacías ni tópicos. Simplemente estuvo ahí cuando más lo necesité. Y me apoyé en él, seguramente más de lo que debería. No me permití pensar en ello ni cuestionarlo, dejé que me cuidara y me prohibí la introspección.

En los días siguientes, Wilson me dio cada vez más espacio y caímos en una rutina parecida a la de los días y semanas anteriores al nacimiento de Melody. Yo volví a trabajar en la cafetería casi inmediatamente y empecé a tallar otra vez. En otros aspectos, fue mucho más difícil seguir adelante. Justo después del nacimiento de Melody, me vendé los pechos como las enfermeras me habían dicho, pero me dolían y me levantaba con el camisón pegado al cuerpo, empapado de leche. Me dolían cuando me duchaba y sentía que mi cuerpo no era mío. No soportaba mirarme al espejo y verme los pechos hinchados, porque se suponía que tenían que alimentar a un bebé. Tenía el vientre cada vez más plano y los brazos, que ansiaban sostener a una niña que ya no era mía, vacíos. De vez en cuando, bajaba las manos para acariciarme la barriga y, entonces, recordaba que la hinchazón que aún seguía ahí no era un bebé, sino un útero vacío. Era joven y activa, así que recuperé mi cuerpo rápidamente. Al poco tiempo, la única prueba de que Melody había sido parte de mí eran las sutiles estrías que me marcaban la piel. Me parecían muy bonitas. Preciosas.

Por eso, no quise lijar las imperfecciones de una pieza de junípero que había estado esculpiendo. Las cicatrices de la madera eran como las marcas que yo tenía, así que las recorría con los dedos constantemente, como si deshacerse de ellas significara querer olvidar. Acabé haciéndolas más grandes, para que las arrugas y surcos se convirtieran en las fauces de un cañón o en huecos sombríos, y convertí las ramas, que se alargaban con gracia, en piezas torturadas y retorcidas, como los puños tensos de unas manos vacías.

Wilson vino a verme al sótano una noche que yo estaba trabajando en la escultura. Se sentó en un cubo que estaba al revés y me observó sin decir nada.

—¿Cómo vas a llamar esta pieza? —preguntó después de un largo silencio.

Me encogí de hombros. Aún no había llegado tan lejos. Levanté la vista y lo miré.

—¿Cómo crees que debería llamarla?

Me volvió a mirar y, cuando vi la tristeza en sus ojos grises, aparté los ojos de él y me encogí por la compasión que vi en ellos.

—*Pérdida* —susurró.

Fingí que no lo había escuchado. Él se quedó una hora más viendo como trabajaba. No le oí marcharse.

La vida volvió a la normalidad, si es que alguna vez había sido normal, de forma lenta y dolorosa. Trabajaba, comía y tallaba. Tiffa llamaba a menudo para asegurarse de que estaba bien y me contaba cosas del bebé solo si yo se lo pedía. Era cauta y precisa y sus descripciones siempre tenían un tono compasivo. Cada vez podía escuchar más, aunque la primera vez que escuché el llanto de Melody por el teléfono tuve que colgar inmediatamente y me pasé el resto de la noche en la habitación, convencida de que tenía la oreja rota y que ni el tiempo ni las lágrimas me ayudarían a superar el dolor.

Pero el tiempo y las lágrimas demostraron ser mejores bálsamos de lo que pensaba. Me había pasado toda la vida dando la espalda al dolor, rechazándolo como si fuera algo que debía evitar a toda costa. Jimmy siempre había sido muy reservado y yo había adoptado su estoicismo. Puede que fueran las hormonas o simplemente una respuesta biológica, puede que fuera el hecho de que le hubiera suplicado a un dios, del que no sabía nada, que se llevara el dolor, pero en los días siguientes al nacimiento de Melody, descubrí que tenía la habilidad de llorar. Y llorar me daba más fuerza. Fuerza para curarme, para librarme del dolor y dejar que se fuera, para sobrellevar el amor y asumir la pérdida. Y, a medida que las semanas se convirtieron en meses, empecé a llorar menos y a sonreír más. Y la paz se convirtió en una compañera cada vez más recurrente.

Cuando la paz y la aceptación se hicieron mis amigas, Wilson empezó a distanciarse de mí. Al principio estaba casi agradecida, porque yo era muy mala compañía. Pero cuando empecé a curarme, empecé a echar de menos a mi amigo, que ya casi nunca estaba disponible para mí. Me preguntaba si sentía que su trabajo conmigo había acabado. Quizás su misión terminó cuando entregué a Melody.

Unos días antes de Navidad, cogí un par de días de fiesta en el trabajo y me fui de expedición para conseguir madera. Viajé hasta Arizona, luego hasta el sur de Utah y volví a Las Vegas con el maletero lleno de junípero, caoba de montaña y más mezquite del que podría tallar en mucho tiempo.

Las lluvias intensas y las inundaciones de los meses anteriores habían bajado la madera de terrenos más elevados y habían llenado los valles y riachuelos de troncos, cosa que me facilitó encontrar lo que buscaba. Por desgracia, tuve que dejar algunos de los trozos de madera más pesados allí, porque, aunque había perfeccionado mi técnica con la palanca, la polea y la rampa, algunos de los troncos requerían más esfuerzo del que podía hacer una mujer con sus herramientas. Cuando organicé el viaje, tenía la esperanza de poder convencer a Wilson de que viniera conmigo. Tendría tiempo libre, ya que se acercaba la Navidad, pero quedó tan claro que trataba de alejarse de mí que ni siquiera lo intenté.

Cuando llegué el lunes por la noche, sucia y cansada, con astillas, moretones, la ropa sucia y una herida en un dedo del pie, cortesía de un tronco que se me había escapado, no me apetecía hablar con Pamela y Wilson. Por desgracia, aparcaron delante de casa mientras yo intentaba descargar la camioneta en la entrada del sótano. Pamela vestía una minifalda blanca, deportivas y una camiseta de deporte. Llevaba el pelo recogido en una coleta alegre y se estremeció cuando Wilson se subió al maletero de la camioneta y empezó a ayudarme a descargar. Se pasó unos minutos saltando de un pie al otro, como si estuviera bailando sin moverse del sitio.

—Darcy, me estoy helando, ¿por qué no entramos? —se quejó y le sonrió a Wilson cuando este se volvió a mirarla.

—Ve tú, Pam. Hace mucho frío aquí fuera. Yo ayudaré a Blue a meter esto en el sótano.

Pamela frunció un poco el ceño y me miró con recelo. Al parecer, no quería dejar a Wilson a solas conmigo. Las mujeres tienen un sentido para estas cosas y había algo entre Wilson y yo. Ella lo sabía. Yo me encogí de hombros; no era mi problema.

—De verdad, Pammy. Entra en el piso, solo será un minuto. No tiene sentido que esperes aquí con este frío —insistió él.

En realidad, no hacía tanto frío, aunque el mes de diciembre en el desierto puede ser muy fresco, pero supongo que si hubiera llevado el atuendo de ir a jugar al tenis en lugar de unos vaqueros, guantes de trabajo y una camiseta de franela, probablemente yo también hubiera tenido frío. No sabía por qué se preocupaba Pamela. Mi pelo parecía un nido de pájaros, de hecho, estaba convencida de que llevaba alguna rama enganchada, seguro.

Tenía la nariz roja y un arañazo en la mejilla, seguro que nadie se volvería para mirarme, ni siquiera Wilson. Creo que Pamela llegó a la misma conclusión que yo, porque me miró un momento y, luego, se fue y dijo que vería la tele mientras esperaba.

—¿Pammy? —me burlé mientras hacía rodar un trozo de un árbol que medía un poco menos de un metro y medio por la rampa improvisada.

—Cuando éramos pequeños, todo el mundo la llamaba Pammy. A veces se me escapa.

Reí, no tenía nada que decir, pero sentía desprecio de todas formas.

—¿Por qué te fuiste sin decirle a nadie adónde ibas, Blue? —preguntó Wilson con la cabeza girada hacia atrás mientras descendía por la rampa con los brazos llenos de junípero.

Bajó las escaleras hasta el sótano y yo pensé que eso significaba que no quería una respuesta o que pensaba que no iba a responder. Sin embargo, unos segundos más tarde volvió y siguió hablando como si no se hubiera ido.

—Hasta ayer por la mañana ni siquiera sabía que te habías ido. Luego empecé a preocuparme.

—No me fui sin avisar a nadie. No te lo dije a ti —respondí en pocas palabras—. Este es el último trozo, pero pesa muchísimo. Ponte al otro lado, ¿vale? —dije dándole órdenes para cambiar de tema. No quería justificar mi ausencia. Había sido él quien me había ignorado, no yo.

Wilson cogió por los extremos dos ramas que se habían enredado y yo no podía levantar. Dos ramas de dos árboles diferentes habían crecido la una al lado de la otra y se habían superpuesto y enrollado una alrededor de la otra de tal forma que las ramas más pequeñas se habían entrelazado. La rama de uno de los árboles se había roto por la base y, si no hubiera estado enrollada en la del otro árbol, se habría caído. Tuve que subir a los dos árboles para cortar ambas ramas, serrar completamente la que no estaba rota y luego seccionar los trozos de madera que quedaban conectados al tronco de la otra. Eso me había costado un agujero en los vaqueros y una gran cicatriz en la mejilla derecha, pero, al final, había merecido la pena.

La imaginación de las ramas fusionadas era absorbente y sugería algo innato en el corazón de todos los seres humanos: la necesidad de contacto, de conexión, y yo sabía perfectamente qué aspecto tendría cuando estuviera terminada. Cuando la vi por primera vez, extrañé algo que me había negado

desde que me había marchado del piso de Mason, hacía un año. Pero lo que ansiaba no era el alivio físico. No solo eso. Era la proximidad, la conexión. La idea de volver a aquella época, en la que había saciado una necesidad física en detrimento de una emocional, no me gustaba, así que me quedé con un anhelo que no sabía cómo calmar.

Wilson y yo bajamos las escaleras tambaleándonos, mirándonos a través de las ramas, entre la corteza. Yo marqué el camino y dejé la punta que sujetaba poco a poco en el suelo, al lado de la mesa de trabajo; él hizo lo mismo, se levantó y se limpió las manos en los pantalones de deporte cortos. Tenía savia en la camiseta azul claro y marcas de mugre donde se había limpiado las manos con los pantalones. Me pregunté si Pammy le diría que se cambiara. Inexplicablemente, la idea hizo que me pusiera muy triste, así que cogí un cincel y un mazo. Quería empezar a quitar la corteza, las ramas y las hojas de inmediato. A lo mejor podría hacer que el dolor desapareciera trabajando, centrar la necesidad y el deseo que se apoderaban de mí en algo productivo, algo bello que, cuando lo acabara, no me dejara vacía.

—¿Puedo dejar la camioneta donde está? —le pregunté a Wilson mientras atacaba la corteza con los ojos fijos en las ramas.

—¿Están las llaves puestas?

Me toqué los bolsillos y gruñí.

—Sí, me las he dejado puestas. Da igual, ahora la muevo y la cierro.

—Yo me encargo. Ya he visto esa mirada antes, te ha venido la inspiración —comentó él con sorna. Se dio media vuelta y se fue sin decir nada más.

Pasé horas trabajando frenéticamente, desnudando la madera y cortando las ramas, lijando y tallando hasta que las ramas que se abrazaban quedaron desnudas sobre el suelo de cemento. Tenía las manos en carne viva y la espalda me dolía cuando me tomaba un descanso. En algún momento en el transcurso de la noche me había quitado la camisa de franela, acalorada por el trabajo y por la pequeña estufa que Wilson insistía en que usara, encendida a toda potencia en un rincón. Me recogí el pelo en una trenza mal hecha para apartármelo de la cara y para mantenerlo fuera del alcance de la lijadora. Me había crecido tanto que la trenza me caía por encima del hombro izquierdo como si fuera una vida. Estaba pensando en soltármelo justo cuando oí el ruido de una llave en el pomo y la puerta se abrió. Una corriente de aire frío

entró en el sótano. Wilson cerró la puerta al entrar. Tiritaba por la ráfaga invernal. Llevaba una camiseta y vaqueros caídos, aquellos en los que había intentado no fijarme la primera vez que los vi. Tenía mis llaves en la mano. Una expresión de irritación le creó una arruga entre los ojos grises.

—Son las doce, Blue. Llevas trabajando sin parar cinco horas.

—¿Y?

—¡Pues que son las doce!

—Vale, abuela.

Frunció el ceño aún más. Se acercó a mí y examinó mi aspecto.

—Has pasado tres días fuera y supongo que apenas has dormido, pero aquí estás, trabajando como si tuvieras una fecha de entrega o algo. Tienes los pantalones rotos, antes cojeabas y tienes un arañazo en la mejilla — continuó él.

Me pasó un dedo por el pómulo hinchado. Intenté apartarle la mano, pero él me agarró la mía, la giró y me pasó los dedos por la palma, me estiró los dedos y palpó los callos y las rozaduras que me había hecho esos últimos días. Unos escalofríos me recorrieron los brazos y me hicieron cosquillas en el cuello. Me estremecí y tiré de la mano para soltarme. Me agaché junto a la talla en la que estaba trabajando y empecé a lijar de nuevo.

—Entonces, ¿por qué no me avisaste?

—¿Eh? —No dejé de trabajar.

—Antes has dicho que no es que te fueras sin avisar a nadie. Que simplemente no me avisaste a mí. ¿Por qué?

—Llevas tiempo evitándome, Wilson, y pensé que te daría igual que me ausentara —dije con total franqueza, mirándolo con valentía a los ojos.

Wilson asintió, se mordió el labio inferior, como si evaluara la acusación que acababa de hacer. Sin embargo, no negó que se había alejado de mí a propósito.

—Pensé que a lo mejor necesitábamos alejarnos un poco. Melody nació solo hace dos meses. Nuestra... relación se ha forjado a base de experiencias muy intensas. —Wilson formulaba las frases con mucho cuidado, haciendo pausas mientras pensaba.

No me gustaba que fuera tan prudente al hablar, parecía condescendiente. Pero siguió hablando con el mismo tono, con palabras precisas que salían de

su boca poco a poco.

—Pensé que a lo mejor necesitabas tiempo y espacio. Sin dramatismo, sin... mí... o sin nadie más. Que necesitabas espacio.

Wilson me miró atentamente, con seriedad y firmeza.

Solté las herramientas y me puse en pie. Me alejé de él, ya que Wilson estaba convencido de que necesitaba espacio. Me estremecí. Ahora que había reducido el ritmo, estaba helada. El frío del suelo de cemento me subió por las plantas de los pies y los pantalones rotos y la fina camiseta ya no eran suficientes para resguardarme de las temperaturas. Le di la espalda a Wilson y alargué las manos hacia la estufa para calentarme los dedos y los brazos agarrotados.

—¿Te acuerdas de la historia que me contó Jimmy? La de Tabuts, el lobo sabio, y su hermano, el coyote Shinangwav —le eché una mirada inquisitiva con la cabeza girada hacia atrás.

—¿El de la gente tallada en palos? ¿La que me contaste en el instituto sobre la injusta estructura socioeconómica del mundo?

Esbozó una sonrisa cargada de ironía y se acercó a mí con la camisa de franela que había recogido del suelo. Me la puso por encima de los hombros, me rodeó con los brazos y descansó la barbilla sobre mi cabeza. El calor que emitía su cuerpo era tan agradable que cerré los ojos y lo absorbí, lo absorbí a él y a la paz con la que me abrazaba, como si yo fuera su hermana o su prima favorita. Yo no veía a Wilson como a un hermano y, a pesar de que me gustaba mucho cuando me abrazaba, el placer iba acompañado de dolor.

—Cuando era niña, no entendía esa historia. ¿Por qué querría la gente estar sola? —El tono nostálgico de mi voz era muy revelador y Wilson me abrazó con más fuerza.

Mantuve los ojos cerrados y sentí un ataque repentino de fatiga, que me subió por los músculos y las extremidades junto con el calor que me envolvía.

—Pensaba que Shinangwav era el hermano listo. Él sabía que la gente quería estar en grupos. Yo siempre le pedía a Jimmy una madre, una hermana o un grupo de amigos. Un lobo sabio debería saber que la gente preferiría estar con más gente.

Wilson me dio la vuelta entre sus brazos y me alisó el pelo que me caía sobre las mejillas. Yo quería mantener los ojos cerrados, por miedo a que

abrirlos cuando estábamos tan cerca me delatara, pero, por la proximidad, si los mantenía cerrados parecería que estaba esperando a que me besara. Finalmente los abrí y lo miré sin ganas.

—A veces me da la sensación de que yo soy una de los que se quedaron en el saco mientras el resto de la gente caía en grupos —susurré.

Los ojos de Wilson se veían tan grises en la tenue luz de aquel rincón que parecían unas piedras de pizarra bajo el agua. Me escudriñaba con cara de concentración y empatía, como si cada palabra que le decía fuera de vital importancia. Era esa expresión, esa intensidad, la que acabó con mis fuerzas y me venció, una lección de historia tras otra, día tras día. Y él ni siquiera sabía que le pertenecía.

—Yo creo que es una reacción comprensible después de llevar a una niña en la barriga durante nueve meses y tener que separarte de ella después.

La voz de Wilson era amable y me besó la frente castamente. Me disgustó. Yo no quería su simpatía, ni mucho menos espacio. Lo quería a él. No quería que me besara la frente, quería besarle en la boca. Quería besarle en la boca y agarrarlo del pelo mientras nuestros cuerpos se entrelazaban. Quería confesarle lo que sentía y mostrarle mi devoción. Y, si no me iba en ese mismo instante, seguramente haría algo que lo alejaría de mí para siempre. Me aparté rápidamente. Sentía miedo de mí misma y miedo por mí. Wilson me soltó inmediatamente.

—Algunas personas están destinadas a quedarse solas. Jimmy parecía ser una de esas personas y puede que yo lo sea también, me guste o no.

Wilson no respondió cuando me di la vuelta y me dirigí a la mesa de trabajo. Agarré las llaves y subí las escaleras que daban a mi piso. Ninguno de los dos se despidió y la distancia entre nosotros quedó restablecida, como si nunca hubiera estado entre sus brazos.

23. Alice

Rechacé la invitación de Acción de Gracias, Navidad y las demás celebraciones, pero cedí cuando Tiffa me llamó y me suplicó que fuera a su fiesta de Nochevieja y me dijo que su madre se llevaría a los niños de Alice y a Melody a otra parte. Traté de convencerme de que no tenía nada que ver con el hecho de que había convencido a Wilson para que me llevara de acompañante porque Pamela estaba pasando Nochevieja en Inglaterra.

Imaginaba una fiesta elegante, con una orquesta tocando en directo y vestidos de cócteles y zapatos de tacón, pero Tiffa me sorprendió cuando me dijo: «Ponte algo cómodo y con mucho color. Haremos un concurso para ver quién lleva las prendas más coloridas. A los Wilson nos gusta que las fiestas de Nochevieja sean estridentes. No te pongas nada con lo que se te vayan a ver las bragas si te agachas, por si acaso jugamos al juego de la bolsa. Alice se queja todos los años, pero no sería una fiesta de Nochevieja si no jugáramos».

Pensé que ya iba muy colorida con unos vaqueros pitillo de color rosa eléctrico y una blusa azul. Hasta me puse unos pendientes de plumas de color lila y más plumas en el pelo, sombra de ojos con purpurina y los labios rojos. Pero Tiffa me ganó fácilmente con unas mallas teñidas multicolor, una camiseta con rayas de colores brillantes, unos zapatos de plataforma altísimos de color naranja y una peluca de payaso con los colores del arcoíris. Hasta Wilson se animó y se puso una camisa que no era ni azul ni gris ni negra. Era de manga larga, tenía escote en forma de pico y era de color verde pálido. No era muy llamativa, pero al menos lo había intentado. Llevaba vaqueros y botas negras. No parecía en absoluto un profesor.

No era una fiesta muy grande, a lo mejor había unas treinta personas, pero todas parecían conocerse. Había diez o doce parejas más, aparte de Tiffa y Jack, Alice y Peter y Wilson y yo. La mayoría de los invitados eran compañeros de trabajo británicos de Tiffa. Sonaban tan educados cuando hablaban que esperaba que se bebieran las copas de champán con los meñiques levantados. Sin embargo, eran escandalosos y simpáticos, sobre todo después de unas cuantas bebidas.

Empezamos la noche jugando a lo que Tiffa llamaba «ja, ja, ja». Todos los presentes habían recibido una pulsera, hecha de pegatinas de diferentes colores. La idea era hacer reír a la gente con un «ja, ja, ja» de mentira. Si conseguías que la persona riera, esa persona tenía que darte un beso y una pegatina. Si una chica hacía reír a otra chica, ella podía darle un beso rápido o elegir a un chico para que se besaran y, si un chico hacía reír a otro chico, este podía besarlo o buscar a una chica. El ganador del juego se decidiría al final de la noche según el número de pegatinas acumuladas y las que te quedaran en la pulsera. Me sentí aliviada cuando vi que la mayoría de besos eran picos inofensivos en los labios y mejillas acompañados de un «Feliz Año Nuevo». Nadie parecía sacar provecho y morrear a una pareja reticente. La mayoría de los presentes estaba decidida a conseguir las pegatinas. El juego se alargó durante toda la noche, mientras jugábamos a otros juegos, y yo me convertí en el objetivo principal, porque los intentos de hacerme reír no eran muy buenos, aún tenía todas las pegatinas y no había besado a nadie. Tiffa y Wilson se intentaban hacer reír el uno al otro todo el rato y, de vez en cuando, conseguían que el otro riera a carcajadas, que premiaban inmediatamente con un casto beso en la frente y una pegatina. Al cabo de poco tiempo, Tiffa parecía que tuviera la varicela de tantas pegatinas que llevaba en la cara. Los intentos de Alice eran tan chirriantes que la gente reía y se encogía de dolor, lo que hizo que ella también consiguiera varios besos y pegatinas.

No sé qué esperaba de una fiesta de Nochevieja con un grupo de británicos, pero no el «ja, ja, ja», y mucho menos el juego de la bolsa. Este consistía en ponerse a la pata coja, como una grulla, inclinarse y, sin tocar el suelo ni la bolsa con las manos, cogerla del suelo solo con la boca. A medida que se iba pasando de ronda, la bolsa se iba cortando hasta que solo quedaba un trozo diminuto en el suelo. Alice se hizo sangre en la nariz cuando

atterrizó de cara en el suelo. Tiffa se inclinaba grácilmente para recoger la bolsa, como si fuera un baile que había aprendido hacía muchos años. Jack perdió en la primera ronda. A Peter, el marido de Alice, se le escapaban pedos cada vez que intentaba agacharse a por la bolsa y casi eran más gracioso ver lo avergonzado que estaba cuando se disculpaba que las ventosidades en sí. Wilson fue a por la bolsa con concentración y decisión (según sus hermanas, así jugaba a todos los juegos), pero no era lo bastante bueno y perdió en la segunda o tercera ronda.

Al parecer, el juego de la bolsa era una tradición de la familia Wilson y no de los ingleses. El difunto doctor Wilson había sido el que se lo había explicado a sus hijos, quienes jugaban a ese juego desde antes de tener memoria. Solo hacía dos meses que había dado a luz y podría haberme disculpado y haber dicho que no podía jugar a un juego tan físico, pero como no quería que los demás invitados empezaran a sentir curiosidad o a hablar, jugué y me di cuenta de que el hecho de que no me gustara el alcohol me daba ventaja sobre los demás, ya que mantenía el sentido del equilibrio intacto mientras el resto de invitados se tambaleaban. Solo Tiffa y yo llegamos a la última ronda. La hermana de Wilson empezó a fanfarronear (parecía una de las Spice Girls), se agachó, agarró la bolsa y ganó.

—¡Ja, ja, ja! —me dijo con la nariz pegada a la mía y con los ojos bizcos cuando yo admití la derrota.

Esta Tiffa me parecía tan diferente a la Tiffa experta en arte que no pude evitar reír y le di un empujón.

—¡Te has reído! ¡Te has reído de mi «ja, ja, ja»! —chilló y empezó a brincar con los brazos en el aire. —Dame una pegatina, Blue Echohawk, has sucumbido a mi ingenio. Ahora tengo que encontrar a alguien que te bese, que te bese de verdad. ¡Wilson! ¡Trae tus morritos aquí, cielo!

Nadie se fijó en el rostro helado de Wilson. Al fin y al cabo, habíamos ido juntos como pareja, por así decirlo. Los invitados de Tiffa parecían más entretenidos con el regodeo de la anfitriona que con el hecho de que Wilson, que se acababa de levantar, se acercara a mí para darme un beso.

Alice, sin embargo, miraba con alegría cuando Wilson se inclinó y posó los labios sobre los míos en un beso que fue casi todo aire y que acabó antes de que tuviera la oportunidad de prepararme para recibirlo.

—¡Venga, hombre! Ha sido lamentable, Darcy. ¿Cuántos años tenemos,

cinco? —gruñó Alice en voz alta—. Esta fiesta es horrible, no he visto un beso de verdad en toda la noche, solo picos rancios, pegatinas y el maldito juego de la bolsa. ¡Madre mía! —gritó Alice.

Se levantó de la silla y señaló a un chico atractivo al que todas las chicas de la fiesta se habían acercado cuando empezó el juego.

—¡Justin! Tú no estás casado y estás buenísimo. Dale a Blue un beso de verdad, por favor.

Sospechaba que Alice iba un poco bebida. El chico que se llamaba Justin me miró interesado.

—A ver, Peter y yo os podríamos enseñar cómo se besa, ¿verdad, Peter? —dijo, y le dio un codazo a su marido, que se había quedado dormido mientras jugábamos al juego de la bolsa. Él respondió con un breve ronquido y Alice lo empujó, enfadadísima—. ¡Qué romántico, resoplando y roncando! Ayúdame, Justin.

—Sí, Justin, ayúdanos —añadió Tiffa enfáticamente mientras empujaba al chico.

Todos se echaron a reír. Todos menos Wilson. Él se quedó rígido a mi lado y siguió con los ojos a Justin, que había decidido concederle a Alice el deseo y se acercaba a mí.

Wilson se volvió hacia mí de repente, tomó mi cara entre sus manos y enterró las puntas de los dedos en mi pelo. Nos miramos a los ojos, inclinó la cabeza y me acarició la boca con los labios una y otra vez, como si tuviera miedo de que Alice empezara a maldecir si paraba. Tenía los labios firmes y suaves y su aliento me producía un cosquilleo en los labios. Sentí que el corazón me latía con fuerza en la garganta y mi mente me suplicó a gritos que registrara cada detalle de ese momento que tanto había deseado pero que nunca había esperado vivir. ¡Wilson me estaba besando!

Luego ya no pude pensar más. Sus labios eran insistentes. Wilson me atraía hacia él con las manos mientras su boca se movía contra la mía y, luego, me abrió los labios con la lengua para intentar entrar en mi boca. Yo le dejé. Me estrechó entre sus brazos y el beso se convirtió en algo totalmente diferente. No era un juego, no era una demostración; era nuestro beso, y la habitación que nos rodeaba dejó de existir.

Suspiramos a la vez cuando nos separamos. Los que estaban allí presentes estallaron en gritos y aplausos, y Alice empezó a saltar y a reír

como una niña pequeña sentada en el regazo de Papá Noel.

—¡Qué bonito, Darcy! Si no fueras mi hermano me pondría a la cola. ¡Peter, despierta! —Alice se volvió hacia su marido, que se había perdido el espectáculo.

Tiffa nos miraba con una pequeña sonrisa dibujada en la cara, como si ella siempre lo hubiera sabido. La mano de Wilson me bajó por el brazo y se entrelazó con la mía. Tenía las orejas rojas, pero no dijo nada. Estuvimos cogidos de la mano el resto de la noche y yo podría jurar que mi corazón había doblado su tamaño normal. Estaba sin aliento y muy emocionada por quedarme a solas con él, ansiosa por explorar este nuevo avance.

Cuando se acercaba la medianoche, Tiffa encendió la televisión y repartió matasuegras y confeti. Al parecer, era una tradición inglesa ver en la televisión cómo el Big Ben marcaba las doce y Tiffa había grabado las campanadas de Londres en directo para que todos se sintieran como en Inglaterra. A mí no me importaba renunciar a Times Square para ver el Big Ben. Ni renunciar a los chicos estadounidenses por un profesor de instituto inglés. En esos momentos, estaba totalmente enamorada de todo lo que era inglés.

Hicimos la cuenta atrás y contemplamos como el enorme reloj daba la bienvenida al año nuevo en nuestro rincón del mundo. Se oyeron gritos de «¡Feliz Año Nuevo!» y todos empezaron a abrazarse y a felicitarse. Tiffa y Jack tenían lágrimas en las mejillas cuando se besaron y abrazaron. Evidentemente, estaban emocionados por el año que habían tenido y los que vendrían. Y yo les había dado eso. Me giré hacia Wilson con una sonrisa. Él me apartó la mirada y observó cómo la habitación estallaba de alegría, pero no se unió.

—Vámonos —dijo sin más—. ¿Estás lista? Quiero irme. Nos podemos escapar, ya llamaré a Tiffa mañana y le daré las gracias por invitarnos a la fiesta.

—Bueno, vale —asentí mientras él se dirigía hacia la puerta.

Cogió nuestros abrigo, pero Tiffa se acercó corriendo a nosotros cuando intentábamos escaparnos y nos dijo que esperáramos. Wilson hizo una mueca y yo me pregunté por qué tenía tanta prisa por irse así, de repente.

—¡Darcy, espera! No te lles a Blue todavía. Los fuegos se ven genial desde aquí arriba. ¡Ya te los perdiste el Cuatro de Julio! Además, todavía no

hemos coronado al campeón del «ja, ja, ja» —dijo mientras bajaba. Nos pasó los brazos por los hombros.

—Creo que Justin se ha asegurado la victoria, Tiff.

La voz de Wilson sonaba extraña y los hermanos se miraron de una forma que hizo que se me tensara el pecho y me ruborizara.

—Entiendo —contestó Tiffa en voz baja.

Ojalá hubiese podido entenderlo yo también. Ella se inclinó, me besó las mejillas y me apretó la mano.

—Gracias por venir, Blue. Jack y yo te consideramos parte de la familia. Siempre lo serás. Cuando estés lista, deberías venir a ver a Melody. Creo que sería bueno para todos. —Miró a Wilson y, luego, fijó la vista en mí de nuevo—. Feliz Año Nuevo.

Bajamos al garaje en silencio. El ascensor iba sorprendentemente lleno si tenemos en cuenta que solo pasaban unos minutos de la medianoche y las fiestas estaban a tope. Me fui acercando cada vez más a Wilson cuando, en cada piso que parábamos, el ascensor se llenaba más y más. Wilson me llevaba cogida de la mano y miraba los números del ascensor mientras bajábamos. Mi buen humor cambió cuando pensé que, a lo mejor, de camino a casa, Wilson se disculparía por un beso que me había encendido como si fuera fuegos artificiales. Los de Nochevieja, para ser más exactos. Tiffa tenía razón. Seguro que ver los fuegos artificiales desde su balcón habría sido increíble. Me habría gustado quedarme a verlos, para compartir otro beso mientras los colores llenaban el cielo antes de que la realidad hiciera que la magia se desvaneciese.

Las Vegas era una ciudad para salir de fiesta. Esa noche estaba abarrotada. Tardamos mucho en salir del edificio en el que vivía Tiff porque había muchísima gente en el Strip de Las Vegas que iba de un hotel a otro o que se paraba a disfrutar de las luces, de la comida o de la ostentación de aquella ciudad que celebraba las fiestas a lo grande. Por suerte, el Sheffield estaba en el extremo sur del paseo, lo que permitía esquivar las intersecciones más abarrotadas pasando por una circunvalación que nos llevaba hacia el este, hacia Boulder City. Wilson había permanecido en silencio mientras conducía entre la aglomeración de coches y de gente, pero, cuando la ciudad y sus luces quedaron a nuestras espaldas, el silencio se volvió tan intenso que no pude soportarlo y decidí restarle importancia a todo

aquello.

—Besas como una vieja, Wilson.

El coche giró bruscamente y nos empujó hacia un lado. Wilson soltó una palabrota y enderezó el vehículo. Miraba la carretera y luego a mí de forma intermitente.

—¡Joder! —soltó Wilson, luego rio y gruñó. Se pasó una mano por la cara. Era evidente que estaba agitado—. Bueno, pues tú no.

El corazón se me aceleró y se me hizo un nudo en el estómago al oír sus palabras.

—¿Y cuál es el problema?

—Ese, precisamente.

—O sea, que, si me hubieras besado y hubiera sido como besar a una de *Las chicas de oro*, ¿no pasaría nada? Porque es lo que me ha parecido a mí y estoy bien, pero es evidente que tú no lo estás.

—¿*Las chicas de oro*?

Era obvio que Wilson no miraba las reposiciones de la televisión estadounidense.

—Bueno, quizás no. Quizás ha sido como besar al príncipe Carlos —bromeé.

—Pero no ha sido como besar a Camila, ¿verdad? Por favor, dime que no —insistió.

Me reí. Pobre Camila.

—¿Y besarme a mí ha sido como besar a Victoria Beckham? —le pregunté, dándole un golpecito—. Tiffa me contó que estabas enamorado de ella cuando tenías siete años.

—Sí, claro, porque, evidentemente, sé lo que se siente al besar a Victoria Beckham.

—¿Has pensado en ella mientras me besabas? Eso es casi tan bueno como besarla a ella.

—No, Blue, no he pensado en ella. Por desgracia, era muy consciente de a quién estaba besando y de por qué no debería estar haciéndolo.

Mi intento de evitar tomarnos el beso en serio había fracasado. Wilson mantuvo los ojos fijos en la carretera durante todo el trayecto a casa. Yo reprimí las ganas de pedirle que se explicara, que justificara su rechazo

directo. Si no sabía qué sentía por mí, tendría que descubrirlo. Me negaba a alimentar su arrepentimiento o a discutir por ello, así que permanecí en silencio el resto del trayecto. Se detuvo delante de casa y aparcó. Sacó la llave del contacto y se volvió hacia mí a la vez.

—He traspasado tantos límites contigo, tantas veces... Era tu profesor, Blue, ¡por Dios! Mi hermana ha adoptado a tu hija. Todo es muy difícil y enrevesado, y no quiero complicar más las cosas. La amistad que tenemos, los momentos tan íntimos que hemos vivido juntos, el hecho de que seas mi inquilina... Puedo racionalizarlo todo, puedo justificarlo... siempre que no haya ningún vínculo romántico entre nosotros. Esta noche, cuando te he besado, he traspasado el límite de amigo, de profesor, de consejero, de figura paterna —escupió la última frase, claramente asqueado— y he entrado en otro territorio completamente diferente. Te debo una disculpa, no sé en qué estaba pensando al dejar que Alice me manipulara de esa manera.

—¿De figura paterna? ¡Joder! —Estaba horrorizada—. ¿Así es como ves nuestra relación? ¡Puaj!

Cerré la puerta de un portazo y subí por las escaleras sin esperar a Wilson.

No quería matarlo, pero, en aquel momento, no me habría parecido una exageración estrangularlo. Lo escuché detrás de mí y me di la vuelta cuando estábamos subiendo los escalones de entrada.

—Que conste, Wilson, que *eras* mi profesor, ¡en pasado! Te has convertido en mi amigo. Yo no soy una niña y no soy tu alumna. Soy una mujer, no tengo ni tres años menos que tú. No es solo que beses como una vieja, es que además te comportas como una. ¡El beso no ha sido para tanto! No ha sido inapropiado, ha sido solo un estúpido juego en una fiesta. ¡No te lo creas tanto!

Me jactaba de mi honestidad, pero mentía entre dientes. La verdad es que el beso sí que había sido para tanto. ¡Significaba muchísimo para mí! Y, claramente, Wilson no besaba como una vieja, pero eso no se lo iba a decir, no después de que lo hubiera arruinado todo.

Wilson me miraba la boca y yo veía que se debatía entre demostrar su habilidad besando o dejar que calmara su culpabilidad, pero no podía tener ambas cosas. O el beso era importante y teníamos una relación completamente diferente de lo que estaba dispuesto a admitir o el beso había

sido solo un juego entre amigos y podía seguir fingiendo que todo estaba en orden y era sencillo y que él era solo un buen chico que cuidaba de Blue Echohawk.

Se acercó a mí, midiendo sus movimientos, y se detuvo un escalón por debajo del mío. Nuestros ojos estaban a la misma altura, como nuestras bocas.

—¿No ha sido para tanto? —preguntó en voz baja.

—Solo un juego estúpido —respondí con el mismo tono de voz.

—Entonces, ¿por qué quiero volver a besarte?

El corazón me latía con tanta fuerza que sentía el eco de los latidos en la cabeza.

—Puede que solo quieras demostrarme que no eres una vieja.

—Ah... Seguramente. Solo quiero demostrarte que soy un hombre de verdad, capaz de darte un beso que no te haga pensar en agujas de ganchillo ni en medias holgadas.

—Ni en polvos de talco o dentaduras.

La boca de Wilson estaba a un suspiro de distancia.

—Debe de ser eso.

Cerré los ojos y él me mordió suavemente el labio inferior y luego el superior. Después me abrió los labios suavemente con la lengua y me saboreó despacio. Su lengua encontró la mía. Solo nuestras bocas se tocaban, solo ellas se movían. Nos quedamos así unos minutos, con los cuerpos a escasos centímetros de distancia y las manos a los lados, completamente concentrados en nuestros labios. Fue un beso lento, dulce y lánguido, como un gato que se estira al sol.

Y luego se acabó. Me quedé quieta esperando, deseando que su boca volviera a toparse con la mía, pero no fue así. Abrí los ojos rápidamente, sin querer aceptar el fin de un beso realmente asombroso. Wilson me miraba con una leve sonrisa en los labios.

—¡Chúpate esa, Camila! —susurró.

Sin decir nada más, pasó por mi lado, subió las escaleras y abrió la puerta. La sujetó y esperó a que me diera la vuelta y subiera. Sentía que me pesaban mucho las extremidades y me costaba mantener los ojos abiertos. Tenía el paladar tan sensible que parecía que hubiera comido crema de

cacahuete estando en coma.

Wilson me acompañó hasta la puerta y susurró:

—Buenas noches, Blue.

Yo no respondí, me limité a contemplarlo mientras subía las escaleras hasta su piso y a preguntarme cómo había conseguido tener la última palabra.

Wilson volvió a evitarme el mes siguiente. Puede que estuviera ocupado, que tuviera que trabajar hasta tarde ahora que había empezado el nuevo semestre. Escuché sus pasos en el piso de arriba muchas noches más tarde de las nueve. La vida de un profesor era muy ingrata, supuse. Pero sospechaba que el hecho de que me evitara tenía más que ver con el beso de Nochevieja que con la gran carga de trabajo. Y, además, también estaba Pamela.

Había regresado de Inglaterra y había vuelto a entrometerse en la vida de Wilson. Le robaba todo el tiempo libre que tenía: iban al cine, salían a cenar e incluso iban a jugar al tenis los fines de semana. Yo ni siquiera había cogido una raqueta de tenis en toda mi vida. Supuse que nunca jugaríamos un partido de dobles. Además, yo no tenía pareja. No creía que a Beverly se le diera bien el tenis y, aparte de Wilson y Tiffa, ella era mi mejor amiga. Qué triste.

24. Iridiscente

Entonces llamaron del laboratorio.

Había trabajado siete turnos seguidos de ocho horas en la cafetería y, cuando no estaba allí, estaba en el sótano, disfrutando de todo el espacio que me habían dado. Wilson se mantuvo alejado. La única conexión que sentía con él era por las noches, cuando me sentaba bajo el conducto de ventilación y le escuchaba tocar el violonchelo. Había incluso intentado desengancharme de eso, simplemente porque la música no ayudaba a mi añoranza y hacía que me sintiera herida y rechazada. Pero, noche tras noche, me encontraba en el mismo sitio, con el rostro alzado, torturándome a mí misma con el sonido y maldiciendo a Wilson y al bendito espacio que me estaba dando.

No es que me hubiera olvidado de que tenía pendientes los resultados de ADN, no era así, pero no los esperaba con ansias, así que, cuando me llamaron, no estaba preparada.

—¿Blue Echohawk?

—Sí, soy yo.

—Soy Heidi Morgan, del laboratorio forense de Reno. Ya tenemos los resultados.

Me dolió el corazón de lo fuerte que me latía.

—Vale. —Tenía los labios entumecidos y eso fue lo único que conseguí articular.

—Tenemos una coincidencia con tu ADN, Blue. Nos gustaría que volvieras a Reno.

—Vale —repetí. Tenían una coincidencia. Sabían quién era—.

Necesito... Necesito pensármelo. Tendré que cogerme unos días en el trabajo y comprar un billete y... Me lo tengo que pensar —balbuceé. Soné ridícula hasta a mis propios oídos.

—Claro —respondió Heidi Morgan amablemente—. Llámanos cuando lo tengas todo listo. He hablado con el inspector Moody y el sargento Martínez. Todo el mundo está muy emocionado, Blue. Esto no es algo que pase muy a menudo.

Le prometí que me pondría en contacto, colgué y me derrumbé en el viejo sillón que estaba debajo del conducto de ventilación a la espera de otra sinfonía nocturna. Intenté recuperar el ritmo normal de mi corazón y respirar para deshacerme de los nervios, que hacían que me mordiera las uñas y diera pataditas en el suelo. Tenía que contárselo a alguien. Quería decírselo a Wilson, pero no estaba en casa y, además, estaba enfadada con él. Sin detenerme un momento a pensarlo, agarré las llaves y salí por la puerta. Iría a ver a Tiffa.

El edificio en el que vivía Tiffa tenía portero y supuse que eso era bueno, porque así avisaría a Tiffa de que estaba de camino y le daría tiempo para prepararse ante la visita sorpresa, pero ella respondió la puerta inmediatamente y me recibió en su casa con un fuerte abrazo y una amplia sonrisa.

—¡Blue! ¡Serás boba! ¿Por qué no me has avisado de que venías? Habría pedido comida y champán para celebrarlo. Y me habría cambiado de blusa. Melody me ha vomitado encima. Vomita todo el rato, estás avisada. Como mínimo le habría cambiado los pañales, para dar una buena impresión. Pero ahora tendrás que aguantarnos como estamos, ¡apestosas y hambrientas!

La risa de Tiffa me envolvió como si fuera un bálsamo. Me relajé inmediatamente y dejé que me llevara al cuarto.

La habitación de Melody parecía un jardín. Las paredes estaban llenas de mariposas y pájaros, que descansaban en las ramas de árboles en flor. Una ardilla sacaba la cabeza por un agujero en el tronco y una familia de conejos saltaba por la pared sobre la lujosa moqueta de color verde claro. El techo era azul claro. Estaba lleno de densas nubes blancas y había una bandada de

pequeños gansos que volaban formando una «V». Un viejo y sabio búho vigilaba desde una rama que pasaba por encima de la cuna, envuelta en follaje verde y flores rosas, como si fuera una colina en primavera. Había peluches que parecían sacados de *Bambi* en las esquinas y también una enorme mecedora blanca llena de cojines con forma de flores en otro rincón.

Era fascinante. Todas las niñas habrían querido una habitación como esa, pero yo fijé toda mi atención en el bebé que estaba en la cuna, gorjeando y dando patadas con las piernas regordetas. El pelo negro que tenía al nacer se había vuelto castaño claro y la niña había doblado su tamaño. Yo la había visto solo unos segundos, pero tenía la imagen grabada en la cabeza. Aquella niña era totalmente diferente de la que yo recordaba, pero sus ojos eran azules. La pequeña sonreía y se contoneaba mientras agitaba los brazos y las piernas y, cuando me di cuenta, estaba sonriendo y parpadeando, porque se me habían llenado los ojos de lágrimas. La sensación de arrepentimiento que tanto había temido, la que me había intimidado y me había mantenido alejada de ella, no hizo que me desplomara como pensaba que haría. Mis lágrimas eran de alivio, no de pena, y agarré con fuerza la mano de Tiffa. Le estaba tan agradecida que nunca podría expresarlo con palabras.

—E-es... —tartamudeé.

—Es perfecta —acabó Tiffa. Me abrazó con los ojos llenos de lágrimas y apretó con fuerza—. Es perfecta, incluso cuando tiene los pañales sucios. Déjame que la cambie y así podrás tenerla en brazos.

En tres meses, Tiffa se había convertido en una profesional. Le cambió el pañal a la niña con agilidad y lo recogió todo mientras le hablaba con cariño a Melody, que la miraba fijamente a la cara. Tiffa me dejó que le empolvara el culito rosa y arrugado, y ambas estornudamos cuando me pasé con los polvos de talco. Tiffa rio y dijo:

—Lo haces igual que Jack. Él dice que uno nunca puede pasarse con los polvos de talco. Cuando papi se encarga de cambiarla, Melody desprende polvos de talco cada vez que da una patadita.

Tiffa cogió a Melody y me la puso en los brazos.

—Toma, encárgate de mecer a la pequeñaja mientras voy a por un biberón.

Tiffa me acarició la mejilla, beso a Melody en la cabeza y se fue de la habitación antes de que pudiera protestar. Me senté tensa en el borde de la

mecedora. Sin contar los pocos segundos después del nacimiento de Melody, nunca antes había tenido a un bebé en brazos. Intenté no sujetarla demasiado fuerte ni apretujarla mucho, pero ella arrugó la cara, descontenta, e hizo pucheros, como si se estuviera preparando para llorar.

—Vale, vale. No te gusta esta posición. ¡Podemos probar otra!

Intenté complacerla rápidamente y la coloqué de forma que su cabeza descansaba sobre mi hombro, le puse una mano en el culo y la otra en la espalda. De repente, se me enganchó a la mejilla y empezó a succionar frenéticamente. Grité, la aparté y empezó a chuparme la nariz.

—¡Tiffa, ayúdame! Se está comiendo mi nariz —dije entre risas mientras intentaba apartarme de la pequeña vampiresa.

Inmediatamente, rompió a llorar y la giré de forma que me daba la espalda y apoyaba la cabeza sobre mi pecho. La mecí y empecé a caminar por la habitación mientras le hablaba igual que Tiffa le había hablado antes.

—Oh, mira, Melody. Hay conejitos bebés. Hay pequeños conejitos del color de los ojos del tío Wilson. —Me callé de inmediato. ¿De dónde había salido eso? Fui hacia otro rincón de la habitación y continué—: ¡Vaya! —añadí con el mismo tono empalagoso—. Hay una ardillita. Está buscando a Melody. ¡Oh, te ha visto!

Melody dejó de llorar, así que yo seguí caminando por la habitación y meciéndola en mis brazos.

—Pobre ardillita, más vale que vaya con cuidado, el señor búho la está vigilando y a los búhos les encantan las ardillas. —Me mordí el labio. A lo mejor eso le daba miedo. Volví a intentarlo—. ¿Sabías que los búhos son los únicos que pájaros que ven el color azul?

—¿De verdad? —preguntó Tiffa mientras entraba en la habitación moviendo con energía un biberón—. ¿Es eso cierto?

—Sí. Bueno, creo que sí. A Jimmy, mi padre, le encantaban las aves y sabía muchos datos curiosos. Probablemente se me han olvidado la mayoría de los que me enseñó, pero él siempre bromeaba con lo de los búhos. E, inocente de mí, asumí que como los búhos eran los únicos pájaros que veían el color azul, yo era invisible para el resto de los pájaros.

Tiffa sonrió.

—Claro, porque te llamas Blue.

—Sí, pensaba que era genial.

—Sería útil ser invisible, ¿verdad?

Tiffa me pasó el biberón, yo me excusé:

—Hazlo tú, por favor. Tiene hambre y no quiero que empiece a llorar otra vez. Ha intentado sacarme leche de la nariz.

Tiffa rio, tomó a Melody y se sentó en la mecedora. Melody empezó a tragar del biberón, y Tiffa y yo la miramos con los ojos fijos en su rostro feliz. Se le movían las mejillas hacia dentro y hacia fuera con euforia. Qué fácil era contentarla y satisfacerla.

—Hablando de invisibilidad —dijo Tiffa en voz baja y sin dejar de mirar a Melody—, me sorprende verte por aquí. Estoy contenta de que hayas venido, pero también sorprendida. ¿Qué pasa, Blue?

—Me han llamado del laboratorio y me han dicho que han encontrado una coincidencia con mi ADN. Saben quién soy, Tiffa. Saben quién es mi madre. Me han pedido que vaya a Reno.

—Oh, Blue. —Tiffa alargó las palabras como si fueran un suspiro.

Sus ojos destilaban compasión y se me hizo un nudo en la garganta. Tragué con dificultad e intenté reír.

—Espero no haberte asustado al presentarme aquí con esta mirada de loca y muerta de miedo. Necesitaba contárselo a alguien y he pensado en Melody y en que necesitaba estas respuestas por su bien, a pesar de que a veces preferiría no saberlas.

—Me alegro muchísimo de que hayas venido. Ya iba siendo hora. Y no tenías mirada de pánico ni parecías asustada. Pareces muy tranquila, Blue. Yo descifro a las personas con facilidad, pero tú eres muy reservada y discreta. ¿Cómo era el dicho? Eres de las que lleva la procesión por dentro. En ese aspecto, Darcy y tú sois clavados.

Al ver que no decía nada, Tiffa, exasperada, negó con la cabeza, como si mi silencio le diera la razón.

—Se pasó por aquí ayer, ¿sabes? —añadió en un tono informal—. Creo que está enamorado.

Se me cayó el alma a los pies y creo que se reflejó en mi cara, porque Tiffa dejó de hablar inmediatamente.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

—Nada —mentí, y negué con la cabeza—. Ya lo imaginaba.

Tiffa inclinó la cabeza hacia un lado, confundida.

—¿Qué es lo que imaginabas?

—Que está enamorado —respondí. Tenía ganas de vomitar.

—¡Enamorado de Melody! —gritó ella, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Deberías haber visto la cara que has puesto. ¿De quién pensabas que hablaba? ¿De Pamela?

Bajé la mirada. No quería responder.

—Blue, ¿se puede saber qué pasa entre vosotros? Pensaba que, después de lo de Nochevieja, ya habríais admitido lo que sentís el uno por el otro. ¡Es obvio! Le pregunté a Wilson por ti ayer y me pareció tan distante que no supe qué pensar.

—Sí, Wilson debe de ser alguna especie rara de pájaro. Es evidente que no es un búho, porque me he vuelto invisible para él.

—Oh, cielo —suspiró Tiffa—. Puede que no sea el hijo biológico de mi madre, pero es clavadito a ella. Tiene unos modales arcaicos. Me sorprende que se haya permitido acercarse a ti tanto. ¿Y el beso? Alice y yo nos pasamos días hablando de ese beso.

Evité mirarla a la cara, me sentía incómoda con el giro que había dado la conversación, pero Tiffa siguió hablando mientras mecía a la niña.

—Mi hermano necesita un empujón. Sin duda funcionó cuando te pusimos delante a Justin. Puede que sea hora de que alces el vuelo y le obligues a tomar una decisión —observó mientras daba palmaditas en la espalda de Melody.

Hacía rato que el biberón se había terminado, casi tanto como el tiempo que llevaba Melody dormida. Roncaba y le caía leche por la comisura de la boca.

—He estado trabajando en algo, pero no quería decirte nada hasta que fuera seguro. Tenía preparada una exposición en el Sheffield el sábado que viene por la noche, pero uno de los artistas que iban a participar decidió que quería renegociar el contrato y al final lo rechazó. Creo que tus obras encajarían perfectamente con el resto de la exposición. De hecho, creo que tu trabajo destacaría mucho. He guardado *Mujer pájaro* y otras de las esculturas, porque requieren un tipo concreto de público. Creo que podríamos vender *Mujer pájaro* por cinco mil dólares en la exposición, y en la galería podrían pasar meses hasta que la vendiera.

Tragué y dije una palabrota en voz baja. Tiffa me guiñó un ojo.

—Es una baratija, cielo. Algún día, tus obras se venderán por mucho más, te lo garantizo. Solo me quedan *Mujer pájaro*, *Rubicón*, *Bruja* y a la que le pusiste *Armadura*. Son geniales, pero necesitaré más. ¿Has acabado alguna?

Había tallado una que se llamaba *El santo*. Era san Patricio inmortalizado en madera, aunque el hombre encorvado con un bastón de pastor que caminaba entre llamas ondulantes que parecían bailar a su alrededor podría interpretarse fácilmente como algo diferente. La pieza a la que Wilson había llamado *Pérdida* también estaba en el sótano. Estaba cubierta con una sábana detrás de la mesa de trabajo. Así no tenía que verla. Creía que era mi mejor obra hasta el momento, pero mirarla me causaba dolor. También tenía otras esculturas, entre las que se encontraban las ramas entrelazadas en las que me había perdido el mes pasado.

—Creo que tengo unas diez.

—Pues ya está decidido. Tráeme las piezas y yo me encargo del resto. Y, Blue, no se lo digas a Darcy. Será una sorpresa.

Cuando acabé el turno en la cafetería el jueves por la noche y me fui a casa, no podía dejar de pensar en la exposición del sábado, en las esculturas que había reunido y en que aún tenía que llamar a Reno. Seguro que pensaban que estaba loca. El inspector Moody me había dejado dos mensajes en el contestador y Heidi Morgan, del laboratorio, otro. Me convencí de que los llamaría después de la presentación.

En parte, no me acababa de decidir por Wilson. Había compartido esa travesía con él y en el último mes apenas lo había visto. Se había convertido en mi mejor amigo. Lo extrañaba muchísimo y estaba enfadada con él porque se había alejado. Decidí que la excusa del espacio era solo otro tópico más, como la frase de «no eres tú, soy yo» que la gente usaba cuando quería romper una relación. Pero, en teoría, las amistades no terminaban nunca. Ojalá nunca nos hubiéramos besado. Wilson no había sido el mismo desde entonces.

Estaba delante de la puerta del piso, mirando el correo, cuando oí que la

puerta de Wilson se abría y se cerraba en el piso superior. Me erguí y escuché sus pasos en la parte de arriba de las escaleras. Hice una mueca cuando oí a Pamela preguntarle sobre la exposición del sábado en el Sheffield.

—He visto las entradas. ¿Ibas a darme una sorpresa? ¿Es mi regalo de San Valentín? —bromeó Pamela.

El tono coqueto de su voz hizo que me entraran ganas de subir las escaleras corriendo para empujarla por la barandilla. No pareció sentir mis instintos asesinos, porque siguió hablando.

—Podemos ir a cenar con mis padres antes de ir a la exposición. Pasarán la semana que viene en el hotel.

Se me había olvidado la relación de Pamela con el hotel. Tiffa dijo que los Sheffield no eran los únicos propietarios del hotel, pero el dinero mandaba y por eso el hotel aún llevaba su apellido.

Pamela y Wilson llegaron al final de las escaleras y yo me eché para atrás con la esperanza de que no me vieran. Debería haber entrado en el piso otra vez, pero ya era tarde para hacerlo sin que se dieran cuenta de que estaba ahí, así que me quedé inmóvil y vi cómo Pamela se abrazaba al cuello de Wilson, se ponía de puntillas y le daba un beso en los labios. Aparté la mirada, pero debería haber mirado para obligarme a reconocer que ya había una mujer en su vida. Y yo era solo la vecina, el proyecto. El «capricho». Ya ni siquiera sabía qué era para Wilson.

—¿Nos vemos el sábado? —preguntó Pamela.

No oí la respuesta de Wilson, estaba demasiado ocupada abriendo la puerta del piso. Decidí que no me importaba que supieran que estaba allí y cerré la puerta al entrar. Unos minutos más tarde, oí que alguien golpeaba la puerta y pensé en ignorarlo. Solo podía ser Wilson, y eso solo haría que me sintiera aún peor. Pero yo era solo una chica y el chico que me gustaba estaba al otro lado de la puerta, así que abrí.

—Hola —dije alegremente, como si no me hubiera afectado ni lo más mínimo lo que acababa de ver.

Wilson no tenía el aspecto de un hombre que acababa de disfrutar de un beso de buenas noches. Parecía triste y nervioso. Yo intenté no buscar una explicación a su expresión.

—Hola —respondió en voz baja—, ¿podemos hablar un momento?

—Claro. Siéntete como en tu casa..., porque lo es, literalmente. —Me di la vuelta y entré en el piso. Lo notaba a mis espaldas—. ¿Se acaba de ir Camila? —pregunté con énfasis. Al ver que Wilson no respondía, lo miré confundida.

—¿Camila? —preguntó con una sonrisa. Se cruzó de brazos—. Me acabas de preguntar si se acababa de ir Camila.

—¿Eso he dicho? —Fruncí el ceño.

—Sí. Has llamado Camila a Pamela.

—Vaya, qué lapsus —murmuré algo avergonzada.

No era culpa mía. Había estado pensando en besos y, últimamente, los besos me hacían pensar en Camila y en *Las chicas de oro*.

La talla que estaba esculpiendo la última vez que hablamos estaba en la mesa de la cocina y Wilson se detuvo abruptamente al verla. La examinó con detalle y la giró de un lado a otro. Yo estaba distraída, sabía que mencionar a Camila le habría recordado a lo que había pasado un mes antes.

—Dime, ¿qué ves cuando miras esta escultura? —me preguntó al cabo de un rato. Sus ojos recorrían las líneas sensuales de la caoba manchada y su mano trazaba el contorno de la pieza con respeto.

Le había cortado las ramas más pesadas y eso había creado vacíos y nervios. Había tomado la forma de dos amantes abrazados, aunque seguía manteniendo la inocencia y la simplicidad de las ramas unidas. La pieza era de caoba de montaña, por lo que era de un color marrón rojizo. Había pintado varias capas de tinte negro en una de las ramas, que relucía como un gato montés. Al mezclarse con el tinte oscuro, los tonos rojizos y dorados hacían que el color negro pareciera envuelto por un halo de luz solar. No apliqué ningún tinte a la otra rama, pero la había pulido y barnizado de modo que la madera roja brillaba como si fuera ámbar. Daba la impresión de que las ramas eran de maderas diferentes, de árboles diferentes. La pieza hablaba por sí sola.

Aparté la mirada. Estaba acalorada y enfadada y tenía una sensación de opresión en el pecho que despertaba cada vez que Wilson estaba cerca.

—Prefiero no hacerlo.

—¿Por qué? —Wilson parecía verdaderamente confundido con mi respuesta y era normal, ya que siempre estaba dispuesta a hablar de mis tallas con él.

—¿Por qué quieres que te diga qué veo? ¿Qué ves tú cuando la miras? —respondí, enfadada.

Wilson retiró la mano de la escultura y me agarró la trenza, que me colgaba por encima del hombro. Tiró ligeramente de ella y se la enrolló en la mano.

—¿Qué pasa?

—Nada. Estoy preocupada —protesté—. Y mi arte no trata de lo que veo, sino de lo que siento. Y ahora mismo no quiero hablar de lo que siento.

Intenté que me soltara el pelo, pero lo cogió con más fuerza y me acercó a él.

—Veo extremidades, amor y deseo —dijo sin tapujos.

Dejé de resistirme y lo miré a los ojos. Los tenía muy abiertos y desprendían sinceridad, pero tenía la mandíbula apretada, como si supiera que estaba traspasando aquel límite invisible que él mismo había dibujado.

—No me sorprende que veas esas cosas —dije en voz baja.

—¿Por qué?

Él me miraba muy serio y yo me sentí furiosa de repente. Estaba enamorada de Wilson, no cabía la menor duda, pero no quería que jugaran conmigo. Y no iba a besarlo a los diez minutos de que se fuera Pamela.

—Has pasado la tarde con Pamela —le recordé con ternura—. Es una chica muy guapa.

Wilson abrió los ojos como platos y me soltó la trenza. Se giró hacia la escultura. Sabía que estaba contando hasta diez mentalmente. Era culpa suya si se había enfadado. ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Abrazarlo después de que me hubiera estado ignorando de forma intermitente durante meses? Yo no era de esas, aunque quizás él pensaba que sí. Respiré hondo un par de veces e ignoré la tensión que crecía entre nosotros. Era tanta que casi podía cortarse con un cuchillo y servirse con una cucharada de rechazo. Dio algunos pasos, se agarró puñados de pelo y se distanció de mí.

Yo me mantuve firme y esperé a que él diera el siguiente paso. No sabía a qué había venido y él tampoco parecía saberlo. Cuando volvió a mirarme, su boca parecía lúgubre y tenía una mirada de súplica, como si necesitara convencerme de algo.

—Has dicho que tus esculturas tratan de lo que sientes, no de lo que ves.

Yo te he dicho lo que veía, ahora dime tú qué sientes —me pidió.

—¿De qué estamos hablando, Wilson? —respondí. Caminé hacia él con las manos en los bolsillos — ¿Estamos hablando de la escultura?

Me miró mientras me acercaba, y yo no me detuve hasta que nuestros pies se tocaron.

—Si estamos hablando de la escultura, vale. Veo deseo, un amor correspondido que no deja espacio a nada más —contesté como si fuera la guía de un museo de arte, remarcando la palabra «espacio»—. ¿Qué siento? Eso es fácil. He estado trabajando todo el día y estoy cansada, Wilson. Y tengo hambre. Y no me gusta Pamela. Eso es lo que siento. ¿Y tú?

Wilson me miró como si quisiera zarandearme hasta que me repiquetearan los dientes, pero se limitó a negar con la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Siento haber preguntado, Blue —suspiró.

Parecía cansado, resignado, como los padres de las series de televisión que intentan aguantar a sus hijas adolescentes.

—Buenas noches, Blue.

Estaba demasiado confusa y aturdida para responder. Wilson salió del apartamento sin decir nada más.

25. Eléctrico

Me pasé muchísimo tiempo rizándome el pelo. Cuando acabé, la melena me formaba ondas oscuras y brillantes que me colgaban por la espalda. Me maquillé mucho los ojos. Era más maquillaje del que había llevado en meses, pero pensaba que era adecuado para una artista en su primera exposición. Me compré un vestido de cóctel de color azul eléctrico que me resaltaría los ojos, ya que eran prácticamente del mismo tono. No me había costado mucho dinero, pero cruzaba los dedos para que no pareciera barato. Era de manga corta y no tenía escote en la parte delantera, pero caía por la espalda casi hasta la cintura. Me resaltaba las curvas, pero no era muy ajustado ni muy sugerente y me llegaba justo por encima de la rodilla. Encontré unas sandalias de tacón a conjunto. Yo creía que quedaba muy bien y chillé un poco cuando estuve lista. Tenía un aspecto maduro, seductor y sofisticado a la vez, como Tiffa. Esperé en la puerta hasta escuchar que Wilson se iba. Si él y Pamela iban a cenar con los padres de ella, se marcharían pronto, así que no tendría que esperar mucho. Wilson salió del piso y bajó las escaleras a las 18.30 en punto.

Cerré la puerta con calma y me dirigí a la entrada, tal y como había planeado. Llegué al final de las escaleras antes que Wilson, que iba mirando el teléfono móvil. Cuando oyó el sonido de los tacones en el suelo, levantó la mirada y puso los ojos como platos. Intenté no sonreír; había ansiado desesperadamente provocar esa reacción en él. Así pensaría en mí cuando estuviera con Pamela. Esperaba que pasara un mal rato. Me recorrió el cuerpo con la mirada y detuvo los ojos en mis piernas. Me costó no reír, así que me aclaré la garganta. Alzó la vista rápidamente y nuestros ojos se

encontraron. Me fulminó con la mirada. Un momento. Eso no era lo que yo quería. Mi intención era que se ruborizara y me hiciera cumplidos tartamudeando. Las miradas asesinas no formaban parte del plan.

—¿Adónde vas? —preguntó con un tono de voz raro. Parecía enfadado.

—Tengo planes —respondí rápidamente.

—Ya lo veo. —Su rostro era indescifrable—. Ese vestido es un poco corto, ¿no?

—¿En serio? —Reí con incredulidad. Me miré la falda, que en realidad no era tan corta—. ¿Y a ti qué más te da lo corto que sea mi vestido?

—Me da igual —contestó bruscamente.

Sin embargo, sí le importaba. Puede que estuviera celoso, eso era bueno. Muy bueno. Me encogí de hombros y pasé por su lado para dirigirme a la puerta. El pelo me acarició la piel desnuda de la espalda. Wilson soltó una palabrota.

—¡Joder! Ya estás otra vez, ¿no? —dijo él detrás de mí.

Me quedé helada. Una punzada de dolor me recorrió el cuerpo y me volví hacia él. Su rostro parecía de granito, tenía los ojos helados y la mandíbula apretada. Estaba de brazos cruzados, con las piernas abiertas, casi como si se estuviera preparando para mi réplica.

—¿Qué quieres decir, Wilson? ¿A qué te refieres con «ya estás otra vez»? —pregunté con un tono tranquilo y relajado, aunque por dentro sentía un terremoto.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, Blue —espetó con severidad y palabras entrecortadas.

—Ah, ya —susurré. Sabía a qué se refería. Lo llevaba escrito en la cara: repugnancia. No veía a una mujer elegante que iba a una galería de arte. Veía a una adolescente chabacana que tenía un sórdido pasado e iba vestida para ligar—. He recuperado las viejas costumbres de zorra. Debe de ser eso.

Levanté una ceja con desdén y la dejé subida, esperando a que me corrigiera.

Él me aguantó la mirada y no dijo nada, así que me di la vuelta, asqueada, y abrí la puerta de un tirón.

—¡Blue!

No me giré, pero me detuve a la espera de una disculpa.

—No pienso quedarme viendo cómo te destruyes a ti misma. Si este es el camino que quieres tomar, no iré detrás de ti —dijo con un tono de voz duro, casi irreconocible.

Negué con la cabeza. No tenía palabras. ¿De dónde sacaba todo aquello? ¿Qué había hecho para que se pusiera tan paternal y puritano? Deseaba gritarle, arañarle los ojos y decirle que estaba siendo un gilipollas, pero no quería volver a convertirme en esa chica, porque, a pesar de lo que él pensara, yo ya no era así. Me volví y lo miré fijamente.

—Supongo que la suerte está echada, ¿no?

Di media vuelta y salí del edificio. Tenía la espalda erguida, pero me temblaba la barbilla. No sé si me vio marchar. Conduje sin mirar a derecha e izquierda, solo hacia delante. No lloré, no dije ninguna palabrota. Solo conduje, con el rostro impasible, hasta el hotel.

Tiffa me había dicho que dejara la camioneta en el servicio de aparcacoches y así lo hice, sin permitirme sentir vergüenza de que fuera un trasto viejo. Salí de ella como si fuera un miembro de la realeza. Le di las llaves al aparcacoches y le dije que se asegurara de no rayar «a mi niña». Al hombre se le daba bien su trabajo y ni siquiera pestañeó. Yo agradecí su habilidad por ocultar sus sentimientos y prometí que aquella noche yo haría lo mismo. Era un talento que tenía oxidado.

Cuando entré por la puerta principal, le pregunté a la primera persona que parecía trabajar allí dónde se encontraba la exposición de arte. El hombre me dirigió a los ascensores y me dijo que bajara en la planta de la galería, tendría que pulsar el botón con la letra «G». Entré en pánico y por un momento pensé en quitarme los zapatos de tacón y correr hacia la puerta. Apreté los dientes y entré en el ascensor junto con otra gente ataviada con atuendos formales. Me miré en el espejo e intenté no ver a la chica que Wilson había visto. La imagen de mí misma que había visto esa noche se había convertido en esquirlas. Mi reflejo me miraba con rostro desafiante. Tenía los ojos demasiado grandes y el color rosa de las mejillas había desaparecido junto con la alegría. ¿En qué estaba pensando?

Tiffa se abalanzó sobre mí en cuanto salí del ascensor. Entramos en una sala sencilla, llena de luces colocadas estratégicamente. Habían situado las obras con minuciosidad y había un gran cuadro de un rostro que lloraba en el centro de la sala. Las lágrimas parecían tan reales que resplandecían bajo las

luces.

—¡Blue! Estás maravillosa. Fantástica. ¿Dónde está Darcy? —preguntó mientras miraba hacia las puertas, ya cerradas, del ascensor—. Se va a morir cuando vea tus obras expuestas. ¡Qué nervios! —gritó como una niña pequeña.

Sentí una oleada intensa de afecto, pero, como pasa con la marea, la ola de amor volvió a mi mar de decepción cuando pensé en Wilson.

—No se lo he dicho.

—Ya, cielo, ya lo sé. Yo lo he invitado —susurró Tiffa de manera teatral—. Le he dicho que tenía que venir hoy, que había una nueva artista, que era estupenda y que tenía que ver sus obras. Le mandé las entradas y todo. ¿Ya lo ha estropeado?

Supongo que podría decirse que sí. Yo ya no estaba de humor.

—No sé qué planes tiene Wilson —respondí con un tono llano y frialdad.

Tiffa levantó una ceja. No era cierto del todo, pero no dije nada más.

—Vaya —contestó, y escudriñó mi rostro. Puso morros, pensativa—. Parece que lo ha estropeado y bien. —Me agarró del brazo y tiró de mí—. Ven a ver cómo hemos distribuido tus esculturas. Son imponentes, Blue. Un par de personas ya me han preguntado por ellas. Eres una estrella.

Dejé que me guiara y prometí que me olvidaría de Wilson y de cómo me había mirado. Era «una estrella». Tiffa me lo había dicho e iba a disfrutar del momento al máximo, por surrealista que pareciera.

Mujer pájaro ocupaba una esquina entera. Estaba encima de una plataforma negra y la luz que la iluminaba desde lo alto hacía que pareciera de oro líquido. Por un momento, vi la escultura como la verían los demás y se me cortó la respiración. Apenas vislumbraba la imagen de una mujer con las alas abiertas en aquel trozo de madera. No me gustaba poner nombre a las esculturas, porque eso las limitaba y yo quería que cada persona interpretara lo que viera sin que el título influyera.

Había gente contemplando la escultura e inclinando la cabeza de un lado al otro. El corazón me latía con tanta fuerza que pensaba que haría que la habitación y su hermoso contenido temblaran. Tiffa se acercó al hombre que parecía más enamorado por la mujer encerrada en la madera, alargó la mano con elegancia y se la puso sobre el brazo.

—Señor Wayne, esta es la artista —dijo mientras me tomaba la mano

con la que tenía libre.

El señor Wayne se volvió hacia nosotras. Tenía el pelo canoso peinado hacia atrás y un rostro muy interesante, más propio de un gánster que de un experto en arte. Era un hombre fuerte y vestía un esmoquin que le quedaba como un guante. Pareció sorprenderle la presentación y sonreí cuando me miró a los ojos.

—La quiero —contestó sin rodeos. Tenía el mismo acento que Tiffa. Seguramente él también trabajaba en el Sheffield.

Sentí calor en el rostro y Tiffa emitió esa risa tan característica suya que parecía una cascada tintineante y que decía: «Eres maravilloso, ¡te adoro!».

—Pues es suya, la escultura, quiero decir —respondió ella, guiñándole el ojo con picardía—. Ella es Blue Echohawk.

Dijo mi nombre como si fuera alguien importante. Traté de no reír y adopté un rostro serio. Era la expresión que utilizaba cuando no sabía cómo actuar.

—Su trabajo es maravilloso y, lo que es más importante, fascinante. Me pierdo en él. Así es como sé que quiero algo. —El señor Wayne levantó la copa llena de líquido transparente y dio un trago. Parecía pensativo—. He estado a punto de no venir hoy, pero Tiffa es muy insistente.

—El señor Wayne es uno de los propietarios del Sheffield, Blue —añadió Tiffa con total normalidad.

Yo intenté no temblar. Tiffa miró otra vez al señor Wayne. Yo me pregunté por un momento si se llamaría Bruce. Podría perfectamente tener el Batmóvil aparcado en la azotea. Tiffa continuó hablando:

—Las esculturas Echohawk valdrán una fortuna algún día. El Sheffield ha hecho una jugada maestra en el mundo del arte esta noche. —Tiffa rebosaba confianza.

Me apetecía taponarle la boca con la mano.

—Estoy de acuerdo. —El señor Wayne inclinó la cabeza a un lado—. Enhorabuena, Tiffa —dijo mientras me alargaba la mano—. ¿Me enseña el resto de las esculturas?

Tiffa no dudó ni un momento.

—Es una idea estupenda. Yo estaré por aquí, Blue.

Y entonces desapareció. Se fue con otra pareja en un abrir y cerrar de

ojos. El señor Wayne olía a dinero. Me tomó de la mano, se la paso por el brazo, del mismo modo que Wilson hacía de vez en cuando, y nos dirigimos a la siguiente escultura. Puede que los buenos modales fueran típicos de Inglaterra o puede que fuera algo típico de los hombres ricos y educados. Yo nunca me había cruzado con hombres así antes. Iba a su lado e intentaba pensar en alguna cosa inteligente que decir. Buscaba un tema de conversación tan desesperadamente que la mente empezó a darme vueltas a un ritmo vertiginoso. Sin embargo, luego me di cuenta de que el señor Wayne no esperaba ningún comentario gracioso por mi parte; estaba absorto en la escultura que tenía delante.

—He cambiado de opinión. Prefiero esta.

Me fijé en la figura que tenía delante. La angustia de *Pérdida* reposaba delante de nosotros como si nos hiciera una reverencia. Yo quería mirar a otro lado. Me alegré cuando Tiffa mandó la furgoneta para que la recogiera. No dije nada y miré a otro lado, a la espera de que el señor Wayne siguiera avanzando.

—Se siente el dolor al contemplarla —murmuró.

Noté que me observaba, así que lo miré a los ojos.

—Hay una historia aquí, lo sé. —Sonrió.

Yo también sonreí, pero fue una sonrisa forzada. Sabía que debería hablarle de la escultura, vendérsela, venderme a mí misma, pero no podía, no sabía cómo. Hubo un silencio incómodo, pero, finalmente, él habló y nos salvó a los dos.

—Una vez me dijeron que para crear arte de verdad debes estar dispuesto a sangrar y a que los demás te miren.

Me sentí totalmente expuesta y deseé esconderme en las sombras de la habitación para observar sin ser observada.

—Hay dolor en todas sus líneas. Es simplemente... maravillosa —añadió con voz amable.

Me reprendí a mí misma. Iba del brazo de una persona que podría ayudarme muchísimo en mi carrera y yo estaba intentando escapar.

—Entonces es suya —respondí de repente—. Es mi regalo para usted, para agradecerle esta oportunidad.

—Oh, no —dijo, y negó con la cabeza enfáticamente—. No. Compraré la escultura. Gracias, pero se tuvo que pagar un precio muy alto para crear esta

pieza, no se puede regalar —finalizó con un tono tierno y amable a la vez.

El corazón me latía con tanta fuerza que casi me dolía y sentí que las emociones se me acumulaban en el pecho.

—Gracias. —Fue lo único que pude decir antes de que siguiéramos avanzando.

La noche siguió su transcurso entre ropa cara y felicitaciones embriagadoras. El dolor que había sentido antes se había perdido entre la atención que me prestaba la gente mientras iba de un mecenas a otro, siempre en compañía de Tiffa. Cuando se acercaba el final de la noche, Tiffa se detuvo y saludó a alguien al otro lado de la habitación.

—Ha venido, cielo. ¿Sigues enfadada con él? ¿Quieres que lo mantenga alejado para hacerle sufrir un poco?

Alcé la vista y entendí a quién se refería cuando lo vi delante del rostro lloroso que daba la bienvenida a la galería. Tenía un aspecto muy formal y correcto con su esmoquin negro, planchado a la perfección. Su figura era esbelta, estaba atractivo y llevaba el pelo tan repeinado que no se le veía ni un rizo. Ansiaba pasarle los dedos por la cabellera y alborotárselo. Le di la espalda inmediatamente. Él había visto a Tiffa y, justo cuando iba a levantar la mano para saludar, me vio. Su mano se quedó congelada en el aire.

—Se ha traído a esa vaca insoportable —se quejó Tiffa—. ¿Qué le pasa a mi hermano? Tiene un gusto espantoso para las mujeres. Bueno, ahora ya sabemos a quién le ha dado la otra invitación que le mandé. En fin, sin duda es imbécil —añadió en voz baja.

Yo no sabía a qué se refería. Pamela no se parecía en nada a una vaca ni a ningún animal poco atractivo, por mucho que me molestara.

—Yo me voy ya, Tiffa. ¿Ya me he relacionado y paseado lo suficiente? —dije con voz alegre mientras me alejaba.

—¡No, Blue! ¿Qué narices pasa entre el tonto de mi hermano y tú? Esta es tu gran noche.

—Y ha sido genial, pero no me apetece hablar con Wilson ahora. Hemos vivido unos momentos bastante tensos justo antes de que viniera y no estoy lista para estar cerca de él.

—¡Señorita Echohawk! —El señor Wayne se me acercó por la derecha. Detrás de él iba un pequeño hombre asiático—. Señorita Echohawk —dijo, y alargó la mano para presentarme—, este es el señor Yin Chen. —El

hombrecito hizo una sutil reverencia—. Está muy intrigado por tu trabajo, me ha pedido que os presente.

Tiffa, a mi lado, prácticamente temblaba. Supuse que era alguien importante. ¿Cómo se llamaba? De repente sentí como si se me fuera a despegar la cabeza del cuerpo y fuese a irse volando como un globo de helio. ¿Debía hacer yo también una reverencia? Tiffa se inclinó, así que yo la imité.

—Encantada de conocerle —dije completamente ajena.

—El señor Chen se ha interesado especialmente por tu obra *Violonchelo* —respondió el señor Wayne antes de sonreír al otro hombre con benevolencia.

¡Señor Chen! Así se llamaba. No era difícil de recordar. De reojo, vi que Wilson se acercaba con Pamela agarrada del brazo. Pisé a Tiffa, más fuerte de lo que podía justificar. Tiffa soltó un grito ahogado y se movió para entablar conversación con el señor... ¿Chang? Yo miré al señor Wayne, que inclinó la cabeza con discreción, me apartó a un lado, cosa contra la que no tenía nada si me alejaba de Wilson, y me susurró al oído:

—El señor Chen —¡eso, Chen!— es un magnate de Pekín. Es un pez gordo y nos gusta cuidarlo cuando está por aquí. Se considera un aficionado al arte. Si le gusta tu trabajo y considera que eres una promesa, moverá cielo y tierra para comprar tantas de tus obras como pueda.

—¿Las comprará todas? —pregunté, intentando no chillar como una niña pequeña.

—Por desgracia para el señor Chen, ya se han vendido todas —contestó él con una sonrisa.

—¿Todas? —susurré, atónita.

—Sí. Todas.

El esmoquin de Wilson estaba tirado de cualquier manera sobre la barandilla y la corbata le colgaba del cuello medio desatada. Llevaba los botones superiores de la camisa desabrochados y estaba sentado en las escaleras con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas. Lo miré un momento a través del cristal de la puerta principal y me pregunté si algo de lo que

podiera decirme conseguiría que lo perdonara. Había revelado demasiado y yo no podía quitarme de la cabeza sus palabras, que brillaban como luces de neón y emitían un zumbido constante.

Me habían felicitado, me habían halagado y adorado toda la noche. Sin embargo, eran las palabras de Wilson las que ocupaban mis pensamientos. El magnate de Pekín, cuyo nombre no recordaba, me encargó cinco esculturas y me dio un cheque de cinco mil dólares. Recibiría otro cheque de la misma cantidad cuando hubiera acabado las tallas y el hotel Sheffield me dejaba que me quedara la comisión. La noche había sido un éxito, a partir del cual podría labrarme un futuro. Un éxito tan rotundo que nunca lo habría podido imaginar. Pero el corazón me dolía en el pecho y había tenido el estómago revuelto toda la noche por culpa de Wilson.

Cuando abrí la puerta, se levantó. Metí las llaves en el bolso y me dirigí a la puerta del piso sin hacerle caso. Había conducido durante dos horas después de salir de la exposición, porque, por primera vez desde que me mudé a Pemberley, no quería volver a casa.

—Blue.

Tuve que sacar las llaves de nuevo cuando llegué a la puerta del piso. Qué lista. Me temblaban las manos y me las miré con desprecio. No iba a temblar. No mostraría debilidad.

—Blue —susurró.

Me encogí al sentir el temblor de mis extremidades. Tenía el corazón roto. Se colocó a mi lado y agachó la cabeza encima de la mía. Yo seguí con la vista puesta en la cerradura de la puerta.

—Estaba preocupado por ti.

—¿Por qué? —respondí con tranquilidad. Las llaves entraron en la cerradura y yo giré el pomo, agradecida—. ¿No te lo dijo Tiffa? He ido a la exposición como prostituta de lujo. Me han contratado para que el señor Yin Yang estuviera contento —dije pestañeando, pero sin mirarlo. Abrí la puerta y entré al estrecho recibidor del piso.

Wilson hizo un movimiento brusco, como si le hubiera disparado, y entonces me arrinconó en la pared y cerró la puerta con tanta fuerza que la foto en la que salíamos Jimmy y yo tembló, cayó al suelo y se rompió. Wilson apoyó las manos a ambos lados de mi cabeza y se inclinó hacia mí con labios temblorosos.

—Para. Para ya. No tiene gracia, Blue. Es horrible. Hace que tenga ganas de buscar al maldito señor Chen o cómo se llame...

—¿No ha sido eso lo que has pensado cuando me iba esta noche? — interrumpí—. ¿Que iba a cazar algún hombre?

—¿Por qué no me has dicho nada? —preguntó con incredulidad—. Estoy tan orgulloso, joder... Ha sido brillante, todo. Y tú no me habías dicho nada. Has dejado que siguiera diciendo gilipolleces.

—¿Yo te he dejado? Lo único que he hecho ha sido arreglarme y tú... Tú me has insultado y has insinuado que parecía una... zorra.

Lo empujé con fuerza, enfadada. Necesitaba respirar y no quería derrumbarme delante de él, pero Wilson no se apartó y me agarró la cara con las manos para obligarme a mirarlo a los ojos. Aparté la mirada de inmediato con actitud desafiante.

—Tenía miedo.

Le miré la boca e intenté pensar en lo que me había dicho antes. Recordé el asco y el desdén con los que me había tratado, pero tenía los labios demasiado cerca. Lo tenía demasiado cerca. El aroma de su aliento era dulce y sentí un escalofrío en las entrañas.

—Tenía miedo, Blue —repitió con insistencia—. Has vivido momentos muy duros. He perdido la cabeza por ti y no creo que estés preparada para lo que siento.

Se me detuvo el corazón y se me cortó la respiración. A continuación, sus labios acariciaron los míos poco a poco y con ternura. Apenas los rozaron. Volvió a hablar y sus palabras me hicieron cosquillas en los labios. Lo agarré por la espalda de la camisa y tiré de la tela tratando de no volverme loca.

—He intentado darle tiempo, darte tiempo a ti, pero te he visto esta noche. Estabas arreglada, lista para salir. Tan preciosa, segura de ti misma y fuerte que he pensado que te había perdido para siempre.

Sentía cómo le latía el corazón en el pecho y el mío le siguió el ritmo. Luego, volvió a posar la boca sobre la mía, sin dudas ni susurros, y entonces fui yo la que se sintió perdida. Completamente. Era un beso que nos habíamos negado durante demasiado tiempo. Exigente, liberador, decidido. La habitación empezó a girar y me agarré a él con fuerza. Le pasé las manos por la espalda y lo acerqué a mí, pidiendo más.

Él me rodeó con los brazos y me atrajo hacia él, levantándose un poco. Abrió la boca sobre la mía para que lo dejara entrar. Sabía a regaliz negro y a caramelos. Era un sabor prohibido y familiar a la vez. Cálido y frío. Inmoral y puro.

Su boca abandonó la mía para besarme los párpados, las mejillas y el cuello, y sus manos me agarraron de las caderas con desesperación y arrugaron la tela del vestido, como si le estorbara. Me sentí como si estuviera surfeando, como si estuviera en la cresta de una ola, y necesitaba acercarme más a él. Entonces me tomó en brazos, con mis piernas rodeándole la cintura, y volvió a besarme en los labios. Dijo mi nombre mientras lo hacía.

—Blue, te necesito. Te deseo.

Entonces vi su rostro en mi mente. Recordé cómo me había mirado mientras me decía que no me seguiría. Me detuve, jadeando. Aún tenía las piernas alrededor de su cuerpo y sus brazos se aferraban al mío.

—¿Me deseas, Wilson? ¿Me deseas o me quieres? —dije atropelladamente.

Wilson me miraba apasionadamente y sus labios estaban muy cerca de los míos. Me buscaba, como si no hubiera escuchado la pregunta. Me alejé todavía más, lo rechacé. Frunció el ceño y me mordió el labio. Yo le solté la cintura y puse los pies en el suelo. Me coloqué bien la falda y agradecí que las piernas todavía sostuvieran mi peso. Si no hubiera parado en ese momento, no habría tenido la fuerza para negarme, y esa noche tenía que decir que no.

Wilson parecía confundido, como si hubiera perdido la capacidad de razonar.

—Blue.

—Me he dado cuenta cuando me has mirado esta noche. Te he dado asco. Me has mirado como si fuera... una cualquiera. —Respiré profundamente—. Pero ya no soy esa chica. Tienes que irte, por favor. —No soné convencida, pero me mantuve firme.

Wilson parecía atónito. Se pasó la mano por la nuca. Sus ojos reflejaban confusión y remordimiento.

Pasé por su lado y abrí la puerta. Me detuve al lado, con el corazón en la garganta.

—Por favor, Wilson —le rogué.

Empezó a caminar como si no supiera qué más hacer y salió del recibidor como si acabara de sufrir una fuerte conmoción. Cerré la puerta cuando salió y pegué la oreja hasta que oí que sus pasos se alejaban y pisaban con fuerza las escaleras. Pasé el pestillo y me arrodillé para recoger la foto que se había caído al suelo. Jimmy me miraba, pero fue mi rostro el que me cautivó: una niña pequeña con largas trenzas, más largas que las de Jimmy, pero peinadas de la misma manera. Me faltaban dos paletas y sonreía alegremente a la cámara a pesar de que estaba mellada. Jimmy no sonreía, pero me rodeaba con el brazo y yo me aferraba a él con la misma naturalidad que él a mí. Como si fuera un tesoro, como si me quisiera.

El cristal se había agrietado, pero colgué la foto de todas formas y la enderecé con cuidado. La grieta nos separaba la parte superior del cuerpo de la parte inferior, pero, por suerte, la fotografía seguía intacta, permanecíamos juntos bajo el cristal roto. Me detuve a pensar. Yo tenía cicatrices, pero no estaba rota. Bajo mis heridas, todavía estaba entera. Bajo mis inseguridades, bajo mi dolor, bajo mi lucha, bajo todo, me sentía completa aún.

Reduje la intensidad de las luces y me quité el vestido mientras pensaba en silencio. Y, entonces, por encima de mi cabeza, empezó a sonar música. Me dirigí al comedor y levanté el rostro hacia el conducto de ventilación. Y, al escuchar el sonido, quedé maravillada. Willie Nelson. Wilson estaba interpretando una canción de Nelson. *You are always on my mind* nunca me había parecido tan bonita. Willie Nelson con arreglos de Wilson. La tocó varias veces antes de parar, como si quisiera asegurarse de que la había oído. Y luego se hizo el silencio.

26. Claro

Me desperté al oír golpes en la puerta la mañana siguiente. Había pasado toda la noche dando vueltas en la cama, inquieta por el deseo y el amor que sentía, agotada por todas las dudas que tenía y preguntándome si debería haber aceptado lo que Wilson me había ofrecido.

—¡Blue! ¡Blue! Abre, tengo que hablar contigo.

—¡Joder! —gruñí. Me levanté de la cama, me puse un sujetador, unos vaqueros y una camiseta.

Wilson seguía aporreando la puerta.

Abrí y lo dejé entrar, pero fui de inmediato al lavabo. Él me siguió, así que le cerré la puerta en la cara. Fui al baño, me cepillé los dientes y el pelo y me quité el maquillaje con el que me había acostado. Cuando abrí la puerta, Wilson aún esperaba. Me miró la cara recién lavada y fijó la vista en mi boca. Sin decir ni una palabra, me abrazó y enterró la cara en mi pelo. Yo suspiré. Me había pillado con la guardia baja. Me abrazó con más fuerza.

—Creo que ya es hora de acabar con todo esto —me susurró al oído.

Intenté que me soltara para rechazarlo antes de que él me rechazara a mí, así sería más fácil. Pero me sujetó con más fuerza, me tranquilizó y me pidió que callara.

—Chsss... Blue, escúchame.

Me puse rígida e intenté no distraerme con su olor, con la sensación de sus brazos alrededor de mi cuerpo, sus labios en mi pelo o el deseo de que se quedara así.

—¿Acabar con qué? —respondí finalmente.

—Con toda esta incertidumbre.

—¿Qué incertidumbre, Wilson?

—Hay muchas cosas que no sé, pero ahora sé más cosas que antes, Blue. ¿Por qué número vamos? Ya he perdido la cuenta. Recuerdo algunas. Sé que eres brillante. Eres preciosa, sorprendentemente valiente, tienes un sentido del humor algo retorcido, tallas obras de arte y no tótems...

Me relajé en sus brazos y sonreí, apoyada en su pecho.

—Tienes muy mal gusto para los chicos, aunque, como yo estoy entre ellos, igual eso lo tengo que retirar.

—Tiffa dice que tú tienes muy mal gusto para las chicas, así que estamos en paz —interrumpí.

—No tengo mal gusto para las chicas. Al fin y al cabo, estoy loco por ti, ¿no?

—No lo sé, ¿lo estás?

—Sí, Blue. Estoy perdidamente enamorado de ti.

Sentí un cosquilleo que se mezcló con la confusión y la duda.

—¿Y Pamela?

—Besa como una vieja —respondió.

Reí y me quité un peso de encima.

—Ayer le dije que estaba enamorado de ti. Lo curioso es que creo que ella ya lo sabía.

Le agarré la camiseta y respiré hondo, a la espera de las malas noticias, porque sentía que tenía muchas más cosas que decir. Hizo una pausa. Quizás esperaba que yo me declarara. Cuando vio que no decía nada, suspiró y siguió hablando.

—Pero también tengo dudas. No sé qué sientes por mí. A veces pienso que sientes lo mismo, pero al minuto siguiente me dices que es todo un juego estúpido. Te digo que estoy perdido sin ti y tú me mandas a hacer puñetas.

—¿Eso es lo que te hace dudar? ¿Que no sabes qué siento por ti? —dije, casi entre risas. Era obvio—. Yo no soy la que ha estado saliendo con otra persona, Wilson. Yo no soy la que piensa que es inapropiado estar conmigo. Yo no he sido la que ha intentado evitar que esto pasara.

—Eso no es una respuesta, Blue. ¿Qué sientes por mí? —preguntó con voz insistente. Me había puesto las manos sobre los hombros y me había

alejado de él para verme la cara.

Yo no podía responder, pero no porque no supiera qué sentía, sino porque lo sabía.

—¿Puedo enseñarte algo? —dije de repente.

Wilson me soltó con frustración y se dio la vuelta. Se pasó una mano por el pelo.

—Por favor. Es para explicártelo. No soy tan buena con las palabras como tú, Wilson.

Me incliné hacia él y le tomé la mano. Tiré de él y lo guie por la casa. Él me siguió, pero era evidente que le había hecho daño al no responderle. Pasamos por la puerta de la cocina que daba al sótano y bajé por las escaleras. No le solté la mano hasta que estuvimos delante de la mesa de trabajo.

Señalé la obra que estaba tallando.

—Esto era ese trozo tan grande de madera que me ayudaste a cargar hace tiempo. Me preguntaste si iba a hacer una réplica a tamaño real de un *Tyrannosaurus rex*, ¿te acuerdas?

—¿Es esto?

Wilson miró con incredulidad el trozo de madera. Todavía era muy grande para ser una talla, pero cuando lo bajamos al sótano era tan voluminoso que no cabía en la mesa de trabajo y habíamos tenido que usar una plataforma para meterlo en la casa. Pesaría más de ciento diez kilos. Ese día empecé a tallar y le quité tantos trozos que pude subir la escultura yo sola a la mesa. Señalé los huecos que había dejado en la madera y que se disponían de forma circular, como si fuera una escalera de caracol construida para las hadas en un bosque. Esa sería mi primera obra para el señor Chen.

—¿Ves que la escultura se crea quitando madera? ¿Ves que casi tallo más madera de la que acabo usando?

Él asintió y se fijó en mis dedos, que acariciaban los valles y las sombras que había creado.

—No se trata solo de lo que la escultura tiene, sino también de lo que no tiene. ¿Comprendes? —pregunté tartamudeando un poco. Sabía qué quería decir, pero no estaba segura de expresarlo bien.

—Creo que sí. Es el vacío el que crea la silueta, la dimensión, la forma...

¿No?

Le sonreí, contenta de que me entendiera. Él me devolvió una sonrisa cargada de ternura y cariño y, por un momento, me dejó sin aliento y se me olvidó de qué estaba hablando.

—Exacto. —Asentí y volví a mirar la escultura que tenía delante—. Jimmy me enseñó que cuando haces tallas, es el espacio negativo el que crea las líneas, la perspectiva, la belleza. El espacio negativo es el que no tiene madera, el que compone las aperturas que, a su vez, crean la forma.

Hice una pausa y respiré hondo. Sabía que tendría que decírselo, que si lo quería (y yo sabía que sí), tendría que hacer que entendiera que había algo en mí que no era fácil de captar. Algo que dificultaría que me quisiera. Debía advertírselo. Me volví hacia él y nuestros ojos se encontraron. Le supliqué con la mirada, sin artificios ni excusas.

—A veces siento que tengo un agujero enorme que me llega desde la barbilla a la cintura. Es un espacio negativo muy grande que me ha tallado la vida, pero no es bonito, Wilson. Algunos días siento que está vacío y es oscuro... y por mucho que lo lime o lo pula, no va a dejar de ser lo que es. Me da miedo dejar que me quieras y que ese agujero se trague tu amor, que te trague a ti.

Wilson me acarició la mejilla. Estaba concentrado en lo que le decía. Tenía el ceño fruncido y me miraba con compasión.

—Pero eso no depende de ti, Blue —respondió amablemente—. No puedes controlar quién te quiere... No puedes negarte a que alguien te quiera, igual que no puedes obligar a nadie a quererte.

Me cogió el rostro con las manos y yo le agarré las muñecas. No sabía si abrazarme a él o si apartarlo para salvarme de lo que me hacía sentir.

—Entonces, te da miedo que te quiera porque temes tener un vacío que no sabes si se puede llenar ni con todo el amor del mundo. Pero mi pregunta es: ¿me quieres?

Respiré hondo y asentí. Me observaba atentamente y cerré los ojos. Sería incapaz de decir lo que sentía si veía su mirada esperanzada, fija en mí.

—Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti —confesé rápidamente—. Y no puede no ser amor, pero no me parece que «te quiero» sean las palabras para expresarlo —balbuceé—. Deseo con ansia que me quieras. Lo necesito, pero no quiero necesitarlo, y me da miedo necesitarlo demasiado.

Los labios de Wilson se acercaron a los míos y me tranquilizó entre besos, demostrándome que él también me necesitaba. Me acarició el pelo, me recorrió los párpados y la comisura de la boca con los labios y mencionó todos los motivos, uno tras otro, por los que me quería. Entonces, sus palabras se convirtieron en poesía: «¿Cómo te quiero? Deja que cuente las formas». Suspiré y él capturó el sonido con un beso. Se me llenaron los ojos de lágrimas, que me cayeron por las mejillas. Él las persiguió con la boca y las atrapó entre sus labios y los míos. Cuando susurré su nombre, lo saboreó, lo lamió y lo bebió. Sus muestras de afecto me hacían sentirme mareada y me aferré a él como si fuera una niña asustada.

Pero no estaba asustada. Estaba pletórica, me sentía ligera, libre. Ingrávida. Y, aunque pasamos el día en mi casa entre besos y caricias intercalados con momentos de charla y de silencio, enredados como si fuéramos serpientes, acordamos, sin que hicieran falta las palabras, que no haríamos el amor. Todo aquello era nuevo para mí, era diferente y me desbordaba. Nos besábamos por el placer que nos provocaba hacerlo. No era una forma de llegar a algo más, sino una experiencia en sí.

Nunca antes había abrazado de aquella forma a nadie, ni me habían abrazado así a mí, sin esperar sexo después. Nunca le había pasado las manos por la espalda a un hombre ni había entrelazado las manos con las suyas mientras él me besaba sin tener la mente dominada por lo que venía a continuación. Con Wilson, no se trataba de lo que vendría después, sino de lo que sucedía en el presente. No nos tocábamos de forma orquestada para cumplir los requisitos de los preliminares. El hecho de tocarnos ya era un acontecimiento en sí mismo, y era erótico y casto, tierno y expresivo.

Era la sesión de besos definitiva, la que imaginaba que tenía lugar en las casas de los adolescentes de todos los Estados Unidos. Cada roce era robado; cada beso, una conquista; cada instante, una carrera contra la hora de volver a casa. Era la clase de besos que parecían prohibidos, porque mamá y papá estaban en el piso de arriba y podían descubrirte. Te dejabas la ropa puesta, la pasión crecía y los besos cobraban una intensidad propia, simplemente por el hecho de que no podías hacer nada más.

Para cuando el sol del atardecer inundó mi comedor, sentía los labios magullados y bonitos, y tenía la cara irritada de achucharnos y abrazarnos, de enterrarla en el cuello de Wilson y de que él hiciera lo mismo conmigo.

Estaba agotada, pero no herida; me sentía saciada, aunque no había tenido que hacer sacrificios; estaba completa y totalmente enamorada. Y era una sensación deliciosa.

Las sombras de una noche perfecta de domingo llenaron el comedor antes de que ninguno de los dos hubiera mencionado siquiera el futuro. Asaltamos los muebles de la cocina para buscar algo de comer y descubrimos lo que yo ya sabía: que no tenía nada en aquella cocina. Al final, pedimos comida china a domicilio y esperamos con ansias a que llegara mientras, hambrientos, nos distraíamos con ositos de gominola y confesiones.

—Fui yo quien quitó los tapones a todos tus rotuladores.

—¿De verdad? ¿Y fuiste tú quien al día siguiente me trajo unos nuevos?

—Sí, me sentía mal. No sé qué me entró. Intentaba atraer tu atención de las formas más desagradables posibles, como cuando los niños pequeños tiran piedras a las niñas que les gustan a la hora del recreo.

—Entonces, supongo que fuiste tú la que puso una foto subida de tono en el proyector para que, cuando lo encendiera, todos tus compañeros la vieran.

—Culpable.

—¿Y aquella vez que me cerraron la funda del violonchelo con candado?

—Sí, también fui yo. Eso fue solo una broma. Además, te puse la llave en el bolsillo de la chaqueta.

—Sí, eso me pareció un poco raro. Qué pena que me pasara dos días intentando abrir el candado con una sierra antes de encontrar la llave.

—Supongo que quería llamar tu atención.

Wilson rio y sacudió la cabeza.

—¿Lo dices en serio? Entraste en clase con los pantalones más ajustados que he visto en mi vida, unas botas de tacón altísimo y la melena alborotada, como si hubieras estado retozando con alguien. Tuviste toda mi atención desde el primer momento.

Me ruboricé, estaba complacida y avergonzada.

—¿Retozando?

Wilson sonrió como un hombre que sabe que ha complacido a su mujer.

—Retozar es lo que hemos hecho durante todo el día, cielo. Es cuando te besas mucho con alguien. Después de la primera semana de clase, estaba convencido de que me había equivocado de profesión. Estaba muy deprimido, y era por tu culpa. Estaba seguro de que, al final, te habría pedido que te borraras de mi clase, porque no aguantaba más. De hecho, ahora que estamos confesándonos... le pedí al orientador académico que me enseñara tu expediente. Después del día que hablamos en clase y me soltaste ese rollo de que no sabías quién eras.

—No es ningún rollo —contesté, dolida.

—Ya, cielo, lo sé —respondió él en voz baja. Yo estaba de morros y Wilson me dio un beso largo.

Volvimos a acurrucarnos y olvidamos la discusión hasta que sonó el timbre y nos separamos rápidamente, lo que nos provocó una risa.

—¡Ya ha llegado la comida!

Corrimos hacia la puerta. Hasta que no empezamos a comernos el pollo con anacardos y el cerdo agridulce, no volví a mencionar su confesión.

—Entonces, ¿miraste mi expediente? ¿Qué encontraste?

Wilson tragó y bebió leche.

—No sabía a qué me enfrentaba por aquel entonces. Eres un caso difícil, Echohawk. ¿Sabías que hay una ficha policial en tu expediente?

Me quedé de piedra con la cuchara entre la boca y el cuenco.

—¿Cómo?

—Cuando encontraron el cadáver de tu padre, reabrieron tu caso o lo poco que tenían de ti. Intentaron identificar a tu madre, por motivos evidentes. Tu padre estaba muerto y a alguien le pareció importante intentar localizar a tu madre. No había gran cosa en la ficha, ni siquiera sé por qué el instituto tenía una copia, aparte de porque estuviste bajo la tutela del estado hasta que cumpliste los dieciocho. Salía el nombre de un agente en el archivo, me fijé en su nombre, no sé por qué. Puede que porque fuera un nombre extraño. Izzard, ¿te suena?

Asentí y volví a empezar a comer.

—Fue uno de los agentes que me encontraron, por decirlo de alguna manera, cuando mi padre desapareció.

Comimos en silencio.

—Me llamaron del laboratorio de Reno. Ya tienen los resultados de la prueba.

Wilson me miró fijamente. El brazo con el que sujetaba el tenedor se detuvo antes de llegar a la boca y yo continué hablando.

—Quieren que vuelva. Me dijeron que habían encontrado una coincidencia. Me lo enseñarán todo. Hace dos semanas que lo sé y hay una parte de mí que quiere subirse al coche e ir a Reno, que tiene muchas ganas de conocer la verdad, pero la otra parte, la parte que pertenece a Jimmy... Esa parte no quiere saberlo. Él era todo lo que yo tenía y no quiero desprenderme de él. No quiero que me digan nada que cambie mis sentimientos hacia él, que cambie nuestra historia.

Pensé en cómo un pequeño acto de amabilidad hacia una niña pequeña había cambiado el destino de Jimmy Echohawk y en cómo había pagado por su compasión de una manera que solo el karma puede amañar. Un pequeño acto lo abrió a una madre desesperada y lo convirtió en el responsable de una niña que estaba más sola en el mundo que él.

—Y me da miedo descubrir algo horrible, siniestro. Estoy cansada de las cosas horribles, como bien sabes. Me hará daño, me arrancará las entrañas, y también estoy cansada de eso. ¿Qué clase de mujer hace lo que hizo ella? ¿Qué clase de madre? Una gran parte de mí no quiere saber quién es, ni quiere saber nada de ella.

Nos quedamos en silencio. Mis palabras, ineludibles y cargadas de ira, nos rodearon como si fueran grafitis en las paredes y destruyeron la paz que antes había entre los dos. Wilson soltó el tenedor y apoyó la barbilla en el puño.

—¿No crees que ya es hora de acabar con todo esto? —Usó las mismas palabras que antes, pero en un contexto completamente diferente.

—¿Acabar con qué? —dije yo.

—Con toda esta incertidumbre —respondió en voz baja, mirándome a los ojos.

Sabía a qué se refería, no me hacía falta oír su respuesta.

—Nos tomaremos unos días libres. Todavía tengo unos cuantos días de asuntos propios, y Beverly lo entenderá.

—¿Y qué haremos?

—Encontrar a tu madre. Y encontrar a Blue.

27. Hielo

Esta vez fuimos en avión. No tuvimos que aguantar ocho horas de coche de ida y otras ocho de vuelta. Ya no tenía la prohibición médica de volar por estar embarazada. Wilson dijo que el trayecto en coche era muy largo y no había motivo para torturarnos de esa manera. Creo que él tenía más ganas de llegar que yo, que fluctuaba entre los nervios y las náuseas.

Nos pusimos en contacto con el laboratorio y con el inspector Moody para avisar de que íbamos para allá. El inspector dijo que vendría a recogernos al aeropuerto, cosa que me sorprendió, ya que no creía que eso fuera el procedimiento habitual, y así se lo hice saber. Se quedó en silencio un momento antes de responder. Su voz destilaba emoción.

—En mi profesión no hay muchos finales felices. Mucha gente sufre, muchas personas se pierden y nunca las encontramos. Para mí, esto es muy importante; todos los del departamento están emocionados. El jefe dijo que era una historia de gran interés humano y tenemos un contacto en el *Reno Review* que se muere por una entrevista. Tú decides si estás interesada en hacerlo. Llamé al inspector Bowles por cortesía profesional y le dije que habíamos encontrado una coincidencia. Él también se alegró mucho.

No dije nada, porque no quería minar su genuino entusiasmo, pero sabía que no hablaría con periodistas. Como un niño pequeño que espera un regalo desde hace mucho tiempo, no estaba dispuesta a abrir mi historia y a compartirla inmediatamente, como si no tuviera valor alguno. Había un tiempo para compartir y un tiempo para saborear. Yo necesitaba guardarme mi historia, examinarla, entenderla. Quizás algún día, cuando no fuera todo tan reciente y doloroso, cuando parte del atractivo de la novedad hubiera

desaparecido, cuando hubiera entendido no solo qué pasó, sino también por qué... Puede que entonces estuviera dispuesta a compartirlo. Pero, en ese momento, no.

Ya había llegado la primavera a Las Vegas, pero en Reno todavía hacía frío. Wilson y yo nos hacíamos un ovillo en los abrigos, porque no estábamos preparados para el gélido aire invernal que nos recibió cuando fuimos a buscar el coche de alquiler. Rechazamos la escolta policial y decidimos que necesitaríamos un vehículo propio, aunque no íbamos a pasar mucho tiempo en Reno. Las respuestas nos esperaban, no tendríamos que buscarlas. Mi vida, mi historia... me la iban a contar como si fuera el guion de una película, con las escenas del crimen y la descripción de los personajes incluidas. Y, al igual que en el guion de una película, nada parecía real, al menos no lo pareció hasta que entramos a la comisaría. Entonces dijeron acción y las cámaras empezaron a rodar, pero yo no me sabía mi parte del diálogo. Tenía pánico escénico de los desconocidos entre el público, de las escenas que no me había estudiado y ya no me podía preparar. Y, sobre todo, no quería que Wilson me viera siendo el foco de atención otra vez más, bajo aquellas luces tan poco favorecedoras, con un argumento tan trágico, violento y triste.

—¿Estás lista, Blue?

No. No.

—Sí —mentí en un susurro. No había vuelta atrás, pero no podía moverme.

Wilson salió del coche y vino hacia mi puerta, la abrió y me alargó la mano. Al ver que no le daba la mía, se inclinó y me miró atentamente.

—¿Blue?

—No quiero que entres. ¡Sabes demasiadas cosas, Wilson!

Me besó la frente.

—Sí, sé cientos de cosas, creo que ya hemos hablado de eso. Hace poco, además.

—¿Qué pasa si me dicen algo y lo que sientes por mí cambia?

—¿Qué podrían decirme para que cambie lo que siento por ti? Tenías dos años cuando tu madre te abandonó. ¿Piensas que nos van a decir que eras una camello en miniatura? ¿La más joven del mundo? ¿O una asesina? O... ¡Oh, no! Un niño. Puede que fueras un niño. Me costaría adaptarme a eso, lo

confieso.

Se me escapó una carcajada como si fuera un globo amarillo y yo intenté aferrarme a ese destello de alegría que Wilson siempre conseguía sacarme. Enterré la cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro e inspiré su aroma. Tranquilidad, desafío y esperanza combinadas en una fragancia limpia.

—Blue, sea lo que sea lo que nos digan hoy, solo hará que te quiera más. Tienes razón, sé demasiadas cosas y, por eso mismo, no hay nada que me puedan decir que vaya a hacer que dude de ti o de lo que siento por ti.

—De acuerdo —susurré antes de darle un beso justo encima del cuello del abrigo.

Tembló y abrazó.

—De acuerdo —repitió él con una sonrisa en la voz—. Vamos.

Me presentaron al sargento Martínez, que había llevado el caso dieciocho años atrás, junto con otras personas que se camuflaron en el entorno casi tan rápidamente como me las habían presentado. También estaba allí Heidi Morgan, del laboratorio estatal de criminalística, y ella, el sargento Martínez y el inspector Moody nos acompañaron a una sala en la que había un archivador muy grueso en el centro de la mesa. Nos sentamos alrededor de él y Heidi Morgan añadió un archivo suyo. La reunión empezó sin más preámbulos.

Heidi habló sobre el ADN y los marcadores de ADN. Me enseñó una gráfica que comparaba mi ADN con el de mi madre. Parte de la información que me daba me la habían explicado cuando fui a hacerme la prueba de ADN unos meses antes, pero esta vez tenían los resultados y la explicación fue más detallada.

Heidi me miró y sonrió.

—Estamos seguros de que, efectivamente, eres la hija biológica de Winona Hidalgo.

—¿Así se llamaba? —Repetí el nombre para ver si me impactaba—: Winona Hidalgo.

Pensé que a lo mejor al decirlo recordaría algo, que sentiría algo al oírlo,

pero me era completamente ajeno, no tenía nada especial, era como el nombre de Heidi Morgan o de Stan Martínez. Era como si nunca lo hubiera oído.

Entonces fue el sargento Martínez el que tomó la palabra. Cuando abrió el archivo, Wilson me agarró la mano por debajo de la mesa y yo la apreté. Estaba sin aliento.

—Winona Hidalgo fue asesinada en el motel Polizón el 5 de agosto de 1993. Cuando falleció, ella tenía diecinueve años, de hecho, los cumplió el 2 de agosto, tres días antes.

—¿La asesinaron? —grité. No sé qué esperaba que hubiera pasado, pero, desde luego, no un asesinato.

—Encontramos parafernalia en la escena del crimen y los análisis de sangre revelaron que tenía drogas en el cuerpo, pero su bolso y su coche habían desaparecido y tenía contusiones en la parte trasera de la cabeza. Al parecer, la señorita Hidalgo había ganado cinco mil dólares en las tragaperras de un parador de camiones un par de días antes y, cuando murió, llevaba encima un buen fajo de billetes. La asesinaron por el dinero. Según el análisis de toxicología, parece que iba puesta y quería otra ronda. El camello vio que era una presa fácil, le robó el bolso y le golpeó la cabeza contra la mesilla de noche. No había indicios de forcejeo y no teníamos testigos. Pero conseguimos las imágenes de una cámara de seguridad en las que se ve como su coche abandona la escena y se aprecia bastante bien al conductor. Fue un caso claro y sencillo. Hasta que algunos parientes lejanos nos avisaron de que había un bebé y entonces el caso se estancó. Desapareciste de la faz de la tierra.

»Esta es una foto suya. Es del carné de conducir, o sea que tenía unos dieciséis años. —El inspector Martínez me acercó una foto ampliada.

Cuando le miré el rostro, me vi a mí misma. Wilson, a mi lado, contuvo el aliento y me apretó la mano con fuerza.

—Se parece mucho a ti, Blue —susurró—. Tiene los ojos diferentes y tú tienes la piel más clara, pero la sonrisa y el pelo son iguales.

—Sí, nosotros también nos dimos cuenta inmediatamente y, en cuanto te conocimos, en octubre, estábamos muy seguros de haber encontrado a la hija de Winona. Aunque, evidentemente, no podíamos decir nada por entonces.

El inspector Moody sonrió y yo intenté devolverle el gesto.

El carné de conducir de Winona Hidalgo la describía como una mujer de pelo negro y ojos marrones. Decía que era de etnia india americana. Medía un metro sesenta y dos y pesaba unos cincuenta y tres kilos. Yo era más alta que ella, pero igual de delgada. No podía dejar de mirarla. No parecía mala, era solo una niña.

—Al principio, las autoridades locales se encargaron de notificar la muerte a los familiares, pero cuando la búsqueda de la hija... Bueno, cuando tu búsqueda se estancó, el inspector Moody y yo fuimos personalmente a hablar con la familia.

—¿Tengo familia? —Volví a notar que se me revolvía el estómago, esta vez con más fuerza, porque sentí que me estaban robando la pequeña identidad que tenía.

—Tienes una abuela: Stella Hidalgo, la madre de Winona. Vivías con tu madre en la casa de tu abuela hasta que Winona se marchó contigo cuando tenías unos dos años. Stella Hidalgo vive en Utah, en la reserva india de los *paiute*. Nos hemos puesto en contacto con ella. Tiene muchas ganas de verte.

—¿Sabe mi abuela quién es mi padre?

—Sí, tu padre biológico se llama Ethan Jacobsen.

Sacaron otra foto del archivo y me la acercaron. Un chico con pelo rubio y de punta y ojos azules miraba al objetivo con seriedad. Tenía la espalda ancha y cuadrada y lucía con orgullo la camiseta roja de un equipo de fútbol americano con el número trece en el pecho. Parecía una foto del anuario, una de las que toman de cada jugador del equipo, en las que los chicos intentan parecer más grandes y duros de lo que son realmente.

—He visto esa expresión antes —murmuró Wilson.

Nuestros ojos se encontraron y me miró con ternura.

—La vi el primer día que te conocí. La interpreté como tu mirada de «vete a hacer puñetas».

La sala se quedó en silencio, porque, al parecer, todos entendieron que necesitaba un minuto para asimilar tantas emociones. Finalmente, el inspector Martínez continuó:

—Según Ethan Jacobsen, y según Stella Hidalgo, Ethan no quiso saber nada de Winona cuando ella le dijo que estaba embarazada. La familia del chico le suplicó que diera al bebé en adopción. Cuando tenías unos dieciocho

meses, le dieron dinero a Winona, Stella Hidalgo lo confirmó, pero Winona se fue al poco tiempo y no te volvieron a ver nunca más.

»Ethan Jacobsen está casado y tiene hijos ahora, pero nos dio una muestra de ADN cuando encontramos el cadáver de Winona y anunciamos tu desaparición. Su ADN también estaba en los datos del NCIS y también lo comparamos con el tuyo.

Heidi Morgan interrumpió:

—Hemos confirmado que el ADN de Ethan Jacobsen también coincide con el tuyo, por eso tardamos más de lo que te dijimos en tener los resultados.

El inspector Moody volvió a hablar. Tenía los ojos serios, no sonreía.

—Nos hemos puesto en contacto con el señor Jacobsen y le hemos dicho que te habíamos encontrado. Parecía conmocionado, como es comprensible. Nos ha dado sus datos de contacto y su dirección y nos ha dicho que depende de ti, si quieres ponerte en contacto con él.

Asentí, la cabeza me daba vueltas. Sabía los nombres de mis padres, sabía qué aspecto tenían. Tenía una abuela que me quería ver. Solo faltaba una cosa.

—¿Cómo me llamo?

El inspector Martínez tragó con dificultad y al inspector Moody se le llenaron los ojos de lágrimas. Ambos parecían tan abrumados por la situación como yo.

—El nombre de tu certificado de nacimiento es Savana Hidalgo —respondió el inspector Martínez con voz ronca.

—Savana —dijimos Wilson y yo a la vez.

La emoción me venció.

—¿Savana? Solo Jimmy habría apreciado la ironía. —Las palabras me temblaron en los labios.

Wilson inclinó la cabeza confundido. Yo se lo expliqué. Se me atragantaron las palabras y me empezaron a caer lágrimas por las mejillas.

—Cuando era pequeña, fingía que mi nombre era Sapana, que es casi idéntico a Savana. Sapana es el nombre de la niña de un cuento nativo americano que subía al cielo y era rescatada por un halcón. Yo siempre le decía a Jimmy que, por su apellido, él era el halcón y yo era Sapana. Él decía

que era más bien como el hombre puercoespín, pero yo nunca entendí a qué se refería, pensaba que lo decía de broma. Ahora entiendo que se debía sentir mal por no haber avisado a la policía. Supongo que eso era una gran carga para él, pero no lo siento. —Miré a las personas que estaban en la habitación y luego a Wilson—. Fue un buen padre. No hizo daño a mi madre ni me secuestró...

—¿Te preocupaba que te hubiera secuestrado? —me interrumpió Wilson.

—A veces sí, pero luego recordaba a Jimmy y cómo era. Es como lo que tú has dicho, Wilson. Lo conocía demasiado para dudar de él. No lamento que decidiera llevarme con él. Nunca lo haré. Sé que puede ser difícil de entender, pero es lo que siento.

No era la única que necesitaba un momento para recomponerse, así que hicimos una pausa para secarnos las lágrimas antes de que el inspector Martínez continuara.

—Naciste el 28 de octubre de 1990.

—Dos días antes del cumpleaños de Melody —comenté conmovida una vez más.

—También nos trajiste la muestra de ADN para saber quién eras el día 28 de octubre —comentó Heidi Morgan—. Qué coincidencia más interesante.

—Tengo veintiún años —dije sorprendida. Como la mayoría de gente joven haría, me alegré al oír que era mayor de lo que pensaba.

—Pero en el carné de conducir pone que tienes veinte, así que no vas a poder salir por los bares ni los casinos esta noche —bromeó Wilson.

Todos rieron y liberamos parte de la tensión emocional que se acumulaba en la habitación.

—Puedes mirar todo lo que quieras del archivo, pero hay fotos de la escena del crimen y otras cosas que quizás preferirías no ver. Las imágenes están en los sobres, todo lo que sabemos está en el archivo. Si quieres, te podemos dejar sola. Ahí tienes la información de contacto de tu abuela y la de tu padre. Tu abuela aún vive en la reserva, pero él vive en Cedar City, en Utah, que no está muy lejos de aquí.

Wilson y yo pasamos una hora mirando el contenido del archivo, intentando entender mejor quién había sido mi madre. No había mucho por descubrir. Lo único que me sorprendió fue que, cuando robaron el coche de

mi madre, había una manta azul en el asiento trasero. La habían descrito como una manta con elefantes grandes y azules sobre un fondo de un tono de azul más claro. Era evidente que era para un niño pequeño. Había una foto de la manta que habían aportado como pruebas de una posible escena del crimen secundaria.

—Azul. —La palabra me salió por la boca a la vez que me vino un recuerdo a la mente—. Era el nombre de la manta.

—¿Cómo? —Wilson miró la foto que yo observaba.

—Era mi manta.

—¿Y la llamabas Azul?

—Sí. ¿Por qué recuerdo la manta, pero no la recuerdo a ella, Wilson?

Mi voz sonó firme y, sin embargo, sentía el corazón dolorido y magullado. No sabía si podría aguantar más. Alejé los documentos de un empujón, me levanté y empecé a caminar de un lado al otro de la sala hasta que Wilson se levantó y me abrazó. Me acarició el pelo y me dijo:

—No es tan difícil de entender, cielo. Yo tenía un perro de peluche que mi madre tuvo que arrancarme de las manos de lo sucio y viejo que estaba. Lo había lavado cientos de veces a pesar de que llevaba una etiqueta en el culo que avisaba de que se desintegraría. Chester sale en todas las fotos que tengo de niño, literalmente. Decir que estaba muy unido a él sería quedarme corto. Puede que a ti te pasara lo mismo con la manta.

—Jimmy dijo que no paraba de decir «azul»... —La pieza del *puzzle* encajó y me callé a media frase—. Jimmy dijo que no paraba de decir «azul» —repetí—... Por eso me llamó Blue.

—¿Así es cómo decidió tu nombre? —Wilson parecía incrédulo, pero una expresión de comprensión le cruzó el rostro.

—Sí... Supongo que lo que quería era mi manta. Lo normal sería que la hubiera dejado conmigo, que me hubiera tapado con ella cuando me dejó en el asiento delantero del coche, que hubiera sabido lo asustada que estaría y que necesitaría la maldita manta.

Empujé a Wilson para que me soltara, necesitaba respirar, pero sentía tanta presión en el pecho que me resultaba imposible inhalar. Sentí que me estaba resquebrajando, las grietas del fino hielo sobre el que había caminado toda mi vida crecían a la velocidad de la luz. Y entonces me sumergí en el dolor, que me consumió. Intenté respirar, salir a la superficie, pero tenía

plomo en los pies y me hundía rápidamente.

—Ya es suficiente por hoy, Blue. —Wilson me cogió y abrió la puerta. Hizo señas a alguien que había al otro lado de la puerta.

—Ya no puede más —escuché que decía.

De repente sentí a alguien más a mi lado. Se me nubló la vista y la oscuridad se cernió sobre mí. Noté que me sentaban en una silla y me colocaron la cabeza entre las piernas.

—Respira, Blue. Vamos, cariño. Respira hondo —me canturreó Wilson al oído.

Se me despejó la cabeza un poco y el hielo de mis venas empezó a derretirse. Tomé aire una vez y, luego, unas cuantas más. Cuando se me aclaró la vista, solo tenía una petición:

—Quiero irme a casa, Wilson. No quiero saber nada más.

Nos fuimos de la comisaría con una copia del archivo. Wilson insistió en que me la llevara y en que guardara también la información de contacto de la gente con la que compartía sangre, pero con la que nunca había compartido mi vida. Quería lanzar el archivo por la ventanilla del coche y dejar que las páginas se esparcieran por la carretera en la oscuridad de la noche de Reno, quería que las páginas volaran y que aquella historia tan trágica nunca se volviera a contar y se olvidara.

Pedimos comida para llevar y comimos en el coche, estábamos demasiado cansados para salir del vehículo o para conversar, pero estábamos a ocho horas de casa y nuestro vuelo no salía hasta las ocho de la mañana del día siguiente, así que fuimos a un hotel y reservamos una habitación para una noche. Wilson no me preguntó si quería una habitación para mí sola. No la quería. En la habitación había dos camas dobles y, tan pronto como nos registramos en recepción, me cepillé los dientes, me quité los vaqueros y me metí en una cama. Me quedé dormida inmediatamente.

Soñé con tiras de muñecas de papel que tenían la cara de mi madre y con mantas de todos los colores excepto el azul. Soñé que seguía en el instituto y que paseaba por pasillos infinitos en busca de Wilson, pero solo encontraba niños que no sabían cómo se llamaban. Cuando me desperté, tenía los ojos

llenos de lágrimas y el estómago revuelto, porque estaba convencida de que Wilson se había ido de Reno mientras dormía. Pero él seguía allí, en la cama de al lado, con los brazos alrededor de una almohada y su pelo oscuro contrastaba con las sábanas blancas. La luz de la luna lo bañaba y yo lo contemplé mientras dormía, durante un largo tiempo, y memoricé el contorno de su barbilla, el abanico de pestañas largas que le rozaban las esbeltas mejillas y le miré los labios mientras suspiraba en sueños.

Entonces, sin pensar, me metí en la cama con él, me acurruqué contra él con la cabeza en su espalda y le rodeé el pecho con los brazos. Quería pegarme a él, que nuestras pieles se fusionaran, asegurarme de que era mío. Le besé la espalda y le pasé las manos por debajo de la camiseta, le acaricié el abdomen firme y subí hasta el pecho. Sentí cómo se despertaba y se volvía hacia mí. Las sombras le taparon el rostro cuando lo colocó encima del mío. La luz de la luna vestía de blanco su silueta y, cuando alargué las manos para tocarle la cara, se quedó inmóvil. Me dejó que le acariciara los rasgos con las yemas de los dedos y que le besara la barbilla, los párpados y, finalmente, los labios. Entonces, sin decir ni una palabra, me hundió sobre la almohada y me tomó de las manos. Me quedé sin aliento, expectante, cuando me apretó contra su pecho. Mis manos quedaron atrapadas entre nuestros cuerpos.

Pero no me besó en los labios ni me acarició la piel. No me susurró palabras de amor ni de deseo. Se colocó mi cabeza bajo la barbilla y me abrazó con tanta fuerza que no me podía ni mover. No me soltó y yo me quedé atónita y sorprendida. Esperé a que me soltara, a que sus manos me tocaran y a que moviera el cuerpo contra el mío. Pero él siguió envolviéndome en sus brazos. Respiraba a un ritmo constante y no se movía. Y fue ahí, en el círculo que formaban sus brazos, que me agarraban con tanta fuerza que no podía temer perderlo, donde me quedé dormida.

28. Amargo

Cuando me desperté la mañana siguiente, Wilson ya se había levantado, duchado y afeitado, pero tenía los ojos cansados y me pregunté si el hecho de que me hubiera abrazado toda la noche le había pasado factura. Además, estaba un poco avergonzada de que me hubiera rechazado, aunque lo hubiera hecho con ternura. No actuaba de forma extraña ni parecía incómodo, así que dejé a un lado mis sentimientos heridos, me duché y desayuné rápidamente para que pudiéramos volver a casa. Estaba preocupada y callada, y Wilson estaba introspectivo y taciturno. Para cuando finalmente cruzamos la puerta de Pemberley, ambos necesitábamos nuestro espacio, porque el peso de las últimas veinticuatro horas se cernía sobre nosotros como una nube de tormenta. Wilson llevó mi equipaje hasta el interior de mi piso y se detuvo antes de marcharse.

—Blue, sé que estás cansadísima; yo estoy reventado y no ha sido a mi mundo al que le han dado la vuelta una y otra vez durante estos últimos meses, pero tienes que llegar al fondo de esto —me suplicó.

—Lo sé, Wilson.

—¿Quieres que la llame? Puede que eso haga que el siguiente paso sea más fácil.

—¿Significaría eso que soy débil? —pregunté. Deseaba que se encargara él, pero no quería tomar el camino fácil, si eso significaba que era una cobarde.

—Solo estás delegando, cielo. Para asegurarte de que lo hacemos, pero sin acabar hecha un desastre.

—Entonces sí, por favor. Estaré lista cuando ella lo esté.

Resultó que Stella Hidalgo era más fuerte que yo, porque estuvo lista inmediatamente, así que Wilson y yo nos subimos al Subaru y nos dirigimos a Saint George, en Utah, a la mañana siguiente. Wilson y yo habíamos dormido al menos doce horas, cada uno en su cama, separados, cosa que me preocupaba, principalmente porque no sabía cómo interpretarlo. Wilson era un chico totalmente diferente a los que yo estaba acostumbrada. Era un caballero en un mundo de chicos que se llamaban Mason y Colby. Y me asustaba que el hecho de que yo no fuera precisamente una señorita fuera un problema.

—Dime, ¿qué se siente? —le supliqué mientras pensaba en la tarea que tenía por delante.

—¿Qué se siente cuándo? —respondió sin apartar la mirada de la carretera.

—Al ver a tus padres biológicos por primera vez. ¿Qué les dijiste a los tuyos? Tiffa me contó que fuiste solo. Evidentemente, eres mucho más valiente que yo, yo no podría hacer esto sola.

—Las circunstancias son completamente diferentes, Blue. No quiero que pienses nunca que no eres valiente. Eres la chica más valiente que conozco y eso, cielo, es un cumplido. Yo tenía dieciocho años cuando conocí a mis padres biológicos. Mi madre mantuvo el contacto con ellos por si algún día los quería conocer. Pensó que llegaría un momento en el que ellos serían importantes para mí. Mi padre se oponía, pensaba que era innecesario y estaba seguro de que eso me distraería. Me quedaba solo un semestre para graduarme y me había enterrado en los estudios, algo que debo admitir que era muy normal en mí. Conseguí hacer cuatro años de instituto en dos y medio gracias a un horario que hicimos mi padre y yo. Mi padre era muy decidido y yo pensaba que, para ser un hombre, tenía que ser igual que él. Pero tenía vacaciones y estaba nervioso e irritable y, sinceramente, era un barril de pólvora a punto de explotar. Así que me fui a Inglaterra, a casa de Alice, y busqué a mis padres —acabó Wilson sin pensar, como si no tuviera importancia—. Mi madre y yo pensamos que podríamos ocultar el secreto a

mi padre —muy mala idea—, pero eso es otra historia.

—¿Cómo fue? —lo incité a continuar.

—Horrible —respondió rápidamente—. Una experiencia reveladora y muy confusa.

Como no sabía qué responder a eso, esperé en silencio y vi cómo se le reflejaban los pensamientos en la cara. Se quedó en silencio, perdido entre los recuerdos.

—Cuando conocí a mi padre biológico, lo primero que pensé fue que parecía un holgazán —confesó—. Después de hablar con él durante unas horas, de pasear con él y ver su vecindario y de conocer a sus amigos, mi opinión cambió un poco. Fuimos a un bar donde le gustaba tomarse una cerveza cuando acababa de trabajar. Se llamaba Wally's. Todo el mundo allí parecía conocerlo y les caía bien a todos. Bert es municipal.

—¿Municipal?

—Sí, policía municipal. Y su profesión no parecía concordar en nada con su personalidad. Es una persona muy jovial, un espíritu libre. Yo siempre había pensado que los policías eran tipos duros y callados.

—¿Quizás hombres como tu padre?

—¡Sí! Como John Wilson. Decidido, duro, serio. Y Bert Wheatley era de todo menos serio o decidido. Dijo que se hizo policía porque le encantaba el vecindario. Le gustaba estar con la gente y, de pequeño, siempre había querido conducir un coche con luces y sirena. —Wilson rio y negó con la cabeza—. ¡Es lo que me dijo! Recuerdo que pensé que estaba loco.

Wilson me miró como si esperara que lo regañara por lo que acababa de decir, pero yo no dije nada.

—Pero también me di cuenta de otras cosas. Bert parecía satisfecho. Y era muy divertido estar con él. —Wilson volvió a reír, pero había dolor en su risa—. En eso también era muy diferente a mi padre. John Wilson nunca estaba satisfecho, casi nunca estaba contento y, la mayoría de veces, estar con él no era una experiencia placentera. —Wilson sacudió la cabeza y cambió de tema—. Mi madre biológica se llama Jenny. Evidentemente, nunca se casó con Bert. Se casó con Alistair Woodrow, un lampista. Alistair el lampista —dijo Wilson. Y con su marcado acento británico, parecía rimar: «Alista el lampista».

Intenté no reír. Llegados a este punto, ya casi nunca me fijaba en su

acento... Casi nunca.

—Ella y Alistair tienen cinco hijos y una casa que parece un zoológico. Pasé allí una hora o dos, hasta que Alistair llegó a casa del trabajo. Entonces, Jenny y yo nos escapamos y tomamos un té en una cafetería que estaba cerca, donde los diablillos no podían interrumpirnos.

—¿Te cayó bien Jenny?

—Mucho. Es muy agradable. Le encantan los libros y la historia, y también citar poemas.

—Como a ti.

Wilson asintió.

—Tenemos mucho en común, cosa que me alegró, debo decir. Hablamos de todo. Me preguntó por las cosas que les interesan a las madres: mis deseos y sueños, si tenía o novia no... Le dije que no tenía tiempo para las chicas y que la historia y los libros eran, por el momento, los amores de mi vida. Hablamos sobre los estudios y me preguntó por mis planes de futuro. Yo le solté mi plan para los siguientes diez años, que incluía estudiar, ir a la facultad de Medicina y trabajar con mi padre. Ella pareció sorprendida cuando le conté mis objetivos profesionales. Y me preguntó: «¿Qué pasa con los amores de tu vida?».

—¿Le preocupaba tu vida amorosa? Solo tenías dieciocho años — protesté, agradecida de que él no tuviera un pasado como el mío.

—No, no le preocupaba mi vida amorosa, sino «los amores de mi vida» —repitió Wilson—. La historia y los libros.

—¡Ah! —respondí al entenderlo.

—Conocer a mis padres hizo que, por primera vez en la vida, me cuestionara a mí mismo. De repente, me planteé si realmente quería ser médico. Pensé en qué me haría feliz. Pensé en luces y sirenas —dijo. Los labios le dibujaron una tímida sonrisa—. Pensé en que quería compartir todo lo que había aprendido con quien me quisiera escuchar. De hecho, volví locos a mis padres y hermanas recitando poemas y compartiendo datos históricos.

—¿San Patricio?

—San Patricio, Alejandro Magno, Leónidas, el rey Arturo, Napoleón Bonaparte y muchísimos más.

—Y estudiar Medicina perdió su atractivo.

—A mí nunca me había atraído y, en cuanto me di cuenta, le dije a mi padre que no estudiaría Medicina. Esperé hasta graduarme y fui haciendo planes mientras mi padre me organizaba el futuro. Le dije que quería enseñar, con un poco de suerte en la universidad, algún día. Le dije que quería escribir y dar clases y, con el tiempo, sacarme un doctorado en Historia. Descubrió que me había puesto en contacto con mis padres biológicos y dijo que eso era lo que me había hecho cambiar de opinión. Se enfadó muchísimo conmigo y con mi madre. Nos peleamos, gritamos, me fui de casa, llamaron a mi padre para que fuera al hospital y nunca volví a verlo con vida. Esa historia ya la has oído.

Wilson suspiró con fuerza y me pasó una mano por el pelo.

—¿Por eso dijiste que conocer a tus padres fue horrible? ¿Porque hizo que todo cambiara?

—No, aunque, supongo que es otra forma de ver las cosas. Fue horrible porque estaba muy confundido y perdido, y nunca me había sentido así. Lo sé, he tenido una vida privilegiada, ¿verdad? —Se encogió de hombros—. Conocí a dos personas que eran muy diferentes a la gente que me había criado. No eran ni mejores ni peores, simplemente diferentes. Y no estoy criticando a mis padres. Fueron muy buenos padres y me querían, pero mi mundo se tambaleó. Por un lado, estaba muy confundido sobre por qué Jenny y Bert no intentaron arreglar las cosas por mí. ¿Tan poco había significado para ellos que me pasaron al primer médico rico casado que vieron y se fueron con toda tranquilidad?

Hice una mueca de dolor, aunque mi mente sabía que no hablaba de mí. Aun así, me sentía culpable. Me pregunté si Melody se haría la misma pregunta algún día. Wilson siguió hablando:

—Por otro lado, me di cuenta de que no quería las cosas que siempre había pensado que quería. Deseaba hacer cosas que me hicieran feliz y anhelaba la libertad que nunca había tenido. Y sabía que eso significaba que tendría que tomar un camino muy diferente al que seguía en aquellos momentos.

—Lo entiendo —susurré.

—Sí, lo sé.

Nuestros ojos se encontraron y sentí un fuego en mi interior que hizo que

el corazón se me detuviera poco a poco en el pecho. ¿Cómo podía mirarme de esa manera y abrazarme toda la noche sin ni siquiera darme ni un beso?

—La última semana en Inglaterra me fui de Mánchester y tomé un taxi para ir a Londres. Alice es mucho menos protectora conmigo que el resto de la familia, así que se encogió de hombros y dijo: «Pásatelo bien, ve con cuidado de que no te maten y asegúrate de volver en una semana para pillar el vuelo de vuelta a casa». Quedé con algunos compañeros del instituto y me pasé la semana borracho y haciendo cosas que me avergüenzo de contar.

—¿Cómo qué? —dije medio horrorizada y medio intrigada por el hecho de que quizás Wilson no fuera tan perfecto como parecía.

—Estaba tan desesperado por tener compañía que perdí la virginidad y no me acuerdo de casi nada. Pero no me detuve ahí: salí todas las noches, fui de fiesta en fiesta y de chica en chica y cada vez me sentía peor. Intentaba restaurar el equilibrio haciendo cosas que me aturdieran. ¿Tiene sentido?

Asentí. Sabía exactamente a qué se refería. Yo entendía ese aturdimiento.

—Uno de mis amigos tuvo que llevarme a Mánchester y se aseguró de que subía al avión y de que volvía a Estados Unidos de una pieza. A lo largo de los siguientes seis meses, conseguí hacer que la cabeza dejara de darme vueltas y recobré el equilibrio, casi por completo. Pero en muchos aspectos, acompañarte en este viaje ha supuesto un viaje para mí también. Me entiendo a mí mismo y entiendo a mis padres, a los cuatro, mucho mejor ahora.

Pasamos gran parte del trayecto sin hablar. Luego le pregunté lo que me había estado atormentando desde que me había despertado sola esa mañana.

—Wilson, ¿qué pasó en Reno? Quiero decir, pensaba que querrías... ¿Es que no te atraigo?

Me sentí como si le estuviera pidiendo al *quarterback* del equipo del instituto que fuera conmigo al baile de graduación y me temblaron las rodillas.

Wilson se echó a reír. Yo hice un gesto de dolor e intenté no desplomarme en el asiento ni cubrirme la cara para ocultar el rechazo. Wilson debió de ver mi cara de humillación, porque pisó el freno, hizo algunos cambios de carril ilegales y se detuvo en el arcén con los indicadores de emergencia puestos. Me miró y negó con la cabeza, como si no entendiera que pudiera pensar algo así.

—Blue, si fuera por la atracción que siento por ti, tú y yo nunca

habríamos vuelto de Reno: seguiríamos en la habitación de ese hotel mugriento, en pelotas y pidiendo comida al servicio de habitaciones o, más bien, a la pizzería de la esquina. Pero para mí, cuando estoy contigo, el sexo no es el objetivo. ¿Lo entiendes?

Dije que no con la cabeza. No, no lo entendía para nada.

—Cuando te metiste en mi cama en Reno, no pude dejar de pensar en cómo me sentí en Londres aquella semana en la que lo hice más veces de las que cualquier adolescente podría desear y de lo mal que me sentí cuando acabó. No quería que nuestra primera vez fuera así para ti. Estabas destrozada emocionalmente aquel día, igual que yo en Londres, y me necesitabas, pero no de esa forma. Algún día... Pronto, con algo de suerte (porque, si vuelvo a pasar otra noche como esa, moriré por combustión espontánea), me desearás porque me quieres y no porque estés perdida, desesperada o asustada. Ese es el objetivo.

—Pero Wilson, yo te quiero —insistí.

—Y yo a ti. Te amo ardientemente —respondió retorciéndome el pelo con los dedos y tirando de mí hacia él.

—¿*Orgullo y prejuicio*?

—¿Cómo lo has sabido?

—El señor Darcy me vuelve loca.

Darcy me respondió capturando mi boca con la suya y me demostró ardientemente su cariño.

29. Verdad

Si no hubiera sido por el bocinazo de la camioneta de diésel que hizo que el Subaru temblara al pasar por el lado, habríamos llegado muy, muy tarde a la cita con mi abuela. Encontramos la casa de Stella Hidalgo a las afueras de la reserva de indios *shivwit*, después de retroceder unas cuantas veces con el coche y de tener que consultar el GPS de Wilson, que al parecer no funcionaba muy bien en las reservas indias, bueno, ni en Utah en general. Yo solo había estado en la zona de Saint George una vez que fui de excursión con el colegio, pero recordaba las rocas rojas y las mesetas que resaltaban contra el cielo azul y la arena del desierto. Era un paisaje tan árido e inhóspito como hermoso y me pregunté por un instante cuántos de mis antepasados habrían sobrevivido en esa área cientos de años antes de que llegaran todas las comodidades modernas. El agua escaseaba y seguro que la comida aún más, y tener cualquier cultivo habría sido casi imposible.

Nos acercamos a la casa de Stella Hidalgo, una vivienda de una planta con revestimiento blanco y postigos rojos que necesitaba una mano de pintura. Era bonita, pero escueta y el jardín era muy sencillo, solo tenía rocas del desierto y árboles de Josué. Cuando bajamos del coche, estábamos tan callados que oía los latidos de mi corazón, que resonaban como un tambor antiguo. Stella Hidalgo abrió la puerta antes de que llegáramos a la entrada.

Era una mujer enjuta y de estatura media. Seguramente rondaba los sesenta años, aunque tenía una belleza atemporal que dificultaba saberlo con exactitud. Tenía el rostro terso y el pelo lleno de canas entre los mechones negros, con la raya al lado. Le llegaba a la altura de los hombros. Llevaba un vestido blanco holgado y pantalones blancos y tenía la piel de un tono

moreno dorado, que contrastaba con el pálido atuendo. También llevaba sandalias blancas y turquesas en las orejas y alrededor de las muñecas y del cuello. Tenía el aspecto de una mujer que sabe cómo presentarse ante el mundo porque se siente segura con lo que ve en el espejo. Nos invitó a entrar y lo único que dejó ver que estaba tan nerviosa como yo fue un temblor en la mano cuando hizo señas para que pasáramos.

—La policía me ha contado muy poco de tu vida. —La voz de Stella Hidalgo era suave y sofisticada—. De hecho, cuando el inspector Martínez me llamó la semana pasada para decirme que habían encontrado una coincidencia de ADN, me explicó detenidamente que, como eres legalmente adulta y tienes derecho a privacidad, te animarían a que te pusieras en contacto conmigo, pero que eras tú la que tenía que tomar la decisión. Ni siquiera me dijo tu nombre, no sé cómo llamarte.

—Puedes llamarme Blue —respondí mientras le extendía la mano.

Ella me la apretó. No sería Savana Hidalgo ni Savana Jacobsen, ni nada por el estilo. Era Blue Echohawk y eso no iba a cambiar.

—Te pega mucho —contestó con una sonrisa temblorosa—. Llámame Stella.

La mujer miró a Wilson y esperó a que se presentara.

—Hola. Soy Darcy Wilson, pero todo el mundo me llama Wilson. Estoy enamorado de Blue. —Wilson le tendió la mano.

Stella sonrió y se le marcaron los hoyuelos cuando oyó el acento de Wilson.

—¡Qué bien! —dijo entre risas.

En ese momento, quise a Wilson más que a nadie en el mundo. Gracias a su encanto, las manos de Stella se volvieron más firmes cuando nos enseñó el interior de su casa y nos invitó a sentarnos en el sofá, que estaba cubierto con una manta de colores y delante del cual había unas sillas de color marrón oscuro. En las paredes había colgados varios premios y una foto en la que aparecían Jimmy Carter, o al menos eso juraría, y una mujer que supuse que era mi abuela con treinta años menos. No sé qué había esperado cuando el sargento Martínez me dijo que Stella Hidalgo vivía en una reserva india, pero, desde luego, no era eso. Tenía unas cuantas fotos sobre la repisa de la chimenea y una manta muy grande de estilo indio cubría el suelo de madera. Yo no sabía nada de los indios *paiute*, ni de su vestuario ni de su historia ni

de su estilo de vida, aunque esperaba que aquella mujer me enseñara algo al respecto algún día, porque era parte de mi historia.

Stella no me quitaba los ojos de encima, era como si no se creyera que estaba allí. Dejé que mirara hasta que se saciara e hice lo mismo con ella. La situación era surrealista y yo me preguntaba qué aspecto tendríamos desde fuera, mirándonos la una a la otra, en silencio. El reloj de la repisa de la chimenea marcaba la hora mientras nosotras intentábamos asimilar más de dieciocho años en un instante.

Hablamos de cosas triviales durante unos minutos y comentamos nuestro viaje a Reno y el camino en coche hasta Saint George, pero pronto empezamos a hablar de mi madre. Me daba la sensación de que mi abuela necesitaba que entendiera a mi madre, puede que quizás porque a ella todavía le costaba entenderla.

—Winnie tenía una personalidad muy especial y le encantaba ser el centro de atención; y normalmente lo era, tanto aquí como en el instituto. Mis padres la consentían mucho y tenía muchos amigos. Le encantaba ser animadora y era bastante popular, sobre todo entre los chicos. Yo siempre había sido todo lo contrario, muy tímida con los chicos, nunca sabía qué decir. —Stella hizo una pausa.

Deseaba que no me hubiera contado lo popular que era mi madre con los chicos, porque eso hacía que me preocupara otra vez de lo parecidas que éramos y yo no quería ser como ella. Mi sentimiento de tristeza se intensificó cuando habló del embarazo inesperado de su hija.

—Quedarse embarazada fue muy duro para ella, como lo sería para cualquier chica de dieciséis años. Cuando Ethan le dijo que no quería saber nada de ella ni del bebé, Winnie se quedó abatida. No salía de su cuarto y lloraba sin parar. El embarazo fue horrible para ella y, luego, cuando naciste, no había quien la calmara. El médico dijo que tenía depresión posparto. A medida que pasó el tiempo, estaba cada vez menos triste, pero siempre estaba enfadada, así que yo cuidaba de ti la mayor parte del tiempo. Eras monísima, tan tranquila y pequeñita. Casi nunca montabas escándalos. Le facilitaste a Winnie que te ignorara, creo, y para mí fue aún más fácil quererte. Siempre y cuando tuvieras tu manta, estabas satisfecha.

—¿Era azul, con elefantes?

—¡Sí! Esa era —balbuceó sorprendida—. ¿Te acuerdas? —A mi abuela

le temblaron los labios y se puso los nudillos en la boca para suprimir la emoción evidente en cada arruga de su rostro.

Asentí, no me salían las palabras.

—Winnie la odiaba. —Le tembló la voz, así que se aclaró la garganta—. Decía que el azul era para los niños. Pero yo la elegí porque tenías los ojos tan azules, tan impactantes. Por todo lo demás, parecías nativa americana, aunque con la piel un poco más clara, quizás. Fueron tus ojos los que convencieron a Ethan y a su familia de que eras su hija. La familia de Ethan le dio dinero a Winona cuando tú tenías unos dos años. Ella lo aceptó, me robó el dinero de mi cuenta de ahorros, el coche y se fue. Por desgracia, no te dejó aquí. Siempre me he arrepentido de no haber llamado a la policía para que la metieran en la cárcel. A lo mejor eso le habría salvado la vida y yo no te habría perdido.

»Pero Winnie necesitaba crecer y pensé que le iría bien irse de aquí. Así que no la denuncié, simplemente dejé que se marchara. De hecho, seguramente, si me hubiera pedido el dinero y el coche, se los habría dado. Se quedó en casa de una amiga y encontró un trabajo. La madre de su amiga tenía una guardería, así que a ti te cuidaba gente a la que yo conocía y en la que confiaba. La fui vigilando a través de ella y pensaba que las cosas iban bastante bien. Estuvo allí seis meses, pero abusó de su hospitalidad. Le robó una gran suma de dinero a la madre de su amiga y ellas sí que la denunciaron. Después de eso, oía hablar de ella de vez en cuando, lo suficiente para saber que estaba bien.

La conversación se fue apagando y examiné el rostro de mi abuela mientras ella escudriñaba el mío. Finalmente, Wilson habló.

—El acta policial dice que alguien en Oklahoma vio a una chica que coincidía con la descripción de su hija robando en una tienda de comida. El propietario de la tienda decidió no presentar cargos, porque se sintió mal por la joven, que había robado pañales y leche. Al final le dio la leche, comida, una bolsa de pañales y dinero. Cuando vio la foto de su hija en las noticias, se acordó de ella y del bebé y llamó a la policía.

—¿En Oklahoma? —Stella Hidalgo parecía sorprendida y negó con la cabeza. Dijo entre dientes—: No... No puede ser.

—La policía dice que esa información no sirvió de nada, que solo enredó las cosas más y no les sirvió para seguir con la investigación —añadí—, pero

me fijé porque mi padre, el hombre que me crio, tenía familia en una reserva india de Oklahoma y me pregunté qué estaría haciendo por allí.

—¿Cómo se llamaba tu padre? —preguntó Stella con un hilo de voz, pero con tranquilidad, como si ya supiera qué iba a responder.

—James Echohawk, yo lo llamaba Jimmy.

Stella se dejó caer en la silla. Su rostro reflejaba conmoción y consternación. De repente, se levantó y se fue corriendo de la habitación sin decir ni una palabra.

—Aquí pasa algo. ¿Crees que conocía a Jimmy? —susurré.

—El nombre lo ha reconocido, eso está claro —respondió Wilson en voz muy baja.

Nos interrumpieron ruidos de objetos que caían al suelo y murmullos de Stella. Nos levantamos de repente, ansiosos por irnos de allí.

—Deberíamos irnos —dijo Wilson en voz alta—. Señora Hidalgo no queríamos molestarla.

Stella entró rápidamente a la habitación con una caja en las manos.

—Lo siento, tenéis que esperar un momento, por favor... Esperad... solo un minuto.

Nos volvimos a sentar, a regañadientes, y miramos a Stella, que levantó la tapa de la caja y sacó de dentro un álbum de fotos. Pasó algunas páginas frenéticamente y luego se detuvo en seco.

—Faltan algunas fotos. ¡Alguien se las ha llevado! —Stella pasaba las páginas y sus ojos iban de una foto a la siguiente—. Aquí. No es muy buena, pero es él.

Sacó una foto de debajo del plástico. Era evidente que llevaba mucho tiempo allí, porque se había pegado al plástico. Tiró de la foto, pero esta se empezó a romper, así que se rindió y me acercó el álbum, caminando con las rodillas, como si tuviera seis años y no sesenta.

—¿Reconoces al hombre de la foto? —me preguntó dándole golpecitos a la foto con el dedo.

Miré la foto, tenía un tinte amarillento. La ropa y los coches del fondo indicaban que eran los años setenta. Había un hombre y una mujer y, por un momento, mis ojos contemplaron a la joven Stella Hidalgo, delgada y sonriente con un vestido rojo oscuro y el pelo por encima del hombro. Se

parecía tanto a mí que me empezó a dar vueltas la cabeza. Wilson se irguió a mi lado al notar el parecido. Entonces mis ojos fueron hacia el hombre que tenía al lado y el tiempo se detuvo.

Jimmy me miraba desde el pasado. El pelo negro, que llevaba con la raya en medio, le colgaba por los hombros. Vestía vaqueros y una camisa marrón estampada con un cuello muy puntiagudo, muy popular en la época. Se veía tan joven y guapo y, a pesar de que miraba a la persona que estaba tomando la foto, tenía a Stella cogida de la mano y ella lo cogía del brazo con la mano que le quedaba libre.

—¿Es este el Jimmy Echohawk que te crio? —volvió a preguntar.

La miré a los ojos rápidamente, incapaz de entender el significado de lo que estaba viendo. Asentí sin decir ni una palabra.

—¿Blue? —Wilson me miraba confundido.

—¿Qué me quieres decir? ¿Qué significa esto? —Resollé y le devolví el álbum a Stella, que seguía arrodillada delante de mí.

—¡Jimmy Echohawk era el padre de Winona! —gritó ella—. ¡No era un extraño! —dijo Stella abriendo el álbum otra vez. Era evidente que estaba tan sorprendida como yo.

—¡Joder! —maldijo Wilson a mi lado.

La palabrota sonó con fuerza en aquella pequeña sala de estar que se había convertido en la casa de los espejos.

—Señora Hidalgo, tiene que empezar a hablar —insistió Wilson con voz firme mientras me agarraba la mano con fuerza—. No sé a qué está jugando...

—¡No estoy jugando, jovencito! —gritó ella—. No sé qué significa todo esto, lo único que sé es que conocí a Jimmy Echohawk cuando tenía veintiún años, en 1975. Me acababa de graduar de la universidad y acompañé a mi padre a varias reservas indias por toda Oklahoma. —Stella sacudía la cabeza mientras hablaba, como si no se pudiera creer lo que estaba diciendo—. Mi padre era miembro de un consejo tribal y trataba de recuperar el reconocimiento federal para el pueblo *paiute*, porque se lo habían quitado en los años cincuenta. Aquello había supuesto que mantener nuestras tierras y nuestros derechos sobre el agua, lo poco que teníamos, fuera casi imposible. Los *paiute* del sur habían disminuido hasta casi extinguirse, así que visitamos varias reservas, además de las pocas bandas *paiute* que quedaban,

en busca del apoyo de otras tribus para nuestra causa.

La cabeza me daba vueltas y la situación de los *paiute*, desgraciadamente, no estaba en la lista de cosas que necesitaba saber en este preciso instante.

—Señora Hidalgo, va a tener que resumir un poco la historia —dijo Wilson.

Stella asintió. No sabía por dónde empezar ni qué era o no importante.

—Fue amor a primera vista. Yo era una persona muy reservada y él también, pero nos sentimos cómodos el uno con el otro inmediatamente. No estuvimos mucho tiempo en Oklahoma y a mi padre no le gustaba Jimmy, le preocupaba que me distrajera del futuro que yo tenía planeado. —Se encogió de hombros—. Tenía motivos por los que estar preocupado, siempre había soñado con ser la siguiente Sarah Winnemucca y ahora, de repente, en lo único que pensaba era en convertirme en la señora de Jimmy Echohawk.

Me sacudí al oír el nombre de Jimmy en los labios de Stella en ese contexto. Ni siquiera pregunté quién era Sarah Winnemucca. Ya me lo contaría otro día.

—Nos escribimos cartas constantemente durante casi un año. Yo, en aquella época, trabajaba para Larry Shivwa, que más tarde trabajó en el gobierno de Carter, en el Departamento de Asuntos Indígenas. —Stella aceleró—. Jimmy quería estar más cerca de mí, así que se mudó al oeste para estar conmigo. Se le daba genial tallar madera, su trabajo tenía cierto renombre por todo el país y había empezado a vender lo que tallaba. Había estado ahorrando para abrir una tienda... —Se le fue apagando la voz.

Parecía que no quería seguir hablando, pero ya no había lugar para el silencio, así que le pedí que siguiera.

—Stella, necesito que me digas qué pasó —exigí.

Me miró. Tenía los ojos llenos de remordimientos y encogió los hombros vencida.

—Jimmy gastó sus ahorros en una camioneta y una caravana y se vino aquí. Sabía que mi padre no apoyaría un matrimonio en ese momento, porque mi carrera estaba despegando y yo tenía una responsabilidad para con mi comunidad. Era la primera de la familia en graduarse en la universidad y una de las primeras mujeres *paiute* en hacerlo. Me habían preparado para cosas mejores. Así que nos veíamos a escondidas de mis padres. Estaba

enfadada con ellos, ya era adulta y Jimmy era un buen hombre nativo americano. Yo no entendía por qué no podía tener las dos cosas, pero, al final, les demostré que tenían razón. Y, a decir verdad, los culpé a ellos, porque era más fácil que aceptar que yo tenía la culpa. Usé a mis padres como excusa. La verdad es que era ambiciosa y me daba miedo perder esa ambición. Me daba miedo convertirme en mi madre, quedarme atrapada en la reserva, ser pobre, pasar desapercibida, ser una mujer corriente.

—¿Qué paso? —instó Wilson.

—Jimmy Carter fue elegido presidente en 1976 y me invitaron a trabajar en Washington, en el Departamento de Asuntos Indígenas, como ayudante del secretario Shivwa. Mi padre estaba seguro de que yo sería fundamental para reinstaurar el reconocimiento de tribu de los *paiute*, así que fui. Jimmy nunca me dijo que no lo hiciera. Me dijo que me quería, pero nunca me pidió que me quedara.

»Unas seis semanas después, descubrí que estaba embarazada. Me quedé en Washington hasta que mi jefe, que era muy amigo de mis padres, los llamó y me delató. Por aquel entonces ya estaba de siete meses y no podía disimular la barriga con vestidos de cintura alta y chales. No podía volver en avión a casa, porque el embarazo estaba ya muy avanzado, así que me quedé, a pesar de estar muy avergonzada y mis padres, abochornados. Cuando nació Winnie, me fui de Washington y volví a casa, pero Jimmy se había ido y yo era demasiado orgullosa para ir a buscarlo.

—¿Jimmy nunca lo supo? —susurré. Estaba devastada por el hombre que me había criado.

—Yo nunca se lo dije.

—Y, entonces... ¿Cómo...? ¿Cómo me encontró? —Era la única conclusión que podía sacar. De alguna manera Jimmy me había encontrado y me había separado de mi madre.

—No lo sé —susurró Stella—, no tiene sentido.

—¿Winona nunca conoció a su padre? —preguntó Wilson suavemente. Era el único que parecía capaz de unir los cabos sueltos.

—La dejamos que creyera que mis padres eran los suyos. Yo los llamaba mamá y papá, así que ella los empezó a llamar así y todos vivíamos juntos cuando yo no estaba de viaje. Mi madre la crio mientras yo seguía trabajando en el Departamento de Asuntos Indígenas. Y en 1980 el presidente Carter

firmó la ley que reconocía a la tribu *paiute* y pidió que se hiciera una reserva para el pueblo. Me gusta pensar que tuve algo que ver con eso. Hace que el hecho de que mi vida personal fuera un desastre sea más fácil de soportar.

—¿Y Jimmy? —susurré perpleja ante la idea de que nunca hubiera sabido que tenía una hija.

El Jimmy al que yo conocía había llevado una vida muy sencilla con pocas posesiones. Sentí cómo la ira hacia la mujer que nunca le había dicho que tenía una hija me crecía en el pecho.

—No sabía cómo encontrarlo, Blue. Debería haber insistido, lo sé. Pero era otra época. En los años setenta no era tan fácil llamar por teléfono a una reserva india. Bueno, ¡sigue siendo difícil hoy en día! Conseguí ponerme en contacto con la madre de Jimmy, pero murió unos años después de que naciera Winona. El hermano de Jimmy me dijo que no sabía dónde estaba y yo tenía sentimientos contradictorios: quería a Jimmy, pero había renunciado a él para cumplir mis sueños... y lo había perdido. Pensé que algún día volveríamos a encontrarnos y que a lo mejor podría explicárselo todo.

—A lo mejor Winona lo encontró —examinó Wilson en voz alta—. La vieron en Oklahoma. ¿Qué otro motivo la podría haber llevado hasta allí?

—Pero... no creo que Jimmy volviera, no lo habría encontrado allí —protestó ella, claramente confundida con todo aquello.

—Pero eso ella no podría haberlo sabido, ¿no? ¿Crees que puede que descubriera quién era su padre?

—Mi padre murió cuando Winnie tenía quince años, y mi madre al año siguiente. A Winnie le costó mucho asimilar sus muertes, así que pensé que había llegado el momento de contarle que yo era su madre. Pensé que eso haría que se sintiera menos sola, no más. Parece que no tengo muy buenos instintos con estas cosas, porque no le sentó nada bien. Quiso saberlo todo sobre su padre... por qué no estaba con nosotras. Yo le expliqué que era culpa mía, pero sé que no me creyó. Le enseñé algunas fotos. Me pregunto si fue ella la que me robó las que faltan —dijo Stella señalando los cuadrados rectangulares. Entonces continuó—: Empezó a portarse mal en el instituto, tuvo problemas con la policía por temas de drogas... Al cabo de poco tiempo se quedó embarazada y dejamos de hablar de su padre. Pensé que lo había superado, que tenía otras preocupaciones y no volvimos a hablar de Jimmy.

Stella Hidalgo empezó a guardar el álbum de fotos en la caja, pero dudó

un momento, buscó en el interior y sacó varios objetos.

—Las cartas no están —añadió. Me miró—. Las cartas. Tenía guardadas todas las cartas de Jimmy. Estaban aquí. No había abierto la caja desde que le enseñé las fotos a Winona, hace veinte años.

—Las cartas le habrían proporcionado información importante y una dirección —añadió Wilson.

Stella asintió y se quedó en silencio, digiriendo la posibilidad de que Winona hubiera ido a buscar a su padre.

—La última vez que hablé con Winnie, ella no hacía más que hablar de los hombres que no cumplían con sus deberes, sobre las injusticias de la vida. —La voz de Stella sonaba reflexiva y, por la expresión de su rostro, se podría decir que estaba analizando el recuerdo—. Pensé que se refería a Ethan. Dijo que iba a enfrentarse a él y a hacer que respondiera por sus actos. Pensé que se refería a Ethan —insistió Stella, casi suplicando—. Yo tenía miedo. Ella estaba muy enfadada y hablaba de venganza. Incluso llamé a Ethan para avisarlo. No me caía bien, ni él ni sus padres, pero no quería que le hiciera daño, tanto por el bien de Winnie como por el suyo.

—No encontré a Jimmy en Oklahoma, pero puede que el hermano de Jimmy le hablara de Cheryl —dijo pensando en otras posibilidades.

Stella frunció el ceño, confundida.

—¿Cheryl? Cheryl era bastante más joven que Jimmy. Tenía unos doce años cuando Jimmy y yo nos conocimos y no vivía en la reserva. Su madre era una chica blanca que tuvo una aventura con el padre de Jimmy. Yo solo sabía de su existencia porque Jimmy sentía mucho rencor hacia su padre, en gran parte por la aventura.

Me costaba imaginarme a Cheryl a los doce años. Ya casi tenía cincuenta años y no llevaba bien la edad.

—Cheryl vive en Nevada. Me crío cuando Jimmy murió. —Esperaba que la muerte de Jimmy no la pillara por sorpresa, ella asintió como si ya lo supiera.

—El hermano de Jimmy me mandó una carta cuando encontraron sus restos. Nunca te mencionó —dijo Stella son lágrimas en los ojos.

—¿Por qué tendría que haberme mencionado? Nunca los conocí, ellos no sabían de mi existencia —expliqué.

Nos quedamos sentados en silencio, desenmarañando cada una en su

cabeza el enredo de secretos y suposiciones que nos había llevado a este punto de la historia.

—Jimmy dijo que me había encontrado en la mesa de un restaurante, que yo estaba durmiendo y esperó conmigo hasta que mi madre regresó. Le dijo a Cheryl que mi madre había actuado de forma extraña, pero pensó que fue porque él era un desconocido que se había sentado con su hija. Puede que fuera porque lo reconoció y la había pillado por sorpresa.

—Sabemos que Jimmy no le hizo daño a tu madre, Blue. La policía encontró al asesino —dijo enfáticamente Wilson, como si supiera qué estaba pensando.

—Jimmy nunca le haría daño a nadie —coincidió Stella—, pero no entiendo cómo acabaste con él.

—Dijo que me encontró en el asiento de la camioneta la mañana siguiente.

—Entonces eso es lo que pasó —dijo la mujer con firmeza—. Jimmy no era un mentiroso. Winona lo seguiría y te dejaría con él, a lo mejor quería volver a por ti. Puede que quisiera obligarle a reconocer que era su hija. Puede que estuviera colocada, o desesperada... —Stella ofrecía una excusa detrás de otra hasta que su voz se apagó.

Fueran las que fueran sus razones, Winona hizo lo que hizo y nunca nadie sabría realmente el porqué.

—Jimmy era mi abuelo —dije maravillada después de llegar a la conclusión que había sido obvia para mi abuela desde que me había enseñado la foto—. Realmente me apellidó Echohawk.

De golpe, sentí que ya no tenía ganas de llorar. Me apetecía reír. Quería levantar las manos y bailar, rezar. Deseaba hablar con Jimmy, decirle que lo quería, que sentía haber dudado de él en algunas ocasiones. Wilson y Stella me miraban. Él apretaba la mandíbula y me contemplaba emocionado. Me incliné y le besé en los labios, delante de mi abuela, que tendría que ir acostumbrándose. Entonces, miré a mi abuela y dije:

—El peor día de mi vida fue cuando Cheryl me contó que Jimmy no era mi padre. Lo había perdido, no solo físicamente, sino de todas las maneras posibles. No sabía ni quién era yo. Me intenté convencer de que tampoco sabía quién era él —hice una pausa para controlar la emoción que iba a desbordarse—, pero él siempre fue mío, y yo fui suya.

Stella había empezado a llorar y, cuando acabé de hablar, se tapó la cara con las manos. Entonces, gimió atormentada y yo me puse de rodillas delante de ella e hice algo que nunca habría podido hacer antes de conocer a Wilson. Él había sufrido conmigo, me había abrazado, apoyado, me había animado a seguir avanzando y no me había pedido nada a cambio. Y, como él había hecho todo eso por mí, yo pude abrazar a mi abuela. La estreché con fuerza entre mis brazos y no la solté. Sentí que apoyaba su peso sobre mí y que me devolvía el abrazo desesperadamente entre sollozos. Lloró por el hombre al que no había tratado bien, por la hija a la que había fallado y por la nieta a la que había perdido. Tantos secretos, tantas malas decisiones, tanto dolor...

30. Cielo

Finalmente, también fui a ver a Ethan Jacobsen. Estaba cansada de secretos y mentiras, de no saber. Estaba limpiando las telarañas y apartando las cortinas para que entrara la luz en una vida que no había sido más que rincones oscuros. El rato que pasamos juntos no fue ni muy largo ni especialmente agradable. Ethan Jacobsen era un tío corriente. Su mujer era regordeta y tenía dos hijas rubias, Saylor y Sadie, y un perro con manchas. No se parecía en nada a su foto del instituto. Había cambiado el ceño fruncido y el pelo rubio de punta por una sonrisa benigna y entradas. Tenía un aspecto más blando y maduro. Lo único que el tiempo no había alterado eran esos ojos azules tan impresionantes. Me miró y estoy segura de que se dio cuenta de que yo tenía los mismos, de que cuando me vio el pelo oscuro y la piel aceitunada se dio cuenta del parecido que guardaba con la chica a la que había querido, al menos durante un rato.

No negó que fuera su hija. Me dijo que era mi padre y que le gustaría poder conocerme. Me preguntó por mi vida, mis sueños y mi futuro con Wilson. Yo respondí vagamente, no se había ganado el derecho a que le contara mis secretos, pero quizás algún día lo haría. Le prometí que estaríamos en contacto. Quería llegar a conocer a mis hermanas. Cedar City estaba solo a unas tres horas de Boulder City y yo estaba dispuesta a conducir. La familia se había convertido en algo muy importante para mí, porque ahora tenía una hija que algún día querría respuestas. Y yo se las podría dar con pelos y señales.

Una vez le pregunté a mi abuela si había merecido la pena cambiar a mi abuelo por el trabajo. No quería herirla, pero necesitaba entenderlo. Ella empezó a recitar un montón de hechos y curiosidades.

—Bueno, en 1984, los indios *paiute* recibieron mil ochocientas hectáreas de terreno por todo el suroeste de Utah y un fondo de dos millones y medio de dólares para el desarrollo económico y los servicios de la tribu. Tenemos una asistencia médica mucho mejor y más oportunidades para estudiar. Hemos podido construir casas nuevas y abrir y dirigir fábricas. Pero debemos seguir luchando para proteger el agua, la tierra y el desarrollo de nuestro pueblo. Siempre hay trabajo que hacer. —Sonrió alegremente, pero las manos le temblaban y le costaba mirarme a los ojos. Después de un rato, volvió a hablar—: La verdad es que, a nivel personal, no valió la pena, Blue. A fin de cuentas, hay muchísimas causas por las que luchar y muchísimo trabajo por hacer. Hay muchas buenas causas, pero, si lo sacrificas todo por una, te conviertes en una portavoz más que en una amante, en una organizadora en lugar de una esposa, en una emisaria en lugar de una madre. Yo renuncié a todo por un bien común, pero mira a cuánta gente he hecho daño. Pensar que mi trabajo era más importante que la gente de mi alrededor ha causado un efecto dominó.

—He estado pensando en la historia que me contaste cuando nació Melody —dijo Wilson con los labios y el ceño fruncidos.

Había ensayado con el violonchelo en la sala de estar de mi piso, como hacía cada noche, a no ser que yo estuviera tallando (en ese caso, llenábamos el sótano con melodías dulces y el ruido de las lijas). Los días de escuchar a través del conducto de ventilación se habían acabado.

—¿La historia que dijiste que era una mierda? —murmuré.

Deseaba que tocara otra canción. Estaba medio dormida en el sillón y las notas graves me tranquilizaban y me adormecían. Era como un elixir y yo era adicta al hombre y a su música.

—Sí, esa. Es horrible. Y pensar que no quisiste escuchar *Jude el oscuro*... ¿Cómo se llamaba el cazador?

—Waupee. Halcón Blanco.

—Eso. Halcón Blanco quería a la muchacha de las estrellas. Fueron felices, pero ella decidió llevarse a su hijo, volver al cielo y abandonarlo.

—¿Y por qué has pensado en la historia? —pregunté bostezando. Llegué a la conclusión de que no iba a seguir tocando hasta que no lo ayudara con lo que fuera que le preocupaba.

—Me he dado cuenta de que es la historia de Jimmy —dijo Wilson mientras tocaba las cuerdas, distraído. Tenía los ojos brillantes y desenfocados. Estaba distraído en sus pensamientos—. Stella se fue y se llevó a su hija. El nombre, Halcón Blanco, me recuerda también a vuestro apellido.

No me había dado cuenta, pero Wilson tenía razón. Se parecía mucho a la historia de Jimmy. Aunque Jimmy no había tenido un final feliz.

—Pero la muchacha de las estrellas volvió con Halcón Blanco, Wilson. No pude acabar de contarte el cuento. El hijo echaba de menos a su padre, así que la muchacha volvió a buscarlo...

—¿Sabías que Stella significa estrella? —interrumpió Wilson, como si acabara de darse cuenta de eso.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Así que tenemos un halcón, una estrella y a Sapana —añadió Wilson mientras contaba con los dedos—. Es su historia —añadió, maravillado.

Negué con la cabeza en desacuerdo.

—Jimmy no recuperó a su familia. El padre de la muchacha de las estrellas convirtió a su hija, a Waupee y a su hijo en halcones para que pudieran volar entre del cielo a la tierra y estar todos juntos. Pero nosotros nunca estuvimos juntos.

—Pero tu volviste con Jimmy, Blue. Vosotros dos estuvisteis juntos.

—Supongo que sí —acepté—, pero Sapana no sale en esa historia, cielo. —Le sonreí con ternura al haber dicho el apelativo cariñoso que él siempre usaba—. Ella tiene su propia historia.

Wilson dejó el violonchelo y se levantó. Se inclinó por encima del sillón hasta estar solo a unos centímetros de mí. Sus ojos grises sobre el azul de los míos, su boca sobre la mía. Habló con los labios contra los míos.

—Claro que sí..., Savana Blue. Y esa historia todavía está por contar.

—¿El pequeño mirlo al que apartaron del nido? —susurré rodeándole el cuello con los brazos.

—A lo mejor lo colocaron en el nido. Depende de cómo cuentes la historia.

Érase una vez un pequeño mirlo al que colocaron en un nido. Lo amaban. Lo querían. No tenía miedo, porque sabía que era un halcón, un hermoso pájaro digno de asombro y de amor...

Agradecimientos

Al haber crecido en Utah, siempre me ha encantado explorar la historia de la gente del estado en el que nací. La reserva de indios *paiute shivwit* está en la zona de Saint George, al sur de Utah. Larry Shivwa y Stella Hidalgo son personajes ficticios, como todos los que aparecen en esta historia, pero la lucha del pueblo *paiute* es un hecho histórico.

El cuento de Waupee y de la muchacha de las estrellas es una historia *arapaho*. El relato del lobo sabio Tabuts y los palos es de origen *paiute*. Como muchas otras de las leyendas y los relatos, enseñan lecciones muy importantes y relevantes.

Muchas gracias por toda la ayuda que he obtenido para documentarme para este libro. Andy Espinoza, sargento retirado del departamento de policía de Barstow me dio información de precio inestimable mientras escribía e incluso se leyó partes del manuscrito para asegurarse de que fuera realista. Los errores que pueda haber son míos. Paul Mangelson, policía veterano, me ha ayudado con partes del argumento y hasta me ha dado ideas para futuras novelas. Para la verdadera Tiffa Snook, la genial bloguera inglesa, gracias por tu ayuda en todo lo relacionado con Inglaterra. Mi más sincero agradecimiento para Steve Bankhead, por pasarse una tarde enseñándome sus maravillosas tallas y por responder a todas las preguntas sobre herramientas, madera y sobre la inspiración que hice para dar vida al talento de Blue.

Muchísimas gracias a Lorraine Wallace, profesora de instituto y amiga, por editarme y apoyarme en mis dos últimas novelas. A mi madre, gracias por ser siempre la primera en leerme y por hacer que mis historias sean

mejores. Y, finalmente, a toda mi familia, amigos, a los blogueros y lectores, ¡gracias por vuestro amor, amistad y apoyo!

Sobre la autora



Amy Harmon es una célebre autora best seller estadounidense. Desde una temprana edad, Amy supo que quería dedicarse a escribir, y gracias a su pasión por los libros desarrolló una increíble habilidad que la ha colocado en las listas de los libros más vendidos del *Wall Street Journal*, el *USA Today* y el *New York Times*. Sus libros se han publicado en quince idiomas y cuentan con millones de seguidores en todo el mundo.



www.ozeditorial.com

BEST SELLER INTERNACIONAL

AMY HARMON

Máscaras

OZ
EDITORIAL

Máscaras

Harmon, Amy
9788416224593
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una versión moderna del clásico La bella y la bestia El joven Ambrose Young lo tiene todo: éxito, popularidad, inteligencia y belleza. Es demasiado perfecto para alguien como Fern Taylor, una chica tímida y soñadora, y ella lo sabe. Pero las cosas pueden cambiar en un abrir y cerrar de ojos. El chico y sus cuatro amigos se marchan a la guerra de Irak para servir a su país tras los atentados del 11S. Solo Ambrose regresa vivo, pero totalmente desfigurado y con el alma profundamente herida. ¿Seguirá amándolo Fern ahora que Ambrose ha perdido su belleza? ¿Podrá sanar sus heridas y devolverle la confianza y la seguridad que tanto necesita?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Monica Murphy
Segundas
oportunidades

SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2



Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica

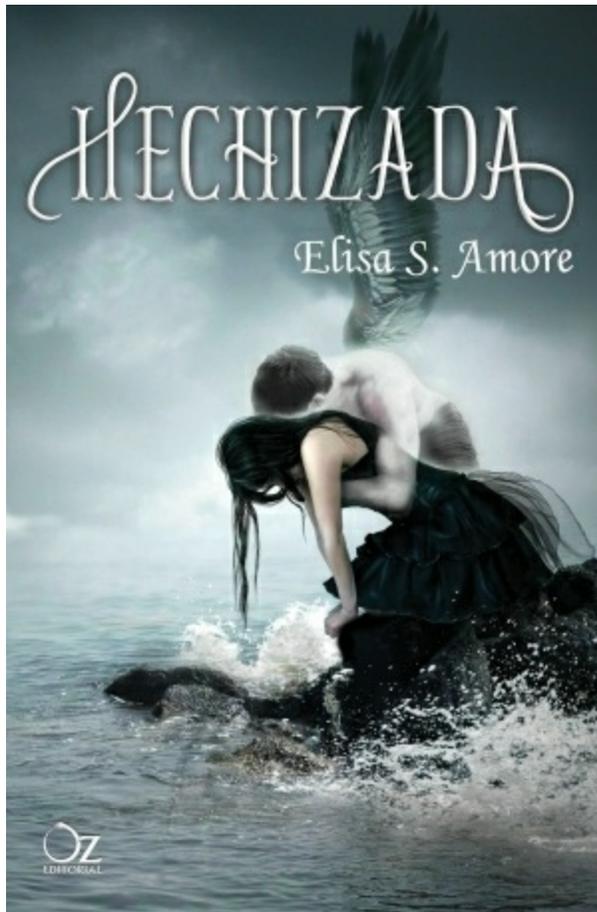
9788416224364

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla. Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin. Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo... Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Hechizada

S. Amore, Elisa

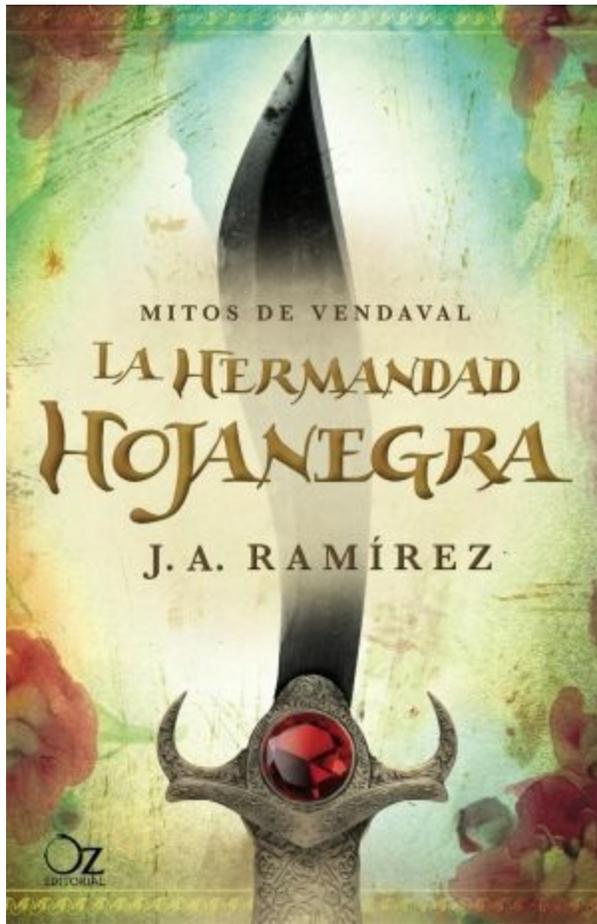
9788416224111

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte es la misma que debe matarte? Evan es un ángel de la muerte y su misión es garantizar que el destino de los habitantes de la Tierra se cumpla tal y como está escrito. El tiempo de Gemma está a punto de acabarse y Evan es el elegido para asegurar que muera y acompañar su alma al otro mundo. ¿Pero qué sucede cuando entra en juego el amor? ¿Puede un ángel de la muerte renegar de sí mismo y desafiar al destino? Evan tendrá que enfrentarse a las leyes del cielo y del inframundo si quiere salvar a la chica de la que se ha enamorado perdidamente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La hermandad Hojanegra

Ramírez, Jose Antonio

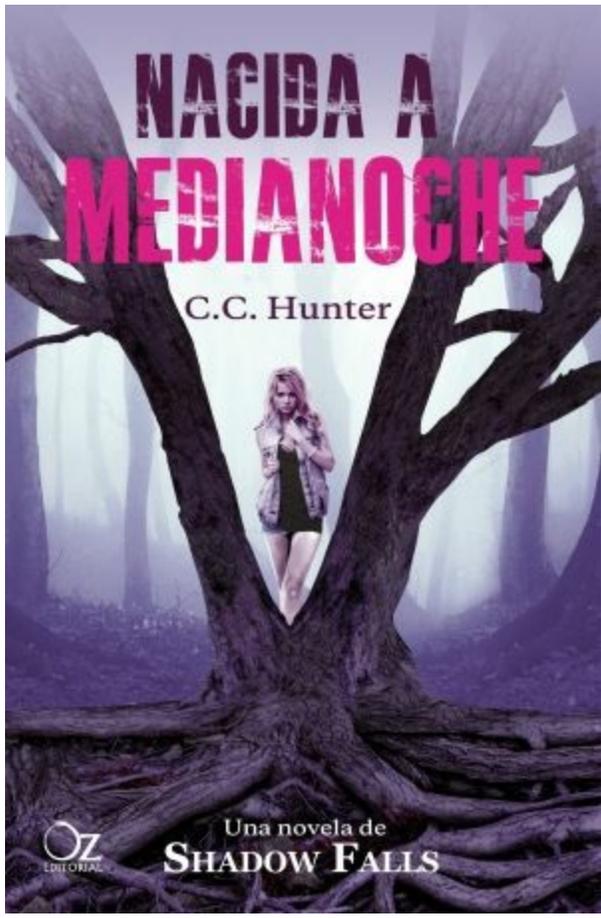
9788416224050

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Toda una población arrasada en un solo día. Más de diez ciudades en una semana. Nadie sabe de dónde viene la Plaga y mucho menos cómo detenerla. Si los cuatro reinos de Vendaval no dejan atrás las guerras y sus conflictos, no quedará nada por lo que luchar. ¿Dónde estás, Noah Evans? Los cuatro reinos de Vendaval viven en alerta máxima. La Plaga lo devasta todo, sembrando la muerte a su paso. Noah, un adolescente de Manchester, descubre la existencia de este misterioso mundo a través de sus sueños. Cuando los demonios del reino de la Discordia secuestran a su padre, Noah viaja hasta Vendaval para rescatarlo. Con la ayuda de dos soldados de la legendaria Hermandad Hojanegra, emprende una peligrosa búsqueda en la que descubrirá que su vida está ligada a Vendaval de un modo que nunca habría imaginado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



**NACIDA A
MEDIANOCHÉ**

C.C. Hunter

Oz
EDITORIAL

Una novela de
SHADOW FALLS

Nacida a medianoche

Hunter, C.C.

9788416224012

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En Shadow Falls nada es lo que parece Kylie va a pasar el verano en el campamento Shadow Falls para adolescentes con problemas. Allí no tardará en descubrir que todos sus compañeros poseen poderes sobrenaturales: vampiros, hombres lobo, cambiaformas, brujas y hadas aprenden en el campamento a controlar sus habilidades para poder convivir con los humanos. Pero Kylie no tiene ningún poder. ¿O sí? En Shadow Falls conoce a Derek, un fae dispuesto a todo con tal de conquistarla, y a Lucas, un fascinante hombre lobo con quien comparte un secreto. Derek y Lucas son muy diferentes, pero ambos luchan por su corazón. Cuando Kylie por fin comprende que Shadow Falls es el lugar al que pertenece, el campamento corre el riesgo de ser destruido por una amenaza mayor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)